DOS Vueltas AL VESTIDO

Nunca fue solo un desliz



ELIZABETH ALVAREZ

Dos vueltas al vestido

ENCONTRANDO EL AMOR #2

Elizabeth Álvarez

© 2026. Elizabeth Álvarez

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización expresa de la autora.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con la realidad es coincidencia.

Primera edición digital: 2026

Dedicatoria

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Epílogo

Para aquellas historias que necesitaron de un refuerzo en la costura
para que el tiempo no lograra deshilacharlas.

Introducción

MARIA AZUL

SEIS AÑOS ATRÁS

La universidad era un mundo totalmente diferente, pero me gustaba porque me brindaba una salida a los pensamientos negativos que tenía día a día por la muerte de mis padres. No era algo que hubiera superado del todo, creo que nunca lo superaría, sin embargo, me servía esa distracción, además de que ya podía hacer muchas cosas que no pude en el instituto.

Aunque, más que la universidad, lo que me permitía tener un chupito en mi mano mientras bailaba y gritaba fue la reunión de Ashton con un posible socio que estaba intentando conseguir para la empresa de mis padres, heredada a él porque, cuando murieron, un año atrás, yo todavía era menor.

Confiaba en mi hermano, pero quizá él no confiaba mucho en mí porque mandó a su amigo a vigilarme. No le dije nada a mis compañeros de clase, los que me invitaron a esa discoteca, no quería que pensaran que seguía siendo una niñita a la que patrullaban. Quizá se lo hubiera contado a Micaela si hubiera ido, con ella sí tenía más confianza y conocía lo sobreprotector que podía ser mi hermano conmigo.

Sin embargo, me cansé luego de un par de horas de solo ver a Maximiliano tomando de un vaso con bebida carbonatada, suponía que Coca-Cola, así que me acerqué a él, tambaleante, por supuesto, porque yo sí estaba embriagada.

Max siempre me pareció lindo, aunque con el paso de los años y con la madurez cincelando sus facciones, sí que más. Sus ojos en ese momento me hicieron olvidar de todo, incluso de mi tambaleo hasta que llegué a él. Alcé una ceja en su dirección y me incliné sobre la mesa en un intento por parecer intimidante, aunque él siguió tan serio como siempre, solo sus ojos se desviaron un poquito a mi clavícula, pero no se permitió pasar de allí.

—¿Te quedarás toda la noche ahí? Le dije a Ashton que no necesitaba una niñera, ya soy mayor.

—¿Qué te hace pensar que estoy aquí por Ashton? Quizá solo necesitaba una copa y por casualidad estabas aquí. Hasta dónde sé, ni siquiera le dijiste a tu hermano dónde estarías, lo que me parece muy grave, Maria Azul, podría pasarte cualquier cosa y no sabría nada de ti.

Entrecerré los ojos.

—Oh, vamos, Max. Entre tú y Bret, el que mejor me cae eres tú, no comiences con tus mentiras para encubrir a mi hermano. —Pero luego de decir las palabras me fijé en su aspecto algo desaliñado. Max no solía estar así, nunca. Por esa razón, me senté a su lado y suspiré—. ¿Tienes problemas con Vanessa? —Parece que di en el clavo a la primera, porque soltó una risa irónica y jugó con el vaso de su bebida. Incliné mi cuerpo al suyo y golpeé con suavidad su brazo con el mío—. Parece que los últimos meses no han sido buenos para los tres chicos más aclamados de la universidad, ¿por fin terminaron o te quedarás como mi hermano con Celine?

Él negó y rio.

—No, eso está terminado.

Mi idea para subir su ánimo fue embriagarlo. Digo, yo ya me sentía muy divertida, él también podía sentirse igual que yo.

Eso fue mala idea, por supuesto, aunque en su momento no lo supe, mucho menos cuando me vi con la respiración agitada mientras estaba aprisionada contra la pared de su habitación, jadeando por aire a la vez que él hacía un camino de besos desde mi clavícula hasta mi ombligo, bajando el vestido a su paso.

—No eres virgen, ¿verdad? —preguntó en medio de respiraciones forzosas. Negué.

Quizá debí detenerme a pensar en todo lo que estaba mal; él era cinco, casi seis, años mayor que yo y, además, era uno de los mejores amigos de mi hermano. Si Ashton se enteraba de que me acosté con su mejor amigo, ambos nos ganaríamos un problema, pero lo cierto es que Max siempre me atrajo, siempre tuvo ese halo desbordante de sex appeal que no había podido probar, más que por las razones anteriores, porque tenía novia, sin embargo, en ese instante, se suponía, estaba soltero, así que solo gemí en su boca cuando su mano se metió dentro de mis bragas e hizo un trabajo maravilloso con la yema de sus dedos.

Tuve que agarrarme de sus hombros cuando mis piernas temblaron y la fuerza abandonó mi cuerpo.

Conocí lo que es la verdadera… plenitud cuando por fin me llevó a la cama, se puso un preservativo y tomó mis piernas para acomodarme a su antojo. Puede que me haya sentido así por un enamoramiento tonto de adolescencia, quizá la emoción causada por ver directamente a sus ojos en muchas partes del encuentro, o tal vez solo la vida era así, sin embargo, esa noche fue una de las más bonitas, a pesar del alcohol, de todo lo que estaba en nuestra contra, y seguí pensando en eso incluso a la tarde siguiente, cuando, por un momento ignoré los gritos en la puerta por concentrarme en

la mano de Max rodeándome hasta que él mismo cayó en cuenta del alboroto, más cuando la puerta de la habitación se abrió, lo que nos hizo saltar a ambos.

Grité cuando vi a mi hermano con su rostro rojo, gritando como loco hacia nosotros, pero, más que Ashton, estaba el hecho de que a la habitación también entró Vanessa con una mirada cargada de rabia y decepción.

No puedo culpar a la edad de lo ingenua que fui porque no sería la primera vez que creería en la palabra de un hombre.

—¡Es mi hermana, Maximiliano! ¡Tiene dieciocho putos años! —Fruncí el entrecejo. Mi mano siempre sostuvo la manta para evitar mostrar de más a las personas que nos acompañaban—. ¡Y tú tienes novia! ¡Por una maldita pelea no vas y te acuestas con otra, menos sabiendo que tu novia tiene las llaves de tu apartamento!

Max, en un acto de desespero, se llevó la mano a la boca por un segundo. La comprensión llegó a mí cuando Vanessa dio un paso al frente, mirando a Max y solo le dijo «terminamos» antes de mirarme.

—Y a ti no te puedo decir nada, eres una niña todavía. Aunque eso lo hace peor.

Mis mejillas se colorearon de la vergüenza y mis ojos se humedecieron un poquito más de lo común. Max salió detrás de su novia mientas yo me quedaba en la grande cama, con Ashton mirándome con fijeza.

—Tengo el auto abajo, vístete rápido. Nos vamos.

—Ya soy una adulta, Ashton, puedo tomar mis propias decisiones.

Él solo soltó una risa irónica antes de irse y dejarme sola.

Pero lo que menos necesitaba era estar sola porque allí pude comprender lo que de verdad había sucedido esa noche: yo, Maria Azul Hunt, figura presente en el mundo social de élite, había sido reducida a ser una simple amante.

Capítulo 1

MARIA AZUL

Lo que más me gustaba de ser tía es que podía decidir cuándo, qué y cuánta ropa podía comprarles a mis sobrinas. Influía también la cantidad de dinero que podía gastar, eso es cierto, pero cuando tenías una cuenta bancaría sin fondos, todo era mucho más brillante.

Salí de la tienda con dos bolsas más que le pasé al hombre que contrataba para esos días de compras, para que tomara las bolsas, las llevara al auto y también condujera hasta el apartamento y me ayudara a bajar todo. Cuando tuve mis manos desocupadas, subí mis gafas oscuras y las dejé sobre mi cabeza, sin embargo, todo intento de llegar a mi auto se vio frustrado cuando vi al hombre que estaba apoyado en el capó de él, con sus brazos cruzados, teléfono en mano y mirada seria, como siempre.

Resoplé e hice una seña a Logan para que me dejara sola mientras yo me acercaba a Max.

—¿En serio? ¿Ahora cómo supiste dónde estaba? —reclamé porque ese mall era uno de los más privados, solitarios y exclusivos. Él sí que podría entrar, pero sabía por cuenta propia que Maximiliano no era un chico de ir de compras. Ni siquiera compraba su propia ropa.

Como respuesta, me mostró su teléfono.

—Tengo contactos por todas partes, Azul, puedo conseguir tu ubicación en un par de minutos si quiero.

Viré los ojos y me señalé.

—¿Ahora qué quieres? —No respondió, solo abrió la puerta de copiloto de su auto. Le pedí a todos los cielos que me diera paciencia con ese hombre, pero en los últimos seis años lo menos que había tenido con él era paciencia.

Ashton solía ser un hombre que le gustaba que las cosas se hicieran como él quería, aunque no se metía mucho en mi vida. Mi hermano era un tanto controlador, sí, pero Max estaba diez eslabones por encima y eso que hacía todos los intentos posibles para hacer que me dejara en paz.

Le hice una seña a Logan para que subiera todo a mi auto y se fuera. No era extraña esa situación para él, no era la primera vez que Max me iba a buscar por alguna de sus tonterías.

Suspiré una vez estuve dentro del auto, envuelta en el olor a cuero de los asientos y el perfume de Max.

Ay, bendito, cuánto me gustaba ese perfume. Lo usaba desde que siempre y no podía arrancarme el recuerdo de su cuerpo oliendo exactamente a eso mientras empujaba dentro de mí.

«Tranquila, Azul, recuerda que lo odias por no darte el lugar que mereces. Eres una reina y las reinas no se enamoran de sus plebeyos». Aunque, para ser justa, Max no era nada parecido a un plebeyo.

—Micaela tiene apenas cuatro meses, ¿cómo es que cada semana te encuentro de compras para tu futuro sobrino?

—O sobrina. Micae está segura de que será una niña y yo la secundo, y eso es porque cada semana voy de compras para mí y

veo cosas que me gusta para ellas. Mira, tú eres un amargado hombre que solo piensa en trabajo, es normal que no sepas que un bebé necesita más ropa que pañales, crecen a una velocidad vertiginosa. Yo ya lo viví con Colette, así que solo me estoy asegurando de que mi sobri tenga todo lo que necesita en sus primeros meses.

—Por favor, Mazu, no es como si Ashton no les fuese a dar mucho más. Tiene más dinero que tú, no le faltará nada, Micaela ya no es una madre soltera, te lo recuerdo.

Puse los ojos en blanco mientras me giraba para observarlo. Lo señalé.

—¿Estoy gastando de tu dinero o qué? Si quiero gastar lo mío en mis sobrinas, lo haré. Si quiero gastarlo en mí, también lo haré. No sufras por cosas ajenas a ti, Max, te saldrán arrugas.

Bajé el espejo del parasol de mi lado para ver si mi maquillaje seguía intacto o no. Al ver que no era así, abrí la guantera y saqué la cosmetiquera que mantenía allí para esos casos. No era mi auto, pero Max me dejaba tan poco tiempo en paz que por supuesto me iba a adueñar de su sitio.

—Ya mi abogado tiene el escrito para la demanda a Tadeo. —Cerré de golpe la guantera.

—Max, te dije que quería dejar ese tema así. —Su mirada seria de reojo me dio una idea de lo que pasaría.

—Tú lo quieres dejar así, pero Ashton y yo no. Intentó estafarte, robarte, Maria Azul.

—Oh, por favor, Max, no es como si tú no me hubieras hecho cosas a mí. Es solo dinero, lo único que me importaba era el apartamento porque es un regalo de Ash, pero no me importa más.

—¿Ni que te haya sido infiel y por eso haya intentado quitarte tus bienes? —Suspiré y me mordí mi labio.

El tema de Tadeo era algo sensible. Lo conocí después del lío con Max, una semana después. Fue mi amigo durante años, fue una gran ayuda para salir de ese pozo de poca autoestima en el que me metió Max al hacerme sentir menos. Fue mi amigo. Si bien no le conté nada a Micae por la vergüenza que me causaba la situación, sí tuve que contárselo a Tadeo en una noche de copas, unos años después. Esa noche descubrí que tomaba muy malas decisiones si estaba borracha y también que Tadeo había comenzado a gustarme. Tal vez vi en él un límite, mi salvavidas para no caer de nuevo en las garras de Max cuando su presencia se volvió más fuerte en mi vida junto con su obvia intención de volver a mi cama…, aunque el término correcto sería que yo volviera a la suya.

—No, ni siquiera eso. —Soltó un suspiro que contenía toda su rabia.

—Mira, Azul, entiendo que por un tiempo hayas querido ocultar tu personalidad tierna y bondadosa con tu personalidad caprichosa, pero esto es serio. No puedes dejar que te vean la cara de tonta.

Solo lo observé con mi cara más mortal posible. Él, al sentir mi silencio, me miró también, solo que él puso sus ojos en blanco al comprender qué pasaba.

—Han pasado seis años, Azul, y nunca has escuchado bien lo que de verdad sucedió esa noche.

—Oh, yo sé muy bien lo que pasó, Max, ya cállate.

Negó para sí.

—Las cosas estaban mal, Mazu, ya no quería estar con ella. ¿No has pensado que, si hubiera sido lo contrario, habríamos vuelto?

Hice un puchero falso. Conocía esa calle. No sabía a dónde pensaba llevarme, pero decidí que aprovecharía el tiempo y vigilaría que los empleados de la agencia de decoración estuvieran haciendo su trabajo en mi local.

—Oh, pobre bebé. Por supuesto que Vanessa no volvería contigo, cariño. Las mujeres somos más inteligentes que ustedes, ¿cómo volvería luego de que te haya encontrado en tu cama, con una adolescente que justo es la hermana de tu mejor amigo, después de una noche de copas? Es justo que no hayan vuelto luego de eso. —Palmeé su mejilla con ironía. Claro, no lo decía por nada más que hacerlo enojar, no porque no me creyera del grupo de mujeres que volvían a caer por un hombre, porque lo era… por él había estado a punto de caer de nuevo en incontables ocasiones—. Déjame aquí, pasaré un rato por el local.

Aunque Max siempre encontrase mi ubicación y acabara mi paciencia, tenía algo bueno y es que no me hacía rogar por dejarme en cierto lugar si quería irme o estaba cansada de la conversación con él que, por lo general, no resultaba en nada bonito.

Me bajé del auto, pero antes de cerrar la puerta me incliné para hablarle.

—Ah, y ¿Max? Cómprame otro labial, el que tengo en la cosmetiquera ya se acabó.

—Azul —llamó, así que volví a abrir para verlo bien—, pasaré por tu apartamento a las siete. Organízate, te llevaré a cenar.

Arqueé una ceja.

—¿A dónde me llevarás?

—A cenar, ya te dije. Ve elegante. Y cierra la puerta.

Rezongué y en un capricho cerré la puerta más duro de lo que debería. Lo podía imaginar dentro de su auto quejándose y mascullando. Eso me hizo sonreír.

Saqué mi teléfono y no demoré en textearle a Logan para que llevara mi auto hasta allí mientras yo iba a mi pequeño rincón que pronto abriría sus puertas a los clientes.

Capítulo 2

MAXIMILIANO

Estar enamorado de una chiquilla caprichosa se convierte en tu cruz cuando sus exigencias comienzan a ser solo pequeñas venganzas contra ti, pero a la vez no podía negarle nada a esos labios pequeños y rechonchos que moría de ganas por volver a probar.

Llevaba como cinco o seis años detrás de Azul, cumpliendo cada capricho de su macabra cabeza, pero los últimos meses todos mis intentos por acercarme de nuevo a ella se intensificaron porque algo había cambiado: Tadeo. El imbécil ya no estaba en la ecuación.

Sin embargo, que quisiera cumplirle los caprichos a Azul no significaba que no quisiera al menos un «por favor» de su parte, así que, por esa razón, mascullé a mi comando de voz que llamara a mi asistente.

Tara, como siempre, contestó enseguida.

—Señor Ferrer —saludó con su tono profesional y amigable.

—Tara, necesito que vayas a alguna de esas tiendas de maquillaje y consigas el mismo labial que Azul deja en mi auto. Sabes cuál es, ¿no es así? —Después de todo, no era el primer labial que reponía.

Mi asistente no demoró en responder.

—Sí, señor, enseguida lo compro.

—¿Terminaste de enviar lo que te pedí?

—Sí, señor, justo estaba por llamarlo por si requería mi presencia.

—Bien, compra el labial y te veo en mi apartamento. Antes de subir guarda las compras en el neceser de Azul.

—¿El que está en el Roll-Royce?

—Ese mismo.

—Claro que sí, señor. Lo veré más tarde.

En cuanto colgó, otra llamada entró. Pensé por un instante que era ella de nuevo por si algo se le había olvidado, pero solo era Bret.

—¿Debería llevar una morena o una rubia a cenar hoy? —preguntó sin esperar siquiera a que lo saludara.

—¿Ya olvidaste a la niñera? —pregunté en tono serio solo para molestarlo porque sabía que Lena se había convertido en un punto débil en él. No era la primera mujer que se negaba a sus encantos, pero sí la primera que él quería con tanto fervor.

—Lena… Mira, hazme un favor y solo responde a mi pregunta: ¿rubia o morena? Tengo dos ideas para unos cuadros, pero no decido a cuál pintar primero.

Quise sonreír ante su voz amargada, pero me apiadé de él.

—La última mujer con la que apareciste en público fue una rubia y te gusta variar, así que te diría que mejor la castaña, solo ten cuidado, Bret, no quiero sacarte de más líos.

—Eres un buen amigo, por eso lo haces. Cuando te metas en un lío tú, ahí estaré yo para sacarte.

Reí entre dientes.

—Eso lo dices porque sabes que no me meteré en nada grave.

—Sí, como sea. ¿Estás libre? Necesito un trago antes de la noche.

—No puedo, tengo trabajo que hacer antes de cenar con Azul. —El silencio que le siguió a mis palabras solo me hizo virar los ojos y suspirar porque sabía que Bret, en cualquier momento, soltaría una de las suyas.

—Oh, amigo, ¿estás aprovechando que Ashton está distraído con su familia para robarte a su hermanita? Eso no es muy ético de tu parte, y te recuerdo que siempre hablas de lo ético y legal.

Los recuerdos de la única noche que me permití hacer algo prohibido llegaron a mí junto a los sonidos de los gemidos de Azul. Llevaba seis años, seis malditos años ansiando con probarla de nuevo.

Recordaba todos los días que veía a esa rubia andar por su casa cuando iba a visitar a Ashton. Incluso recuerdo que algunas veces sacaba excusas tontas para poder ir con mi amigo y espiar a su hermanita. Me sentí mal muchas veces por esa cuestión hasta que caí a poco tiempo de que Azul cumpliera los diecinueve. ¿Me arrepentía de eso? Maldita sea, no, pero sí había detalles que hubiera cambiado, como que ella no fuese todavía tan pequeña porque pasé mucho tiempo recriminándome eso; y también que mi relación con Vanessa se hubiera terminado y enfriado antes de haber estado con ella.

Las cosas no eran como Azul creía, aunque no la culpaba por pensar lo contrario.

—Maria Azul es mi amiga, siempre lo fue, así que solo saldré a comer con mi amiga.

La risa de Bret se escuchó en todo el auto, lo que no me dejó más opción que solo apretar el cuero de la cabrilla.

—Los amigos no se quieren arrancar la ropa cada que están juntos, pero bien, engáñate como quieras, solo te recuerdo que ya tienes el camino libre y Azul… ya está mayor, ya no es la misma niña de hace años, aunque siga siendo caprichosa.

Allí sí reí solo por recordar la actitud de la hermana de mi mejor amigo.

—Vete por tu dama de compañía del mes, Bret, y déjame en paz. No me llames más, que tengo negocios que atender.

—Te llamaré si me meto en problemas, por ahora… solo me queda decirte que te diviertas.

∞

Toda la situación con Azul me parecía irrisoria. Nunca se quedaba en mi apartamento, pero tenía ropa por montones allí; no habíamos tenido sexo desde hacía años, aunque todos pensaran lo contrario; ella parecía una gata arisca conmigo en la mayoría de las ocasiones, pero nos enviamos mensajes todos los días y podíamos hablar de cualquier tema sin necesidad de peleas y, por último, y considero que lo más importante, ambos nos celábamos.

Recordaba muy bien las veces que veía a Tadeo en casa de Azul, solo como amigos, la forma en la que ambos crecieron juntos y esas alarmas en mi cabeza que me incitaban a acercarme a él y sacarlo a patadas. Claro, para esa época, Mazu sí que estaba enojada y casi no me permitía entrar en su vida, así que solo podía tomar yo mis cosas e irme para no arruinar su humor. Luego Ashton llegó un día con la noticia de que Tadeo y Azul eran novios. No me

sorprendí por ello, presentía desde antes que eso pasaría, pero que no me sorprendiera no significaba que me gustara. Aún podía sentir el ácido subiendo por mi esófago ante la retahíla de palabras de mi amigo contra el nuevo novio de su hermana.

Pero Azul no se quedaba atrás, porque en ese tiempo solo había conversado y salido con una chica, pero la rubia se enojaba cuando me veía cerca de alguna accionista, cliente o cualquier mujer que pudiese tener relación con la empresa. También, en muchas ocasiones, en las cenas a las que íbamos Ashton y yo, y en las cuales ella hacía de acompañante de su hermano, se pegaba a mi lado solo para ahuyentar a toda mujer que tuviese la osadía de acercarse a hablarme. La molestaba por eso, aunque ella siempre cambiara el tema con su ceño fruncido y una copa en la mano.

Suspiré en cuanto escuché el pitido del ascensor avisando que llegaba alguien a casa.

—Señor Ferrer, aquí tengo su traje.

Y la única mujer a la que Azul no había logrado alejar fue la que apareció por el resquicio de la puerta, ataviada con dos trajes en cada mano, pero quizá eso se debía a que Azul estuvo involucrada en el proceso de selección y sabía que la mujer que trabajaba para mí tenía un esposo y un hijo esperando cada día por ella, a pesar de que fuese una mujer joven y, no puedo negarlo, atractiva.

Asentí y me levanté para quitar de sus manos los trajes. Ella soltó un suspiro en cuanto el peso de ellos se le quitó de encima.

Me llevaba bien con mi asistente. Era una mujer menuda, pero tenaz. Podía encargarle cualquier cosa y ella lo haría, y también la consideraba una amiga, aunque sospechaba que solo me aguantaba y me daba consejos por la paga, no porque de verdad compaginara con mi personalidad. De hecho, recordaba una vez que me dijo que tenía que analizar menos las cosas y trabajar un poco menos porque me enfermaría por eso.

Estuvo en lo cierto, debo aclarar.

—Ya cambié el labial, señor, y todos los pendientes están listos. Tiene una copia en su correo de todo lo que se logró hacer. Su secretaria también quedó de cargarlo en la nube por si lo quiere revisar. Para mañana tiene dos reuniones, una a las ocho de la mañana y otra a las dos de la tarde. Organicé todo para que pueda tener la primera aquí, es virtual, y la segunda sí es en el restaurante De Autor. Ya le envié de qué va cada reunión, un pequeño resumen de la situación para que la recuerde y se ponga en contexto, y estaré allí por si me necesita.

Asentí.

—Puedes irte a casa, entonces. Te avisaré si necesito algo más, pero no lo creo.

—Llevaré esto a su habitación y me iré —dijo tomando de nuevo los trajes que yo había puesto sobre el sofá de mi oficina en casa. Sonrió y se despidió mientras yo tomé asiento para revisar el trabajo del día de la empresa. Era algo que me gustaba hacer para tener todo bajo control, aunque Ashton siempre me decía que por unos días la empresa no se iría abajo. Como decían por ahí: si una empresa no funciona sin tener a sus directivos las veinticuatro horas de la semana, entonces no es un negocio rentable, y los que tenía por supuesto que no me necesitaban a mí, para eso contratábamos personal, pero mi necesidad de saber todo bien era más fuerte que yo.

Me quedé allí hasta que mi celular sonó unos minutos después. Tenía programada una alarma para que me indicara cuándo había cierres viales por si necesitaba tomar algún desvío y justo eso me marcaba. A la noche, al parecer, había un evento en las cercanías del restaurante al que llevaría a Azul.

Luego de ver el aviso, vi la hora. Ya era momento de organizarme para ir y cenar con la única mujer con la que quería

estar. A veces hacía eso: fingir citas solo por darle un bálsamo a mi alma con la compañía de la mujer que me hacía entrar en calma y olvidarme de todo el estrés diario.

Capítulo 3

MARIA AZUL

La risa de Micaela lograba llenar un pequeño hueco de mi corazón con alegría. Solo era ver sus mejillas coloradas detrás de la pantalla para yo también reír y sonreír.

Me gustaba mucho la idea de que ella y mi hermano estuvieran juntos y a punto de tener un bebé nuevo. Era el día de su ecografía para saber el sexo del bebé. Ella y yo estábamos convencidas de que sería otra niña; su instinto así se lo decía y yo estaba segura de que la vida necesitaba ver a mi hermano ser padre de una niña desde el principio.

—Creo que llegaremos tarde —dijo—, entonces te llamo mañana, ¿vale? ¡O pásate por la casa! Podemos celebrar en familia. ¿Qué dices tú, mi amor?

Enfocó a mi hermano que iba concentrado en la carretera. Él, tan serio como era, solo asintió.

Conocía a mi hermano. Quizá para todos solo estuviera serio, pero yo lograba ver sus nervios con mucha claridad.

Las comisuras de mi boca se alzaron un tanto en ternura. Ashton ya estaba grande, era lógico que comenzara con su familia, pero eso no eliminaba ni un poco el orgullo que sentía por él.

—Mañana iré, lo prometo.

—Bien, te daremos la sorpresa mañana. Estamos llegando, así que tengo que colgar.

—Está bien, preciosa, ¡te amo! Dale un beso a mi precioso de mi parte. —Ella rio, pero asintió antes de mandar un beso a la cámara y colgar.

Suspiré y enfoqué mi mirada en la sala de mi apartamento.

Los colores eran todos crema, las plantas eran las que le daban el toque de color junto con los cuadros. Era acogedor, toda la decoración era a mi gusto, incluyendo las fotografías sobre una repisa puestas en la pared encima del sofá más grande. Mordí mi labio al ver la fotografía de Tadeo y yo.

Debería sacarla, pero me sentía algo incapaz de admitir que ya ese enorme apartamento era para una sola persona.

Suspiré y me levanté para ir a mi estudio. Allí todo era diferente, todo estaba lleno de color y un desorden ordenado que amaba.

Desde pequeña había mostrado afinidad con el diseño, aunque mi madre siempre pensó que sería diseñadora de interiores o algo similar por mi gusto de estar cambiando siempre los muebles de mi habitación, pero mi mente se lanzó al lado de la moda desde los dieciséis, cuando me quedaba horas leyendo revistas del tema, cuando veía los videos de las pasarelas o en los videos musicales me quedaba criticando o analizando todos los vestuarios y, a partir de ello, comencé a dibujar mis propios diseños que, por supuesto, eran muy malos al principio.

Mis diseños eran exclusivos, por eso el *showroom* estaría en una zona exclusiva de la ciudad, pocas cantidades, pero todo lo creativo salía del estudio de mi apartamento.

Un lado de la habitación tenía cinco figurines, o maniquíes de costura, algunos vestidos con algo, otros desnudos. En la mitad de la

habitación, una grande, por supuesto, porque tenía muchas cosas, estaba la mesa que usaba para sacar mis moldes y cortar las telas. En la pared del fondo, cerca al ventanal, estaban mis máquinas de coser.

A mí no me gustaba mucho la confección, lo mío era netamente el diseño, pero sí que me gustaba hacer todo desde cero y que todo quedara a mi gusto, así que los patrones los sacaba yo, no los mandaba a un experto en ello, como también los primeros diseños para ya mandar a las fábricas de corte y confección,

Esas paredes empapeladas con mis diseños, las reglas colgadas en las paredes, las máquinas, maniquíes, los estantes llenos de telas y cada pequeño detalle de ese lugar lograba darme la tranquilidad que el resto del apartamento no lograba darme. Quise quedarme allí, pero una mujer necesitaba tiempo si quería estar impoluta, hermosa y fantástica para una cita que no era precisamente una. Debía organizar mi cabello, maquillarme, elegir un atuendo adecuado y comer un snack antes de todo eso, así que mejor me puse manos a la obra porque no pensaba darle a Max el placer de verme desorganizada. No de nuevo.

Luego de toda una rutina de exfoliación, ducha, depilación, peinado, maquillaje y elegir el vestido perfecto, estuve lista. Me observé en el espejo de la entrada solo un minuto antes de que entrara un mensaje a mi teléfono avisándome de que Max me esperaba.

Me tiré un beso a mí misma antes de empacar el celular en la cartera y salir. Le tenía casi que prohibido a Max subir al apartamento, por eso me esperaba en la calle, dentro de su auto.

De los tres, quizá era Max el que menos se interesaba por los autos. Sí, tenía como dos o tres, pero solía usar solo uno, a comparación de Bret o mi hermano que solían cambiar de auto cada día de la semana, pero el castaño sí que era un buen coleccionista,

en especial de relojes. Yo no es que viviera en su apartamento, pero sí había ido algunas veces, y también tenía ropa de cambio allí por si llegaba a suceder algo con mi atuendo, así que recordaba muy bien el día en el que comencé a llevar algunas de mis cosas hacia allá, para mi comodidad y pensando que con ello molestaría a Max, pero solo se había parado de brazos cruzados en el umbral de la puerta y me observó en todo momento. No me dijo nada, ni siquiera cuando abrí una de las grandes puertas de su armario y descubrí que todo ese compartimiento, que no era pequeño, estaba lleno de relojes, desde los más caros hasta algunos baratos. Quizá no los más baratos, pero para un hombre que tenía dinero para comprarse lo que quisiera, pues sí se podrían considerar «baratijas».

Otra de las tantas cualidades que tenía Max era su caballerosidad. Siempre salía del auto para abrir mi puerta y cerrarla, corría mi silla en los restaurantes, me daba sus abrigos si lo necesitaba, sostenía mi bolsa, acomodaba mi cabello… pensándolo mejor, Max era muy complaciente conmigo, aunque no así con las demás personas. Solo una vez estuve en una reunión en la que Ashton no pudo estar y yo de buena hermana lo reemplacé, pero como yo no sabía nada del negocio, al menos no lo que importaba en ese instante, Max fue quien tomó el control de todo. Ese día tuve que cerrar las piernas cuando se enojó y tomó la sartén por el mango con un tono fuerte y decidido. Tengo que admitir que ponerme de novia solo unos días después de eso con Tadeo fue un error de mi parte.

¿A quién quería engañar? Por supuesto que eso de querer hacer el «un clavo saca otro clavo» me iba a explotar en la cara más temprano que tarde.

Suspiré y me ajusté el abrigo en cuanto vi a Max esperando por mí. Él no me sonrió al verme, solo abrió mi puerta y analizó mi vestimenta. No bajé la cabeza, caminé erguida y orgullosa hasta que llegué a él a la espera de que me dijera sus pensamientos.

—Estás hermosa, Mazu. —Sonreí y eché mi cabello hacia atrás de mi hombro.

—Lo sé —respondí mientras subía al coche. La comisura de los labios de Max tembló cuando quisieron alzarse, pero se contuvo, en vez de eso, cerró la puerta y subió a su lado—. Tú también te ves bien. ¿Me dirás ahora a dónde me llevarás? He estado todas estas horas pensando si mi atuendo es el indicado o no.

Él me volvió a dar un vistazo, quedándose un momento de más en mis piernas desnudas.

—Estás perfecta así.

De nuevo, evitó decirme a dónde íbamos hasta que no llegamos al restaurante. Me sentí complacida al dar un paso dentro de mi favorito, uno con tres estrellas Michelin que adoraba. Era muy exclusivo, así que la reserva la tuvo que haber hecho, mínimo, el día anterior.

Una trabajadora nos guio hasta nuestra mesa. Como estaba en lo alto de un hotel, la vista era preciosa, mucho más desde la mesa reservada para nosotros.

Una vez sentados, Max me observó. La intensidad de su mirada me puso algo nerviosa, así que intenté disimularlo.

—¿Por qué me invitas a cenar hoy? —pregunté dándole un vistazo a la carta.

Un camarero se acercó a preguntar sobre las bebidas. Max pidió un vino al que no le presté atención porque confiaba en su gusto.

—Solo quería cenar contigo, hace mucho no lo hacemos.

Me removí en mi asiento y asentí.

—Bien, entonces ¿de qué quieres hablar? —Sonrió un poco.

—No te tienes que sentir incómoda, Azul. Estabas preparada para pelear, pero podemos cenar en paz, conversar como solemos hacer cuando dejas tu… venganza de lado. Solo sé tú. ¿Cómo van los arreglos del *showroom*?

Toda su atención se volcó hacia mí. Carraspeé y terminé de decidirme sobre qué pedir esa noche antes de suspirar, bajar la carta, y responderle.

La conversación fluyó luego de unos cinco minutos, cuando yo logré relajarme. Además, quizá una hora después ambos ya nos encontrábamos algo alegres por el vino, que no fue solo una botella, sino dos, y todo el mundo sabe que el vino emborracha más que otros licores, aunque supuse que él estaba peor que yo porque pocas veces Max se reía abiertamente, y allí lo hizo.

—¿Cómo es que Ashton nunca me contó sobre eso? —pregunté entre risas disimuladas.

Max suspiró, sus ojos brillantes por el alcohol.

—Porque ambos somos lo suficiente correctos como para admitir que hicimos algo malo en nuestra juventud.

—Oh, vamos, Max, todavía eres joven. Y bien, crearon una empresa fantasma para… aplazar ciertas cosas, pero al final pagaron todo, no es tan ilegal.

Él se volvió a reír.

—Estuvieron a punto de descubrirnos. Si hubiéramos tenido a Micaela en ese instante, creo que habríamos logrado solucionarlo en un menor tiempo.

Ante la mención de mi mejor amiga me emocioné.

—Hace horas deben haber salido de la cita médica, ya deben saber si será niño o niña. ¿Tú qué crees que sea? —pregunté de verdad muy emocionada. Max giró su cabeza para observarme antes de sonreír y llevarse la copa de vino a sus labios. Dio un trago antes de señalarme con ella.

—Tú sabes que terminarás siendo mi esposa, ¿no es así, Maria Azul? —Si hubiera tenido algo en la boca, seguro me hubiese atragantado.

Me crucé de piernas y también me incliné en la mesa.

—Estás muy perdido en el mundo, Max, y también muy seguro de ti mismo. Ya ni siquiera recuerdo cómo fue esa noche entre ambos, solo recuerdo lo que pasó la mañana siguiente, así que ¿cómo por qué te elegiría?

—Porque sientes lo mismo que yo, Azul —susurró. No se contuvo, se inclinó más hacia mí y delineó mi brazo hasta mi cuello —. ¿Nos vamos?

Asentí apenas sin respiración, aún con el calor de sus dedos en mi piel erizada.

Me ayudó a levantar. Yo estaba algo temblorosa e inestable, pero él, a pesar de que sabía que estaba alcoholizado, hasta más que yo, mantuvo la compostura como si no lo estuviera y me ayudó a poner mi abrigo y salir del hotel.

Me guindé a su brazo, por supuesto, por miedo a caer. El transcurso del viaje del restaurante hasta el auto se hizo en silencio.

—¿Manejarás tú? —pregunté al ver que el valet le entregaba las llaves y que no estaba el chofer que contrataba para esas ocasiones.

—Nos iremos lento, no te preocupes.

Abrió mi puerta. No estaba tan de acuerdo con su decisión de manejar embriagado, pero yo también tenía la mente perdida, así que no se me hizo una idea taaan mala.

Al arrancar, Max mantuvo una velocidad… buena, no lento, pero tampoco rápido. No creyó que pudiese hacer de todo o pasarse semáforos en rojo, aunque llegamos a un momento en el que nos encontramos con una calle casi cerrada por la cantidad de personas que había allí.

—Ah, olvidé esto —susurró. Bajó la velocidad para poder pasar a las personas sin causar un accidente.

Yo suspiré.

—¿Qué es esto?

—Una clase de evento o algo así. Ya debe haber acabado, pero todos se devuelven a sus casas.

Suspiré de nuevo.

—Entonces mejor esperemos a que se despeje la calle. Mira, ahí hay una plaza de aparcamiento.

Me hizo caso: se estacionó y apagó el auto. Nos quedamos un momento en silencio, solo mirando a las personas alejarse por la calle.

Luego de unos minutos en silencio, me sorprendí por su mano saliendo al encuentro de mi pierna. Di un respingo que él pasó por alto porque comenzó a hablar justo en ese instante.

—Deberías quedarse en mi casa hoy —susurró para no romper la atmósfera de calma y silencio.

Solté una risa.

—¿Me harás siempre la del pisco? Hoy no estoy tan borracha como hace años, no me acostaré contigo.

Cuando giró su cabeza, yo también lo miré.

—No te estoy pidiendo sexo, Mazu, solo dormir. Nunca te has quedado en este nuevo lugar, tienes ropa, está tarde y hace frío. Si mañana quieres hacer algo, no me negaré, pero de verdad solo quiero hacer las paces contigo. He intentado conquistarte por años, solo paré cuando estuviste con Tadeo, y aún creo que fue un error haber frenado mis intentos.

No sé si fue su mano masajeando con mucha delicadeza la piel de mi pierna, sus palabras con ese tono aterciopelado que nunca había usado, el alcohol o los recuerdos de la noche pasada, pero mi cuerpo se encendió poco a poco mientras solo me dedicaba a mirarlo.

—¿Max? —susurré para que abriera sus ojos; cuando lo hizo, me perdí a mí misma.

Con unos reflejos que no sé de dónde saqué, me senté sobre sus piernas. Él aclaró un tanto su mente porque pensó en el detalle de echar el asiento hacia atrás para darme más espacio.

Cuando mi boca tocó la suya, mis huesos se convirtieron en lava. Mi corazón se aceleró, pero mi cuerpo, por el contrario, se relajó contra sí. Tuve que apretar mi cuerpo al suyo para generar algo de fricción cuando su gemido se ahogó en mis labios y me prendió un tanto más.

—Mazu…

—Shh, si luego me arrepiento de esto, le echaré la culpa al alcohol.

—No quiero hacer nada con alcohol de por medio —admitió, así que me separé, sin embargo, en cuanto obtuvo una vista completa de mí sobre sí, maldijo y, con su mano en mi cuello, me acercó de nuevo a él con fuerza.

A partir de ese momento todo se descontroló. Sacó mi abrigo y lo tiró al asiento trasero del auto para después bajar el cierre de mi vestido y poder sacar los tirantes de este. No llevaba sostén, ese vestido tenía un corte en la espalda que me prohibía llevar uno, así que solo fue directo a mis pechos, atacándolos sin misericordia.

—Noté que no llevabas sostén —susurró antes de dar un pequeño mordisquito que lanzó una corriente a mi entrepierna.

Regresé su boca a la mía mientras me rozaba contra su hombría y lo sacaba un poquito más de control.

La temperatura, por supuesto, aumentó mucho más cuando, con mucha pericia y destreza, él subió sus manos por mis piernas y atajó mi ropa interior para sacarla, ¿cómo? Con un poquito de mi ayuda, pero con mucha incomodidad por el poco espacio.

Si hubiera tenido los ojos abiertos, de seguro los hubiera puesto en blanco cuando acarició con la fuerza exacta mi clítoris. Me mordí el labio, tanto por el placer como por la vergüenza de que notara lo excitada que estaba, incluso desde la cena.

Dejó besos en mi cuello que me robaron pequeños jadeos a medida que acariciaba. Me deshice ante sus atenciones hasta que no soporté más el ansia y el calor, por eso rebusqué la cremallera de su pantalón.

Lo acaricié primero con mis manos. Su dureza se humedeció un poco con sus propios líquidos antes de mecerme sobre sí y empaparlo con los míos. Sus gemidos solo incrementaron las ganas que tenía de sentirlo dentro de mí. Sabiendo que seguía con

anticonceptivos y que él en un tiempo no había estado con una mujer, me senté sobré él y permití que me llenara poco a poco.

Sí, quizá me iba a arrepentir más tarde de eso, pero en el instante todo se sintió correcto y muy bien.

Comenzamos un vaivén acompasado. Me ayudó a subir y bajar sobre sí mientras yo me sostenía de la ventana y la consola entre los asientos.

Creo que no pensamos muy bien la situación: estábamos en un coche, en una calle que solo minutos atrás estuvo llena de personas. Por supuesto que alguien notaría que el coche se balanceaba. Quizá los vidrios estaban polarizados, pero cualquier persona sabría lo que estábamos haciendo. ¿Me importó en el momento? Por supuesto que no, solo me concentré en perseguir esa sensación de hormigueo, de dejar expandir por todas mis piernas el temblor liberado desde mi vientre.

Max tuvo que seguir guiando mi cuerpo hasta que obtuvo su propia liberación. Yo me había quedado laxa sobre él, disfrutando de las sensaciones mientras dejaba besos sueltos en su cuello.

El calor de su liberación me llenó y solo unos segundos después, cuando la lucidez me llegó, supe que nos había metido en un problema, no solo porque no tenía papel o algo para limpiarnos, sino porque, al haber quietud, los policías que aguardaban fuera del auto decidieron tocar la ventana y mostrar su presencia con palabras fuertes, aunque se notaba que también querían reír.

—Mierda —susurré sobre la piel de Max y él, por supuesto, estuvo de acuerdo conmigo. *«Mierda».*

Capítulo 4

MAXIMILIANO

Mazu estaba más asustada que molesta, pero lo intentaba ocultar enviándome miradas matadoras mientras parecía volverse pequeña dentro de mi abrigo.

—Nunca había estado en una patrulla —susurró como si estuviera algo trastornada—. Soy una princesa, las princesas no van en patrullas como criminales. Podías haberlo sobornado, Max, tienes dinero para eso.

—Prefiero pagar una fianza a recurrir a métodos ilegales.

Ella me observó con algo de resentimiento.

—Max, hace nada me contaste que creaste empresas falsas, ¿cómo no vas a poder sobornar a dos policías?

Miré a los oficiales frente a nosotros. Al menos no nos habían llevado a una celda.

—Mazu, ellos no se iban a dejar comprar. Al principio sí, pero vieron que estábamos tomados.

—¡Con mayor razón! Con alcohol en las venas no se sabe lo que se hace —lloriqueó.

—Déjame llamar a mi abogado. Pagaré la fianza y saldremos de aquí en unos minutos. Llama también a tu abogada, la necesitas,

aunque pagaré todo yo.

Me observó con ojos de perrito regañado. Se quedó pensativa.

—¿Ya dijeron en cuánto la fijaron?

No pude responderle antes de que le permitieran ir a hacer la llamada.

Algo dentro de mí me dijo que sus nervios la llevarían a llamar a Ashton y no a su abogada. Suspiré y me restregué el rostro.

¿Cómo era posible que en las dos veces que había estado con Maria Azul apareciera Ashton de alguna forma? Eran coincidencias que de verdad no quería que siguieran pasando.

Sin embargo…, había estado de nuevo con Azul.

Pensar en ello me hizo sonreír, aunque ahogué la sonrisa de inmediato.

Un minuto después, pude llamar yo a mi abogado para negociar. Azul seguía sin llegar a la sala en donde nos tenían por petición mía porque no la haría compartir un lugar sucio con quién sabe quién. Eso me había costado, por supuesto, quien dijera que la policía y la justicia no se compraban, estaba muy equivocado.

Me decidí y llamé Tara mejor, así ella podría ponerse en contacto con mi abogado.

—¿Hola? —respondió con tono adormilado. Por supuesto, estaba tarde y debía estar descansando. Yo no acostumbraba a llamarla de noche, fuera de su horario de trabajo, pero bueno, esto era una emergencia.

—Tara, soy yo. Necesito que me hagas varias cosas. Lamento despertarla.

—¿Señor Ferrer? ¿Qué pasó?

—Necesito que vayas a mi casa y tomes ropa de Azul, la más cómoda que veas, también que llames a mi abogado y vengas con él a la Comisaría Tercera. Toma la tarjeta de emergencia y tráela, necesitaré pagar una fianza de Azul y yo. No demores, por favor… Ah, y trae algo de comer para Azul.

—¿Y usted no necesitará un cambio de ropa?

Lo pensé.

—Sí, también traiga algo para mí. Gracias, Tara. La veo en un tiempo.

Al volver a la sala en donde estábamos retenidos, Mazu ya se encontraba allí, todavía enfundada en el saco de mi traje.

Me dejé caer a su lado con un suspiro sonoro y nos quedamos en silencio por unos minutos.

A mí me gustaba tener las cosas claras, así que no podía solo dejar pasar la situación como si no pasase nada. Ella y yo habíamos dado un paso que nos devolvió en el tiempo. Teníamos la oportunidad perfecta para retomar las cosas en donde las habíamos dejado.

—Mazu —comencé—, sobre lo que sucedió…

—Déjalo, Max. No sé qué me sucedió, pero debemos olvidarlo.

Fruncí el ceño. No le creí mucho, así que no pude evitar soltar una risa incrédula.

—Por supuesto que no lo voy a olvidar —dije irguiéndome, sin embargo, ella rehuyó de mi cercanía. Eso me lastimó, pero no me

achanté—, llevaba esperando años a que volviera a pasar, Azul, no puedo olvidar eso.

Chasqueó la lengua y me observó.

—¿Desde cuándo eres tan romántico, Max? Fue sexo, solo déjalo. Por haberme acostado contigo no me meteré en una relación.

Mi frente se frunció más.

—¿Solo sexo? Debes estar bromeando. Ni siquiera sé cómo pude aguantar tanto teniéndote encima y llevando el ritmo, ¿acaso te haces una idea de cuánto tiempo llevaba sin sexo?

Viró los ojos.

—Por favor, Max, ¿crees que me voy a tragar el cuento de que llevabas seis años sin probar una mujer? —preguntó—. Mira, no te lo creo, no creo que todo este tiempo haya sido de pajas y nada más.

Hizo un gesto con su mano para imitar el movimiento que haría mi mano sobre mi pene. Era una imitación, sí, pero por un segundo imaginé eso mismo, pero realizándolo ella con su mano delicada y fina, siempre vistiendo un reloj igual de delicado y fino.

—He estado como con dos o tres mujeres más en estos años, y hacía mucho tiempo. Sí, solo a pajazos pude sobrevivir. No quiero tener sexo con cualquier persona, Maria Azul.

Suspiró como si estuviese hastiada de mí.

—Max, déjalo. Yo no quiero una relación, acabé de salir de una, además, aunque la quisiera, no estaría contigo mientras pienso en todo momento que seré de nuevo la amante… y las princesas como yo no son amantes, Max. Entiéndelo, bebé.

Refunfuñé ante su tono condescendiente.

—Nunca fuiste amante —mascullé, sin embargo, antes de poder seguir, escuché la voz de Micaela a lo lejos. Suspiré.

Por supuesto que no había llamado a su abogada.

—¡Nena! —chilló mi acompañante.

—Mazu, Max, ¿qué sucedió? Ashton está aparcando, pero no debe demorar.

Me levanté para saludar a la recién llegada. Como todo eso era algo bizarro, un policía la había dejado pasar hasta la sala donde estábamos recluidos.

La bebé en brazos de su madre alzó su cara adormilada y en cuanto notó a Azul, estiró su mano hacia ella.

—Zu —susurró y Mazu no demoró en ir hacia ella.

—Oh, mi bebé, no deberías estar aquí. Tu tía lo siente mucho, pero le echaremos la culpa al grandulón que está detrás de mí y que solo me mira con ojos de metralla.

Micaela, viéndose muy agotada, la observó.

—Mazu, de verdad, ¿qué pasó? Vinimos corriendo hacia aquí y Ashton no está para nada feliz.

Maria Azul solo alcanzó a hacer una mueca antes de que mi mejor amigo se presentara en la sala con aura oscura. No miró a su hermana, solo me observó a mí.

Alcé mis manos en señal de paz porque no quería discutir con él frente a las dos mujeres.

—Pagaré todo yo.

—¿Ahora metes a mi hermana a la cárcel? Maria Azul tenía su prontuario impecable, por tu…

—¡Ashton! —chilló de nuevo la rubia—, no me trates como una niña que no puede tomar sus propias decisiones.

Por fin, mi amigo la miró.

—Entrégame a Coco —exigió. Su hermana resopló, pero lo hizo. La bebé de inmediato se acomodó en el hombro de mi amigo, quien pareció controlarse al tener a su hijastra, o hija, como la veía él, sobre él.

Micaela me caía muy bien y en ese instante me cayó mejor porque intervino justo cuando las cosas escalaron en tensión.

—Deberíamos salir de aquí.

—Oh, no, no pagaré por la maldita fianza de Maximiliano.

—No será necesario eso, idiota —contesté—, tampoco tendrás que pagar la de Azul… Joder, Mazu, te dije que llamaras a tu abogada, no a tu hermano.

—Llamé fue a mi amiga —se justificó e iba a seguir hablando, pero, de nuevo, Micae intervino.

—Bien, entonces haremos silencio hasta que el abogado de Max llegué.

Por increíble que parezca, todos le hicimos caso, aunque solo un minuto después Tara llegó con cara de cansancio, seguida por mi abogado.

—Señor Ferrer, aquí está lo que me pidió. La ropa de la señorita y la suya. —Me tendió dos bolsas, pero yo me concentré en la primera que me señaló. Se la pasé a Azul ante la mirada de todos.

—Supuse que te gustaría cambiarte a una ropa más cómoda.

Apretó sus labios, pero aceptó la bolsa.

—¿Y de dónde salió eso? —preguntó Ash con los dientes apretados.

—Tara la compró para Azul —mentí.

—No hay una maldita tienda abierta a esta hora, Max —susurró con furia. Una esquina de mi boca se subió en una sonrisa.

—Entonces no hagas preguntas si sabes la respuesta.

Mis palabras lo enfurecieron más, pero yo me encontraba cansado, solo quería llegar a casa y ducharme antes de dormir.

Recordé que a la mañana tenía unas reuniones y no pude evitar que mi mal humor aumentara porque no iba a tener mis horas de sueño.

Y todo eso solo para que Azul dijera que es solo sexo.

Unos minutos después mi abogado solucionó todo. Por supuesto, por la marca del auto supieron que teníamos dinero, luego lo comprobaron al ver nuestros nombres, así que la fianza por esa pequeña estupidez —una estupidez muy excitante, debo agregar— me costó más dinero del que le costaría a cualquier persona, mucho más. Es que creo que incluso a una persona del común solo le habrían hecho una advertencia, no llegar a esos extremos.

Mientras todo se solucionaba, Azul se cambió con permiso de los policías. Micaela contuvo a Ashton de decir más y mi asistente, junto a mi abogado, solo esperaron a que les ordenara irse, lo que por supuesto hice casi que de inmediato.

Cuando Maria salió, no esperé a que Ashton dijese algo; la agarré de la mano y la jaloné con suavidad hacia la salida luego de que firmara los documentos necesarios.

—Dormirás en mi casa hoy porque no hemos terminado de hablar, pero tengo una reunión a primera hora y, si te dejo ir por tanto tiempo, te esconderás, y no me voy a arriesgar.

—Maximiliano, será mejor que sueltes a mi hermana —amenazó Ashton.

Mierda, yo lo entendía, era su niñita querida, pero él no gobernaba en los asuntos del corazón de su hermana.

—Ashton, te amo y te respeto —comencé—, pero esto es entre tu hermana y yo.

Mi amigo se enojó, por supuesto, sin embargo, tenía a la bebé en brazos y no pudo hacer mucho antes de que me fuera con su hermanita hacia mi auto, que no se llevaron por un generoso «regalo» que hice a los oficiales.

—Max, no quiero ir a tu casa.

—¿Temes terminar gimiendo mi nombre de nuevo? Lo siento, no sucederá. Estoy cabreado, trasnochado y ofendido, así que no te dejaré escapar. No te voy a tocar, si eso es lo que te preocupa, pero no huirás de mí.

Resopló, aunque me siguió de buena forma y se subió al auto sin protestar, aunque luego sí que se quejó de que la ropa que tenía en mi hogar ya estaba pasada de temporada.

Mi cabeza comenzó a palpitar, sin embargo, intenté ignorar el estrés todo lo posible y solo me enfoqué en un pensamiento: por fin dormiría con Azul en una misma cama, solo abrazándola y oliendo su

rico aroma dulce a neroli, vainilla y un montón de notas de su perfume favorito que siempre me había gustado.

Capítulo 5

MARIA AZUL

Llegar al apartamento de Max no se sintió incorrecto ni correcto, aunque mi cuerpo entró tensionado, pero en la sala se sentía solo calma.

Antes, cuando estaban en la universidad, Max vivió en un apartamento más pequeño porque no había tenido el dinero necesario para comprarse uno del tamaño del actual, aunque lo recordaba bien de algunas veces que estuve allí antes de que sucediera lo que sucedió.

Mi relación con Max siempre fue cercana, por eso, a pesar de mi enojo, nunca había dejado de hablarle en realidad, menos cuando día a día tenía, y seguía teniendo, un mensaje de buenos días, una explicación si se ausentaba en el día, nueva información sobre alguien porque, quien viese a ese hombre serio y calculador, en realidad era un chismoso.

Me daba algo de miedo admitir que, si me pusiera en una relación con Max, no sería mucha la diferencia porque en realidad casi que parecíamos una pareja.

Él suspiró en cuanto dejó las llaves en la mesa al lado de la puerta luego de cerrar. No tenía intención de irme, aunque estaba intimidada.

Analicé todo a mi alrededor, encontrando detalles que cambiaría de la decoración porque todo era muy varonil en ese ambiente, incluso, diría yo, que algo oscuro. Todos esos tonos en negro, gris y amaderados contrastaban mucho con mi apartamento, todo lleno de colores claros y luminosos.

—Creo que no tienes pijama aquí. —Su vos cansada me sacó de mis pensamientos. Lo observé con una ceja arqueada.

—Tengo ropa aquí por si sucede un problema con la mía y debo cambiarme, no porque tuviera pensado dormir aquí. Mañana iré de compras y enviaré más ropa, para que digas en la recepción que dejen subir a Logan. Y veré también qué está pasado de moda. No sé por qué no dejé básicos, aunque creo que envié todo cuando estaba en la época de no querer básicos y sí resaltar. Qué horror, como si no resaltara combinando los infaltables.

—El punto, Maria Azul, es que tendrás que dormir con algo mío —volvió al tema—, si prefieres dormir desnuda, me avisas, para al menos prepararme.

Me crucé de brazos.

—¿Piensas que dormiremos en la misma cama? —Me observó serio.

—No lo pienso, ya lo decidí desde mucho antes. No seas infantil, no habrá sexo y no es como si no lo hubiéramos hecho antes —masculló de un humor que ni él mismo se aguantaba. Me señaló un pasillo—. Después de ti, toda tu ropa la tengo en mi habitación.

No quise pensar en el hecho de que la tuviera junto con la suya. Esperé, incluso, que la tuviera en un armario aparte, pero toda esperanza murió al ver que su armario era una habitación completa que daba al baño. No era como en la casa de mi hermanito que Micae y él tenían sus *walk-in* por separado. No, porque, claro, Max sí que era un hombre soltero, ¿para qué tendría dos?

Pisoteé un poco a espaldas de Max, quien se había adelantado para abrir una de las puertas. Allí encontré toda la ropa, más de la que pensé que habría.

Quería hacer una rabieta, pero me la ponía muy difícil si tenía todas mis cosas guardadas de forma tan impecable. Siempre pensé que lo molestaría con ello, que en cualquier momento botaría mis cosas porque ese lugar era suyo, no mío. O también pensé que un día cualquiera le dañaría un polvo y una relación con otra mujer por encontrar mi ropa allí, pero nada de eso había sucedido porque el muy idiota no era perfecto como hombre, sin embargo, sí que tenía algunos comportamientos intachables.

—¿Tienes o no tienes algo para usar a la noche? —preguntó al ver que me quedaba de brazos cruzados solo observándolo ceñuda.

—No tengo. —De inmediato se dirigió a otra puerta y la abrió, revelando algunas camisetas. Sacó una al azar y, sin que lo esperara, me la tiró. Me sorprendió que me la pasara de esa forma tan despreocupada y que no me la organizara para pasarla de una forma elegante.

Quité la prenda de mi cabeza mientras refunfuñaba porque ese acto, aparte de parecerme indelicado conmigo, me despeinó.

Se dirigió a otro lugar de la sala y abrió lo que sería el cajón de las bermudas. También me pasó una, aunque la camiseta ya me quedaría perfecta para dormir. Supongo que no quería tener más tentaciones.

—Vístete, en el baño dejaré un cepillo de dientes para ti.

Debía estar muy molesto porque salió sin darme ni una mirada más.

Lo imité por lo bajo con un tono agudo y me puse a abrir y cerrar todos los cajones en busca de una toalla limpia, pero solo

había ropa. ¿Max creía que solo me iba a acostar?, ¿así como así? Necesitaba un baño antes.

Dejé la ropa que me había pasado en un pequeño sofá que había en la sala y salí con pasos fuertes. Tendría que haberme detenido cuando escuché el agua de la ducha correr, sin embargo, al principio no le presté atención, no hasta que noté que la cabina era en vidrio muy transparente y que podía ver todo el trasero bien definido de Max y su espalda ancha y definida.

Se había puesto más atractivo con el paso del tiempo.

Carraspeé con fuerza para hacerme notar, esperando que se asustara y se girara tapando sus partes, pero él solo llevó su cabello hacia atrás y se giró con calma…, sin taparse.

Su falta de vergüenza no iba a hacer relucir la mía, así que fingí que mi corazón no latía con fuerza y que mis zonas íntimas no se sentían calientes y húmedas.

—Yo también necesito una ducha. Imagino que como este lugar es tan grande, tendrás otro baño… y más toallas.

Cerró el paso del agua y salió de la ducha. Caminó sin importarle la vergüenza hasta un cajón dentro del baño y me pasó una toalla, esta vez sin tirármela.

El olor a jabón me llegó a la nariz. Al parecer, esa ducha había sido una muy rápida.

—Yo ya terminé.

No salió del baño, tampoco se vistió, solo tomó su cepillo de dientes y me ignoró mientras se cepillaba. Algo confundida por su actitud, también me quité la ropa, aunque siempre dándole la espalda. Me relajé un poco con el agua caliente, pero toda calma se fue cuando la puerta se cerró con fuerza.

Me giré tapándome los pechos. Me encontraba sola en el enorme baño.

Solo necesité unos minutos más para salir de la ducha. Tal como Max dijo, había un cepillo en su caja, así que lo destapé, lavé y me cepillé mientras pensaba que la ropa de él me quedaba enorme y que, si no fuese por el lazo de las bermudas, se me habría caído.

Yo no era una mujer muy alta, por eso casi siempre llevaba tacones, y Max era una escalera andante. Yo era más bien delgada y él era fornido, con músculo en donde debía tenerlo, así que la diferencia entre su tallaje y la mía era abismal.

Al salir, arrastré los pies hasta que salí a la habitación. La luz de las mesas de noche estaba encendida y Max ya se encontraba en la cama con los ojos cerrados, esperando a que yo llegara. No dije más palabras. Estaba muy tarde, yo estaba cansada y la conversación la tendríamos horas después, así que solo alcé la colcha del lado desocupado de la cama y apagué la luz al mismo tiempo que él apagaba la de su lado.

Nos quedamos en silencio y en la oscuridad. Pensé que él diría algo, pero solo escuché, minutos después, su respiración pesada con un bajo ronquido.

Aunque intenté quedarme despierta, convencerme a mí misma de que no me sentía cómoda, en realidad sí que lo hacía. Confiaba en Max, me gustaba y su cama era demasiado placentera como para mantener mis ojos abiertos por más de cinco minutos.

No sé cuánto tiempo dormí hasta que la alarma de Max me despertó. Me quejé, molesta porque no me gustaba despertar temprano, pero seguí durmiendo al instante en el que Max se levantó. Por un segundo sentí pena por él por haber descansado tan poco, aunque olvidé eso rápido, cuando volví a meterme al mundo del sueño.

No sé cuánto tiempo de más dormí hasta que, entre sueños, escuché que Max volvía a la habitación y se metía en la cama de nuevo, esta vez, llevándome hacia él, quizá porque quería abrazarme o quizá porque mi cuerpo se había acomodado por toda la cama y necesitaba espacio. Lo que fuera, me permitió dormir un poco más sobre sí hasta que me llamó con suavidad para que me levantara a desayunar y, luego de ello, tener la poco esperada conversación pendiente.

Capítulo 6

MARIA AZUL

Max solo me observaba mientras cortaba los panqueques con parsimonia, sentada en el enorme comedor con esa ropa suya ancha.

—Están riquísimos, no me había comido nunca unos tan esponjosos como estos —alagué sabiendo que Max estaba esperando a que yo comenzara a hablar, pero fue él quien me secuestró, él debería hablar primero.

—Mazu —llamó la atención. Al ver que se enseriaba, lo corté.

—Deberías comerte al menos uno. —Observó su reloj con desespero antes de ignorar mis palabras.

—En una hora debo irme y no pienso salir sin antes haber hablado contigo. No voy a tomar las cosas como un desliz de nuevo, como solo sexo, porque ambos sabemos que no lo fue. No lo es.

Tragué mi comida y torcí los labios.

—No puedes obligarme a estar en una relación.

—Maria, ese día, hace años, ya no estaba con Vanessa. Puede que haya dicho palabras que para ella resultaron ser que le pedí un tiempo, pero no fue así. Ya estaba decidido, así que no fuiste una amante.

—Ella todavía pensaba que estaban juntos, tenía llaves de tu apartamento, ¿de verdad no piensas un poco en ello? Max, «darse un tiempo» es la manera más cobarde de tener otras relaciones mientras tienes a tu verdadera pareja en el limbo.

Él se rascó la frente.

—Hay cosas que cambiaría. Tenía casi tu edad, Maria Azul, era mucho más inmaduro en ese entonces. Y no es por justificarme, pero tampoco hubiera estado con otra mujer diferente a ti.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso? —Se mostró algo avergonzado antes de responder.

—Que eres la única chica que me ha gustado al punto de querer mandar todo por la borda desde hace mucho más tiempo del que quiero admitir.

Sus palabras, contrario a alegrarme, me hicieron fruncir el ceño.

—¿O sea que soy un capricho? Sé que quieres que tome tus palabras como una declaración eterna de amor, pero solo soy capaz de ver que, si te digo que sí, en cualquier momento vas a desistir de ese enamoramiento tonto.

Me miró, incrédulo.

—¿Pero qué te hace pensar eso? He estado detrás de ti por años, Maria Azul. Eres mi amiga, y lo agradezco, pero he querido más de ti por mucho tiempo. Te probé y lo que me preocupaba de eso no era que no me gustara, sino volverme un adicto a ti. Te tengo noticias: eso fue exactamente lo que sucedió, ¿y piensas que todo ese esfuerzo es por un capricho?

Asentí, solo comiendo. Él resopló y se quedó en silencio.

—No quiero una relación ahora, Max. Lo que quiero es salir y divertirme, nada más, ya te lo dije.

Se quedó un momento pensando con los labios apretados antes de tomar asiento, por fin, a mi lado.

—Sexo, te propongo sexo entonces. Es divertido y no te ata a mí.

Entrecerré los ojos.

—¿Y qué trampa hay? —pregunté con verdadera sospecha porque la personalidad de Max no iba para nada dirigida hacia esos lados.

Se encogió de hombros.

—Ninguna, pero te voy a pedir algo a cambio. —Me burlé con un resoplido mientras cogía un arándano y lo llevaba a mi boca.

—¿Que no me involucre con otros hombres? —Como si la idea le molestara, tomó una respiración profunda con los labios vueltos un mohín.

—No, tú verás si te metes con alguien más. Yo no te voy a pedir eso, pero tampoco me lo pidas tú a mí.

Un pequeño fuego nació en mi estómago a causa de los celos, pero lo disimulé.

—¿Entonces qué es?

—Que seas mi acompañante en las siguientes fiestas, eventos, cenas, lo que sea que tenga de la empresa. Ya no eres la acompañante de Ashton y yo necesito a alguien.

¿Ser su acompañante?

—Eso solo te quitará oportunidades de conocer más mujeres —señalé.

—Hay más lugares donde puedo conocer personas, Mazu, no te preocupes por eso.

Lo pensé por unos minutos.

—¿Y eso como por qué te convendría a ti?

—Porque tendría sexo, Maria, por eso. Si no quieres más que eso, lo respetaré. Y si no quieres ni siquiera eso conmigo, también daré un paso atrás.

Asentí.

—Bien, entonces solo sexo.

Alejó la mirada, lo que me dio un pequeño indicio de que no estaba muy feliz con mi decisión.

Se levantó de la silla.

—Bien, debo irme entonces. Quédate todo lo que quieras. Si al final vas a salir de compras, dime para decirle a Tara que venga a abrirte.

—O dame una tarjeta de acceso —sugerí distraída, segura de mis palabras porque en otro momento él no se hubiera negado. De hecho, antes lo había propuesto y yo lo había rechazado.

—No, Mazu. Hay beneficios que tendrás y ya tienes por ser mi amiga y… amante en ciertas ocasiones, pero esa no es una de ellas. Solo Tara tiene llaves, si necesitas entrar, pídeselo a ella.

Mi boca se abrió con indignación. ¿Qué era eso? ¿Por qué comenzó a comportarse así?

Antes de que pudiera discutir, tomó su maletín y salió de la habitación hacia su reunión.

Los panqueques quedaron a medio camino de mi boca porque no creía que de verdad esa hubiera sido su respuesta. La cocinera entró en ese momento, pensando que quizá ya había acabado, así que solo nos observamos con sorpresa, yo por la situación con Max y ella por verme todavía allí.

—¿Se lo ofrece algo en específico para el almuerzo? —preguntó con calma luego de recuperarse.

—No, me iré pronto. Gracias.

Ella asintió y volvió a la cocina sin mediar palabra. Yo, por mi parte, terminé de comer.

Ignoraría la situación porque Max se levantó esa mañana de malhumor por la falta de sueño y porque yo tenía algo muy importante que hacer: ir a casa de mi hermano para celebrar que ya sabíamos el sexo del bebé. Aunque, para ser sincera, pensé por un instante en irme a mi apartamento y encerrarme allí porque sabía que Ashton me iba a regañar como si fuese una niña pequeña.

∞

Micaela fue quien salió a recibirme. Con su panza de cuatro meses se veía preciosa, llena de vida. Su semblante no se veía cansado, contrario a la forma en la que lucía cuando estaba embarazada de Colette. Supongo que tener el apoyo de tu pareja y familia sí influía demasiado en la forma en la que veías.

—¡Hola, mi amor! —saludé, pero mi sonrisa se perdió cuando me tomó de la mano y me sacó de la casa.

—Daremos la vuelta porque no quiero que Ashton comience a despotricar. Me vas a explicar, ahora sí, de principio a fin, qué pasa

con Max.

Me quejé un poquito, pero era consciente de que por mucho tiempo la mantuve en la oscuridad con ese tema, así que me dejé llevar hasta que rodeamos la casa y entramos a la habitación principal.

Me dirigí a la salita de la habitación mientras Micae cerraba con llave todos los accesos.

Cuando se sentó frente a mí, lo hizo con ansias de chisme, con ojos grandes, brillantes y atentos.

—Cuéntalo todo, no te dejes nada. ¿Cómo es que no sabía nada de ti y de Max?

Me acomodé, mi humor mermando.

—Porque me daba mucha vergüenza. ¿Ashton te contó algo? —Hizo un gesto con su mano para decir «más o menos», así que tomé aire y me preparé para hablar—. Bien, Max y yo tuvimos algo cuando tenía dieciocho, ya llevaba casi un año en la universidad, estaba pronta a cumplir los diecinueve. Max y Ash han sido amigos desde hace años, y Max solía ir bastante a mi casa, así que lo veía seguido y digamos que tuve un enamoramiento por él durante todos esos años. Cuando mamá y papá se fueron…, estuve muy mal, pero él siempre estuvo presente. Me sacaba, me ayudaba a distraerme mientras Ashton seguía ocupándose de la empresa y de sacar todo adelante. Nos unimos mucho por esas situaciones, pero él tenía novia y…, bueno, las cosas no podían ser entre nosotros y creo que en ese entonces él nunca lo contempló hasta que una noche nos encontramos por casualidad en una discoteca, ambos tomamos y una cosa llevó a la otra, porque él supuestamente había terminado con su novia y a mí me gustaba, entonces nos dejamos llevar. Pero a la mañana siguiente, Vanessa, la ex, nos encontró dormidos y le envió una foto a Ashton de ambos. Max y yo nos despertamos cuando Ashton llegó y armó todo un revuelo. Ahí me di cuenta de

que ellos no habían terminado y que Max, la persona en la que quizá más confiaba, me había traicionado y tomado como amante.

—¿Max es el amigo con el que siempre salías cuando te decía para quedar? —Reí.

Al comienzo de nuestra amistad salíamos mucho, pero en algunas ocasiones le cancelaba por ir a citas secretas con Max. Asentí a sus palabras.

—Así es, era él.

—Y desde eso, dejaste de salir con el hombre. Siempre pensé que era un admirador y que estabas saliendo con él y no lo querías presentar hasta que no hubiera algo seguro.

Me encogí de hombros.

—Es que siempre fue algo secreto. No queríamos que Ashton malinterpretara las cosas, ya tenía mucho sobre los hombros, pero las cosas se retorcieron y ya la situación con Max se dañó, ahora es una relación «amor-odio».

—¿Y qué fue lo que sucedió ayer? —Me quejé y me tapé el rostro para evitar la vergüenza.

—Anoche fue una recaída. Llevaba años sin tocarlo. Solo me acosté con él una vez y anoche me permití caer de nuevo en sus brazos fuertes y velludos. —Al recordar su cuerpo debajo del mío, cerré los ojos y apreté las manos—. Y creo que hoy acepté ser su folla-amiga… y eso como que no le gustó.

Micaela suspiró y se recostó mejor en el sillón, solo observándome. Luego de un minuto en silencio, se inclinó hacia mí.

—Mazu, desde que conocí a Max, y desde que te he visto a su lado, supe que se gustan… mucho. O sea, hay una conexión fuerte

entre ambos, mucha tensión, y no solo sexual. No lo has perdonado, lo sé, al menos no del todo, pero ¿sí quieres ser su amante?

—Quiero sexo —admití—, y no sentir que la situación se puede repetir… Cariño, ¿es que sí te das cuenta de la gravedad de lo que hizo? ¡Me tomó a mí como la amante! ¡A mí! Cariño, yo estoy para que me llenen de amor, detalles, frases bonitas, no para que me escondan y me dejen desnuda en una habitación por irse detrás de la oficial. Soy mucho para eso.

Ella asintió un tanto.

—Creo que si me hubieran hecho eso mi autoestima se habría ido por completo, pero siento que Max te quiere.

Me encogí de hombros.

—Obvio que me quiere. Me tiene que querer. Ha pasado mucho tiempo junto a mí y, bueno, soy una persona fácil de amar, pero que una persona te quiera no significa que debas dejar todo de lado por ella.

—Y no digo eso, solo digo que… quizá debas relajarte un poquito con el tema y, lo más importante, ver si él de verdad lo siente y te pide perdón, que, supongo, no te lo ha pedido en todos estos años.

Me puse a pensar en si él se había disculpado o no, sin embargo, mi cavilación no dio frutos porque Ashton se enteró de nuestra travesura de escondernos y tocó la puerta algo más duro de lo normal.

Suspiré.

«Y aquí vamos de nuevo».

Capítulo 7

MAXIMILIANO

—Señor Ferrer, la señorita Hunt me pidió acompañarla para llevar unas cosas al apartamento, ¿le digo que usted está allá?

Giré el bolígrafo entre mis dedos, pensando.

El sol había salido de nuevo desde nuestra conversación. El día anterior no permití que hubiera mucha conversación, solo respondí a su mensaje de *«¡Es una niña!»* con un *«tenías razón»*. Con quien sí hablé fue con Ashton, un hermano para nada contento con la situación de su hermanita teniendo algo con su mejor amigo, aunque le aseguré muchas veces que lo que pasaba entre Azul y yo no se podía considerar una relación.

Suspiré.

—Sí, dile que yo la recibiré.

Pensé que no se tomaría en serio lo de irse de compras, pero no le pregunté como quizá ella creía que lo haría.

Mi asistente colgó casi de inmediato y yo seguí trabajando en mi oficina. A veces iba al edificio administrativo de la empresa, pero otras me quedaba en casa para tener mayor tranquilidad.

No pude concentrarme mucho más al saber que Maria Azul iría.

Podría decir que me daba igual o que estaba feliz por al menos tener polvos seguros, pero no estaba satisfecho con ello. Por años traté a Azul como una princesa, le di lo que quería en todo momento. Cometí un error del que me arrepentía mucho, es cierto y no lo negaría, pero si Mazu solo quería sexo, eso es lo que obtendría de mí.

Con ella no sabía qué límite era el que dividía la amistad de una relación. Siempre la traté como mi amiga, sí, pero una a la que quería conquistar. Quizá caía en eso de que los hombres y las mujeres no podían ser amigos y que siempre el hombre estaría esperando el momento perfecto para hacer un movimiento, pero lo cierto es que le había otorgado a ella beneficios que nadie más tenía y que, aunque le agradaban, no eran para ella, no en la situación que estuvimos.

A mis amigos no les ofrecía llaves de mi hogar, no les enviaba flores, no los invitaba todas las semanas a cenar, almorzar o a pasar un rato juntos, a mis amigos no los perseguía, no les daba la potestad de decidir en mis negocios…, en fin, muchas cosas. Sí me preocupaba por ellos, haría cosas por ellos, pero siempre le di el trato de mi novia, aunque ni un beso nos dábamos.

Me levanté para desbloquear el ascensor y poderle dar acceso a mi hogar. Solo unos minutos después, ella entró al apartamento cargada de bolsas y acompañada de Logan, el chico que solía ayudarla a cargar todo cuando salía a comprar. La actitud de ella era enérgica, como siempre. Sonreía, su cabello iba suelto, su rostro maquillado de una forma linda, sutil. Me adelanté para tomar las bolsas que llevaba Logan y así despacharlo fuera de mi hogar. Ella le agradeció mientras el hombre tomaba el camino hacia el ascensor. Dejó las bolsas en el primer sofá que tuvo en frente y se giró hacia mí.

—¡No sabes todas las cosas lindas que compré! —Asentí y dejé las bolsas que yo tenía al lado de las demás.

—Supongo que luego te veré con ellas. Avísame cuando hayas sacado lo que no dejarás aquí para avisarle a Tara que debe llevarlas a donación.

Frunció el ceño.

—¿No me ayudarás? —preguntó haciendo un puchero precioso.

—Estoy ocupado, Azul. Te podría ayudar en unas horas. Si quieres esperarme, quedas en tu casa.

Aún con su ceño fruncido, me vio desaparecer en el pasillo que daba a mi oficina. Un minuto después, cuando apenas me había acomodado en el asiento, escuché unos suaves golpes en la puerta.

Claro, era Azul.

—¿Pasa algo? Te ves molesto —preguntó. Tuvo el descaro de preguntarlo.

Sacudí la cabeza, intentando ignorar que se acercaba cada vez más. Al tenerla a mi lado, suspiré y eché mi silla hacia atrás y hacia un lado, alejándome de ella, aunque solo le di la oportunidad de que se sentara en mis piernas al tener espacio.

—Se supone que eres mi amigo y que voy a tener sexo contigo en algunas ocasiones, pero tu actitud molesta no me va a prender —susurró sobre mi boca. Yo sí que logré calentarme solo por ello.

—Mazu…

—Si no era esto lo que querías, no debiste proponerlo.

—Eres mi amiga, te voy a tratar como tal.

—Los amigos pueden ayudarse a escoger qué ropa dejar y qué no.

Suspiré y la alejé de mí.

—Y eso haré, pero cuando termine lo que tengo pendiente. —Sus palabras lograron enojarme más. ¿De verdad? ¿Habíamos pasado años en un juego de tira y afloja y ahora salía con que quería estar conmigo? ¿Ahora me seducía?—. Si no te quitas de encima, no terminaré pronto y no te ayudaré —dije. Ella entrecerró los ojos y poco a poco se levantó de mis piernas.

Suspiré.

—¿Ya se fue Rio? —preguntó, refiriéndose a mi cocinera.

—Poco antes de tu llegar —respondí. Torció los labios.

—Bien, pondré a hacer palomitas de maíz para cuando termines ahí. Veremos una película. Ayer di una vuelta por el apartamento y apuesto a que no has estrenado la sala de proyección tan fabulosa que tienes.

No esperó una respuesta positiva o negativa, solo salió meneando su trasero.

—Es una caprichosa —murmuré, aunque de inmediato supe que yo mismo había contribuido mucho a esa actitud mimada.

Porque la mimaba, mucho, de hecho.

Al pasar varios minutos en los que no me pude concentrar, decidí renunciar a mi trabajo del día y dedicarme a otra cosa, o sea, a Azul. Supongo que algunas costumbres no podía eliminarlas tan fácilmente.

La encontré en mi habitación, en el closet. Todas las bolsas de las tiendas de la tarde estaban sobre la cama, sin nada de ropa ya en ellas.

Negué un tanto por el desorden que no estaba acostumbrado a ver y me asomé al *walk-in* en donde pude verla en el suelo, toda la ropa vieja rodeándola.

Me observó con sus bonitos ojos claros, sorprendidos.

—¿En qué necesitas que te ayude? —pregunté y remangué mi camisa para no quedarme prendado en sus ojos.

Se quedó cohibida por un momento, solo diciendo un «ugh» antes de levantarse, sacudir su ropa, que se había cambiado por una mía, y señalar un montón de ropa.

—Hay que meterla en una caja, ¿tienes aquí o debo llamar a Tara para que traiga?

—Yo tengo aquí. —Por supuesto que tenía, solía tener de todo un poco de lo esencial para estar prevenido. Ella me observó como si supiera con exactitud lo que pensaba y cómo era mi forma de actuar —. Iré a buscarla, quédate aquí.

Quizá unos quince minutos después, toda la ropa, que resultó ser más de la que pensaba, estaba metida en cajas de cartón, listas para donarse. El espacio que destiné para ella dentro de mi armario se vio algo vacío porque no mintió al decir que llevaría cosas básicas y no tanto de… tendencia.

Suspiré y la dejé a un lado de la puerta para que Tara entrara al día siguiente y se la llevara.

—Eso es todo. —Me asusté al sentir a Azul detrás de mí. En el tiempo que demoré en llevar las cajas se había hecho con un tazón de palomitas de maíz que llevaba abrazado a su pecho mientras comía—. ¿Qué película quisieras ver?

—Fuiste tú la de la idea. Yo lo que quiero es dormir, no ver películas.

—No seas aburrido, está temprano todavía.

—Y mañana es día de trabajo —objeté. Hizo un puchero y yo señalé a la puerta—. ¿Te llevó?

Su indignación fue clara.

—¿Me estás echando?

—¿Tienes pensado quedarte? —pregunté en respuesta—. Como siempre te negabas, creí que ibas a querer irte a tu apartamento.

Viró los ojos.

—¿Seguiremos trayendo el pasado al presente? —preguntó y me mordí la lengua para no decir que ella era quien se negaba a tener una relación conmigo por el pasado—. Quiero mimos.

Cerré los ojos y respiré profundo para evitar decir algo que no quería o ir hacia ella y comérmela en cualquier sentido sexual. Luego de un minuto, abrí los ojos con los labios apretados, viéndola a ella lucir tan inocente con sus ojos grandes y su acción de comer palomitas de maíz, y señalé el camino hacia la habitación.

—Vamos entonces.

Sonrió, complacida, pero primero direccionó su camino a la cocina para dejar allí las rosetas restantes.

Yo decidí adelantarme, solo restregando mi rostro mientras pedía paciencia al cielo.

«Es una mimada, una rubia mimada sin un pelo de tonta. Y tú eres un maldito manipulable».

Capítulo 8

MARIA AZUL

Desde siempre me decían que era una cría mimada y nunca lo negaba porque así era. Mi padre me había enseñado que yo era muy valiosa, siempre tratándome como una princesa, dándome el trato que una tendría. Cualquier niña hubiera querido un padre como el que yo tuve o irse de compras todo el día con su madre, las tardes de manicura, el que me contasen todos los chismes de grandes cuando mi padre y Ashton jugaban en el club.

Pensé, de hecho, en ello mientras iba a la habitación de Max. ¿Por qué no habíamos vuelto a ese club? ¿Es que acaso eran muchos recuerdos para que Ashton decidiera dejar de pagarlo?

Como fuese, mis padres siempre me enseñaron que yo valía mucho como para dejarme pisotear, además de que podía conseguir cualquier cosa que quisiera, y en ese momento quería a Max, por esa razón, con solo un gesto, eché mi cabello detrás de mi hombro y entré con una sonrisa al cuarto.

Lo encontré deshaciendo la cama mientras murmuraba cosas enfadadas entre dientes como si fuese un anciano amargado. Seguía con su ropa de trabajo, aunque, apenas me vio, se giró para ir a su armario. Lo frené, por supuesto, porque con las nuevas reglas en nuestra relación, quería más de él.

Él me observó en silencio mientras acariciaba con mis palmas su pecho por encima de la camisa, solo suspirando porque esa electricidad entre ambos no era solo por mí.

Cuando me apoyé en las puntas de mis pies para ganar altura, intentó alejarse, un intento muy débil porque ni un segundo después estaba comiéndome la boca, su mano viajando a mi cuello para sostenerme con fuerza en mi lugar mientras su otro brazo se aventuraba más abajo y daba un apretón fuerte en mi trasero.

Estaba enojado, muy enojado, y lo demostraba con la poca delicadeza de sus movimientos que, de igual forma, me gustó en él. Quizá me había cansado de la delicadeza que siempre mostró conmigo.

Solté un gemido en su boca sin poderlo evitar. Eso lo prendió más porque ahora fueron sus dos manos las que magrearon mis carnes antes de hacerme enredar mis piernas en su cadera y así caminar conmigo hasta que me recostó en la cama y sacó mi camisa para besar mi pecho.

—Hace seis años que no te tengo debajo de mí —susurró mientras besaba mi piel. Dio un pequeño mordisco en mi pezón que me hizo saltar y gemir por la pequeña corriente nacida desde allí que me recorrió por completo antes de que él lamiera.

No dije nada porque comenzó a bajar la bermuda —suya— que tenía puesta y sacó su lengua para lamer la unión de mi vientre y el comienzo de mi pierna. Besó un camino hacia el interior de mis muslos, jugando con mi deseo al solo rozar mi zona íntima.

—Max —susurré para que me diera lo que quería, pero solo me observó desde abajo, su cabello ya algo despeinado por mis manos. Bajé una de ellas hasta su mejilla y lo acaricié, sin embargo, la energía entre ambos en esa mirada fue tan fuerte, y quizá tan chocante para él, que prefirió romper el contacto y centrarse de nuevo en el resto de mi cuerpo y no mis ojos.

Apreté las hebras de su cabello cuando por fin llegó al punto que más necesitaba su atención. Mi espalda intentó separarse del colchón y mi cuerpo se removió, pero sus manos apresaron mi cintura para evitar perder el punto que me estaba haciendo suspirar.

Me llevó hasta el límite con su lengua, pero no me dejó terminar en su boca, solo me dejó mojada y con todo el calor concentrado en mis mejillas. Se separó de mí para sacar su ropa mientras yo recuperaba el aliento y lo miraba por el rabillo del ojo.

El hombre que siempre tenía todo en orden desapareció al dejar caer su ropa en el suelo sin importarle nada la organización. Se acercó de nuevo con el ceño fruncido y, sin mediar palabra, tomó mis piernas, dobló mis rodillas y me corrió hacia el borde de la cama mientras se posicionaba en mi entrada.

Iba a pedirle que parara con el juego del roce de su parte con la mía, sin embargo, solo estaba preparándome, tentándome un tanto más, antes de introducirse de un empujón fuerte en mi interior. Creo que de no haber estado tan caliente me hubiera dolido, aunque toqué el cielo por esa misma razón, por el placer de tenerlo por completo adentro.

Cuando comenzó a moverse con fuerza, haciendo chocar nuestras pieles, tuve que tomar una almohada y la sábana para intentar que las sensaciones no se desbordaran. Pronto esa almohada que había tomado para apretar, se convirtió en la que enterré mi rostro cuando Max se salió de mí, le dio vuelta a mi cuerpo y mis pies, antes apoyados en la cama, quedaron por fuera de ella cuando me puso a gatas.

Teniéndome allí, tomó mi cabello con una mano y, con la otra, apretó mi cadera para guiarme de nuevo hacia él.

El agarre de mi cabello no me permitió deshacerme en la cama, me obligó a quedarme en la misma posición, soportando todo lo que podía hasta que el calor se hizo insoportable y el delicioso nudo de

mi vientre se deshizo. Max, al fijarse en eso, permitió que mi cuerpo cayera rendido en la almohada en medio de jadeos y respiraciones agitadas. Así, en vez de agarrar mi cabello, paseó su mano por mi espalda, ejerciendo cada vez más presión gracias a su propio placer, hasta que se derramó dentro de mí luego de algunos movimientos más torpes.

Me quedé recostada, con la mente nublada, solo procesando que, enojado, Max parecía convertirse en otro. La primera vez que habíamos estado juntos, si bien no fue la más suave, no se podía comparar en frenesí a esa.

Parpadeé para salir de mis pensamientos cuando escuché a Max llamarme. Me tendía una toalla húmeda, todavía desnudo.

—¿O te quieres duchar? —¿Ducharme? No podía ni siquiera sentir mis piernas de lo temblorosas que estaban.

Me puse en pie, sopesando si era capaz de caminar o si mejor me volvía a echar en la cama. Mis extremidades estaban débiles, pero funcionales, así que le di un vistazo a la cama, luego al suelo y al interior de mis piernas. Carraspeé.

—Me ducharé, pero con eso podrías limpiar… el desorden.

Él asintió mientras yo pasaba por su lado intentando aparentar que no estaba a punto de caer por la poca fuerza de mis piernas.

Encerrada ya, tapé mi boca y jadeé.

—Qué maravilla. Haré enojar a este hombre más seguido —susurré a la vez que encendía el agua caliente.

∞

Micaela chaqueó los dedos frente a mí. Parpadeé para salir de mis fantasías sexuales y le sonreí para evitar que me preguntara algo

más.

Sentadas frente a frente en el pequeño espacio trasero del local del *showroom*, mi mejor amiga entrecerró los ojos con sospecha. Con su dedo, picoteó la mesa entre nosotras, su mirada pícara.

—Reconozco la mirada después de una buena revolcada cuando la veo. Cuenta todo, pillina —dijo, haciendo de lado el cuaderno que estábamos usando para sacar las cuentas antes de la gran inauguración.

Suspiré y peiné mi cabello.

—No hay nada que decir, creo que mi rostro habla por mí.

Micae se acarició el vientre, un gesto que había tomado cada que pensaba. Se veía preciosa con su vestido de maternidad y su cabello suelto, además, conocía a mi amiga y podía decir que yo no era la única a la que la noche anterior la habían dejado feliz.

—¿Ya solucionaron las cosas entre ustedes? —Me encogí de hombros.

—Pues seguimos en el mismo que te conté, solo que ayer me quedé en su apartamento, aunque nos dormimos pronto. Ese hombre tiene que aprender a relajarse un poquito.

—¿Y se verán hoy? Ashton me dijo de conseguir un vestido para esta noche, al parecer hay un evento.

Fruncí el ceño.

—No, no me dijo nada. ¿Es un evento de Galleria? —Ella asintió.

Si era del negocio en común que mi hermano y Max tenían, entonces podría ser que Max no se presentara por tener un representante ya en el evento, o sea, mi hermano, sin embargo, la

idea me quedó resonando incluso cuando ya me encontraba en mi apartamento, luego de mi reunión con mi amiga y de salir a merendar con ella.

Dejé mi bolso en el armario junto a la puerta, saqué mis zapatos y tomé mis babuchas cómodas mientras marcaba el número de Max.

Pensé que la llamada se perdería, pero contestó casi a lo último.

—Mazu —saludó sin tanto afecto como antes. Hice una mueca ante ello.

—Hola, guapo, ¿cómo estás?

—Algo ocupado, ¿qué necesitas?, ¿o pasó algo? —Suspiré mientras me dejaba caer en el sofá.

—Sí, es que Micae me comentó que hoy habría una cena y que los representantes de Galleria estarían presentes. —Su silencio me hizo fruncir el ceño—. ¿Tú irás? Necesito saberlo con anticipación para poder organizarme.

—Sí, iré, pero no contigo —respondió. Mi corazón se hizo añicos con eso.

—¿Por qué? ¿Irás solo? Me dijiste que la única condición era…

—Sé lo que dije, Azul, y no iré contigo porque antes de esa fiesta tengo una cena con… con una posible alianza para rebajar los productos de Galleria, los que no se producen aquí.

Me quedé en silencio por un minuto.

—¿«Una posible alianza» significa «una posible chica»? —pregunté porque no encontraba forma de que no me llevara si el encargado de representar la otra empresa era un hombre.

Max suspiró al otro lado de la línea.

—No una posible chica, solo es la encargada en el país de la maquila. No quiero celos, Maria Azul, por eso no te pedí ir, y tampoco quiero celos ahora porque fuiste tú la que prefirió dejar las cosas como amigos. Una amiga no me celará por ir a un evento con otra persona, de hecho, me ayudaría con ello.

Me volví a quedar en silencio, con el enojo naciente en mi pecho.

—Tienes razón. Diviértete hoy, entonces —mascullé antes de colgar.

Fruncí mis labios e hice una pequeña rabieta antes de levantarme e irme a la cocina pisoteando.

Me vería una película de romance y no podía vérmela sin palomitas.

—«Una amiga no me celará» —repetí sus palabras en un tono mucho más agudo y resoplé—. Imbécil.

Capítulo 9

MAXIMILIANO

Dentro de Galleria, Ashton y yo teníamos tareas específicas, como es claro. Mi socio, al tener también en sus manos la empresa familiar, entre otras cosas, era el que menos se encargaba de las tiendas departamentales, aunque claro que tenía mucha participación, pero más que todo en elementos que no necesitasen mucho de su presencia, por lo tanto, yo me encargaba de la mayoría de las reuniones.

Esa en específico era para lograr una maquila de nuestros productos con una empresa china que tenía también oficinas, no la planta productiva, en el país. Aunque vendíamos muchas más marcas dentro de las tiendas, lo cierto es que siempre necesitaríamos productos propios y para eso necesitábamos esa alianza.

Me sorprendió que unos chinos mandasen a una mujer para negociar porque tenía entendido que no solían hacer eso, tampoco aceptaban que la otra parte fuese una mujer, No tuve problema con ello, por el contrario, al conocerla, me pareció una mujer muy capaz de llevar una empresa como esas en el país, aunque no me quedé con la duda y, aprovechando que la conversación ya se había desviado de nuestros negocios, la observé reír y tomé mi copa de vino.

—¿Cómo es que te permitieron estar frente a la empresa? Pensaba que los negocios chinos pocas veces permitían eso.

Se rio, ensanchando sus mejillas, aunque sus ojos rasgados no es que hayan tenido mucha diferencia. Era bonita, una piel muy lozana, limpia, cabello corto negro muy organizado.

—Así es. No es que no haya mujeres en las empresas, por supuesto que sí, pero para este tipo de negociaciones… es algo más complicado. Yo tengo poder porque soy la hija del dueño. Mi padre venía por negocios hace muchos años, conoció a mi madre y… al final terminó migrando. Nací yo y años después mi padre tiene la confianza suficiente en mí y en lo que me ha enseñado para manejar los negocios aquí.

Asentí poco a poco.

—Ya veo. Bueno, tu padre definitivamente tiene muy buena visión. —Miré mi reloj, dándome cuenta de que ya debíamos partir y seguir la conversación en la fiesta de un inversionista que invitó a los dirigentes de Galleria—. ¿Te parece si seguimos la conversación en el hotel?

Estuvo de acuerdo, así que me levanté e hice señas para pagar la cuenta. Mientras se hacía la transacción, tomé el abrigo de Xia y le ayudé a ponérselo.

Recibí mi tarjeta y, con un asentimiento, le ofrecí mi brazo a mi compañía de esa noche.

—Es usted un caballero, señor Ferrer —alagó—. Debo confesar que cuando me dijo que tenía un evento esta noche y que podía ser su acompañante, lo dudé un poco.

Le di una mirada de reojo mientras caminábamos hacia el auto.

—¿Por qué?

—Porque una cena es diferente a una fiesta. Solo temí que fuese usted uno de esos hombres que intentan conseguir sus propósitos conquistando a la mujer, enamorarla para obtener lo que quiere y nada más.

Solté una carcajada limpia ante eso.

—No, no es para nada así, solo la invité para que pueda ver también un poco del ambiente que tiene Galleria. Si bien no es un evento propio de la empresa, conocerá muchos de los inversionistas, mi socio, su familia, proveedores… solo espero generarle un poco más de confianza y esperar a que su empresa se una a ese grupo.

Abrí la puerta por ella, quien agradeció con un asentimiento.

Suspiré. Era hora de volver a los negocios, así que, en cuanto entré, seguí un poco más con la conversación antes de volver al tema que nos competía. Nuestra idea era poder sacar productos con nuestra marca propia, mejorados a los demás que se podían encontrar, así que en nuestro viaje, y en medio de las presentaciones al llegar al evento, conversamos sobre ello y quedamos en que nuestros empleados en cuando a tecnología y comerciales se reunirían para presentar propuestas a cada empresa, así ellos pudiesen mandar prototipos junto con presupuestos.

Como lo único que faltaba era que Xia conociera a mi amigo, la llegada de Ashton junto con Micaela fue casi el cierre perfecto de esa reunión.

La esposa de mi amigo me sonrió y abrazó, pero la risita que soltó luego de ello debió darme una pista de que pasaría algo, sin embargo, ella de inmediato se puso en tónica de afianzar la confianza de nuestra próxima aliada junto con Ashton.

Micaela me gustaba, mucho más desde que nos ayudó con el tema del fraude en las bodegas, pero también porque complementaba a Ashton como él lo necesitaba.

Al ver que ellos eran quienes comenzaron a llevar la conversación, me distraje un poco en la decoración del lugar, aunque pronto mis ojos viajaron a la puerta, atraídos por la presencia que estaba entrando.

Mis sentimientos fueron una amalgama confusa porque quise reír al verla y enojarme con ella al mismo tiempo por dejarse llevar por sus celos a pesar de la situación. Como no supe qué hacer, solo metí mis manos en mis bolsillos y me quedé serio, mirándola.

—No sabía que Azul vendría —le comuniqué a Ashton. Micaela, siendo precavida con su marido, lo abrazó por el brazo mientras su mejor amiga llegaba.

Estaba preciosa, maquillada con tonos sutiles, imaginaba que porque no tuvo casi tiempo para organizarse. Su cabello lo llevaba recogido en una coleta desorganizada que de alguna forma se veía elegante y su vestido era uno largo, algo ancho que dejaba un solo hombro al descubierto y su otro brazo lo cubría por completo con la única manga que tenía el vestido. Estaba preciosa, pero seguía diciendo que era una niña caprichosa.

Aun así, con mi corazón cautivado por ella, no pude evitar que mi brazo saliera a su encuentro y abrigara su cintura para integrarla al grupo.

No se me pasó por alto la mirada que Azul le dio a Xia antes de ofrecerle una sonrisa y su mano.

—Ella es mi hermana, Maria Azul Hunt —presentó.

—Lamento la demora —se excusó como si la hubiéramos invitado.

Quise reír, pero como no podía hacerlo para no ponerla en evidencia, pretendí darle un beso en la cabeza a ella. Quizá para Xia esas eran señales contradictorias porque fue presentada como solo

la hermana de Ashton, sin embargo, a quien buscó para abrigarse fue a mí. No es como si me importara mucho, porque ya lo que sucediera con ella era de mi vida personal.

Dejé que conversaran un poco antes de excusarme y llevarme a Azul conmigo hacia la mesa de aperitivos.

Ella me observó con sus ojos entrecerrados, molesta, cuando el enojado debería ser yo. Estando solos, solo pude reír y negar mientras tomaba un pequeño pasaboca.

—¿En serio, Mazu? Esto es quizá lo más grande que has hecho por celos.

—Si era una cena de negocios, no entiendo por qué no podría estar yo presente en esta fiesta.

—Quizá porque estoy enojado contigo —mencioné de forma casual. Le señalé con los ojos un plato vacío para que ella tomara y poder poner en él varios aperitivos—. ¿Cómo te organizaste tan pronto? ¿Ya cenaste? —El enojo en su cuerpo se diluyó un poquito, solo un poquito. Negó con un puchero en sus labios que me hizo negar de nuevo—. Este evento comenzó hace un tiempo ya, la cena ya la sirvieron. Come esto mientras tanto y en unos minutos nos vamos y te llevo a cenar, ¿está bien?

Cuadró su cuello. Por supuesto, le estaba dando lo que quería y eso la empoderaba.

—Está bien —aceptó como una niña pequeña y comenzó a comer lo que le puse en el plato.

Volví a reír y tomé una copa de champagne.

—Eres una niña mimada, Mazu.

Solo se encogió de hombros antes de volver al grupo contoneando sus caderas. Yo me quedé atrás, solo observando su trasero mover la tela de su vestido y tomando mi copa, prefiriendo eso antes que llevarme a Azul a alguna de las habitaciones de ese hotel y desnudarla para mí.

Negué. Esa mujer terminaría por darme una embolia o un infarto.

Capítulo 10

MARIA AZUL

Ser una chica con dinero me daba muchos privilegios, como poder contratar una asistente que se encargara de la fiesta de inauguración mientras yo me iba de viaje con mi mejor amiga por tres días a la playa.

Durante el embarazo de Micaela, el primero, tuvimos que cambiar mucho nuestra rutina. Tadeo solía decirme que mis viajes eran un desperdicio, así que luego de un tiempo y, con Micae en estado, dejamos de darnos esos lujos, sin embargo, ya Tadeo no estaba y me había dado cuenta de muchas de sus manipulaciones para evitar que gastase mi dinero en mí o en mi mejor amiga y no en él, aunque Micaela nunca aceptó mucho de mi dinero y tampoco que le pagase un viaje cuando darse el lujo de irse siempre podía haberle costado el trabajo que tuviera en el momento, sin embargo, ahora yo estaba soltera y ella contaba con acceso a las cuentas bancarias de mi hermano, junto con la pensión que este le daba cada semana para sus gastos. Darnos unas pequeñas vacaciones no significaba problema en el instante, no si quitábamos la carita triste de Colette porque extrañaba a su padre.

Llevamos a Lena con nosotras, por supuesto, pero la bebé no quería a nadie más que a su padre.

—Yo lloraba así por mi papá cuando estaba pequeña. Amaba que me llevara a la oficina solo a sentarme en sus piernas. Creo que

Coco sacó eso de mí. —Ya sabía que Colette no tenía nada de mi sangre, pero la amaba tanto que no me importaba ese hecho para considerarla tan sobrina mía como la bebé en el vientre de mi amiga.

Micaela se dejó caer en la tumbona con Coco sobre ella. Acarició la espalda de su bebé luego de quitársela a Lena de los brazos porque era muy claro que otra cosa que Coco me había heredado era lo caprichosa y, si no tenía a sus padres juntos en este instante, tomaría a la única que tenía y no la soltaría. Era una bebé adorable.

Micaela suspiró y se puso sus gafas para evitar que le diera mucho el sol, aunque igual estábamos bajo unas sombrillas porque no queríamos broncearnos más.

—Con el embarazo, Ashton la ha estado mimando más e imagínate cómo es ahora si apenas conociéndolo ya me cambiaba por él. A Lena le ha hecho la vida imposible cuando Ashton debe salir, ¿cierto, Lena?

La niñera de Coco nos observó con rosto cansado, dándonos la razón.

Yo reí, emocionada y divertida, antes de enviar el enlace a Max de la foto que había acabado de subir a Instagram. Solía hacer eso para que le diera Me gusta y me dijera en mensaje directo lo linda que estaba. Mientras respondía, volví mi atención a las chicas que estaban conmigo, en especial a Lena.

—Otro que debe estar intenso es Bret, ¿no, Lena? O ya te ha dejado más en paz.

La chica resopló y yo me reí de nuevo.

Ella nos vio con algo de sospecha antes de abrazar sus rodillas y observar el mar.

—Es el hombre más intenso y raro que he conocido. Ustedes lo conocen, ¿por qué no solo acepta que no quiero salir a cenar o cuidar a su gata?

Micae se escogió de hombros.

—En realidad, yo no lo conozco mucho. Ashton me ha contado algunas cosas, pero no las suficientes para entenderlo. —Y dicho esto, me observó—. ¿Tú sabes algo?

Quité mis gafas de mis ojos y las puse sobre mi cabeza antes de erguirme sobre mis codos.

—Bret tiene algo con las mujeres, no sé qué es, pero hay algo, porque nunca le conocí una novia. Si ha tenido, nunca la presentó. Desde que estaban en la universidad comenzó con esa actitud de solo salir con damas de compañía preciosas, una por noche o por unas cuantas noches antes de encontrar y pagarle a otra. Es un mujeriego, pero, hasta dónde sé, no busca más a estas mujeres ni las trata mal, es todo un caballero. Aunque tiene una afición. Bret es maravilloso pintando, y tú eres hermosa, quizá eso es lo que busque de ti: pintarte. Muchas veces usa a las chicas que lleva a su cama de musas y, hasta donde sé, no les paga mal por dejarse retratar.

Ella frunció más la frente.

—Pero eso es algo tétrico, ¿no? Además, no quiero aceptar una cita con un hombre solo para que me deje en paz cuando solo debería bastarle con un «no». Ustedes tienen mucho dinero, lo sé, pero es una exageración lo que me ha ofrecido por cuidar de su gata.

Micae la observó con curiosidad, todavía acariciando la espalda de Colette, quien se estaba quedando dormida sobre el pecho de su madre.

—Disculpa que te pregunte esto, Lena, es tu vida privada, pero ¿tú tienes a alguien?

El cambio en la niñera fue notorio. Sus ojos se perdieron por un pensamiento o recuerdo de su interior y solo alcanzó a abrazar más sus rodillas antes de suspirar con fuerza.

—Sí, yo… tengo a alguien. Es algo reciente, en realidad, aunque no es por eso por lo que no quiero salir con Bret. Solo me parece sospecha la insistencia.

Entre Micae y yo nos dimos una mirada. Llevábamos el tiempo suficiente para saber qué significaba eso: queríamos saber el chisme de la vida amorosa de ella. No nos incumbía, pero ¿un chisme debía afectarnos para querer saberlo?

Mientras ellas seguían conversando sobre Bret y lo loco que era, yo revisé mi teléfono, llevándome la desagradable sorpresa de que Max había revisado los mensajes, pero solo le había dado Me gusta a las fotos, sin mensaje especial privado.

Luego de la última fiesta pensé que las cosas se habían solucionado porque me llevó a cenar y me volví a quedar en su apartamento luego de una noche increíble de sexo en donde había vuelto a desquitar su enojo con mi cuerpo, pero parecía que me había equivocado porque, cuando mencioné el viaje improvisado de vacaciones, no se comportó como un neurótico enviándome la lista de cosas que debía empacar, recordándome una y otra vez llevar mis papeles y cosas que yo ya sabía porque no era la primera vez que viajaba, pero que, a pesar de todo, siempre me había demostrado que se preocupaba por mí y me quería. En cambio, había obtenido silencio y sus deseos de que la pasara bien. Tampoco me había escrito varias veces al día para conocer los pormenores de mi viaje, y todo eso me sentaba mal porque de verdad no creía que lo mereciera. Yo no era una simple amiga.

—¿Estás bien, nena? Te apagaste —mencionó Micae, lo que me sacó de mi teléfono y del chat de Max.

—Estaba revisando que Zaida sí estuviera enviando las invitaciones —mentí—. Debería estar allá vigilando que la decoración esté bien, ¿no?

Micaela extendió su mano para apretar la mía con fuerza.

—Mañana volvemos y te pones al día de todo pasado mañana, no te afanes. Zaida hace un trabajo muy bueno, por algo la contratas siempre.

Suspiré. No me importaba Zaida, porque, como decía mi mejor amiga, ya había trabajado con ella antes. No podía decir que era mi asistente permanente, porque no contaba con una, pero era a quien acudía siempre que necesitaba una mano con algún trabajo. Era una mujer independiente, así que no me preocupaba que estuviera sujeta a algún contrato cuando yo lo necesitase. Lo que sí me preocupaba era Max; por ese motivo me levanté de la tumbona ante la mirada confusa de Micaela y me excusé antes de marcar el número de Max mientras me alejaba.

De nuevo, no estaba para nada acostumbrada a que el tono de llamada se fuera tan largo y sentir que no me contestaría, pero tomó la llamada a lo último, cuando ya me encontraba refunfuñando entre dientes en la entrada del hotel en el que nos estábamos hospedando.

—Mazu, ¿pasó algo?

—¿Qué te pareció la foto que te envié? —pregunté con la mandíbula apretada.

Max suspiró al otro lado de la línea.

—Mazu, estoy con mi madre ahora mismo, te llamo más tarde, ¿sí?

Suspiré con pesadez.

—Bien, salúdame a Karín.

Solo con unas pocas palabras más se despidió.

Llegué a la barra con un mal humor impropio de mí, pero cada vez más común por Max. Pedí un cóctel refrescante y até bien mi pareo a la cintura mientras lo preparaban.

Una vez sentada, no quise volver donde mi amiga porque en realidad estaba algo deprimida. Fue Micaela quien me encontró al ver que no volvía.

Mi amiga tenía un cuerpo espectacular, se le notaba incluso con su vientre crecido. Si algún día yo quedase en embarazo, quisiera verme igual de bien que ella.

Me acarició la espalda al llegar, sabiendo que había algo mal conmigo.

—¿Qué pasa, nena? —preguntó con preocupación antes de pedir una bebida sin alcohol para ella.

—Que Max sigue raro conmigo. —Micae me miró de reojo antes de suspirar.

—Cariño, no está raro contigo, solo te da lo que le pediste. Seamos sinceras, corazón, si él te hubiera tenido en ese juego de seducción por seis años, te habrías cansado mucho antes. De hecho, creo que lo hiciste y por eso estuviste con Tadeo. Es entendible que Max esté cansado de eso y se haya rendido porque, por mucho que tengan sexo y esa relación extraña, en realidad no te tiene como siempre ha querido.

Viré los ojos.

—Yo no quiero una relación con él. —Ella alzó una ceja, sin creerme ni un poco.

—¿Estás segura de eso? Porque yo creo que sí y lo que estás esperando es que te bese los pies para poder perdonarlo por lo de hace años. Me molesta que te haya rebajado a una amante, pero también me molesta que entres a ese juego en donde parece que vas perdiendo. —Acarició mi mejilla antes de sonreír—. Yo de ti, le daría un giro a la situación y lo tendría a mis pies suplicando por mí. Tú puedes con eso, nena, y hazlo antes de que sea muy tarde para eso… o piensa si de verdad es Max lo que quieres, si no lo es, no hagas que sufran ambos por esa decisión.

Capítulo 11

MARIA AZUL

La habitación de hotel era espaciosa, muy bonita, incluso algo parecida a mi propia habitación. Me sentía bien en ella, tranquila y segura, pero esas emociones se dispersaron al estar sola y poder pensar en lo que sucedía con Max.

Me dejé caer en la cama luego de dejar la tarjeta de acceso en la barra.

Estaba triste.

No podía negar que mis sentimientos por Maximiliano eran fuertes, más de lo que yo misma me admitía. Había algo en él que me hacía quererlo y sentir que yo le importaba. Y tuve eso por mucho tiempo, me acostumbré a ser la única que recibía su mejor trato, así que me incomodaba ser tratada como solo su amiga.

No me había llamado en todo el día y eso que ya eran las ocho de la tarde. Él solía pasar tiempo los fines de semana con su madre, pero no tanto. La visitaba, por mucho, cuatro horas, la llevaba a comer, si ella necesitaba o quería ir de compras, la acompañaba. Era hijo único, un buen hijo único, pero nunca se quedaba tanto tiempo con ella.

Enterré mi cara en la almohada y me preparé para rebajar mi dignidad y llamarlo para conversar con él porque sí extrañaba

hacerlo como antes; sin embargo, antes de que pudiese hacerlo, una notificación entró a mi teléfono.

Yo tenía alarmas programadas para saber en qué momento hablaban de mi familia, Max y Bret. Los mayores escándalos se habían dado con Ashton y Micaela hacía unos meses, y en ocasiones hablaban de ellos, o de ella, más precisamente, por su embarazo. Pensé que, al estar de viaje, era una notificación de nosotras, una revista de chismes que se dedicó a seguir nuestras vidas, pero no fue así.

La notificación era de Max, lo que terminó por sentarme peor… En realidad, lo que me hizo arrepentir un poquito de mi actitud con él fue que sí se trataba de una página de chismes que especulaba de un nuevo romance a la vista con Maximiliano Ferrer, el primero que le conocían en años.

Max estaba con Bret, pero lo que me hizo fruncir el ceño y que la inseguridad me dominara, fue el tema de que parecían estar en una cita doble, al menos eso era lo que decían, porque yo dudaba que Bret aceptara citas dobles, aunque, en las imágenes oscuras de la página, sí se podía pensar en ello.

Gracias a la amistad entre mi hermano y Max, nunca se pensó que las salidas entre él y yo fuesen más allá de lo amistoso. Solo una vez se mencionó la posibilidad de que yo estuviera saliendo con Max, pero eso se apagó con mucha prontitud. De hecho, coincidió con la única vez que Max de verdad salió con una chica en todos esos años. No digo que no hubiera estado con más porque él mismo admitió que había compartido su cuerpo con otras chicas luego de Vanessa y de mí, sin embargo, solo con una intentó una relación por un par de meses antes de dejarlo.

Esta vez, en la segunda foto, logré identificar a la mujer con la que se había reunido. Allí las preguntas comenzaron a saltar. ¿No

que solo había sido una cena de negocios? ¿Qué hacía con ella un fin de semana? Además, con Bret.

Me metí en su chat y comencé a teclear un mensaje con algo de reclamo en él, sin embargo, me detuve a tiempo.

Max se enojaría si le reclamaba y, además, yo no tenía ningún derecho.

Tiré el teléfono al sillón, lejos de mí, y ahogué mi grito frustrado en la almohada antes de levantarme e ir al lavabo. Pensé, por un breve instante, en tomar venganza y liarme con un desconocido en alguna fiesta, pero eso sería muy inmaduro y, aparte, el día siguiente era lunes y nosotras nos devolvíamos, no podía darme el lujo de que de pronto un paparazzi me captara con ojeras y cara de resaca. Jamás. Así que solo me preparé para la noche y me acosté, aparentando la mayor calma del mundo, aunque mi interior se sentía muy inquieto y temeroso.

∞

Aunque estaba molesta, tomé mi dignidad y mis maletas y caminé lo que me faltaba para llegar a la zona de espera del aeropuerto. Micae iba delante de mí, con Colette en su carrito, dormida. Ambas agradecimos ese hecho porque, de no ser así, a mi amiga le hubiera quedado difícil controlarla al ver a mi hermano.

Ashton le sonrió a su familia, primero a la que convivía con él antes que a mí. No me molesté por eso. Por mucho tiempo fui el centro de atención de Ashton y me alegraba que hubiera encontrado en mi mejor amiga su lugar seguro. A mí, de hecho, solo me importó el hombre que estaba conversando por teléfono y que, en cuanto me vio, caminó para quitarme la maleta sin tan siquiera abrazarme.

Me fui zapateando hasta el auto luego de despedirme con suavidad de Micae y mi hermano, también de Coco al dejar un pequeño beso en su nariz.

Max no se dio por enterado o ignoró mi actitud. Metió en el maletero de su auto mi maleta y abrió la puerta por mí antes de colgar su llamada y, por fin, mirarme.

—¿Cómo fue el viaje? —Me mordí la lengua para no soltar un comentario ácido y solo sonreí con hipocresía.

—Maravilloso. Gracias por recogerme, pero te dije que no era necesario. —Me senté y cerró por la puerta por mí antes de subirse a su lado del auto.

Me observó en cuanto estuvo de su lado.

—Quise hacerlo. Ayer me ocupé y no te llamé, lo siento.

¿Su disculpa logró subir mi ánimo? No, ni un poco, porque la razón por la que no me escribió fue por una mujer.

Mis ojos bajaron de inmediato y de forma inconsciente al suelo. Quizá me vi muy vulnerable, pero Max ya había comenzado la marcha para llevarme a mi apartamento.

—¿Y en qué te ocupaste? —pregunté como quien no sabía nada.

—Bret desde hace días estaba insistiendo en salir a tomar algo, entonces fui con él luego de dejar a mi madre en casa.

No quise preguntarle más, pero tampoco supe cómo seguir la conversación, así que solo me quedé en silencio por un rato. Max, al notarlo, palmeó mi pierna.

—¿Está todo bien? —Asentí aun mirando por la ventana—. ¿Quieres hacer algo o estás muy cansada?

Lo pensé antes de negar.

—Quiero ir a mi casa. —Las cejas de Max se fruncieron por un microsegundo, aunque no me observó, solo asintió.

El resto de camino se hizo en silencio mientras yo no podía evitar pensar en todo lo referente a él y a la situación. No me había mencionado para nada las fotos, no me había dicho que estaba linda, solo el detalle de recogerme en el aeropuerto me decía que seguía importándole, así que por todas las dudas que rondaban mi cabeza, en cuanto dejó mi maleta en la puerta de mi edificio, lo detuve.

—Max, qué me dirías si te dijera que pensé mejor lo de nuestra relación y que quiero más de ti —susurré algo atemorizada. Él solo me miró sin darme respuesta antes de suspirar y negar. Besó mi frente antes de separarse, rompiéndome un poquito el corazón.

—Te diría que estás tomando esa decisión solo porque no te gusta no ser mi centro de atención. Me lo dijiste claro y muy decidida: no quieres una relación. No creo que sea lo mejor ilusionarme contigo cuando en todo este tiempo solo has actuado en pro de tus caprichos.

Hice un puchero.

—¿No me crees que te quiero? —susurré de nuevo, algo mal por su respuesta.

—Sé que me quieres, pero también sé que quieres que te dé toda mi atención más que mi cariño. Creo que estás confundida, Mazu.

—¿Estás saliendo con Xia? —pregunté sin poderlo evitar. Me miró sorprendido por un momento antes de negar con algo de pesar.

—No estoy saliendo con ella, Azul, pero esa pregunta confirma que solo no quieres que le dé a otra persona lo que ya te daba a ti.

Suspiró e intuyo que iba a decir algo más, pero solo negó de nuevo. Besó mi frente y se fue, dejándome sola en la recepción del edificio.

Capítulo 12

MAXIMILIANO

Mi fortuna no se debía solo a la cadena de tiendas departamentales, también se debía, en parte, a las inversiones y a la compra de acciones, aunque, en realidad, prefería invertir a ser accionario.

A pesar de que esos eran mis principales ingresos, le tenía cariño especial a Galleria por ser una idea que vi crecer poco a poco desde que estaba en los inicios de la universidad hasta convertirse en una multinacional, en algunos países más pequeña, pero lo que importaba era su crecimiento. Y claro, con los centros comerciales y plazas de mercado y gastronómicas teníamos mucho trabajo para hacer crecer la empresa. Nos quitaría algo de dinero disponible, pero sabíamos que nos terminaría generando más. Lo que sí teníamos muy claro es que no venderíamos acciones a nadie, no si estas implicaban que otros tuvieran vos y voto dentro de la empresa. Nosotros seríamos los únicos dueños, nosotros y nuestras familias de forma indirecta porque, por ejemplo, Micaela no figuraba como dueña de porcentaje de la empresa, pero Ashton no tomaba una decisión sin antes consultarlo con su esposa.

Nuestras familias sabían que obtendrían dinero de ello, que sus opiniones eran importantes para nosotros, pero, en el papel, solo figurábamos Ashton y yo.

Por esa razón, me sorprendió que Maria Azul entrase un día cualquiera a la reunión con nuestros empleados mientras Ashton y yo estábamos en la sala. Solo se sentó como si nada en una silla disponible y escuchó lo que estábamos diciendo.

Con disimulo, miré a Ashton, preguntándole con la mirada si sabía por qué su hermana estaba allí, pero mi amigo tampoco parecía saber nada, de hecho, sacó su teléfono y tecleó mientras observaba a Mazu.

No sé a quién le escribió, pero supuse que fue a Micaela para preguntarle si sabía la razón por la cual su mejor amiga estaba allí, después de todo, ella solía ser su cómplice en varias cuestiones.

La reunión duró unos minutos más, y solo hasta que estuvimos los tres solos en la sala, supimos a qué había ido Maria Azul.

Ella nos sonrió y extendió en la mesa dos invitaciones a la fiesta de inauguración de su *showroom*.

—Mazu, creo que Micae ya tiene una invitación para ambos, no tenías que venir a entregarme una en persona.

—Oh, es que no solo vengo a eso —reveló, lo que llamó mi atención. Dejé de ver el papel fino con la información de la fiesta para analizarla a ella. Su sonrisa se amplió y, cuando tiró su cabello sobre su hombro, noté el atuendo elegante y de oficina que llevaba ese día—. Vengo porque quiero comprar acciones de Galleria y ser parte de la junta directiva.

Ashton y yo nos miramos, quizá diciéndonos mucho con la mirada, aunque, en realidad, mi mente se puso en blanco. Fue mi amigo quien tomó la palabra.

—Mazu, ya te dije que las empresas no son juguetes u otro de tus caprichos. —Ella resopló y se cruzó de brazos con toda la frente arrugada en molestia.

—¿Cuándo los he tomado como tal? La última vez que te pedí algo relacionado al trabajo fue para Micaela y, ¡sorpresa!, la tienes incluso en embarazo. Estoy hablando en serio. No soy una niña, tengo dinero, inversiones, mi *showroom*, asisto a todas las reuniones a las que me citas de Sky. No entiendo por qué siempre hacen como si abandonara todos los proyectos que comienzo.

Ashton le dio una mirada conocedora, al igual que yo.

—Azul, has comenzado quizá cinco negocios. A los trece le pediste a nuestro padre que contratara un especialista que te ayudara a crear un *shampoo* especial porque pensabas que te habían pegado piojos y se te ocurrió la idea de poner una nueva marca de jabones antipiojos. Dejaste la idea y el trabajo de papá a los dos días, cuando comprobaste que no tenías esos bichos en la cabeza. Y así puedo seguir, tengo varios ejemplos.

Ella se avergonzó, pero no se dejó intimidar.

Yo solo la observaba. Sí, ella tenía una tendencia, pero lo cierto es que desde hacía un tiempo que no pasaba nada de eso, de hecho, hacía quizá cuatro años atrás me había buscado para que le enseñara a invertir porque temía perder su dinero en un mal negocio. En realidad, siempre pensé que lo había dejado, que se había conformado con el dinero de la empresa familiar a cargo de su hermano, por eso me comencé a cuestionar si en realidad lo había dejado o solo no lo comentaba.

—Por favor, Ashton, era una niña. No voy a decir que no soy caprichosa, porque lo soy, pero no en estos temas.

—¿Y por qué quieres acciones en Galleria? No es tu tipo de negocio.

—Las tiendas departamentales quizá no del todo, pero sí los centros comerciales.

Con eso Ashton se quedó en silencio y me volvió a mirar.

Algo en mí se descongeló al ver los ojos esperanzados de Mazu. No podía luchar conmigo mismo y solo decirle que no cuando todo en mí gritaba para decirle que sí.

—Sé que lanzarán nuevos productos y yo sé de diseño. Recuerden que tomé clases de Diseño Industrial como parte de mi plan de estudios. Podría ayudar con eso mejor de lo que ustedes podrían.

Yo me caracterizaba por ser de pensamiento rápido y ágil, lleno de malicia, así que su comentario causó que una pequeña idea fugaz pasara por mi mente. ¿Y si estaba haciendo eso para estar a cargo de mis productos y así evitar mis encuentros con Xia?

Entrecerré los ojos hacia ella, pensativo. Si era eso, lo veía como un acto celoso que no llegaba a disgustarme del todo. Yo más que nadie entendía la personalidad de Maria Azul, yo mismo la había mimado hasta ese punto. Si era porque solo quería invertir en un negocio casi que seguro, en compañía de su hermano y su amigo, tampoco podía verlo como algo malo.

—Lo hablaré con Ashton, Mazu —interrumpí lo que fuese a salir de la boca de mi mejor amigo—. Te daremos una respuesta luego de tu fiesta de inauguración, ¿sí?

Chasqueó su lengua. Ese gesto de fastidio por no tener lo que quería en el instante me hizo ahogar una sonrisa. El tema era serio, no podía solo demostrar que me derretía el alma la mínima cosa que hiciera.

Se levantó, entonces, de la silla y nos tendió la mano cuando no había necesidad de ello por la confianza entre todos, cuando sabía muy bien que yo no quería que me diera un apretón de manos, quería era su boca y su cuerpo sobre el mío o debajo de mí.

Había pasado dos semanas luego de su viaje en donde me había dicho que quería más de mí. Parecía que sí había pensado mejor las cosas, porque no había sacado de nuevo el tema, se mantuvo lejana, solo escribiéndome una vez a las ocho de la tarde que «necesitaba de mí».

Por supuesto, ese día pasamos la noche juntos, pero, de nuevo, yo no tuve entrada a su apartamento, solo la recogí y fuimos al mío. Me trasnoché esa noche. No me quejaba porque siempre era un placer tenerla entre mis brazos y sentir su aroma toda la noche, parte del día y los días posteriores de su partida.

No entendía por qué estaba tan jodido por Azul, qué es lo que me había atraído desde un primer momento a ella y por qué seguía con esa necesidad de su cuerpo. Intentaba mantenerme lejano, solo tratarla como una amiga, pero ahí estaba siempre esa necesidad de darle lo que quería, tanto así que me veía en la obligación de cederle parte de mis acciones, aunque Ashton se negara.

Al quedarme solo con mi amigo, me recosté en la silla, organicé mi traje y lo observé.

—¿En serio piensas darle tus acciones a mi hermana? Esto no es un viaje a la Bahamas que puedas solo ignorar y pasar por alto, son negocios, Max —dijo, incrédulo. Sonreí.

—Tengo el sesenta por ciento de las acciones. Aunque tomemos las decisiones juntos, mi participación es mayor. Investigaré los negocios de Maria Azul y, si veo que ha sido constante, le daré el diez por ciento.

Ashton negó.

—Max, Maria Azul es mi hermana y la amo muchísimo, pero posiblemente esto sea otro de sus caprichos.

Giré la cabeza.

—Cree un poco más en tu hermana, Ash. Maria Azul es inteligente, responsable, y tiene razón en decir que su actitud de comenzar algo y no terminarlo acabó hace años. Ambos somos muy cerrados, un poco de creatividad no le vendría mal a la empresa, siempre salen nuevos problemas que necesitan nuevas soluciones. Confío en Mazu, primero la investigaré y, si todo está bien con sus cuentas, haré el papeleo. Solo necesitaría tu firma.

Él se me quedó observando por un rato antes de asentir y levantarse de su asiento. No le gustaba mucho la idea, lo notaba, pero yo sí confiaba en Mazu y, después de todo, él y yo seguiríamos teniendo la mayor participación en la empresa, no es como si no pudiésemos hacer algo en caso de que Maria Azul no cumpliera con sus palabras.

Capítulo 13

MARIA AZUL

Ser una chica de redes sociales implicaba mucho más que solo mostrar mis viajes y mis compras. Todos mis seguidores buscaban identificarse o proyectarse en la vida de niña rica que mostraba, pero yo también debía ser responsable e incentivar a los buenos hábitos, por eso me organicé y, aunque sudada y con mis mejillas rojas, todos los tratamientos faciales que me realizaba me ayudaban a mostrarme con un cutis fresco y perfecto mientras me grababa en mi corredora e iba subiendo historias que al momento ya tenían interacciones.

Decidí decirles a las personas que estaban activas sobre mis planes de viajar a Italia solo para comprar una bolsa para la inauguración del *showroom*, en la cual usaría cinco cambios de ropa diferente. No solía irme de viaje solo para compras, pero había ocasiones que lo requería.

Estaba grabando las historias cuando escuché que alguien llegó a mi apartamento. No estaba esperando a nadie, por lo que se me hizo extraño.

Apagué la caminadora y tomé una toalla de mano para secarme el sudor antes de abrir.

Recorrí todo mi apartamento porque el gimnasio lo tenía en la punta más alejada. Estaba algo vacío porque algunas de las máquinas que lo habían llenado antes pertenecían a Tadeo y él se las llevó en su partida. Estaba pendiente de comprar más, pero, en realidad, era una chica más de salir a correr que de quedarme en mi piso.

Miré la pantalla de la cámara de seguridad antes de abrir al ver que era mi hermano.

Ashton no solía ir porque mi apartamento estaba en la ciudad y él odiaba el bullicio de ella. Quien solía ir a su casa era yo, pero ya me había acostumbrado a estar en mi lugar y, aunque su casa ya fuese también la de mi mejor amiga, prefería salir con ella a estar siempre en su hogar.

La expresión de mi hermano no era muy amable, por esa razón supe que no iba solo de visita. Iba a regañarme y yo no sabía por qué.

Aunque así, abrí la puerta con una sonrisa en mi rostro.

—¡Precioso mío! No te esperaba por acá, pero pasa. Me interrumpiste en mi rutina de ejercicio y no creo que te quieras manchar tu bonito traje, por eso no te abrazaré.

—No estoy para juegos, Mazu. ¿A qué es lo que estás jugando?

—A nada, ¿por qué lo piensas?

—No sé qué es lo que está pasando con Max, y por petición de Micaela no me estoy metiendo en el tema, pero de usar tu relación con él para obtener acciones en Galleria hay una diferencia grande. Sabes que Max ha hecho todo lo que le has pedido y con esto no será la excepción, pero ya te había dicho que las empresas no son tus juguetes, Maria Azul.

Logró ofenderme y lastimarme.

Ashton siempre fue serio, pero desde la muerte de nuestros padres su actitud se volvió más estricta. Supe de su enamoramiento por Micae cuando dejó de lado un poquito eso y se dedicó a mi amiga. Con ella seguía siendo suave como la seda, pero, al parecer, esa actitud solo estaba reservada para ella y yo seguía teniendo su desconfianza, aun cuando no me había metido en sus negocios.

Cuadré mis hombros y levanté mi barbilla, aunque lo único que quería hacer era llorar. No decía que Ashton no me consintiera, pero comenzaba a creer que solo lo hacía para mantenerme lejos de sus negocios.

—Quizá Max sí confía en mí o me conoce mejor de lo que tú dices conocerme —ataqué. Él viró los ojos, como si no cayera en cuenta en que de verdad mis ojos llorosos no era una forma de manipulación, sino verdadero dolor.

No había tocado el tema con Max, pero si Ashton estaba allí, enojado y reclamándome, debía ser porque el otro le había dicho algo.

—Te graduaste hace dos años, Azul, y apenas estás con el tema del *showroom*. Has vivido desde hace años de las ganancias de Sky.

Me sentí, más que regañada, humillada. Siempre vi a mi hermano como la figura más tenaz e impresionante, logrando que la empresa familiar creciera a niveles que a mis padres les había costado, pero que me dijera, entre líneas, que era como un parásito viviendo a sus expensas, me hizo arrepentir de no haber corrido a él a contarle sobre las empresas en las que había invertido y cómo había manejado el dinero yo. Siempre pensé en presentarle un día todos los logros que había conseguido sin su ayuda y, aunque ese no era el momento idóneo, me dejé llevar por la rabia.

—Para tu información, Ashton Hunt, la mayor parte que uso de mi dinero ha sido de lo que he obtenido con bancos y empresas, con mis inversiones, hechas, a propósito, con la herencia de padre y madre, no con tú dinero. No soy mantenida, papá me enseñó el poder del dinero y mamá cómo gastarlo con responsabilidad, aunque a ti no te parezca. Si tanto dudas de que tenga la capacidad cognitiva para tener acciones en una empresa, no te preocupes, mañana mismo pongo en venta las que tengo en SkyConnect.

Él se llevó los dedos al puente de su nariz y apretó con rabia.

—Y ahora estás haciendo un berrinche.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Quiero que te vayas, Ashton. Y olvida que estás invitado a la inauguración, solo tiene permitido ir Micaela.

—Y tú olvida lo de vender las acciones y eso de comprar de Galleria.

Me quedé en silencio porque no quería pelear con la única familia que tenía, pero estaba con el corazón roto, por supuesto que sí.

Ashton, al ver que no diría nada más, resopló y fue hacia la puerta. Al salir dio un portazo. Yo suspiré y limpié la poca humedad que tenía bajo los ojos.

Me fue a dar una ducha, no solo para quitarme el sudor y limpiarme, sino también para poder llorar sin sentir que lo estaba haciendo, para lavar un poquito la tristeza que me había generado mi hermano.

Horas después recibí un mensaje de Micaela pidiendo que le contara qué había sucedido con Ashton, también un mensaje de Max, pero decidí ignorar todo y tan solo apagar el celular, las luces

de mi habitación, encender el televisor y enrollarme en las mantas de la enorme cama en la que ya tenía que dormir sola.

Capítulo 14

MARIA AZUL

Mi viaje en un principio sería de un día para otro. Tomaría un avión en la mañana y luego otro a la tarde del siguiente día. Era un viaje solo para compras, pero preferí tomar el avión en la tarde y quedarme al menos tres días en las costas italianas para quitar un poquito la tristeza de mi corazón.

Estaba empacando mis maletas con la ayuda de Olga, quien hacía el aseo en mi apartamento algunos días a la semana o lo cuidaba cuando no estaba. Ella se quedaría allí por esos días, en una habitación adecuada para los días que debía quedarse. El piso había sido un regalo de Ashton hacía años. Era grande, bastante grande, de dos plantas y con cinco habitaciones, unas más grandes que otras, por supuesto, una cocina muy bien equipada y una sala preciosa. Estaba decorado a mi gusto, claro, pero el espacio sí había sido escogido al cien por cien por mi hermano.

Me daba un poco de pena pensar que ese regalo solo hubiese sido para tenerme lejos de los negocios, que pensara que así me estaba cumpliendo un capricho que me dejaría en silencio por un tiempo. Intentaba no pensar mucho en ello, no darle tantas vueltas a la situación porque, entre más lo hiciera, más conclusiones equivocadas sacaría.

Como fuese, nadie tenía acceso a mi hogar, solo una persona podía hacerlo desde hacía mucho tiempo, aunque siempre respetó

mi espacio y privacidad, menos ese día.

—¡Maria Azul Hunt! —el grito de Micaela nos hizo saltar a Olga y a mí—, ¿cómo te atreves a dejarme en visto y no reportarte sabiendo que estoy en embarazo y no puedo preocuparme?

Mi mejor amiga llegó a la habitación vistiendo un vestido azul que dejaba a la vista su panza de casi cinco meses. Contrario a sus palabras, no se veía enojada, de hecho, conocía muy bien a mi mejor amiga para saber que sus cejas caídas se debían a que estaba triste. Seguro Ashton no le había contado todo, pero su expresión era porque sí sabía que algo había pasado con él.

—¿Crees que debería llevarme el vestido rojo o el amarillo? —pregunté como si nada porque de verdad no quería hablar del tema. Ella solo arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

Le di una mirada a Olga para que nos dejara solas. La señora lo entendió y se disculpó antes de salir tras mi suspiro.

—Nena, ¿qué pasó? Ashton llegó ayer a casa con una actitud horrible y me dijo que había discutido contigo.

Ante eso, mis ojos se llenaron de lágrimas. Ella ahogó un gritito y caminó a paso rápido hacia mí para acogerme en un abrazo.

—No entiendo por qué piensa que solo sé derrochar. Me dijo cosas horribles solo porque me presenté en una reunión de Galleria con la idea de comprar acciones y solo enloqueció porque piensa que estoy siendo caprichosa, cuando no. Mira, cariño, sé que no soy la más empresaria, que prefiero estar tranquila a enredarme en problemas de empresas, pero soy inteligente y muy capaz de tener esa responsabilidad.

—Oh, Mazu —arrulló. Nos sentamos en la cama mientras acariciaba mi cabello—. Tú eres una de las personas más importantes para Ashton, lo sabes. Eres su hermanita y conoces su

personalidad. Es controlador, solo no quiere pensar que algo se le pueda salir de las manos, pero estoy segura de que él sabe que eres una mujer muy inteligente.

—Pues yo no creo, y hasta no tener una disculpa de su parte, no pienso hablarle. Y las acciones de Sky sí las pienso vender porque no voy a permitir que me siga viendo como una niñita mimada, aunque lo sea. Ya no quiero más mimos de él.

Micaela se rio y me abrazó.

—Hablaré con él y lo obligaré a que me diga todo lo que te dijo porque nunca te había visto tan triste. Tampoco te había visto enojada con él, si vamos a eso, pero no deberías vender las acciones que te dieron tus padres. No es Ashton quien te está mimando, son ellos. Trabajaron muy duro como para que dejes que una pelea con tu hermano dañe su esfuerzo por tenerte bien.

Negué. Ya lo había decidido, sin embargo, como no quería discutir, solo puse mi mano en su vientre y acaricié allí.

—¿Cómo estás hoy?

—He tenido muchos antojos —admitió con una sonrisa casi de disculpa—. Creo que me estoy vengando de tu hermano con eso porque no me gusta que mande a otros cumplir con ellos, me gusta que los vaya a buscar o los haga él. Si quieres conocer a una mujer de verdad caprichosa, es solo que me mires a mí en embarazo con Ashton. ¿Crees que se cansó de tener a chicas mimadas en su vida? Mira que no somos pocas, estamos tú, Coco, yo y, próximamente, la bebé.

—¿Siguen sin tener un nombre? —Negó y suspiró antes de observar a su alrededor.

—¿Te vas hoy? ¿No podemos hacer pijamada como antes? Dejé a Coco con Lena y Ashton debe llegar pronto a casa, aunque ya le

avisé que no estaría porque era un descorazonado y su hermanita me necesitaba.

Reí y suspiré.

—Podrías ir conmigo, recordarías bonitas cosas al estar allá: el primer viaje que hiciste en familia con mi hermano.

Con mis palabras casi que la transporté al pasado. Sonrió con nostalgia y amor en su mirar, pero negó.

—Ashton se volvería loco si me voy tan intempestivamente. No le habría avisado a mi médico, no habría ido a control para saber si puedo tomar un avión…

Hice una mueca e hice espacio en la cama al bajar la maleta que tenía abierta antes de tirar la ropa que faltaba a ella.

—Bien, entonces te quedas hoy a una noche sin chicos. No hablemos de ellos, que solo saben estresar a las chicas lindas como nosotras.

Micae se rio y asintió. Me observó a sabiendas de que seguía triste y que quizá ese sentimiento no se debiera solo a Ashton, sino también a la situación con Max, pero sonreí para intentar decirle con eso que estaría bien y que solo necesitaba algo de tiempo.

Capítulo 15

MAXIMILIANO

Sabía que Maria Azul estaba en Italia porque mis fuentes me lo dijeron y por las historias que subió de su viaje, pero no por su cuenta.

Tal vez ignorar las fotos la última vez que salió de viaje fue un error que pagaría luego porque extrañaba que me pidiera mi opinión al subirlas, sin embargo, no podía demostrarle eso y, por el contrario, debía ver lo positivo de la situación: tendría tiempo para analizar los documentos que me llevó mi investigador sobre los movimientos financieros y económicos de Mazu.

Los tenía todos en mi escritorio, casi sin creer que esa muchachita hubiera invertido todo el dinero de la herencia de sus padres, exceptuando las acciones de la empresa. Todo el dinero que obtuvo en la muerte de ellos lo había aumentado en inversiones variadas porque tomó mi consejo de no meter todo su dinero en un solo mercado.

Maria Azul tenía inversiones en empresas, bancos, inversiones inmobiliarias que dudaba mucho que incluso Micaela haya sabido. Sí tuvo unas pérdidas al inicio, pero resultaban insignificantes con lo que tenía.

Es que incluso yo mismo estaba impresionado porque esa mujer solo se había comportado como un estereotipo de rubia, con su voz mimada, sus constantes requerimientos de cosas… Maria Azul tenía

un tic con su cabello; siempre se lo tiraba sobre el hombro antes de mirar como si fuese lo mejor del mundo. Tenía un corazón precioso que escondía bajo una capa de chica caprichosa, y esa demostración de que podía tener responsabilidades en empresas solo hizo que me gustara más. La hubiera llamado para tener un momento íntimo con ella, pero estaba en Italia y yo no podía ser intempestivo en mis decisiones y solo dejar mis tareas pendientes tiradas por ir hacia donde ella, pero me gustó, me gustó mucho conocer esa fase de ella.

Yo investigaba a todos y siempre tenía cubierto todo, ¿cómo es que no había sentido curiosidad por esa parte de la vida de Azul? Quizá fuese porque ella ni siquiera tenía una asistente que le ayudara con esos temas, no que yo supiera, y eso fue otra cosa que también debía preguntarle a ella, o investigarlo en caso de que lo ocultara. Nunca había escuchado a Azul decir que debía analizar algo, atender alguna reunión, nunca la había visto preocupada porque una inversión fuese mal… nada. ¿Cómo es que había ocultado tanto tiempo sus negocios?

Vi en mi reloj que eran casi las ocho de la tarde, así que, sin poderlo evitar, tomé un abrigo y salí de mi apartamento con dirección a la de Ashton porque tampoco creía que él supiese nada de eso de su hermana.

Ashton vivía lejos, en las afueras de la ciudad, en donde todo era más natural y silencioso. Si yo tuviese una familia, seguro también elegiría esa vida más alejada, pero estaba solo y con negocios por atender, no podía darme el lujo de salir mucho de la ciudad… o sí, pero no lo quería en el momento.

Como estaba lejos, llegué algo tarde, pero sabía que mi mejor amigo no estaría dormido. A diferencia de mí, Ash tenía muy claro que su prioridad era su descanso y su familia, no era tan estricto como yo con sus horarios de sueño porque él se levantaba a la hora que se le diera la gana siempre, a menos que tuviera una reunión

importante, pero incluso algunas reuniones las llevaba mejor Bret, su secretaria o Benjamín, su asistente. De los tres, Bret era quien se daba mejor vida, el más relajado, luego seguía Ashton y, por último, y por mucho, estaba yo.

Luego de los filtros de seguridad, en donde me dejaron pasar sin problema porque iba mucho a esa casa, quien me abrió fue Micaela. Me sonrió con alegría y algo de cansancio, suponía que por las inclemencias del embarazo. Me dejó pasar y escuché la voz de mi amigo en la sala junto con las palabras que lograba hilar Colette.

Lo que me sorprendió fue que Micaela pasó de largo, no sin antes enviarle una mirada matadora a su marido, quien agachó de inmediato la cabeza. Fue una interacción muy corta, pero para alguien observador, como yo, muy diciente.

Ashton, al verme, se levantó, dejando a la bebé en el suelo, y me señaló el pasillo para ir a su estudio. Hicimos el corto camino en silencio, pero notaba lo pensativo que él se encontraba.

Al cerrar la puerta de la oficina, para más privacidad, Ashton suspiró tomando asiento. Yo no solía meterme en relaciones ajenas, no me importaba qué sucedía dentro de un matrimonio, sin embargo, debo admitir que su actitud me causaba curiosidad, además de que todavía tenía algo de resentimiento con él por meterse en mi propia relación con su hermana.

—Parece que tu mujer quiere enterrarte un cuchillo.

—Y estará así hasta que no hable con Maria Azul, pero mi adorada hermana no quiere tomarme el teléfono.

La mención de Azul me hizo fruncir el ceño y desconfiar.

—¿Qué pasó con Azul? —pregunté algo receloso porque la susodicha no me mencionó de alguna pelea con su hermano, de hecho, no habíamos hablado casi, lo que sentí como un golpe en el

pecho o en estómago, porque siempre que ellos habían tenido una disputa, que por lo general era un tema muy tonto, tenía a Azul llamándome para quejarse de su hermano con esa vocecita suave exaltada.

Escuché la puerta abrirse, pero no me giré a ver quién había llegado. Ashton sí que lo pudo notar, tanto que sus hombros se encorvaron. Me resultaría divertido en otro momento esa actitud de mi amigo ante su esposa: un hombre que no se dejaba amedrantar, intimidado por una mujer embarazada que, si mucho, le llegaba a la barbilla.

Él sacudió la cabeza y decidió ignorarla lo mejor que pudo.

—Solo le pedí que desistiera de la compra de las acciones.

—¿Se lo pediste? Déjame agregar a eso lo que le dijiste sobre que solo era capaz de gastar el dinero de la empresa, que la trataste como una hueca y niña caprichosa incapaz de comprometerse, y también la acusó de aprovechar tu enamoramiento hacia ella para obtener las acciones que quería.

La habitación se quedó en silencio por unos pocos segundos. Yo no quise hablar porque el enojo y la indignación escalaba por mi garganta hasta calentar mis mejillas.

—No le dije hueca —masculló Ashton como para intentar librarse un poquito de lo hiriente que fue con su hermana.

En respuesta, tiré sobre la mesa los papeles que llevé para mostrarle lo que Azul había hecho con el dinero de sus padres, para que confiara con ella, aunque, en ese instante, fue más que todo para que viera lo imbécil que estaba siendo.

—Ahí tienes las pruebas de que Azul no es para nada como la piensas. Y a la próxima que quieras tomar decisiones sobre mis

acciones, ahórrate el esfuerzo, mucho más si con eso harás de menos a Azul.

—No la hice de menos —rebatió.

—¿No? Decirle en su cara que solo derrocha, sin tener pruebas de ello, es hacerla de menos. Eres su hermano, deberías conocerla mucho mejor que yo. Además, ¿me llamaste manipulable? Mazu me gusta, daría todo lo que tengo por ella si lo necesitase, pero no soy bobo, no dejaría en sus manos algo que sé que no será capaz de manejar, por eso me tomé el tiempo de investigarla, de ver los secretos que escondía de nosotros, algo que debiste haber hecho tú o, al menos, esperar a que mi investigación arrojara resultados. Te dije mis planes, no tenías por qué meterte.

—Y eso no es lo peor —volvió a intervenir Micaela. Yo la observé, porque, si seguía mirando a mi amigo, iba a explotar y yo no era de esos—. A la vuelta de Azul tienen una reunión los accionistas de Sky porque ella solicitará que la retiren y poner en venta su parte.

Llevé mi mano a mi tabique y apreté, pidiendo paciencia.

—Micaela, no deberías meterte en esto —regañó Ashton.

—Oh, ella debería meterse y agradezco que lo haga. Se te olvida que tu mujer, antes de serlo, fue amiga de Azul, y al parecer es otra de las personas que ven en tu hermana algo que tú también deberías. Que Benjamín gestione con Tara mi agenda para esa reunión, porque estaré en ella. Y tú… al menos date el tiempo de leer lo que hay en esa carpeta antes de siquiera pensar en disculparte con Azul solo por un pedido de tu mujer y no por verdadero arrepentimiento.

Lo dejé con la palabra en la boca. Micaela se ofreció a acompañarme hasta la puerta y acepté con solo un asentimiento.

La esposa de mi mejor amigo suspiró y se apoyó en la puerta.

—¿La información de esa carpeta es pública?

—No tanto, contraté a alguien y soborné a unos cuantos para obtenerla, pero es verídica.

—Me refería a que si puedo verla yo.

—Por supuesto, Mic, aunque no creo que Azul te esconda algo si le preguntas directamente. —Mis ojos chocaron con los suyos claros. Colette, dentro de la casa, soltó un chillido que hizo suspirar a Micaela.

—Se pasó su hora de dormir y está de malhumor. Gracias por haber venido, Max, espero que las cosas mejoren.

Asentí y me terminé de despedir. En el auto, solo lo encendí, pero no me moví, primero llamé a Tara, aunque estaba fuera de su horario laboral.

—Lamento llamarte a esta hora, pero haré un cambio en mi agenda y necesito que me ayudes a gestionarlo. —Como siempre, mi asistente estuvo dispuesta a ayudarme—. Cancela las reuniones que tengo por los próximos tres días y compra tiquetes para Italia, te enviaré la información del hotel de Azul y necesito que, en lo posible, me consigas una habitación allí. Y busca buenos restaurantes cerca, tendré una reunión de negocios.

Capítulo 16

MARIA AZUL

Aunque Micaela no me haya acompañado, tenía otras amigas que también estaban en el mundo de las redes sociales y *lifestyle* que sí tenían tiempo para un viaje *express* por Italia. De hecho, ella ya se encontraba allí, así que encontrarnos no fue difícil. Yo aterricé y casi que de inmediato salí de la habitación de hotel para tener un día de *brunch* y algunas compras. Por supuesto, también salió algo de contenido para nuestras redes.

Yo estaba dispuesta a olvidarme de mi teléfono, pero sí que subí algunas historias, ignorando las llamadas perdidas de mi hermano.

A la noche estaba muerta del cansancio, con cinco bolsas de tiendas en mis manos porque, como siempre, me había excedido un poquito con las compras. Me recordé a mí misma, mientras me quitaba los zapatos, que debía sacar toda la ropa pasada de temporada o que ya no me gustase. Debía pedirle ayuda a Olga y, a la vez, que ella viese si le gustaba algo de allí para sus hijas. Agradecía a mis padres habernos criado con algo de consciencia en esos temas porque, aunque mi armario era enorme y siempre lleno de cosas nuevas, algunas veces cosas que compré y olvidé ponerme, no me gustaba echar a la basura todo eso, siempre prefería donarlo y regalarlo, después de todo, eran prendas que estaban casi nuevas.

Lo que no botaba eran mis zapatos. Los amaba, sobre todo los tacos. Incluso podía desprenderme de los bolsos, que muchas de mis conocidas coleccionaban, pero de mis zapatos… jamás. Y quizá se debía a que era lo que menos compraba.

Suspiré cuando mis pies tocaron la alfombra de la habitación de hotel. Me preparé para darme un baño y acostarme a dormir porque al otro día tenía un día en la playa pendiente para relajarme antes de volver a la ciudad. También quería comprar unas cuantas joyas para complementar mis atuendos el día de la inauguración.

Estaba yendo al baño y desnudándome en el camino, cuando escuché que alguien tocaba la puerta. Resoplé y corrí a ponerme una bata para no ponerme la ropa de nuevo. Por supuesto que no abrí de inmediato, primero me aseguré de ver quién era la persona que estaba detrás de mi puerta.

Al ver por la mirilla al hombre alto, vestido de camiseta casual y bermudas, con sus manos en los bolsillos esperando a que yo abriera, me alejé y organicé mi cabello para verme algo mejor, también bajé el escote de la bata para mostrar mis pechos en el sostén.

Abrí como si no lo hubiera visto, haciéndome la sorprendida antes de alzar una ceja.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté en cuanto abrí. Sonreí en mi interior cuando sus ojos se fijaron en mis senos por unos segundos de más antes de volver a mis ojos.

—Vengo a avisarte antes de que te duermas y a decirte que no hagas planes para mañana. Tenemos una reunión.

Fruncí el ceño.

—Reunión de qué.

—De negocios. Querías ser parte de Galleria, ¿no? Bien, antes de serlo, tenemos varias cosas por conversar. —Le dio un vistazo a la habitación desde su lugar e hizo un gesto hacia adentro—. ¿Estás sola?

—Claro, ¿con quién más…? —No esperó a que terminara de hablar para adentrarse en el cuarto—. Por supuesto, pasa —dije con sarcasmo.

Suspiré y cerré la puerta. Él se dirigió al bar de la habitación y sacó una botella de tequila. Se sirvió una copita para él y otra, supuse, para mí.

—Si tenemos una reunión mañana, no creo conveniente emborracharnos.

No me prestó atención, solo se hincó la copa y fue por la siguiente antes de hacer una mueca y observarme. No esperé que se acercara como un felino hacia mí luego de soltar su respiración, con una mirada cargada de un deseo muy diciente.

—Tengo una habitación al final del pasillo, igual que esta, pero no tiene algo que quiero en este momento: a ti, así que, si tú también me quieres, déjame pasar la noche contigo.

Abrazó mi cintura y, con su aliento oliendo a alcohol, besó mi cuello mientras apretaba mi cuerpo con sus dedos.

No puedo negar que desde que lo vi en la puerta algo se encendió en mí, aparte de la alegría porque fuese a buscarme a otro país.

Dejé que sus labios llegaran a los míos y que tomara mi rostro con suavidad. Pensé que, por el tiempo sin estar juntos, y por esa lejanía emocional impuesta, él estaría más ansioso de mí, sin embargo, sus besos fueron suaves, dados con mucha delicadeza.

—He pensado en hacerte el amor durante días, Mazu, y tengo que confesarte que no cancelé todo lo que tenía pendiente por conversar contigo sobre Galleria. Lo hice, en mayor parte, porque quería verte, pero no me gusta admitir que estoy siendo irresponsable por una mujer.

Me separé un poco, acalorada, pero consciente de sus palabras.

—¿Se supone que eso debe hacerme sentir bien? —Asintió.

—Me juzgas porque nunca saco tiempo para mí, porque vivo trabajando y dejo el ocio a un lado. Deberías sentirte bien porque eres la única persona sobre la faz de la tierra que tiene el poder de hacerme renunciar a mi trabajo solo para pasar un momento contigo. Puede que yo sea otro de tus caprichos, pero que me condenen si no me gusta serlo.

Iba a contestar a eso; sin embargo, el atrevimiento que esperé en un primer momento se hizo presente en el instante en el que decidió devorar mi boca y quitar con desespero la bata antes de alzarme y enredar mis piernas en su cadera.

La cama estaba cerca, pero él no me quiso llevar allí. Mi trasero, en vez de una suave superficie, tocó la fría loza de la encimera del pequeño bar de donde había tomado la botella. Me estremecí por la sensación fría y por el camino de besos que regó por mi cuello hasta mi ombligo. Por supuesto, mi cuerpo se fue echando cada vez más hacia atrás debido a esos toques, hasta que mis manos tocaron el borde, dándole más acceso a mi piel al estar casi acostada.

Siempre diré que el acto que más me mataba y me rendía a los pies de Max durante el sexo no era ningún movimiento o posición en específico, sino su mirada. Conectar mis ojos con los suyos diluía un peso, me hacía querer quedarme allí por siempre, me hacía sentir querida porque esos ojos no mentían, a pesar de estar cargados de lujuria, así que, cuando lo hizo, mientras corría mi ropa interior a un

lado para tener mi centro a su disposición, todo el mundo desapareció para mí. Solo fuimos él, yo y la energía entre nosotros.

—No dejes de mirarme —pidió en un tono de demanda suave, y yo terminé por perderme con ese pedido porque solo lo hizo para poder observar todos mis gestos ante la intromisión de sus dedos en mí, a la vez que su boca succionaba con cuidado el manojo de nervios algo más arriba.

Fue mucho para mantener la vista fija, pero lo intenté todo lo que pude mientras pensaba que ese hombre era maravilloso para mí.

Cuando me tuvo lo suficiente húmeda, sí quiso trasladarme a la cama. Lo dejé, obvio, pero nos di la vuelta antes de que se acomodara sobre mí, tomándolo por sorpresa.

Max se centraba mucho en mí. Me gustaba que obtuviera placer dándomelo, pero también me gustaba verlo poner los ojos en blanco por mi causa, así que bajé por su cuerpo hasta que tuve en mis manos su miembro. Sonreí con satisfacción cuando suspiró y restregó su rostro cuando besé su punta, pero no me quedé allí; también besé, toqué y lamí por más partes de la zona, como la V que tanto me gustaba en su abdomen. Por cada sección nueva que tomaba entre mi boca, soltó suspiros que solo me calentaron más.

Gemí alrededor de su miembro cuando tomó mi cabello y, con suavidad, guio mis movimientos, volviéndolos más lentos, menos frenéticos, mientras conectaba mis ojos llorosos a los suyos.

Contuve la arcada cuando se llevó más profundo en mí. Al verlo, gimió por lo bajo, parecido a un quejido, antes de soltarme y acariciar mi cabello.

Lo saqué de mi boca y reí algo avergonzada, limpiándome la saliva que embarraba mis labios. Se levantó y terminó de sacar su camisa enrollada en su pecho y sus bermudas que colgaban de su

pie. Verlo por completo desnudo fue como contemplar una pintura perfecta.

Estaba tan embelesada que me tomó por sorpresa su acción de acostarme y sacar del todo mis bragas.

Gemí fuerte cuando volvió a bajar y lamió mi entrepierna solo por unos instantes, lo suficiente para asegurarse de que seguía húmeda para él. Cuando se irguió entre mis piernas, jugó con su pene en mi entrada, tentándome, logrando que mi cuerpo temblara a la espera de que me llenara por completo.

Sus ojos oscurecidos me miraron por un instante antes de deslizarse dentro con cuidado. La sensación de la unión fue indescriptible, una mezcla de energía, calor y electricidad por todo mi cuerpo en oleadas que se incrementaron cuando comenzó a bombear poco a poco.

—Iremos suave hoy —avisó y no me quedó de otra que asentir.

Quizá ese sería el día que lloraría por primera vez teniendo relaciones, pero parecía que estaba sensible… o tal vez muy enamorada porque mi pecho estaba a punto de explotar por todas las sensaciones.

Max se dejó caer sobre mí. De alguna forma, el peso de su cuerpo sobre el mío solo logró que lo sintiera más en lo emocional, y en lo físico, el sonido de sus gemidos en mi oído me llevó a morderme el labio.

Acaricié su espalda, enterrando de vez en cuando mis uñas en ella cuando las pequeñas corrientes se iban aunando en mi vientre. A Max eso le gustaba, porque con cada arañazo, sus embestidas se hacían más fuertes, aunque nunca más rápidas, no hasta que tomé el control de nuevo y me puse sobre él, llevando el ritmo de la situación.

—Te sientes muy bien —susurró en medio de jadeos, con los ojos entrecerrados.

Me apoyé en sus piernas para tener otro ángulo, uno que pareció gustarle mucho más porque cerró los ojos con fuerza y agarró mi cintura con sus dedos enterrados en mi carne. Volvió mis movimientos más rápidos y certeros, y guio mi cuerpo cuando las oleadas se desataron por todo mi cuerpo y mis piernas temblaron, cambiando un tanto el ritmo porque, aunque seguí, me desestabilicé por el orgasmo que me hizo cerrar los ojos.

Unos segundos después de que él llevara el ritmo de mi cuerpo, su pene palpitó en mi interior antes de que el calor de su semen me llenara.

Ahí, sin él tener fuerzas para sostenerme, me dejó caer en su pecho, sin salir de mi interior para no hacer un reguero que, sospechaba, sería grande.

En medio de respiraciones pesadas, dejó un beso en mi cabello y lo acarició.

—Te amo, Mazu —susurró de la nada.

Yo me quedé de piedra porque no esperaba que dijese eso, menos en ese momento.

Lo miré, pero lo único que pude decir fue:

—Creo que deberíamos ducharnos.

Capítulo 17

MAXIMILIANO

No supe cómo reaccionar cuando Azul se levantó y corrió al baño. Solo me quedé observando el techo con algo de amargura en mi pecho.

Luego de unos minutos emití una risa muy carente de humor y me levanté para limpiar el desorden creado luego del sexo. Al tener todo en ley, y todavía escuchando la ducha, me puse mi ropa y preferí salir antes de tener otra negativa y rechazo de su parte.

Llegué a la habitación con algo de cansancio y, por qué no admitirlo, tristeza.

Me preparé para darme yo una ducha, así que me quité de nuevo la ropa y caminé desnudo hasta el baño con el celular en la mano. Envié un mensaje a Azul para que no creyera que la reunión del día siguiente se cancelaba. Los sentimientos debían separarse de los negocios, lo tenía claro.

Para relajarme, después del baño me serví un *whisky*. Solo me empiné una copa con rapidez antes de acostarme a dormir. Estaba muy cansado. Azul no dijo nada, no sabía si porque la había asustado o porque ella no creía corresponder mis sentimientos. Como fuese, el agotamiento me ganó y me quedé dormido a los pocos minutos.

Cité a Azul para desayunar, una reunión temprana para no dañar mucho sus planes del día. El restaurante que Tara encontró estaba a diez minutos del hotel, una terraza pintoresca que seguro le gustaría a mi acompañante.

Como estábamos en el mismo hotel, esperé a Azul a la salida, frente al auto rentado para movilizarme por esos días. Ella salió con rostro avergonzado, pero viéndose espectacular en un vestido corto, su bolso en su hombro y el cabello en ondas rubias brillantes.

Abrí la puerta por ella en silencio antes de cerrar y tomar mi lugar en el auto.

Conduje el poco tiempo sin emitir palabra. Al llegar, le pedí sacar la carpeta de la guantera mientras yo rodeaba el auto para abrir su puerta.

Preferí no tocarla, entrar a su lado, pero que se notara que la relación que teníamos no era para nada amorosa, solo cercana y de negocios.

Una vez sentados, se acercaron a nosotros y, ya hecho el procedimiento inicial de todo restaurante, nos dejaron en paz después de unos minutos, así que yo comencé con mi presentación, siempre llevando mis cosas en papel porque lo prefería a tener una tableta.

Mazu me sorprendió sacando su iPad y escuchándome atenta a todo lo que le decía. Le expliqué sobre Galleria, sobre cómo llevábamos la empresa su hermano y yo. Revelé cuestiones que solo sabíamos por ser los únicos accionistas directos de la compañía y todos los pormenores.

—Pero debo decirte antes de que decidas firmar la próxima semana el acta en donde te ponemos como nueva accionista que, si te estoy cediendo parte de mis acciones, es porque investigué tus cuentas y tus movimientos —admití. Ella no se vio sorprendida,

quizá conociéndome tanto y sabiendo desde un inicio que haría eso —. Y, aunque no es de mi incumbencia, hay algo que me preocupa de una de tus cuentas bancarias.

Frunció el ceño por un segundo. Dudé en decirlo porque, de ella estar al tanto, me enojaría mucho. Aun así, saqué las últimas hojas y se las pasé.

—Desde hace más de un año tienes una cuenta compartida con Tadeo, que él administra, pero el dinero va desde tu cuenta principal. Lo que se me hace extraño, aparte de que sigas teniendo una cuenta con Tadeo y que sea él quien la administre, es que no usas esa cuenta en realidad. Me refiero a la principal. —Al ver su rostro confundido al analizar la información de los papeles, suspiré y me incliné más hacia ella—. Maria Azul, ¿estabas consciente de esa cuenta? Porque, si no lo estabas, es muy grave eso, es fraude, de nuevo, y también robo.

Ella carraspeó e intentó sonreír.

—Claro que lo sabía —mintió. Al ver que no le creí, suspiró y se vio derrotada.

—¿Micaela es tu contable? —Negó.

—Micae solo llevará las cuentas del *showroom*, no lleva las mías porque, ya sabes, se graduó hace poco, no podía poner su firma. Queríamos esperar.

—Bien, pues es hora de que le digas que se ponga a cargo de tus cuentas, al menos mientras buscas a alguien competente. Que no te hayan avisado de eso es una falta grave. Investigaré más sobre quién le ayudó a Tadeo a desviar fondos de tu cuenta y le diré a mis abogados que preparen una demanda.

—Max…

—No voy a permitir que se siga saliendo con la suya solo porque siempre te aferras al pasado. Intentó quitarte tu apartamento, no lo logró, pero lleva meses, casi dos años, sacándote dinero de tus cuentas sin que tú lo supieras, y no es poco dinero. Se aprovechó de que tu contable, al parecer, no puede manejar grandes cantidades de dinero. Se aprovechó tu confianza. No lo voy a permitir.

Ella se quedó mirándome por unos minutos. Pensé que era una guerra de miradas en donde quien se alejara sería quien perdiera, sin embargo, parecía que ella estaba en otra cosa porque suspiró, agarró mi mano y se pasó de lugar solo para estar más cerca de mí. Corrió, también, mi boca hacia la de ella.

No me negué, por supuesto que no me quité. Deseaba su afecto, sus besos y no me negaría la oportunidad de tenerlos.

Sus labios llenos de brillo labial se deslizaron con facilidad sobre los míos unas cuentas veces —pocas, en realidad—, antes de separarse.

—Te quiero, Max —susurró—, y sé que lo que dijiste anoche es real y que solo intentas cuidarme. Gracias.

No me esperaba eso, y aunque un «te quiero» no era igual a un «te amo», de alguna forma sabía que correspondía mis sentimientos, solo que Maria Azul se aferraba mucho al pasado, la situación con Tadeo me lo confirmaba. Ahí, mi problema sería entonces descubrir la manera de que me perdonara por, supuestamente, haberla puesto en el lugar de amante.

—Entonces dejarás que haga mi trabajo y radique una demanda contra él. —Suspiró y, luego de un segundo, asintió—. Bien, gracias por eso.

Relajó su rostro y se sentó de nuevo en su silla, volviendo a su actitud empresaria.

—Hay algo de lo que no hemos hablado y que me interesa saber porque no me estás cediendo acciones: me las estás vendiendo. ¿Cuál es el precio por ese diez por ciento?

Reí.

—No te lo estoy cobrando, Mazu.

—Pero yo quiero comprarlas. Nadie le pone esfuerzo a algo que no le costó, y ustedes se quieren asegurar de que yo tendré responsabilidad con lo que han creado estos años. Ponles un valor.

La miré serio, sopesando si cobrarle o no hasta que sacudí la cabeza y decidí que, si eso es lo que ella quería, pues lo tendría. A mí no me hacía falta el dinero, no necesitaba el valor de esas acciones, pero si era su deseo…

Pasamos otro tiempo más hablando de sus dudas y de lo que quería hacer dentro de la empresa. Dijo estar interesada en el proceso de construcción de la plaza comercial y como yo prefería gastar mi tiempo haciendo negocios en vez de supervisarlos, quedamos en que ella se encargaría de esas cuestiones.

Todo estuvo muy bien hasta que se tocó el tema de los nuevos productos que saldrían, aquellos que estaban a cargo de la empresa de Xia.

—Quiero estar también a cargo de esa decisión —dijo cruzando sus piernas como método de convencimiento, pero yo intenté no fijarme en su piel y quedarme en mi faceta de hombre de negocios en una reunión.

—Esa conversación ya la comencé yo, sería descortés solo dejarla, pero puedes participar, claro que sí, te avisaré cada que haya avances y reuniones, o te los enviaré, en caso tal.

Asintió.

—Bien, con eso me basta.

—¿Hiciste todo esto por celos? ¿Porque no quieres verme o saber que tengo reuniones con Xia?

Sonrió un poco y, con voz irónica, dándome la verdadera respuesta solo con su tono, dijo:

—Por supuesto que no, Maxi, solo quiero conocer más del negocio que tiene mi hermano junto con el hombre que me gusta.

Capítulo 18

MAXIMILIANO

No sé en qué momento me vi llevando un montón de bolsas de tiendas de marcas supercostosas y costeando el valor de varias prendas solo porque se le antojaban a Azul. Creo que era la primera vez que iba a tiendas y se me hacía irónico que fuese para Maria Azul y no por mí.

La rubia me llevó por varias tiendas durante dos horas porque, también, logró convencerme de llevarla a navegar, así que, aunque fuese poco tiempo, teníamos una cita con el mar pendiente, pero ella no tenía bañadores con los que se pudiese tomar fotos nuevas. Pocas veces en la vida había visto a Azul con ropa repetida, y esa manía de que no podía tomarse fotos o hacer videos con la misma ropa la llevaban a tener que estar comprando siempre algo nuevo. No es que Azul viviese por las redes sociales, de hecho, las cosas que posteaba a lo largo de semana muchas veces eran fotos de viajes pasados o similares, porque no es como si ella viviese viajando por todo el mundo, que no estuviese establecida en la ciudad, pero cada que viajaba sacaba fotos con diferente ropa para simular que estaba por fuera. Una vez le pregunté sobre ello y solo respondió que lo hacía porque a las personas le gustaban imaginarse una vida así y ella se lo daba, aunque seguía sin entender por qué, porque ella no es como que colaborara con marcas, así como otras amigas suyas, aunque sí monetizaba contenido.

En fin, era un mundo que yo no lograría entender.

—Esta es la última tienda —dijo. Quise suspirar, aunque no lo hice. Bien, me gustaba que ella se probara la ropa y me mostrara su bonito culo en esas telas caras, pero de resto…, no me gustó la actividad de ir de compras.

Fruncí un poco el ceño cuando vi una tienda ropa masculina frente a mí. Mazu no se detuvo, solo entró como si yo fuese su perro faldero y la fuese a seguir.

Por supuesto, casi que sí era así.

—Necesitas más ropa —dijo como si de verdad fuera cierto, pero no, no creía necesitar más.

Un dependiente se acercó a nosotros para asesorarnos. Fue Azul quien se encargó de escoger lo que creía que se me vería bien y dármelo para que lo probara, algo que hice a regañadientes.

—No seas amargado, estaré aquí afuera para ver cómo te queda todo.

—Si algo no me gusta, no pienso salir a mostrártelo.

Viró los ojos y con un solo movimiento de su mano me despachó.

Refunfuñé una vez estuve solo. Eso me parecía una pérdida de tiempo, solo quería acabar con eso y llevarme a Azul al mar, pero, si no me probaba la ropa que me daba, lo más seguro es que me hiciera una rabieta.

Llevaba dos camisetas que me habían gustado, pero no salí a mostrárselas cuando su rostro apareció frente a mí, sacando toda la mierda de mi interior por el susto que me dio.

Hizo un puchero fingido, pero adorable, y cruzó sus brazos.

—¿Por qué no has salido a mostrarme? Yo te modelé todo, incluso lo que no compré.

—Por todos los santos, Mazu, no puedes abrir la puerta así —regañé mientras quitaba la prenda de mi cuerpo.

—Aprende a cerrar las puertas y no lo haré —respondió a la vez que me daba un largo vistazo a mi cuerpo. Jugueteé con la camisa en mis manos antes de tomar otra.

—Te regañarán si te ven aquí. —Eso al parecer no le importó porque terminó de entrar y se acercó a mí. El espacio no era muy grande, pero sí lo suficiente para que pudiera toquetear mi pecho.

No era idiota, conocía esa mirada en ella y también sus movimientos seductores. Había logrado calentarla, no sabía cómo, pero me quería en un sentido carnal.

—Ya estuve en la cárcel por esto, no creo que puedan hacer mucho más que una multa y echarnos.

—Mazu… —advertí, sin embargo, silenció cualquier queja aplastando sus labios en los míos.

Como siempre, su arrebato hizo bombear mi pene y aumentar las ganas que siempre tenía de su cuerpo.

Tomé sus delicados hombros con fuerza y la hice retroceder lo poco que quedaba para que su espalda tocara la pared. Besé un camino descendente por su piel hasta su clavícula, haciéndola suspirar y revolcarse en busca de más contacto.

Estuve pendiente de los sonidos exteriores que me avisaran que alguien se acercaba. Parecía que Azul y yo éramos de esas parejas que les gustaba el exhibicionismo. No negaba que la sensación me excitaba un tanto más.

Agarré el trasero de Azul para hacerla subir sus piernas a mi cintura y así tener mucho más contacto entre nuestros centros. Hurté sus tangas, aprovechando su vestido, y solo saqué mi miembro. No la iba a desvestir ni tenía tiempo para terminar de desnudarme yo. En un movimiento lleno de urgencia, llevé mis dedos a mi boca para humedecerlos con mi saliva antes de buscar su centro. Masajeé su clítoris hasta que estuvo lista para deslizarme en su interior.

Ahogué mi gemido en su hombro mientras cubría su boca con mi mano para silenciar el suyo, aunque no es que importara mucho eso, en realidad, porque comencé a moverme con fuerza y rapidez, chocando su espalda con cada embiste contra la pared. Eso, para nada, era silencioso.

Fue un encuentro corto, pero ella terminó gracias a mis dedos en su entrepierna, moviéndose a un ritmo diferente al de mis penetraciones, más calmado, más adecuado para ella. Yo, cuando obtuve mi orgasmo, mordí su hombro para silenciarme mientras sus piernas se dejaban de aferrar a mí.

Al separarse pude notar la rojez en sus mejillas producto del calor del momento. Hizo una mueca, incómoda, antes de darse la vuelta.

—Creo que tengo toallitas húmedas en mi bolso. Te veo afuera.

No pude evitar darle una palmada en su culo, de animoso porque ¿quién no se ponía de buen humor luego de que la mujer que amas te sedujera en un pequeño cubículo de una tienda de ropa masculina de lujo?

—Pasaremos la noche juntos, Maria Azul, y te irás conmigo a casa.

Capítulo 19

MARIA AZUL

Mi esperado día había llegado y yo no podía sentirme más como una princesa en un baile realizado solo por y para mí. Era diferente, por supuesto, porque a una princesa se lo prepararían; en mi caso yo había gestionado cada detalle y pagué por todo, pero eso no quitaba ni un poquito de mi emoción.

El lugar en donde se haría me dio una habitación solo para mis cambios de ropa, todos ellos en maniquíes.

Antes de iniciar, me di una vuelta junto con Micaela por los alrededores para asegurarnos de que todo estuviera en orden, desde la comida, las mesas, la tarima preparada para el *runway* con los primeros diseños de la tienda. Todo estaba tan bonito, incluida mi mejor amiga en ese vestido corto brillante que no ocultaba su vientre cada vez más grande.

Como es obvio, contraté personas para que me maquillaran y ayudaran a organizarme, también a Micaela, por eso estuve radiante a la hora del inicio, paseándome con mi vestido pomposo por todo el lugar, saludando y hablando con todas las celebridades invitadas a esa inauguración. Y por supuesto que me tomé muchas fotos con todos, para eso tenía a la fotógrafa siguiéndome por todas partes con su equipo y luces. En especial saqué mucho contenido en el escaparate que era una simulación del *showroom* verdadero.

—¡Querida! —Puse una sonrisa enorme al encontrarme con la esposa de otro hombre de dinero, solo que todo el mundo sabía que esa dama era una víbora, así que siempre era algo hipócrita con ella, así como esa mujer lo era con todo el mundo. Nos abrazamos cuando llegó a mí y dio dos besos al aire, riendo—. ¡Todo esto es una belleza! Necesito que me diseñes mi vestido para la boda de Bea, ¡amo todo lo que estoy viendo! Y sería súper exclusivo, sería la envidia.

Ambas reímos, yo, por supuesto, con mucha falsedad.

—¡Claro que sí, hermosa! Escríbeme y organizamos todo. —Le guiñé a sabiendas que ella nunca hablaría y que, en cuanto me diese la vuelta, esas sonrisas falsas se caerían. No me importaba, lo único que quería de ella era la cantidad de personas que la seguían en redes.

Me despedí en cuanto vi una figura de traje hablando con Micaela. Mi hermano no había ido, pero sí me había citado al día siguiente para almorzar juntos y, según Micae, disculparse conmigo por sus palabras. Por esa razón, mi amiga estaba disfrutando por su cuenta, sin su marido pendiente de ella, y conversando con quien se le acercara. Al ser la esposa de Ashton y estar recuperando su lugar en la sociedad como heredera de los restaurantes de sus padres, la cantidad de personas que le hablaban aumentó; sin embargo, mi mejor amiga ya estaba muy decepcionada de la gente por aquellos que le dieron la espalda cuando quedó embarazada de Coco. Ya no le interesaba hacer amistades que pudiesen dejarla de nuevo en el abismo, en caso de suceder algo que la hiciera salir de nuevo del mundo en el que nos envolvíamos. En su vida ya solo teníamos cupo Ashton y yo y, por descarte, Bret y Max. Justo con este último era con quien conversaba ella, riéndose y con su bebida en mano.

—Yo no me puedo quedar hasta tarde; soy una embarazada que se cansa muy rápido —le comentaba a Max—. Ashton me recogerá a las doce, de ahí en más, Azul es toda tuya.

Max ya me había visto acercarme. Mis mejillas se colorearon a pesar de que había mucha confianza entre ambos y de que todos esos días estuve quedándome en su apartamento sin que nadie más se enterara porque un medio de entretenimiento nos había cachado besándonos en Italia. Max se encargó de que no se difundiera mucho, pagó a la revista para que bajaran esa nota, siempre teniendo en mente mi tranquilidad y que Ashton no se enojara más antes de que pudiese pedirme perdón. Según Mic, él no se enteró de nada, sin embargo, los acontecimientos de la noche sí qué darían de qué hablar y no bastaría con el dinero para quitar las noticias de nosotros y el evento de inauguración.

Como saludo, Max enredó su mano en mi cintura y solo besó mi cabeza. Micaela ladeó su cabeza para analizarnos, teniendo algo en mente que solo ella conocía.

—No creo que Mazu tenga mucho tiempo hoy. Falta poco para que comience la exhibición de los primeros vestidos, ¿no? Y ella debe estar con las modelos. Todo se ve muy bien, como siempre. Haces las mejores fiestas.

Sonreí complacida y eché mi cabello detrás de mi hombro.

—En eso tienes razón, pero serán unos minutos. Te muestro tu mesa, estás conmigo y con Micae.

—Ve a hacer tus cosas, nena, ya lo llevo, ya iré a sentarme. Me matan los pies.

Sonreí con algo de pena. Se percibía que Micaela estaba disfrutando de su embarazo. Estaba radiante, se veía muy amada y acompañada, lo que me hacía sentir orgullosa, tanto de ella como de mi hermano. Mic no era de esas que romantizaban todo y era muy sincera en los días en los que el embarazo le pasaban factura y se hacía sentir con fuerza, como los días de hinchazón, los días de reflujo, de dolor de espalda y esas cositas que comenzaban a pasar con más frecuencia porque estaba pronta a llegar a sus últimos

meses… Bien, estaba un poco más allá de la mitad de su embarazo; faltaban muchas semanas, pero era un decir.

Max se despidió con un asentimiento y acompañó a mi amiga, atento a su caminar y a las palabras que ella decía. Era un buen hombre, no podía negar ese hecho para nada.

Pasados unos minutos, me encontraba cambiando mi atuendo por el siguiente, el que usaría para salir en el *runway*. Ya las modelos estaban haciendo su trabajo, escuchaba la música y pronto alguien llegó a buscarme, justo cuando me estaba dando los últimos toques en mi cabello porque se debía ver todo perfecto, yo incluida.

Me tiré un beso en el espejo antes de salir corriendo en mis tacones porque ya era mi momento de salir. Estaba preciosa en mi vestido que simulaba la caída de oro rosa por todo mi cuerpo y en mis tacones altos, hermosísimos, también con un diseño simulando el oro derretido. Los había mandado a hacer hacía meses porque trabajé muy duro para que ese día fuese especial.

Todos los asistentes vitorearon cuando salí, así que tampoco me di cuenta del altercado que se presentaba en la puerta con los guardias y una persona que no estaba invitada. El que sí se dio cuenta fue Max, porque, cuando lo observé para ver su reacción por mi atuendo, él se levantaba de su silla con todo el cuerpo tenso. Esa fue mi señal para mirar a la puerta, toda mi emoción sustituyéndose por temor al ver el rostro rojo de Tadeo al liberarse de las garras del guarda.

Así como yo, muchos se dieron cuenta de esa presencia desagradable en ese instante, sin embargo, otros se dieron cuenta cuando mi ex gritó, llamando la atención de todos aquellos que no lo habían visto.

Yo era una chica adinerada, me movía en un círculo social vigilado, ávido de chismes, por supuesto que había periodistas allí y

fuera del salón, periodistas que documentaron el momento en el que Tadeo se quiso acercar a mí con un rostro desencajado por la ira.

—¡Eres una estúpida perra! ¿Una demanda por reclamar lo que merezco por aguantarte por años mientras fuiste tú quien andaba de zorra!?

Estaba en shock. No pude ni siquiera reaccionar y atinar a decir algo porque mi mente estaba muy ocupada gritando que todo se había destruido, todo se había arruinado y todo por culpa de Tadeo.

Capítulo 20

MARIA AZUL

—Mazu, baja de ahí —pidió Micaela mientras me hacía señas, pero yo solo tenía ojos para Tadeo y oídos para los rumores.

Max se interpuso entre Tadeo y yo, evitando que se acercara a mí en ese estado. Mi ex, al verlo, entrecerró los ojos y soltó una risa.

—¡Oh, aquí estás! Por supuesto, el amante tendría que estar en mi lugar una vez que me fui, ¿no?

—¡Yo nunca te fui infiel, Tadeo! —exclamé entre dientes, intentando que la situación no escalara más. Bajé de la plataforma, Max quedando entre él y yo. No fui estúpida, no me puse frente a Max porque sabía que en cualquier momento Tadeo podía enloquecer y yo estaría sin alguien que me pudiese defender en el instante antes de que él llegara a mí.

Mi exnovio no me había violentado físicamente, sin embargo, sabía que él no era una persona de fiar en ese sentido porque en la universidad, en múltiples ocasiones, se había metido en líos, peleas con otras personas y por las cuales estuvo a punto de ser expulsado. La universidad no podía permitirse que una persona dañara su reputación, no obstante, él siempre tuvo el dinero para dejar que las cosas se olvidaran. Por eso no entendía que estuviera quitándome de mi dinero cuando él no tenía necesidad. Bien, yo podía tener más, no lo voy a negar. Mi fortuna podía duplicar la suya, pero eso no le daba el derecho de quitarme mi patrimonio.

Tadeo no me prestó atención, solo estaba con su atención fija en Max, quien, a su vez, también solo lo veía a él con el cuerpo tensionado, listo para atacar.

Mi ex lo señaló.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tu fuiste el que puso la demanda, no ella.

Micaela llegó a mí corriendo tan bien como podía.

—Mazu, deja que Max solucione todo. Le pedí a los organizadores que muevan a las personas para que no haya tanto… rumor, pero estás temblando, bonita, necesitas salir de aquí.

Al caer en cuenta de mi temblor, hice un puchero y la miré. Por poco me deshago ahí mismo.

Las personas estaban saliendo, aunque con renuencia porque querían seguir sabiendo el chisme, sin embargo, los estaban haciendo pasar a la sala contigua. Por fortuna, en esa sala había también una mesa de aperitivos y pronto se serviría la cena también allí mismo.

Parpadeé para quitarme las lágrimas, desconectándome de la conversación que se llevaba a cabo frente a mí.

De forma inesperada, porque había olvidado que él iría a recoger a Mic, mi hermano apareció con pasos fuertes y manos apretadas. Tadeo no esperaba a mi hermano, por supuesto, al menos eso creí cuando Ashton lo tomó por el hombro y lo volteó como si fuese un muñeco de trapo.

—Te vas a largar de aquí sin hacer escándalo si no quieres que esa demanda sea mucho más grande —amenazó—. No vas a seguir arruinándole la vida a mi hermana, te lo dejo claro, Tadeo. No me conoces lo suficiente como para saber hasta dónde puedo llegar.

El cínico de mi ex solo se rio.

—Nada más por esas palabras puedo demandarlos a ustedes.

—No es como que vaya a prosperar —intervino Max con sus manos en los bolsillos y aparentando tranquilidad que de seguro no estaba sintiendo. Lo sospechaba porque lo conocía muy bien y esa arruguita en su frente y sus ojos entornados decían que solo se contenía, pero la ira en su interior debía ser infinita—. Eres un payaso, Tadeo. Tengo a toda tu familia investigada y a tu amante, porque tú sí fuiste infiel, Azul no, por mucho que quieras creer lo contrario.

Tadeo se soltó de golpe de Ashton, quien lo dejó porque Max ya lo estaba esperando. Miró a mi ex como si fuese un bicho que le daba asco.

—Te diré quiénes son los payasos aquí: tú, Ashton, Azul y hasta la estúpida embarazada.

Escuché bajito el *«ay, no»* de Micaela, siendo esa pequeña frase un eco de lo que yo misma pensé, sin embargo, aunque las dos pensamos que sería Ashton quien reaccionaría de una forma agresiva, para nuestra sorpresa, fue Max quien dio el primer golpe.

Yo di dos pasos hacia atrás, sorprendida, a la vez que Micaela soltaba un gritito ahogado y corría hacia mí. Las dos nos abrazamos mientras veíamos a los dos hombres trabajar en conjunto como nunca los vi antes.

—Mazu, vámonos —pidió Micaela y ahí me cayó la ficha de que ella estaba en embarazo; debía cuidarse más y no podía arriesgarse a que un susto la afectara, así que asentí y, todavía abrazadas, caminamos con paso rápido hacia el pasillo que llevaba a la habitación en donde me había cambiado. Al llegar, Mic suspiró, se dejó caer en la silla y acarició su vientre como si fuese una acción bálsamo, necesaria para calmarse.

Y yo, yo me derrumbé allí, viendo mis vestidos en los maniquíes, sabiendo que todo se había dañado.

Sollocé y me dejé caer en otra silla.

—Oh, nena, ven aquí. —Micaela se sentó en mis piernas con suavidad para poder llevar mi cabeza a su pecho y dejar que sollozara ahí.

—¡Todo se arruinó! Trabajé muy duro en esto para que ese idiota se aparezca por acá. ¡Y ahora Max y Ashton peleando con él! ¿Los viste acaso? ¿Cómo es que se pusieron de acuerdo para mi hermano sostener a Tadeo mientras Max…? ¡Micae, se convirtieron en unos asesinos a sueldo!

Mi mejor amiga soltó una risita mientras seguía acariciando mi cabello.

—Me sorprende, no te miento, pero son hombres, después de todo, y nos están defendiendo. Ahora, no dejes que te arruine tu día del todo, Mazu. Ponte tu siguiente vestido, arregla tu maquillaje y vuelve a tu cena con tu humor característico, querida. Yo te acompañaré, hagamos como si en la otra habitación no hubiera tres hombres matándose.

Separó mi rostro y limpió mis lágrimas. Al ver su rostro calmado y por sus palabras, solté una risa corta que también la hizo reír a ella.

—Vamos, más tarde podrás llorar viendo las noticias que salgan, ahora debes remontar tu *show*. Mira el lado positivo: Tadeo solo hizo que hablaran más de ti. Publicidad es publicidad, y él te dio una gratis.

∞

Tal como dijo Micae, lloré al otro día en mi enorme cama, mientras veía las notas en las revistas de moda y de chismes hablando de mí, especulando sobre las razones por las que terminé con Tadeo y afirmando que mi relación con Max no era reciente. Estaban en lo cierto, pero tampoco era la relación que todos los medios afirmaban.

La noticia de nuestro beso salió de nuevo, y hubo tantas fotos y videos que ya se hacía imposible de contener. Además, Max parecía estar ocupado con Tadeo porque nunca contestó el teléfono.

Como recomendación de Micaela, me había cambiado y presentado en la cena, con una sonrisa falsa y excusándome vagamente por lo sucedido. No entré en detalles, por supuesto, de esos se encargarían las revistas que estaban solicitándome información sobre el escándalo. No había contestado ningún mensaje porque primero quería conversarlo con Max, saber qué tenía él en mente y, también, saber qué había sucedido después, porque una vez salí del camerino, Ashton, Max y Tadeo no estaban, solo había quedado como recuerdo de lo sucedido una manchita de sangre que, supuse, fue la que salió de la boca de Tadeo por el golpe de Max. También quedó como prueba una foto de ellos saliendo acompañados de policías que no sé en qué momento llegaron.

Toda la cena me la pasé inquieta, triste también, aunque intenté que no se notara. Mi ansiedad llegó a su tope a la mañana, luego de despertar de una siesta corta porque no pude pegar el ojo en toda la madrugada. No tenía respuestas, no tenía mensajes nuevos de las personas que me interesaban, no tenía nada, solo había hablado con Micaela, a quien Benjamín, el asistente de mi hermano, la pasó a buscar, pero ella solo me dijo que Ashton se comunicó con ella para decirle que durmiera porque demoraría, nada más.

Era casi medio día cuando una llamada entró a mi teléfono. Casi salto de la cama al ver el número de Max allí.

—¿Cuál es el código de tu apartamento? —preguntó y con solo eso supe que él había ido e iba a subir a mi casa.

Vi las mantas en el suelo junto con almohadas y el último atuendo de la noche pasada, después pasé mis ojos al espejo lejano, en donde pude ver mi cabello algo despeinado. Salté de allí mientras tartamudeaba el código de acceso.

Tiré el teléfono a la cama y corrí a mi tocador para pasarme un peine por el cabello y recogí las mantas del suelo y las lancé a la cama. No es que se viera muy organizado así, pero no podía hacer más.

Bajé corriendo las escaleras hasta estar frente a la puerta, a la espera del hombre del cual estuve esperando noticias desde hacía horas.

Max apareció un minuto después, sin el saco de su traje, un leve golpe en su ceja derecha y, lo que más me sorprendió y gustó, un arreglo floral enorme y precioso que dejó en la primera superficie que vio.

Abrí la boca para preguntarle qué había sucedido, por qué estaba allí; lanzar todas las preguntas que tenía amontonadas en mi cabeza, sin embargo, antes de que pudiese soltar medio sonido, tomó mi cuello y estampó sus labios en los míos.

Yo podría querer explicaciones, pero Maximiliano tenía otros planes antes que contestarme cualquier pregunta.

Capítulo 21

MAXIMILIANO

—Quién diría que ahora soy yo quien los saca de apuros legales —se jactó Bret con una risa de suficiencia que me hinchó las pelotas. No estaba de humor, para nada, pero entendía que mi amigo era así—. ¿Y ahora qué sigue?

Observé a Ashton. Los tres estábamos en una sala de interrogatorio de la policía mientras Tadeo se encontraba presentando cargos contra nosotros; cargos que, por supuesto, se olvidarían porque todos allí sabían que valía más el dinero que unos golpes bien dados por irrumpir en un evento privado. Es que ni siquiera hacía falta el dinero: nosotros estábamos en nuestro derecho de defendernos… si obviábamos que fui yo quien dio el primer golpe. Pero es que no podía solo quedarme con las manos en los bolsillos mientras veía a Azul en shock, con sus bonitos ojos claros llenos de lágrimas por un imbécil en el que decidió confiar hacía años.

Su carne debajo de mi puño se sintió tan bien que fue una sensación casi orgásmica. Lo repetiría las veces necesarias para mantener a raya al idiota.

Ashton negó, casi desilusionado.

—No puedo creer que mi hermana se haya metido con un ser tan imbécil. Lo siguiente, Bret, es esperar a que los abogados solucionen todo y radiquen las demandas contra Tadeo. El idiota

como que no cae en cuenta de que cualquier paso en falso que dé contra Azul, siempre va a tener consecuencias.

Nuestro otro amigo entrecerró los ojos.

—¿Cuántas demandas tiene ya el hombre?

Tanto Ashton como yo nos encogimos de hombros.

—Varias, pero seguiremos hasta que se detenga. La más grave es por el robo de las cuentas y por lo que intentó con el apartamento, lo de abuso de confianza, calumnia, alteración de orden público por el espectáculo que hizo cuando lo sacamos. Vaya, de verdad son muchas demandas —admitió Ashton en una risa—. En fin, esas más pequeñas no creo que lleguen a nada, excepto que deba pedir perdón público a Azul por el daño que le causó a su imagen y por arruinar su inauguración. Con el tema de las cuentas, espero que le devuelva todo el dinero más una indemnización. A Mazu quizá no le importe, pero a mí sí.

—A nosotros —lo corregí—, y a mí me interesa más que se retracte de haber llamado a Azul infiel y haber barrido con su buen nombre en su propio evento.

Bret se rio.

—Claro, eso es lo que más te ofende porque en años, incluidos los años de relación entre Tadeo y Mazu, tú solo estuviste rogando por la atención de ella, ¿no? ¿Cómo se le ocurre decir que Azul fue infiel cuando eso era lo que más deseabas tú? Que le fuera infiel contigo, debo aclarar, porque creo que te hubieras metido un tiro de haber sido de otra forma.

La llegada de los abogados impidió que le dijera lo que tenía en mente.

—Últimamente me estás haciendo trabajar muy de madrugada —dijo mi abogado en un tono humorístico al llegar, solo para romper la tensión en el ambiente. No se podía quejar. Aunque era uno de los mejores abogados, yo no le pagaba poco por representarme, y lo sabía. Puso frente a mí unos papeles—. Alega tener el tabique roto y ya tomó las fotos para meter una denuncia por violencia, pero no creo que la dejen proceder, teniendo en cuenta todo el contexto y que él fue quien provocó todo. Por el contrario, ya hablamos de lo que ustedes pueden solicitar a nombre de la señorita Hunt.

—Y de Micaela. No voy a permitir que insulte a mi esposa cuando ni siquiera había pronunciado una palabra.

Mi abogado asintió y procedió a hablar con nosotros sobre todo el proceso que se llevaría a cabo, incluyendo las trampas legales para ahogar más a Tadeo. Según él, el abogado de nuestra contraparte no era muy bueno, aunque el hombre tenía mucho ego sobre su cabeza, así que podíamos pasar todas esas pequeñas trampillas sin que él otro se diera cuenta y así ponerlo a pagar más.

Convertimos esa pequeña sala en una oficina, tornando a los policías en cómplices porque incluso nos llevaron café. Lo bueno de tener dinero también era que todo el mundo corría con tus caprichos. Una vez estuvo todo listo para radicar la demanda, todos nos levantamos de nuestros asientos.

Bret se ofreció a seguir con el proceso para que Ashton y yo pudiéramos descansar de todo eso, en especial yo porque tenía mi mano lastimada por los golpes que le proporcioné a Tadeo antes y después de que Mazu y Micaela desaparecieran de la habitación. Estoy consciente de que nos vimos como unos matones, pero no me importó. Tuve tanta ira que no podía solo pretender calma cuando lo único que quise fue reducirlo a golpes. Y hubiera seguido si no hubiera advertido al periodista tomando fotos de todos.

Al recordar esto me quejé una vez dentro de mi auto. Dejé caer mi cabeza en el volante antes de sacar mi teléfono y buscar todas las noticias sobre la noche anterior.

Por supuesto, había muchas y con fotos filtradas de la pelea, aunque una en especial llamó mi atención porque era una foto de años atrás, en donde yo abrazaba a Azul por los hombros y besaba su cabeza. Nunca había visto esa foto. Y esa estaba acompaña de una más reciente, la que nos tomaron en Italia hacía días. El título fue lo que más llamó mi atención, a pesar de que las imágenes me hicieron preguntarme cuánto tiempo guardaban los medios esas cosas.

¿EL HOMBRE MÁS PACIENTE DEL MUNDO? Maximiliano Ferrer: ¿Amigo fiel o el "eterno" enamorado de Azul Hunt?

> ¿Amistad entre hombre y mujer sin tensión sexual? ¡Ese cuento ya no nos lo tragamos! Por años nos vendieron la idea de que lo suyo era solo un "vínculo fraternal", pero los recientes eventos en el Château Daluva han confirmado lo que todos sospechábamos: no existen los amigos, solo los hombres con una paciencia infinita.
>
> El pasado sábado, mientras la *it-girl* y empresaria Maria Azul Hunt presentaba su nueva línea de ropa, estalló la bomba. Lo que debía ser una noche de moda terminó en una escandalosa revelación que pone a Maximiliano Ferrer en el centro del ojo público. ¿Hubo infidelidad de Azul hacia su ahora ex, Tadeo Jugert, con el guapísimo empresario?

Las pruebas hablan por sí solas:

Aunque Azul siempre ha jugado la carta de la discreción, Maximiliano ha sido su sombra constante. Nos hicieron creer que él era "el mejor amigo de su hermano" y su confidente más cercano, pero tras los últimos altercados, la careta se ha caído.

¿Es Azul la villana de esta historia?

¡Todo apunta a que NO! Los rumores en los pasillos del evento aseguran que el verdadero "picaflor" en esta ecuación fue Tadeo. Sin embargo, lo que realmente tiene a internet encendido es la figura de Maximiliano Ferrer. ¿Cuánto tiempo ha estado este hombre esperando su turno en la banca?

Manténganse conectados, porque en breve les traeremos TODOS los detalles de la pelea, los trapos sucios de Tadeo y, por supuesto, la crónica de cómo Max Ferrer pasó de ser "el amigo de la familia" al protector oficial de Azul.

Terminé allí porque no me interesaba leer cómo me pintaban como un hombre tomado por las pelotas por una mujer, ni que me pintaran como el más romántico del mundo o enumeraran todas las cosas que eran de dominio público que le había regalado a Mazu en el pasado, en el presente y las que podría regalarle a futuro.

Arranqué el auto porque quería irme a mi apartamento, tomar una ducha e ir a buscar a Azul porque estaba preocupado por ella y su estado. Mi chica era sensible y que le arruinaran todo el trabajo

debió sentarle muy duro. Necesitaba verla y, también, acurrucarla en mis brazos.

Una vez organizado todo, y aunque tenía muchísimo sueño por llevar más de veinticuatro horas despierto, pasé por una florería para comprar el arreglo más grande posible. Maria Azul se lo merecía, no por lo ocurrido, sino por ser una excelente diseñadora y haberse esforzado tanto. Le daría las flores como una felicitación y porque estaba orgulloso de ella, muy orgulloso.

Tan cansado como estaba, no quise seguir con el juego de Maria Azul y nuestra relación. Nunca había subido hasta su piso, era casi que una prohibición para mí, pero la llamé y solo solicité el número de acceso porque iba a dejar de jugar ese juego. Maria Azul, por más que lo negara, era mi mujer; correspondía mis sentimientos, quería estar conmigo y yo haría que se olvidara del pasado.

Estaba preparado para usar mi tono demandante con ella cuando se negara a dejarme pasar, pero fue tan dócil al decirme el código que solo pude apretar la mano que no llevaba el arreglo y prenderme por su actitud.

Me sentía un adolescente con Mazu: calentándome a la mínima cosa que hiciera, ahogándome en nervios cada vez que la veía; pero no lo podía evitar y tampoco lo quería cambiar. Estaba enamorado de esa rubia caprichosa y mimada.

En cuanto el ascensor se abrió, todos mis planes de ir hacia ella y preguntarle cómo estaba se fueron por el caño al verla con sus ojos grandes fijos en mí. Dejé las flores en cualquier parte y me estampé en ella, agarrando su rostro para que no se me escapara, aunque, para mi sorpresa y disfrute, tomó las riendas y, aun con su boca en la mía, empujó mi cuerpo hasta que caí en el sofá.

Ella de inmediato se quitó su blusa, siendo el único instante en el que separó nuestras bocas, y se sentó a horcajadas sobre mí

mientras sus dedos trabajaban rápidos y torpes en los botones de mi camisa

—¿Dónde estabas y por qué no me habías llamado? —reclamó antes de morder con fuerza mi labio, mostrando su descontento.

Me quejé, pero acaricié su espalda suave, amando tenerla sobre mí.

—Estaba en reunión con tu hermano y los abogados. No quiero que sigas defendiendo a Tadeo, ya no más. Que se haga cargo de sus acciones, Maria Azul.

Ella asintió.

—Tienes una cara horrible, ¿has dormido? —dijo, mientras enterraba su rostro en mi cuello y besaba la zona, ahora que mi camisa estaba desabotonada.

—No, no he dormido. Echémonos un polvo rápido y me invitas a dormir contigo.

Se rio, pero se separó de mí con respiración agitada y ojos excitados.

—¿Uno rápido? —Asentí, hipnotizado por ella—. Bien, rápido será.

Y se levantó para sacar su pantalón de pijama y quitar también el mío.

Capítulo 22

MARIA AZUL

Max sí que estaba cansado, porque en cuanto tocó la cama, todavía desnudo después de un breve baño, se durmió mientras yo me recostaba en su pecho, también algo adormilada y satisfecha, sin embargo, no dejaba de darle vueltas al tema de Tadeo.

Imaginaba que mi hermano y Max se habían encargado de todo con sus abogados, pero el mal sabor de boca no se iba. Tadeo fue mi amigo por mucho tiempo: la persona con la que conviví y quien esperaba que, en un futuro, me pidiera matrimonio. Estaba cada vez más convencida de que todo lo sucedido solo fue karma por haber intentado reemplazar a Max con él.

El susodicho se removió en la cama, llevándome consigo hasta que terminamos frente a frente, ambos de lado. Estaba despierto, lo sabía, aunque sus ojos se mantuvieron cerrados.

—¿Dormiste? —preguntó luego de un momento, todavía sin abrir sus ojos.

—Solo unos minutos —respondí y me dediqué a acariciar su mejilla, preparada para soltar todo lo que tenía en mi mente—. Deberías dejar aquí algo de ropa.

Con eso, abrió poco a poco sus ojos, confundido.

—¿Por qué? ¿Estás segura? —Asentí.

—Yo tengo un montón de ropa en tu apartamento, eso es lo normal cuando vives solo y en apartamento diferente a tu novio.

Me quejé en cuanto mi cabeza cayó sobre la almohada, justo en el momento en el que él se separó de mí y se alejó, incluso más confundido.

—¿Desde cuándo estamos saliendo? —Suspiré y ahora fui yo quien fingió confusión.

—Desde hace mucho estamos saliendo. —Sacudió la cabeza, incrédulo.

—No, no estamos saliendo desde hace mucho. Nos acostamos hace seis años, me ignoraste desde entonces porque piensas que fuiste mi amante, y hace como un mes o más volvimos a tener relaciones; pero me has seguido rechazando cuando te digo de formalizar esto.

Fruncí el entrecejo y me senté en la cama. Por supuesto, su atención se desvió a mis pechos desnudos, y esa era mi intención porque necesitaba distraerlo.

Me levanté y me dirigí al baño mientras meneaba mi trasero y jugaba con mi cabello, dándole la espalda.

—Estás un poquito confundido, Maxi, porque desde hace mucho nosotros estamos juntos.

Maldije que mi cama fuese de tan buena calidad porque no chirriaba cuando alguien se movía sobre ella; eso no me permitió distinguir sus pasos hasta que no fue demasiado tarde. Me cargó, enredando sus manos en mi cintura y devolviéndome a la cama.

—Ah, no, ni creas que te libras tan fácil, mucho menos llamándome loco. No salíamos, admítelo.

—No voy a admitir algo que no es cierto.

—Pues necesito que lo admitas si no quieres que me sienta mal por haber estado con otra mujer. —Dejé de forcejear y lo miré ceñuda.

—¿Estuviste con otra mujer? ¿Cuándo? —pregunté, ya enojándome, pero él solo sonrió y alzó una ceja—. Tuviste años para estar con alguien más y ¿vienes a hacerlo justo después de que volviéramos a llevarnos bien? ¿Con quién fue? ¿Con la china?

Soltó una carcajada y se acercó con la intención de un beso, pero le hice la cobra, lo que lo divirtió más.

—Era una broma, pero sí quiero saber por qué el cambio.

—Déjame decirte que tus bromas son horribles. —Arqueó una ceja como esperando a que yo dijera algo más, pero no lo hice; tuvo que suspirar y comenzar a besar mi mejilla.

—Lo digo en serio, era una broma, pero es divertido verte celosa por Xia, aunque sabes que solo hay una relación profesional entre nosotros.

—Saliste con ella y Bret hace poco, solos. —Me observó confundido antes de comprender mi reclamo y negar.

—No salí con ella. Estaba con Bret tomando un trago y nos encontramos por casualidad. Ella estaba con su amiga, que, por supuesto, le gustó a Bret, así que se quedaron por unos minutos, luego yo me quise ir, Bret no se quería quedar con dos mujeres, así que las acompañamos a tomar un taxi, eso es todo. Y ahora que estamos aclarando las cosas: tampoco fuiste mi amante hace seis años, Azul. No voy a mentir, estuvo mal haber estado contigo ese mismo día; no solo por el sexo en esa situación, sino porque, por la prontitud, era obvio que Vanessa pensaría que la ruptura no era en

serio. Esa mañana ella solo fue a intentar arreglar las cosas, pero nunca volvimos; yo ya no estaba con ella.

—Me dejaste sola en la habitación por ir detrás de ella —reclamé.

—Te dejé con Ashton pensando que tendría posibilidad de hablar contigo luego, con mucha más calma. Vanessa fue mi novia por mucho tiempo; le debía una explicación para que no se hiciera la idea equivocada sobre las causas de nuestra ruptura. No podía partirme en dos para explicarles a ambas, Mazu. De haber sabido que te negarías a hablarme por meses y que tendríamos esa dinámica de pelea constante, me habría asegurado de explicártelo todo a ti primero.

Viré los ojos.

—Claro, siempre ha estado por encima tu necesidad de ser la persona más correcta.

Se quedó mirándome por un momento antes de suspirar.

—Lo siento. Te he hecho daño todos estos años, pero, por favor, créeme cuando te digo que desde hace mucho tiempo solo he querido estar contigo.

Me acomodé mejor en la cama, todavía debajo de él, y lo observé altanera.

—Pues ya tienes tu oportunidad. A ver qué tanto trabajas por mantenerme en tu vida.

—Trabajaremos los dos, ¿no? Porque tú tampoco querrías que yo me fuera de la tuya.

De nuevo, lo miré con insolencia.

—A ti te tengo feliz con una caricia en la cabeza; en cambio, a mí me mantienes feliz con un anillo en el dedo.

Se rio.

—¿Tan pronto estamos hablando de matrimonio? Calma, apenas hoy me pediste ser tu novio.

En respuesta, le di un golpe en el brazo que lo hizo reír.

∞

Para el *showroom* contraté a dos personas que lo atendieran y creé toda una nómina de empleados que sería supervisada por una administradora que me robé de otra tienda de ropa. Micaela me ayudó a elegir todo y sería la encargada de estar pendiente de que no hubiese movimientos raros con las cuestiones financieras, aunque para el día a día también tenía a otra persona responsable.

Ignorando el desastre causado por Tadeo en la fiesta de inauguración, entré al local con mis gafas de sol puestas y mi cabello recogido, meneando mi bolso y mi trasero, feliz de la vida porque la mañana se había ido en solo comprar ropa para Max para que dejara en mi hogar. Conociéndolo, solo mandaría a Tara para que la llevara, que escogiera un par de prendas y se contactara conmigo para que le diera acceso a mi hogar, así que tomé la situación en mis manos y mejor me fui de compras, unas cortas pero muy sustanciosas porque compré desde ropa formal y elegante hasta la más casual, incluyendo para estar en casa.

Dejé todo eso en mi amado Mini Cooper porque mi tiempo en el *showroom* sería corto, sin embargo, apenas entré, vi que uno de los vestidos que tenía dentro ya no estaba y que había más personas de las esperadas allí. No digo que no fuese a vender, pero no esperaba el recibimiento.

Y, también, para mi sorpresa, Micaela estaba allí. Al verme, sonrió y se acercó, así que yo, sin perder ni una sola oportunidad, acaricié su vientre que parecía haber crecido mucho más el día que no nos vimos, aunque, claro, solo era mi percepción.

Me llevó a la oficina luego de que yo saludara a todos los presentes y, una vez encerradas, nos vimos por un momento antes de soltar un gritito. Ella corrió a abrazarme.

—Le tendrás que dar a Tadeo un porcentaje de ganancias por la publicidad gratis, nena. He estado aquí desde hace media hora y no ha dejado de venir gente, no solo del evento, sino de otras partes. Estoy muy orgullosa, Mazu. —Y se echó a llorar, abrazándome—. Recuerdo tanto que me hablaste de este lugar hace años. Te veías tan emocionada de que alguien quisiera comprar tus diseños, y ahora mira, tienes tu propia marca y han comprado mucho. Te quiero mucho, amiga, eres lo mejor.

Hice un puchero, agradecida con sus palabras y por su amistad, pero fui yo quien la tuvo que consolar porque sus lágrimas no pararon, aunque se mezclaron con su risa porque ambas sabíamos que se debía a sus hormonas. Una vez pudo respirar bien, dijo:

—O también se han visto motivadas por la fama romántica que le han creado a Max, aunque no creo que él esté muy contento. Lo hablé con Ash y me dijo que es muy posible que esté rabiando por eso.

Reí y lo pensé por un minuto hasta negar.

—Sí, debe estarlo, pero no te voy a negar que me entretuve leyendo los chismes anoche mientras él dormía.

Mic se quedó mirándome con sospecha.

—¿Mientras dormía? ¿Te quedaste en la casa de él? —Negué y ensanché mi sonrisa. Ella me imitó—. ¿Le dijiste que se quedara en

tu casa? ¿No que no lo dejarías?

—Hicimos las paces —revelé mientras echaba el cabello detrás de mi hombro. Mi mejor amiga se rio, pero pronto se enserió.

—Bien, me alegro por ti, pero estaré más alegre cuando hables con Ashton y solucionen todo entre ustedes. —Hice una mueca porque sí, con lo sucedido, había vuelto a ignorar a mi hermano y aplazado la reunión en SkyConnect.

Pero no solo era mi relación con Ashton; en la ecuación entraba mi cuñada embaraza que resultaba ser mi mejor amiga, así que solo suspiré y saqué mi teléfono para, por fin, responder al último mensaje de Ashton Hunt.

Capítulo 23

MARIA AZUL

Mi hermano me esperó en una mesa lejana a la entrada, en un reservado dentro del lujoso restaurante que eligió para ello. Estaba solo, ya degustando una copa de *whisky*. Me vio acercarme con ojos serios, quizá repasando en su mente lo que diría porque conocía lo calculador que era mi hermano, mucho más cuando cometía un error. Le costaba horrores disculparse; solía postergar el momento mientras analizaba la situación desde todos los ángulos posibles para saber cómo abordarla. Por eso me sorprendió que, en cuanto me senté y el mesero nos llevó las cartas, él suspirara e inclinara hacia mí, dejando de lado su elección por el momento

—Lo siento mucho, hermanita —susurró con un nivel de seriedad que me sorprendió, sin embargo, mi orgullo no me permitió dejar las cosas así, por lo que le di una mirada al menú y solo arqueé mi ceja, esperando a que dijera más—. Mazu…

—Un «lo siento» no es suficiente —lo corté porque su llamado solo sonó a advertencia de que no quería decir más. Mi hermanito suspiró.

—Papá te enseñó bien. No pensé que el tiempo que pasabas con él de verdad te sirviera para saber manejar de forma correcta una inversión, el dinero. Admito que te juzgué mal y me di cuenta

de mi error solo al revisar los documentos que me pasó Max. Te pido perdón por haber desconfiado de ti cuando debo ser la primera persona en confiar y lamento haberte llamado de la forma en la que te llamé. Sí eres mimada, pero eso no significa que sea malo… y también supe que le pediste ayuda a Max hace años con el tema de las inversiones.

—Así es, pero como tenían tan mal concepto de mí, solo decidieron pensar que ignoré la información y no hice nada con ella, ¿verdad? Pues ya ven que no.

—Sí, ya veo que no, y lo lamento. No quiero estar distanciado de ti; odio que estés enfadada. No solo tengo a Micaela reprochándome el asunto a cada minuto, sino que además me haces falta, Azul. —Hice un mohín antes de bajar la carta y mirarlo. Él, sabiendo cómo era yo, viró los ojos y buscó en su traje—. De verdad esperaba no tener que usar esto, Maria Azul.

—Soy lo que soy, no lo siento si no te gusta. —Sonreí en cuanto deslizó una caja alargada hacia mí que de inmediato abrí.

Una preciosa cadena con un dije de rubí me dijo *«hola»* con el brillo del oro y de las pequeñas incrustaciones de diamante. Mi hermano bien me conocía; ambos sabíamos que en realidad lo perdonaría con o sin cadena, pero era divertido que la usara como forma de disculpa.

—Bien, te perdono, pero nada de volverlo a hacer.

Él resopló, pero asintió.

—Y tú, nada de vender las acciones de Sky, te lo prohíbo. Se cancela esa reunión.

Me hice como si lo pensara, sin embargo, estiré mi mano hacia él para cerrar el trato.

—Bien, pero solo porque no quiero perder lo que me queda de la herencia de mis padres.

Ashton asintió y, en cuanto llegó la mesera de nuevo, ambos pedimos lo primero que vimos porque no logramos analizar los platillos.

—Alguien que estaba muy interesado en la reunión era Max —dijo dando otro trago de su copa. Yo asentí.

—Debe estarlo; el patrimonio de su novia está en juego. —Su movimiento de llevar el trago a su boca se vio interrumpido por mis palabras. Me observó algo descolocado y confundido.

—¿Cuándo formalizaron?

—Ash, ya eres mayor, así que te lo explicaré: ahora no se usa el «formalizar», solo se sabe.

Entrecerró los ojos.

—¿Eso quiere decir que Max no sabe que son novios? Te recuerdo que tiene mi edad.

—Oh, él lo sabe, no te preocupes. —Cuando tomó un trago que pareció saberle amargo, la curiosidad entró en mí—. ¿Por qué te molesta tanto que tenga una relación con Max? No te cuestionaría si fuese con Bret, es el más cuestionable de los tres, pero Max es el más correcto.

—Mira, Mazu, amo a mi amigo y no temo decirlo, pero no se me hace cómodo pensar que te estuvo rondando incluso cuando seguías siendo una niña. Me hice el idiota, pero sí que notaba su mirada en ti cuando tenías como diecisiete, incluso antes. Y luego tuvo la oportunidad de hacer las cosas bien, pero decidió pensar con el pene y acostarse contigo y meterte en toda esa situación de mierda.

—¿Cómo que me rondaba desde antes? —Él se rascó los ojos.

—Sí, eso mismo. Y no iba a permitir que mi hermanita de diecisiete, huérfana, saliera con un hombre seis años mayor.

Yo, contrario a su malhumor, me acomodé con emoción en mi asiento y aplaudí.

—¿Te imaginas yo haber salido con un universitario estando todavía en el instituto? Hubiera sido la sensación, ¿por qué no lo permitiste?

Ashton puso los ojos en blanco, toda la molestia reflejándose en su semblante.

—Ni se te ocurra, Maria Azul —reclamó. Reí, pero él solo negó con la cabeza—. Dicen que los hijos terminan pareciéndose a la persona con la que más peleó la madre durante el embarazo. Si eso es cierto, le doy gracias al cielo que Micaela no haya tenido ni un solo roce contigo, porque me convertiría en un asesino si alguna de mis hijas sale con una ocurrencia como la que acabas de soltar.

Seguí riendo hasta que la molestia en el rostro de Ashton desapareció.

Al principio lo ignoré —no me gustaba interrumpir el tiempo en familia y menos por un número desconocido—, pero cuando el suyo también vibró sobre la mesa, ambos nos miramos con el ceño fruncido.

Ashton contestó de inmediato al ver que era Micaela. Lo que escuchó lo dejó lívido; sus nudillos se tornaron blancos mientras apretaba el teléfono con una fuerza que amenazaba con trizar la pantalla. Mi sospecha de que algo iba mal se confirmó en el acto: en cuanto él atendió, mi propio celular dejó de sonar.

—Iremos para allá —sentenció antes de colgar—. Mazu, recoge tus cosas. Acaban de entrar en tu tienda y parece que se llevaron el dinero.

—¿Qué? —el grito murió en mi garganta.

No demoré en recoger mis pertenencias y correr tras él. Pagamos a toda prisa, dejando los platos intactos sobre la mesa, y me instó a subir a su auto para llegar lo antes posible. Mientras el motor rugía, yo solo podía hundirme en una angustia terrible. Una sola pregunta martilleaba mi mente: *«¿Por qué a mí? ¿Por qué hoy?».*

Capítulo 24

MAXIMILIANO

Maria Azul era una máquina de lágrimas mientras miraba la cámara de seguridad de los negocios, porque no solo el suyo fue robado. Yo estaba a su lado, como debía ser, y también estaba Ashton y Micaela, la embarazada respirando profundo y con mirada perdida, suponía que para no llorar por ver a su mejor amiga en ese estado.

—En la zona ya se han presentado robos con anterioridad. De verdad no creemos que se deba a lo que ustedes creen.

Ashton y yo nos observamos, sin saber qué creer. El dinero que lograron sacar de caja, por fortuna, fue poco, porque muy pocos pagaron con efectivo y no con tarjetas, pero sí se llevaron vestidos que, suponíamos, no venderían porque eran cantidades limitadas, casi que se podía hacer un seguimiento sobre quién de verdad lo compro en tienda y quién no, por lo que nos parecía una estupidez ese robo, aunque los daños sí escalaron por la seguridad rota, las vitrinas, decoraciones, entre otras.

No era tema del dinero, sino del esfuerzo de Azul, por esa razón, al pensar en ello, la abracé por los hombros. De inmediato se recostó en mi hombro.

Yo tenía la teoría de que todo eso no era coincidencia y sí que tenía nombre y apellido, sin embargo, con la poca colaboración de la

policía en ese momento, estábamos en nada. Tenía a alguien siguiendo a Tadeo y, según lo que me dijeron, él estuvo todo el día jugando en su club y los ladrones no se habían identificado. Quise pagar por hacer un seguimiento de las cámaras de seguridad, pero eso ya lo había hecho la policía. Los malditos bandidos eran profesionales, porque llegó un momento en el que el rastro de ellos se perdió.

Me daba impotencia pensar en el trabajo perdido de Azul, pero no podíamos hacer nada más que arreglar lo dañado y seguir.

Acaricié la espalda de mi novia y le agradecimos a los agentes que estaban con el caso antes de salir.

Como Ashton había llegado con Azul y Micaela en taxi, decidí que sería yo quien llevara a Mazu a su apartamento, no sin antes permitir que las amigas se abrazaran y lloraran una en el hombro de la otra.

Intercambié una mirada con Ashton; él solo negó con la cabeza, resignado a que su esposa llorara por todo debido a su estado y a las hormonas. Sabía que no podía poner sus pensamientos en palabras, porque entonces ya no tendría a una esposa llorosa, sino a una furiosa. Muy furiosa.

—Mi amor, vamos —la animó—; debes descansar y pasar el susto.

Micaela asintió y se limpió los ojos. Acarició su vientre como una forma de autoconsuelo antes de aferrarse a su marido.

—Te veo mañana temprano en la tienda, ¿sí? Haremos un buen inventario y lo organizaremos todo, nena. No permitas que unos idiotas te bajen el ánimo.

Sin embargo, a pesar de sus palabras valientes, en cuanto terminó de hablar se largó a llorar de nuevo. Yo no pude evitarlo:

solté una risa que disimulé con una tos forzada. No quería que la ira de ninguna embarazada cayera sobre mí.

Me despedí de todos y dejé que Azul también lo hiciera antes de abrir la puerta por ella. Estuve algo indeciso sobre a qué lugar llevarla, ¿a mi casa?, ¿a la suya? Tomé el camino a su apartamento porque quería que ella tuviera sus cosas y su ambiente.

Al llegar, mencionó que tenía hambre porque su comida se vio truncada por el robo. Yo no sabía cocinar, no mucho, pero, aun así, me metí a su cocina y miré so podía preparar algo sencillo para ella mientras cambiaba su ropa para irnos a dormir, porque no, no la dejaría sola esa noche.

Estaba salteando una cebolla cuando apareció con un montículo de ropa en sus manos.

—Te compré esto… Bueno, no solo esto, pero creo que esta estaría bien para ti, para que estés más cómodo mientras nos vamos a la cama. No te lo mencioné porque llegué a la tienda y luego vine corriendo para poder cenar con Ashton y luego… ya sabes.

Le había pedido a Tara que se encargara del auto de Azul mientras estábamos en la comisaría. Imagino que toda esa ropa había estado en su auto, porque en esas horas no le vi ninguna bolsa.

Intenté sonreírle y me acerqué para tomar lo que tenía en sus manos luego de dejar un beso en su frente.

—Gracias. ¿Le prestas atención a lo que tengo en el fuego? Me cambio y vuelvo.

Ella solo asintió, tan aburrida como para no lograr pronunciar palabra.

Sabía que Maria Azul era una adicta a las compras, que era su pasatiempo favorito, sin embargo, ver lo que compró para mí, solo para dejar en su casa, calentó mi corazón y terminó por asentar la idea de que sí estaba en una relación, por fin, con ella.

La acompañé a comer y luego nos acostamos. Como nos dormimos tarde, y sé que ella se quedó despierta por más tiempo solo por pensar, la dejé dormir a la mañana. No había curioseado el apartamento en su totalidad, así que eso me dediqué a hacer mientras mi mujer dormía. Encontré su estudio lleno de color, contrastando con el resto de la decoración; también encontré el gimnasio, algo vacío, que utilicé por unos minutos, para no perder forma, mientras pensaba que, si me iba a vivir con Azul, tendría que conseguir una casa grande, modificarla para hacer su estudio el ideal para ella, así como el que tenía en el apartamento, aunque luego me detuve a pensar que ni siquiera había hablado con ella de la posibilidad de vivir juntos.

Cuando volví a la habitación, ella se estaba duchando. Al salir, con una toalla envolviéndola, me pidió que no la acompañara al *showroom* porque ya estaría con Micaela y contratarían los arreglos que necesitase. Yo estuve de acuerdo. Tenía trabajo pendiente, pero me hubiera gustado acompañarla, hacer con ella cuentas, sin embargo, lo entendía.

A lo largo del día terminé mis oficios y pude ir donde mi madre, a quien tenía algo descuidada por los últimos acontecimientos. Ella, por supuesto, me recibió con los brazos abiertos y mucha alegría, aunque no esperaba verme esa tarde.

A mi madre le gustaba tejer, siempre decía que cuando tuviese un nieto le haría ropa en lana para el invierno, zapatitos y medias. Yo lo creía, pero cuando lo repitió, con su mirada de saberlo todo, suspiré.

—Estoy saliendo con Maria Azul, oficialmente.

Ella siguió en lo suyo, pero arqueó una ceja.

—¿Por fin? Ya decía yo que cuando me llevaba de compras y hablaba de ti con ese entusiasmo era porque sí te quería.

Mi madre claro que conocía a mi novia. Desde que Azul estuvo con Tadeo se distanciaron, pero antes de eso, en la época en donde más salimos como amigos, ellas dos pasaron mucho tiempo. Mi madre casi que la adoptó, pero se molestó porque Karín Ferrer también amaba tener la razón, y que Mazu comenzara una relación con una persona diferente a la que ella quería, la hizo molestar. Además de que, en general, Maria se alejó de todos, incluso, según lo que sabía y veía, de Micaela.

—Ya tú tienes treinta años, Maximiliano, ya tendrás que ver cuándo me das un nieto y le pones un anillo a esa niña. Ya tú verás el orden.

Capítulo 25

MARIA AZUL

Me tuve que recoger el cabello con una pinza. Yo, Maria Azul Hunt, tuve que hacerme uno de los peinados que, a mi parecer, era de los más insípidos. Amaba los recogidos, me veía fantástica con ellos, pero solo envolver mi cabello y asegurarlo no era para nada glamuroso e iba en contra de toda mi estética, pero el estrés por tener tantos arreglos y vestidos perdidos tampoco iba con mi estética de chica relajada.

y solté toda mi frustración en un grito sordo. Micaela se sobresaltó tanto que se sacó la cuchara de la boca tras haberse zampado todo el helado de un bocado.

—Te ves igual a Regina George —sentenció con los ojos muy abiertos.

Respiré profundo y me alisé la camisa con las manos, intentando recuperar la compostura.

—Tengo mejor cabello que Regina George —repliqué—. Bien, eso era lo que necesitaba. Ahora sí, Mic, ¿cuánto me va a costar todo esto?

Me dejé caer en el sofá, a su lado. Ella encendió la tableta y me mostró el presupuesto de los arreglos. Algunos ya estaban contratados y solo debíamos esperar a que llegaran, pero también

teníamos a las empleadas empacando todo en cajas. Cambiar los cristales podía parecer sencillo, pero yo era consciente de que no solo era instalarlos; había que cortarlos, buscar un vidrio más resistente y supervisar mil detalles más. No podía dejar la mercancía sin protección, así que tendría que llevármelo todo. Me agotaba solo de pensar en la montaña de trabajo que tenía por delante.

—¿Tú crees que sí es coincidencia o sí fue Tadeo? —Micaela apretó los labios y suspiró.

—No lo sé, Mazu, pero se me hace muy extraño, ¿sabes? Y sé que Ashton y Max no se quedarán con la respuesta de la policía porque aquí hay sevicia. Dañaron más cosas de las que necesitaban, las cámaras captaron todo el momento. Un simple ladrón no hace eso, ¿no? Pero ¿Tadeo? ¿Cómo por qué?

Suspiré y dejé caer mi cabello.

—Porque está enojado por quitarle el dinero y por todas las demandas.

—Sí, pero, si fue él, solo se está hundiendo más y más. ¿Cómo pudiste estar con un hombre tan cortico de cerebro? Creí que ese error solo había sido mío.

Reímos y acaricié su vientre.

En realidad, nunca había prestado mucha atención a la idea de ser madre, pero no me sentía del todo lista para hacerlo; aunque admitía que un hijo mío sería de lo más divino y vestiría espectacular. No obstante, algo que sí iba relacionado con la familia —y en lo que sí había pensado mucho— era el matrimonio, el cual recordé al ver los dos anillos de mi mejor amiga: el de compromiso y el de boda.

¿Qué pensaría Max de ello?

Toda cavilación se esfumó de mi mente cuando nos avisaron que los chicos de las reparaciones habían llegado y tuve que ocuparme de otros asuntos que me tomaron toda la tarde. Me gustaba estar al frente de mis cosas, solucionar mis problemas y no permitir que otros lo hicieran, por más que me frustrara. Por eso no contrataba a una asistente, aunque, al llegar a casa tan agotada, sopesé seriamente la idea de hacerlo.

Como estuve ocupada todo el día, apenas revisé mi teléfono. Ya con la cabeza en la almohada, me dediqué a ponerme al tanto. Había publicado el anuncio de que el *showroom* había sido… dañado por hombres malos, así que tenía las redes llenas de mensajes de apoyo. También tenía mensajes de Max preguntándome por mi día, pero a él preferí llamarlo.

Mientras daba tono, pensé que necesitaba un arreglo de uñas, un set nuevo; llevaba meses con el mismo color solo por la temporada y ya era momento de cambiar.

—Mazu —parpadeé varias veces al escuchar la voz gruesa de Max al otro lado de la línea. Al hacerlo, me di vuelta sobre mi estómago y, como adolescente enamorada, moví mis pies.

—Hola, querido. Vi que me hablaste.

—Sí, ¿llegaste ya a tu casa? —Hice un sonido de afirmación, por lo que prosiguió—. ¿Cómo te fue hoy?

—Si ignoro el hecho de que me robaron y acabaron con mi tienda, bien. Logramos adelantar mucho, los arreglos ya están en marcha y todas las cajas las llevé a la bodega. Mañana tengo que supervisar varias cosas, pero quiero ir a hacerme las uñas y eso lleva tiempo.

—Ve pasado mañana a hacerte las uñas, yo te las pago.

Sonreí por eso.

—Bien, como tú quieras. ¿Cómo te fue a ti hoy?

Mientras conversaba con él sobre nuestros días, revisé el resto de los mensajes porque puse la llamada en altavoz. Dejé a Max hablando solo al ver que tenía un mensaje de una persona con la que no hablaba hacía mucho tiempo.

—Tu mamá me escribió —interrumpí. Una emoción entre la felicidad y la tristeza invadió mi pecho porque quería mucho a Karín y por esa razón no podía creer que no la hubiera buscado en cuanto terminé todo con Tadeo.

Debía odiarme, era una muy mala nuera.

—Ah, sí, hoy la visité y le comenté que por fin aceptaste ser mi novia.

—Yo no acepté ser tu novia. Si alguien aceptó algo, fuiste tú. —Mi queja lo hizo reír, pero yo estaba muy perdida intentando saber qué contestarle—. Me está invitando a salir mañana, ¿qué le digo?

—Pues ¿qué quieres decirle tú, Maria Azul? No es como si fuera la primera vez que salen solas.

Resoplé y me volví a recostar sobre mi espalda.

—¿Te das cuenta de que hace como dos años que no hablo con ella? ¡Soy una ingrata, Maximiliano! ¡Me debe de odiar!

—No te odia —aclaró, con ese tono de quien está cansado de mis conclusiones—. Si lo hiciera, no te estaría invitando. Te quiere y, ahora que sabe que estamos juntos, seguro que busca retomar la relación. La pregunta es: ¿quieres retomarla tú? No vivas tanto en el pasado, Mazu. Eres rencorosa, que en seis años no me hayas escuchado ni querido nada conmigo ya me lo dice, pero no todos son así.

Fruncí el entrecejo.

—A veces eres muy odioso, Max. Te hablo más tarde, iré a comer.

Lo último que escuché de él fue su risa burlándose de mí.

Mentí, lo único que comería serían mis uñas por los nervios de no saber qué decirle a la que ya era mi suegra.

Karín • 03:46 p.m.

Maria Azul, espero poder verte mañana en Plaza Lisboa a las once de la mañana

Por Dios, ese mensaje parecía regaño, ¿no?

Luego de mucho pensarlo, y sabiendo que Karín debía estar preparándose para dormir, me apresuré a responder.

Tú • 07:29 p.m.

Te veré allí

Un mensaje algo impersonal para mi gusto, pero no supe qué más decir. No sabía si estábamos bien o mal.

—Por Dios, ¿seré de las nueras que se llevan mal con su suegra y solo por un error? Eso tampoco va con mi estética. Yo estoy para que todos me amen, ¡mucho más mi suegra!

Gruñí y tomé una almohada para ahogar el grito que solté —el segundo del día— gracias a las emociones desbordadas. Tuve que escribirle a Micaela para pedirle supervisar todo mientras yo tenía mi cita con Karín.

Capítulo 26

MARIA AZUL

Karín Rossi se casó a los diecisiete años con Martín Ferrer, cuando él tenía veinte. Martín era un joven apuesto, de cabello negro y frondoso, con un capital en ascenso gracias a las herencias familiares y a su buen manejo. Karín se enamoró perdidamente de él y el sentimiento fue mutuo, pero el fruto de ese amor llegó recién a sus veinticinco años, tras muchas decepciones y pérdidas.

Maximiliano Ferrer llegó a sus vidas y creció siendo un niño fuerte y amado, que acompañaba a su padre en la gestión de las propiedades que les permitían vivir a sus anchas. Buen instituto, buena ropa y buena vida en general… hasta que un paro cardíaco se llevó a Martín cuando Max tenía apenas quince años.

Con el corazón roto y sabiendo poco de los negocios de su marido, Karín tuvo que hacerse cargo de las propiedades y de toda la responsabilidad durante años. Lo hizo lo mejor que pudo y, aunque tuvo que vender algunas de las casas, logró que Maximiliano siguiera en un buen colegio y entrara en una universidad de prestigio.

Fue cuando él alcanzó la mayoría de edad que ella prefirió delegarle la responsabilidad económica; después de todo, el joven había heredado la tenacidad de su padre. Tanto así que, cuando dos jóvenes con ganas de comerse el mundo —uno de ellos con una hermana pequeña a la que mantener— decidieron montar un

negocio, Max liquidó varias de esas propiedades para obtener el capital inicial.

Hoy, gracias a esa decisión, Karín Ferrer era una mujer sencilla, pero siempre vestida con elegancia. Yo tenía mucho en común con ella, desde el amor por las compras hasta el gusto por las cremas y por mantenernos lindas. De mayor, desearía tener la piel como esa mujer, tan lozana y cuidada, al igual que el cabello castaño que le heredó a su hijo. No estaba diciendo que quería ser castaña. No. Solo que ese cabello brillante era un modelo a seguir.

Me levanté de la mesa en donde la estaba esperando con algo de nervios porque de verdad respetaba a esa mujer. Ella quitó las gafas oscuras de sus ojos y me dio un beso en cada mejilla antes de observarme con rostro serio.

Respiré tranquila cuando, luego de su inspección, me sonrió.

—Tan bella como siempre, Maria Azul. Me tenías muy abandona, supongo que por el pelele que tienes por ex.

Tomamos asiento mientras yo suspiraba.

—Lo siento por eso, de verdad… Sé que no te caía bien y creo que siempre hablé mucho de Max y ya sospechabas que…

Ella puso su mano sobre la mía, deteniendo mi diatriba.

—Lo sé, querida. Una madre no se equivoca; sabía que ustedes terminarían juntos. Y también entiendo que Tadeo te diera vergüenza y por eso te alejaras. No es el mejor partido que una mujer se pueda conseguir. ¿Quieres hablar mal de él? Te escucharía con gusto.

Solté una carcajada, aunque ella hablaba en serio. No desaproveché el momento y le conté todo lo que oculté de los demás sobre Tadeo, tal como lo haría con mi madre si siguiese viva.

Lo hicimos mientras almorzábamos, pero luego de eso ella decidió que quería ir de compras —a conseguir joyería, siendo más específica—, y como yo no desaprovechaba ninguna oportunidad para sacar mi tarjeta, no le negué mi compañía.

—He pensado en tomar un curso de diseño de joyas —le comenté mientras nos llevaban cadenas y anillos, lo que Karín pidió.

—Te iría bien, así podrías igualar el anillo de tu amiga en un diseño propio.

Reí.

—No creo igualar nunca a Evelina Couture en sus diseños. Esa mujer no hace arte, hace magia. Siempre quise una joya suya; le hablé tanto a Ashton de ella que incluso él la tuvo en cuenta. Amé el anillo de Mic; me parece precioso, perfecto para mi amiga.

La dependienta nos acercó varios anillos de oro blanco, pero yo solo les di un vistazo antes de que Karín la despachara con un gesto de su mano y unas palabras de agradecimiento.

—Creo que el oro blanco no es para ti, mejor un oro rosa. Muéstrame pulseras, así —dijo a la dependienta, quien de inmediato asintió y se alejó para buscar el encargo. A mí, por otro lado, me observó a profundidad—. Te regalaré una de esas. Me alegra mucho que tu hermano se haya enamorado de tu mejor amiga. Recuerdo que me contaste mucho de ella antes de que te fueras a vivir con Tadeo, ¿no tuvo problemas Ashton con su bebé?

Negué de inmediato.

—Ash ama a Coco. No sé, es extraño, pero es como si fuese su hija de sangre. Desde el primer momento en que se vieron, hubo conexión. Ellos estaban destinados a ser una familia; aunque creo que, de haberlos presentado en otro momento, no se habría dado.

Ella asintió y tomó una de las pulseras que le mostraron. La midió en mi mano antes de asentir y dársela a la joven.

—Me llevaré esta. Deja las demás allí, las estaré mirando. —Volvió su atención a mí—. Hay personas que están destinadas a estar juntas, así como tú y mi hijo. Tantos años y tantas vueltas para terminar en los brazos del otro. Ya le pregunté a él, pero ahora solo me queda preguntártelo a ti: ¿cuándo se piensan casar?

Una risa nerviosa me asaltó.

—¡Ay, Karín! Apenas estamos iniciando la relación, no creo que Max haya pensado en eso aún. —Tragué con fuerza cuando la vi arquear una ceja.

—¿Iniciando la relación? Hija, por Dios, ustedes todo este tiempo han estado en una extraña relación. Cuando conoces a la persona ideal, no hay tiempo que valga. Mi hijo es tan acelerado como tú, en algún momento se le tuvo que pasar por la mente la idea de casarse contigo, incluso creo que la idea de verte pimpollona. No miento: estoy deseando ese momento.

Mi rostro ardió por la timidez y vergüenza, pero Karín solo siguió mirando las joyas frente a ella.

—Creo que para todo eso habrá que esperar un poco más.

∞

Se sentía muy bien tener acceso al apartamento de Max, poder pasarme por allí como si fuese mi casa. Eso solo consolidaba la idea de que podíamos vivir juntos en un futuro próximo.

Suspiré y dejé las bolsas al lado de la puerta para llevármelas a la mañana y me apoyé en la pared para quitarme los tacones y caminar descalza —porque no tenía mis pantuflas a la mano— hasta la oficina de Max, en donde suponía que estaría.

No me equivoqué, lo encontré allí, con sus ojos puestos en su computador portátil, muy atento.

—¿Qué haces? —Mi voz lo asustó, porque saltó en la silla y me miró con sorpresa antes de suspirar, volver la vista a su laptop, teclear un par de veces y luego cerrar la tapa.

—Trabajando. Estaba revisando unos informes. ¿Cómo les fue? ¿De verdad mi madre comenzó a odiarte o todo estaba en tu cabeza?

Me hizo espacio cuando vio que me acercaba. Yo hice un sonidito con mi garganta a medida que subía mi vestido y posicionaba mis rodillas a cada uno de sus costados.

—No me odia y, por el contrario, me di cuenta de cuánta falta me hacía tu madre. Espero que no te moleste que haya venido.

Negó, pero su vista se perdió en mi escote.

—Por algo te di la clave. —Frunció el ceño cuando le alejé la mano de un manotazo al intentar bajar más la tela de mi vestido y así tener una mejor vista de mis pechos.

—Aguarda ahí, vaquero. Quiero hacer el amor contigo, pero primero tengo una pregunta para ti.

Él me observó a los ojos, a la expectativa. Yo, para darme seguridad, saqué pecho y moví los hombros para echarme el cabello hacia atrás. Los ojos de Max brillaron ante el gesto, lo que terminó por darme el valor necesario.

—¿Tienes planeado casarte conmigo en algún momento?

Capítulo 27

MAXIMILIANO

Que Maria Azul me hiciera esa pregunta me sacó de base, aunque con ello supe que mi madre, en definitiva, le había hecho las mismas preguntas que a mí; por eso suspiré y me enserié, dejando de lado el hecho de que había estado a punto de desnudarla y hacerla mía en la oficina.

—¿Mi madre te dijo algo? Lo siento, ya la conoces, es algo imprudente.

Ella negó, pero luego asintió.

—Sí hablamos del tema, pero es una duda genuina de mi parte. Entonces dime, ¿tú me pedirás matrimonio?

Reí con nervios, algo que causó sospecha en ella.

—Es muy posible, Mazu, pero llevamos muy poco, ¿no crees?

Al parecer mis palabras la lastimaron o la ofendieron, porque frunció el ceño Y se alejó todo lo pudo por estar sobre mí. Intentó quitar mis manos de su cintura, aunque no la dejé.

—No, no lo creo, porque ya nos conocemos. No es como si no pudieses decir si quieres o no hacer una vida conmigo.

—Y la quiero hacer —interrumpí—; que piense que estamos apresurados para un compromiso no significa que no piense mi vida junto a ti o que no te lo vaya a pedir. Creo que hay procesos que primero debemos hacer, convivir más porque no sabes si me aguantarás siendo ya tu pareja…

—O si me aguantarás tú a mí, ¿eso quieres decir? —interrumpió ahora ella. Su reclamo me hizo sonreír y, usando más fuerza, la acerqué a mí para que su rostro quedara a solo un suspiro del mío.

—Maria Azul, llevo aguantando tu lado celoso por años, al igual que tu lado caprichoso, tu lado odioso, tu lado maldadoso. Conocer tu lado amoroso no me va a alejar.

Hizo un mohín con los labios que de inmediato besé. Lo que ella no sabía, y no le quise decir por el momento, es que no era un hombre que pensara en el matrimonio sin convivencia previa. Primero me la llevaría a vivir conmigo y luego le pediría casamiento, aunque con Azul no quería esperar mucho. Lo más seguro es que en unos meses ella tuviese en su mano un anillo, pero antes… antes estaba la casa; por esa razón tenía mi teléfono lleno de mensajes de un inmobiliario y todas las pestañas de mi computadora llenas de casas campestres que podrían gustarnos a ambos.

Construir una casa desde cero era demorado, mucho más que simplemente comprarla y proponerle vivir conmigo, y no quería esperar. Yo era un hombre paciente y analítico, alguien que se tomaba su tiempo para sopesar todas las opciones; pero, tras años ansiando a Azul, lo que menos quería era seguir siendo como siempre había sido.

Mazu me siguió el beso, ya sin ganas de seguir discutiendo. Yo supuse que había quedado satisfecha con mi respuesta porque sus dedos desabotonaron mi camisa y, en cuanto tuvo parte de mi pecho al descubierto, besó allí mientras yo solo podía apretar sus muslos, mis manos por debajo de la falda de su vestido.

Me gustaba ocuparme de ella al inicio, sin embargo, ese día parecía decidida a que obtuviera yo primero placer por su cuenta, porque siguió besando el camino hacia mi ombligo, bajándose con cuidado y poco a poco de la silla. Como tenía ruedas, también aprovechó para alejarme del escritorio y así ganar espacio.

Por supuesto, abrí más mis piernas para que se acomodara allí cuando comenzó a bajar el zipper de mi pantalón.

No pude pensar ni siquiera en terminar de sacar mi camisa; esta quedó sobre mi cuerpo, abierta. Reaccioné cuando vi que Azul no quería solo sacar mi pene, quería desnudarme por completo, así que le ayudé en su gestión alzando mis caderas y sacando la camisa mientras ella sacaba mis zapatos. Solo me dejó las medias puestas antes de volver a posarse en sus rodillas.

Solté un suspiro profundo cuando me tomó entre sus manos y apretó, al tiempo que dejaba un beso en la punta. Quizá ella no sabía el poder que tenía sobre mí en esos momentos; mi mente hacía cortocircuito. Era una locura que, con solo tocarme, yo ya me perdiera y experimentara sensaciones que con otras nunca habían sido tan fuertes, tan arrolladoras. Ya podrán imaginar el corrientazo que recorrió mi columna cuando ella usó su saliva y masajeó de arriba abajo antes de envolverme en el calor de su boca.

En ese momento tuve que apretar los apoyabrazos de la silla y evitar tomar su cabello porque no quería hacerle daño, sin embargo, sus ojos se burlaron de mí en todo momento, divertidos por mi reacción. Por eso dejé salir un poco mi instinto y dejé que mi mano se enredara en sus hebras para guiar su movimiento, aunque mi boca soltó un gran gemido cuando ella, molesta por no llevar el ritmo, aumentó su succión y me dejó en otra dimensión de nuevo.

Lo entendí, así que dejé de mover su cabeza, pero no solté su cabello. Era excitante ver mi mano allí, más cuando alzaba esos ojos claros y los clavaba en los míos. Aunque fue más excitante que me

sacara de su boca solo para chupar mis testículos mientras bombeaba a lo largo de mi miembro.

Gruñí y dejé caer mi cabeza en el espaldar de la silla, queriendo concentrarme en el techo, en cualquier cosa que no me hiciera terminar muy rápido, sin embargo, al ver que ya estaba muy desesperado por ella, me separé y abandoné sus mimos para cargarla por las axilas y sentarla en el escritorio. Por poco tiré lo que tenía encima de la mesa por poderla acomodar, pero no lo hice, aunque todo quedó en la esquina, al borde de la caída.

Azul respiró profundo, pero no le presté atención a su estado, solo me agaché, subí su pierna en mi hombro e hice un camino de besos hasta que tuve su ropa interior bajo mi boca. No me interesaba tenerla en mi camino, así que la dejé colgando de su tobillo antes de saborear sus jugos, porque ya estaba mojada, mucho, solo para mí.

Gemí al escuchar sus jadeos y por la forma en que tiraba de mi cabello mientras las oleadas de placer nacían en su centro. La tela del vestido me impedía verla, pero eso no evitó que la disfrutara con todos mis sentidos. No aguanté mucho más; quería hacerla gozar, pero también me moría por enterrarme en su interior.

Me incorporé y le quité el vestido con urgencia. Sujeté su cabello con firmeza para besarla con el mismo brío, mientras buscaba su entrada y la penetraba de un solo golpe, ahogando su gemido con mi boca mientras nuestros cuerpos finalmente encajaban como si nunca hubieran estado separados

Se quejó, aunque no con dolor, y yo volví a hacer el movimiento, causando que ella gimoteara y se mordiera los labios.

—¿Te gusta así?

—Sí —dijo sin aliento—, sigue haciéndolo —pidió y como a mí me gustaba complacerla, mantuve ese ritmo fuerte pero lento por un

rato, hasta que necesité más.

Me salí de su interior y la tomé para darle la vuelva, sus pies tocando el suelo y su culo levantado por estar con el pecho sobre el escritorio. La penetré desde atrás y corrí su cabello para tener a disposición su cuello y poder besarlo y mordisquearlo junto con su hombro.

Ella, perdida en las sensaciones, no se dio cuenta de las marcas que dejé en su piel hasta que me erguí y la sostuve por la cintura antes de aumentar el ritmo y la fuerza. Su lloriqueo y sus manos apretadas en el borde del escritorio fueron mi señal de que le gustaba. Seguí hasta que sus piernas temblaron y su cuerpo hizo el intento de caerse, lo cual no permití, pero sí que cambié, de nuevo, la posición. Esta vez me senté y, cansado, dejé que ella llevara el ritmo. Pensé que por sus piernas temblorosas no lo haría muy rápido, sin embargo, me equivoqué.

Enterró la cabeza en el hueco entre mi cuello y mi hombro antes de hablar.

—Quiero otro —pidió sin aliento. Yo lo entendí de inmediato: quería otro orgasmo.

La volví a sujetar por las caderas y aumenté el ritmo, dando en el punto exacto para que se desvaneciera sobre mí de nuevo; ella apenas era capaz de seguir el compás con su propio cuerpo para hacerme llegar. No fue necesaria su ayuda, en realidad. Aunque perdí el ritmo, me dejé ir en su interior, satisfecho por haberle dado lo que buscaba y por haber alcanzado yo también mi propio clímax.

Suspiró y se separó para mirarme a los ojos con una sonrisa preciosa.

—¿Lo seguimos en la cama? —preguntó. Yo solo pude reír; la deseaba, pero necesitaba un tiempo fuera.

Capítulo 28

MAXIMILIANO

Aunque amaba mi trabajo y casi siempre dedicaba mi tiempo a él, otras ocasiones no era tan así. Salía con socios a clubes, hacía natación, jugaba con mis amigos o salía a tomar con ellos. De amistades solo consideraba a Ashton y a Bret. Aunque mi amistad comenzó con el primero, el segundo resultó ser con quien más salía gracias a su personalidad; lo frecuentaba más, tomaba con él más, pero siempre nos tenemos en cuenta los tres. Por esa razón todos nos reunimos en casa de Ashton a jugar. Nos conectamos todos en la sala de televisión de su casa, algo que solíamos hacer en casa de Bret, pero como el futuro padre estaba paranoico con la idea de dejar a su esposa sola, ese día lo hicimos allí.

—Estuve esperando a que se dignaran a conectarse para jugar, pero parece que ya tengo es que citarlos en un mismo punto para poder hacerlo —se quejó Bret sin despegar sus ojos de la pantalla.

—Antes tratabas con hombres solteros. Te recuerdo que yo ya estoy casado y Max está con mi hermana.

—Se dejaron tomar por las bolas, eso es lo que estás queriendo decir.

Observé a Bret de reojo y sonreí con algo de malicia.

Ya dije que me gustaba tener la seguridad de que las personas que quería estaban bien, y debo admitir que tenía una parte dentro de mí a la que le gustaba el chisme, porque me tomé la libertad de investigar qué es lo que sucedía con la niñera de la bebé de nuestro otro amigo.

—Tú solo estás amargado porque Lena tiene novio y no te presta la atención que quieres. Te lo digo por experiencia: si esa mujer es para ti, aunque pasen seis años sin un avance, estarán juntos.

Él resopló una risa.

—¿Pero a ustedes quién les dijo que yo quiero estar con ella? Me parece linda para pintarla, pero no quiero una relación y creo que ustedes no han podido entenderlo.

Suspiré y dejé el mando cuando la partida terminó. Ellos, al ver esto, también dejaron de tener su atención en el televisor.

—Eso es lo que tú dices, pero esa mujer te ha tenido con la cabeza en las nubes, no lo niegues. Nunca te he visto con novia, pero sí con muchas mujeres, y con ninguna de ellas has andado detrás de su trasero como un cachorro, así que habría que ver quién es el que está tomado por las bolas.

—No quiero una novia —soltó tajante, casi enojado, pero casi de inmediato volvió a sonreír—. Una novia quita mucho tiempo.

Aquel gesto me pareció sospechoso. Mis amigos siempre contaron con mi confianza y yo respeté sus secretos; nunca los espiaba, así que me quedaba la duda de por qué él siempre adoptaba esa actitud defensiva en ciertos temas.

Nuestra atención fue interrumpida por Mónica, quien entraba con botanas para nosotros. Pensé que, cuando viviéramos juntos, necesitaría a alguien que se encargara de la casa, aunque

sospechaba que Azul querría conservar a su empleada, del mismo modo que yo quería conservar a mi cocinera.

Al recordar el motivo por el que estaba allí, me excusé con mis amigos y salí hacia la sala. Desde el pasillo escuchaba la risa de la bebé en medio de una conversación con su madre. Micaela estaba sentada en el suelo, jugando con una Colette cada vez más grande que, al verme, salió corriendo hacia mí.

La tomé en brazos y correspondí a la sonrisa confundida de Micae antes de acercarme para ayudarla a levantarse de la alfombra acolchada.

—¿Tienes un momento? —le pregunté.

—Bueno, ya me levanté y con esta barriga es difícil volver a sentarme, así que dime: ¿pasó algo?

Ella llamó a Mónica para que llevara a la niña con Ashton. Sabía que mi amigo preguntaría después por qué me había ausentado, pero primero necesitaba hablar con Micaela a solas.

La mejor amiga de mi novia me señaló la salida al jardín y nos acomodamos en una de las mesas de descanso. El sonido del agua de la piscina y los aspersores creaban un ambiente relajante, perfecto para la conversación que tenía por delante.

—Quiero pedirte ayuda —dije sin rodeos, adoptando mi semblante de negocios para que entendiera mi compromiso con el tema. Le pasé mi teléfono con el chat del agente inmobiliario abierto, donde estaban las fotos de las casas que tenía como opción para Azul y para mí.

Micae tomó el teléfono y supo de inmediato qué estaba mirando; apenas vio la primera foto, soltó un comentario:

—A Mazu le gustan más las cocinas abiertas.

Asentí.

—Exacto. Tengo tres opciones y, por supuesto, mandaría a hacer todas las modificaciones necesarias. Pero de esas tres, ¿cuál crees que sería la ideal para ella?

Comenzó a revisar las opciones enviadas por el agente. Me mordí el labio, ansioso, porque la casa no era lo único.

—También tengo pensado pedirle matrimonio cuando ya vivamos juntos. Mi madre me sugirió que el anillo fuera de la misma diseñadora del tuyo; sé que a Azul le gusta mucho su trabajo, pero me preocupa cometer un error, sabiendo que ella misma es diseñadora y le importan tanto esos detalles.

Micaela se pasmó antes de cubrirse los ojos y romper a llorar.

Sabía que las embarazadas podían pasar de la alegría al enojo con facilidad, pero parecía que ella pertenecía al grupo que lloraba por cualquier emoción fuerte.

—Azul se va a poner tan feliz... —logró decir entre sollozos—. Lo siento, no puedo seguir con esto ahora porque estoy demasiado emocionada, pero envíame las fotos y nos reunimos la próxima semana para lo del anillo. Te felicito, Max; estás con una mujer increíble.

No pude evitar reírme al ver su rostro enrojecido y lleno de lágrimas. Ella me secundó con una risa nerviosa que terminó en un sollozo alto mientras se cubría la cara. Lo único que se me ocurrió fue abrazarla y darle unas palmaditas en la espalda.

Ella aceptó el gesto, pero un minuto después se separó, se limpió los ojos y respiró profundo.

—Dile a Ashton que llame a Lena, debe estar en su habitación. Y dile que yo estaré en la nuestra por si me necesita... pero solo si

es urgente.

Ella se alejó caminando a paso lento por el sendero que rodeaba la casa hacia su habitación. Volví a reír y regresé al cuarto de televisión dispuesto a causar revuelo; por un lado, por mencionar el nombre de Lena frente a Bret, y por el otro, por soltar la bomba de que Micaela se había descompuesto anímicamente ante mis planes de mudarme y pedirle matrimonio a Azul.

Al entrar, observé a Ashton y a Colette. La niña tenía los ojos de su madre, pero eran tan similares a los de mi amigo que parecía realmente suya; no solo por la mirada, sino por el tono del cabello y esos gestos que le había copiado. Verla sentada en el regazo de Ashton —él viéndose tan cómodo y ella tan feliz frente a la pantalla — me dio la certeza de que mi amigo había nacido para la familia.

—Micaela manda a decir que llames a Lena y que no la molestes porque está sensible —anuncié.

Ash suspiró, pero aquel a quien yo estaba analizando en realidad se tensó y, por un momento, dejó de jugar. Sonreí, aunque la preocupación por él seguía ahí.

—Tú estás sin mando, llama a Lena tú —demandó Ash, concentrado en la partida.

Arqueé una ceja en su dirección, aunque él ni lo notó. El que sí lo hizo fue Bret, quien se levantó de golpe, me estampó el control contra el pecho y salió de la habitación sin decir palabra.

Ashton sí notó eso y, como era una partida *online*, me gritó para que retomara el juego que Bret había abandonado. Solté una carcajada mientras me sentaba para estar cómodo y seguía con la partida.

Capítulo 29

MARIA AZUL

Lo que yo necesitaba era un viaje: perderme en alguna isla por unos días y despejar mi mente. Así que, mientras esperaba a que Micaela llegara a nuestra cita, tomé mi iPad y navegué entre pestañas de búsqueda para decidir a qué lugar iría. No quería Italia, ya había ido demasiado; buscaba algo diferente, más caribeño, y creía que República Dominicana sería mi próximo destino.

No quería ir sola, pero Ashton estaba tan paranoico con el embarazo de Mic que dudaba incluso en decírselo; la pobre estaría entre la espada y la pared, queriendo viajar, pero obligada a llevar un despliegue de seguridad que ni siquiera necesitaría, solo por cumplir con los requisitos de mi hermano. Otra opción era Max, aunque también dudaba que él pudiera ir por temas de trabajo. Solo me quedaba ir sola o invitar a alguna otra amiga... pero no tenía a nadie tan cercano.

Quise comentárselo a Micaela, sin embargo, lo primero que hice al verla entrar al restaurante fue bloquear el iPad y mirarla con toda la seriedad posible. Ella, al notar mi actitud, frunció el ceño y me observó con cautela mientras tomaba asiento frente a mí.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no me saludas?

—Porque estamos aquí para algo muy importante, cariño: tenemos que planear mi boda.

La sorpresa en ella fue evidente. No solo por sus ojos muy abiertos o porque pareció perder el equilibrio incluso estando sentada; ni siquiera por la mano que se llevó al pecho, sino por la falta de aire y el tiempo que le tomó recuperarse.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Max se te propuso? ¡Si ni siquiera tienes anillo de compromiso!

Hice un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—Todavía no se propone, pero sé que lo hará en algún momento. Y nena, nada puede salir mal en mi boda, aunque sea dentro de dos años. Debo tener todo listo: el vestido, el lugar de la celebración, el banquete… todo. Ya sabes, tú ya te casaste, tienes más experiencia en esto que yo.

Ella cerró los ojos y suspiró antes de pasarse una mano por el cabello y luego por su vientre.

—Me asustaste, Azul; harás que se me adelante el parto. Estás loca, pero te seguiré la corriente porque ya estoy acostumbrada a tus locuras. ¿Tienes algo en mente?

Asentí de inmediato.

—Por supuesto que sí. Contrataré a tu misma *wedding planner* y quiero casarme en España. Además, las fotos de la preboda quiero que sean en un viñedo.

—¿Y los anillos? Mira que eso fue lo último en lo que yo pensé; recuerda que terminé peleando con Ashton porque me decía que no le importaba cómo fuera el suyo y que lo escogiera yo. Creo que deberías empezar a ver opciones e ir con Max; eso es importante.

Lo medité antes de asentir y anotarlo en mi libreta digital, en el apartado especial de *«Mi Boda»*. Todavía no era un hecho que me casaría, pero en mi mente ya era una realidad absoluta.

—Puedo aprovechar e ir a ver la joyería que usaría ese día. Creo que quiero oro rosa, me quedaría espectacular, ¿no crees?

Al alzar la vista, Mic me observaba con los ojos brillantes y una pequeña sonrisa.

—Nunca te he preguntado esto, Mazu, pero ¿cómo te imaginas tu anillo y el momento de la propuesta?

Dejé todo a un lado para suspirar e imaginar. Desde pequeña lo soñé como un cuento de hadas: una propuesta superromántica, llena de velas, quizá en París frente a la Torre Eiffel o en un restaurante de prestigio para ser el centro de atención... y un anillo con el diamante más brillante y costoso que pudiera existir.

—Aunque con Max no creo que tenga la gran propuesta —añadí, aterrizando de nuevo—. Es un hombre práctico, de poco sentimentalismo en ese sentido. Lo entiendo, así que imagino que un día cualquiera llegará y me dirá que es hora de legalizar nuestra unión; cuando yo acepte, simplemente me pasará el anillo.

Micaela hizo un puchero.

—Max te adora, Mazu. Estoy segura de que, si él supiera que ese es tu deseo, te lo daría; pero si no lo sabe, por supuesto que lo hará a su manera.

Entrecerré los ojos y me puse seria.

—Mic, Max me ha dado todo lo que le he pedido, pero, siendo sincera, no quisiera que en esto lo haga a mi manera solo por yo se lo pedí. Si va a hacer algo, que lo haga porque sabe cómo me gustan las cosas a mí, porque me conoce.

Ella apretó los labios y sonrió.

—Bien, pero entonces ¿el anillo? Porque, si hablamos de los gustos de los hombres, estamos perdidas; nos darían lo más sencillo del mundo.

Arqueé una ceja y señalé su mano.

—¿Te parece que tu anillo es «lo más sencillo del mundo»? —Ella se rio.

—Claro que no, pero ahí está la diferencia: Ashton no solo lo escogió, él lo mandó a hacer a una mujer muy creativa que creó un concepto. Si lo hubiera comprado, aunque fuese en la joyería más prestigiosa del mundo, sería muy similar a los demás.

—Bien, estás en lo cierto. Pero ¿sabes qué? Hay algo que no quiero y espero que Max haya notado que no uso anillo con diamantes gigantes. Prefiero lo delicado.

Micaela sonrió y asintió.

—Porque tú eres una mujer muy elegante. Espero que Max tenga la delicadeza de preguntarle a Ashton sobre Evelina y que ella pueda diseñarte tu anillo soñado.

Yo también lo esperaba.

Luego de eso ella se dedicó a ver el menú para comenzar con una tarde de búsqueda de todo aquello que quería averiguar antes de tiempo. Buscamos diseñadoras reconocidas de solo vestidos de novia, sacamos citas, vimos estilos para la boda y también nos contactamos con su organizadora, a quien le pareció una locura organizar una boda sin fecha estipulada, pero era mi dinero y le pagaría muy bien por ayudarme a organizar todo lo que tenía por delante. También vimos algunos posibles invitados, pero yo estaba entre hacer una boda a lo grande y hacer una más bien cerrada.

Pasamos la tarde soñando con mi boda perfecta, buscando ideas, guardando imágenes. Me sirvió mucho como distracción, y a Micae le hacía también tanta falta que decidió que haríamos una noche de chicas en mi apartamento, por eso, al finalizar la tarde, ambas nos desplazamos hacia allí para una noche de belleza en donde me encargué de consentirla a ella y a mi sobrina en su vientre, poniéndole mascarillas, peinando a la madre mientras la hacía reír y veíamos películas de comedia romántica.

De madrugada me desperté y quise ir a cerciorarme de que Micae estuviera bien. Sin embargo, en el camino noté que la luz de mi estudio estaba encendida; con algo de temor, me acerqué lo más silenciosa posible.

Micaela dio un salto en la silla, soltando los bocetos en los que yo había estado trabajando poco a poco, y se llevó una mano al pecho al verme.

—Mierda, Azul, casi me sacas el corazón.

Me reí por lo bajo.

—¿Qué haces aquí? Justo iba a ver si podías dormir.

Ella suspiró y se meció de un lado a otro en la silla.

—En efecto, no podía dormir. La niña está inquieta, parece emocionada, así que me vine a chismosear tus diseños nuevos para obtener información privilegiada de tu próxima colección.

Sonreí y di un paso más, adentrándome en la habitación. Micaela, al verme acercar, me tendió uno de los dibujos.

—¿Y esto?

—Es que quiero inscribirme en un curso de diseño de joyas. Estaba probando qué tan buena sería en eso o si solo es una pérdida

de tiempo.

—¿Y ese te gustó? —me preguntó. Lo medité un poco antes de asentir.

—No es mi mejor diseño, pero para empezar está bien.

Mi mejor amiga suspiró y se levantó con esfuerzo.

—Creo que ya vi lo que quería ver. Ahora sí esta muchacha se calmó y creo que me dejará dormir. Descansa, Mazu.

Se despidió con un abrazo y un beso en la mejilla antes de alejarse acariciando su vientre. Yo también suspiré, eché un último vistazo a mi estudio y apagué la luz para volver a mi habitación.

Capítulo 30

MAXIMILIANO

Micaela dijo que la casa número dos era la indicada para Azul, así que me cité con el agente para que me mostrara todo de ella.

Era grande, también a las afueras de la ciudad, no tan lejana como la casa de Ashton, pero sí con la tranquilidad propia de una zona así. Contaba con seis habitaciones, un terreno grande en donde había cancha de tenis, una cocina gigante que daba a un espacio abierto. Todas las habitaciones tenían balcones, todas en la planta alta, y las habitaciones en la parta baja eran esas dedicadas al ocio y trabajo, una sala de televisión, otra de juegos, otra sala de estar que era más como un salón, dos oficinas, una biblioteca. Una de las paredes de la biblioteca se quitaría para unirla a una de las oficinas y así crear el estudio de Azul.

La propiedad contaba con una piscina y una zona verde extensa. En ese sentido, se parecía a la casa de Ashton: llena de elementos hídricos, fuentes y amplios jardines. Un arquitecto nos acompañó en el recorrido, trabajando sobre la marcha y dándome ideas sobre las reformas necesarias para hacerla más funcional y estética para Maria Azul y para mí. El hombre pensó en todo; incluso sugirió un elevador para cuando Azul estuviera embarazada y se le dificultara subir las escaleras, o para cuando mi madre nos visitara y, con los años, el cuerpo empezara a pasarle factura.

Dejé todo en sus manos para que en los siguientes meses me entregara la casa terminada y así, por fin, pedirle a Mazu que se

mudase conmigo.

Esa fue una diligencia de casi todo el día, pero Azul creyó todo el tiempo que estaba en una reunión y que por eso no hablé con ella solo hasta que llegué a su apartamento y entré como si el sitio fuese mío.

Mazu estaba conversando con Olga, la señora que hacía su aseo y le cocinaba los días que iba. Justo la señora estaba en la cocina mientras, al parecer, le contaba sobre algún chisme del hijo de ella. Saludé. Mazu me vio y corrió hacia mí. Yo me sorprendí por su entusiasmo, pero intenté responder a su saludo con la misma emoción.

—Tú dijiste que las acciones de Gallería las querías para estar presente dentro de la empresa, pero sé que lo dijiste porque no me querías cerca de Xia. Mañana tenemos una reunión con ellos, olvidé decírtelo desde antes. Deberías contratar a alguien para que te asista y así poder decirle a Tara que gestione mi agenda con la tuya.

—Está bien, no tenía algo importante para mañana.

Hice una mueca mientras asentía y caminaba con ella tomada por la cintura.

—También tenemos una cena a la noche. Creo que te da el tiempo necesario para que te organices como te gusta antes de irnos.

Soltó un sonido de pereza, pero asintió y se separó.

—Olga está preparando confit de pato, te va a encantar. El pato de Olga es el mejor.

Escuché a la mujer reír, claramente complacida por el halago.

—Tomaré una ducha antes de cenar. Las veo en un rato.

Subí a la habitación para hacer lo que dije, sin embargo, primero revisé mi teléfono, ese mensaje que estaba esperando por una respuesta.

> Evelina C • 2:08 p.m.
>
> Tenemos una cita para exactamente un mes y medio, Maximiliano. Lo espero en mi oficina.

Y seguido a esto, un enlace para agendar la cita.

Era una mujer muy ocupada; su agenda estaba saturada y solo accedió a abrirme un espacio cuando Tara la contactó, asegurándole que yo era amigo de un antiguo cliente. Eso, supongo, le dio la garantía de que, si venía recomendado, tendría el capital para costear sus diseños; algo que confirmó en cuanto supo quién era yo.

Podía parecer algo apresurado, ya que las reformas de la casa estarían listas en dos meses aproximadamente. Quizá antes, pero era preferible hacer las cosas con calma, dándoles su tiempo para que todo quedara impecable; no quería entregarle el anillo nada más mudarnos, aunque contaba con una aliada estratégica en todo el proceso.

Ya sabía qué decirle a Evelina para la conceptualización de la joya gracias a Micaela, quien me proporcionó información valiosa que usaría a mi favor. También me dio un consejo importante: ser yo mismo y dejar que hablara el corazón. Sin embargo, me quedó grabado algo que me advirtió: Azul siempre buscaría ser el centro de atención, resaltar y tener fotos que presumir. Así que, cuando le pidiera su mano, tenía claro que debía ser a lo grande, aunque yo no fuera así.

Después de todo, quería asegurarme el «sí», ¿no?

∞

Debía contener mi risa al ver la actitud altiva de Azul frente a Xia y sus diseñadores. Los prototipos estaban sobre la mesa de la sala de reuniones de las oficinas de Gallería, todos ellos listos para ser ensayados, primero por nosotros, luego en algunas tiendas.

Detrás de cada producto había un exhaustivo estudio de mercado realizado con antelación: encuestas, un monitoreo riguroso de las ventas e incluso observación directa dentro de las tiendas para captar comentarios reales, sin intermediarios.

Los productos de marca propia no se lanzarían bajo el nombre de «Gallería»; ese sello se reservaría para alimentos y aseo. La tecnología, ropa y artículos para el hogar saldrían bajo diferentes marcas ya registradas, aunque se sabría que pertenecían a la misma empresa. Iniciaríamos con electrodomésticos básicos, mejorados para brindar una experiencia superior.

Los diseñadores e ingenieros de la otra compañía me presentaron sus propuestas con explicaciones técnicas que me parecieron una genialidad, así que las aprobé. Sin embargo, al tener los prototipos frente a ella, no vi a Azul muy convencida. Por un momento pensé que se trataba de celos profesionales y que no sería objetiva, pero en cuanto tomó los productos en sus manos, desglosó con precisión las razones por las que necesitaban mejorar.

—Este mango no tiene buen agarre y es difícil de almacenar —señaló—. A una persona mayor se le podría resbalar este procesador con facilidad; además, no tendrá la fuerza necesaria para presionar el botón todo el tiempo que se requiera. Necesitamos un sistema programable, como el de la licuadora. Esa me gustó, es estética y funcional. También pienso que se podrían ofrecer varias capacidades para un mismo modelo. Me gusta que sean redondeados y fáciles de lavar, pero la base carece de antideslizante; podría volcarse muy fácil.

La risa que quería soltar se esfumó. Fruncí el ceño y tomé el procesador yo mismo y lo analicé teniendo en cuenta sus observaciones. Tenía razón. Tenía tanta razón que no pude evitar sentir más que admiración por ella. Esa asignatura de Diseño de Producto sirvió mucho, al igual que su capacidad de detalle.

—Tomaremos en cuenta todo lo que acaba de mencionar —dijo Xia y asintió hacia el diseñador, quien procedió a explicarle a Azul cómo podrían mejorar.

Como yo solo sabía de números y negocios, me senté allí a observar cómo se desenvolvía. Me encantaba esa faceta suya en la que combinaba su inteligencia con su actitud de chica de alta sociedad; resultaba gracioso escucharla soltar comentarios como *«eso no se vería muy elegante»* mientras gesticulaba y hacía muecas. Cualquiera podría pensar que era la típica niña interesada, pero lo cierto es que Mazu tenía un corazón noble. Aunque nos movíamos en una esfera social fácil de corromper, ella se mantenía casi… pura. Y eso me gustaba; me gustaba muchísimo. En esos pequeños detalles me daba cuenta de que la quería a ella como la mujer de mi vida: mi esposa y mi compañera incondicional.

Suspiré y observé a Xia, quien ya me miraba a mí, y sonrió antes de enfocarse en la conversación que mantenía mi novia con su trabajador.

Todo se dejó asentado horas después. Los nuevos prototipos funcionales serían producidos y se programaría una nueva reunión para revisarlos.

Me levanté y organicé mi traje antes de tenderles la mano a los de la otra empresa en forma de despedida.

—Fue un placer. Creo que la próxima reunión la dejaré en manos de Azul y de Tara. Me sentí un completo inútil hoy.

Todos rieron, tomándolo como broma, pero lo decía en serio. Solo intervine unas pocas veces, pero ni siquiera fueron intervenciones importantes.

—Sé que llegaremos a acuerdos siempre, sea quien sea. Señores, con lo hablado, son conscientes de que habrá cambios en los precios, ¿no es así? —dijo Xia.

—Por supuesto, esperaré el nuevo presupuesto con todos sus detalles. Me encargaré de verlo.

Ella asintió y se inclinó para despedirse. Nos sonrió a todos antes de salir.

—Creo que le gustas —mencionó Azul con algo de malhumor—. Vi cómo te miraba, y no la culpo, pero no me gusta que miren a mi hombre.

Tara, detrás de nosotros, soltó una risa disimulada.

—Tara, déjame solo con Azul, ve a tu oficina… o a tu casa, ya terminamos aquí.

Ella asintió.

—Recuerde la cena de esta noche, señor. Feliz tarde.

Ambos agradecimos y vimos partir a Tara. Azul me miró con las cejas arqueadas, pero no quería meterme en una discusión sobre a quién le gustaba o a quién no y por qué, así que observé la hora en el reloj en mi muñeca y la miré de nuevo a ella.

—Debo ir a ver cómo avanzan las obras de la plaza comercial, ¿quieres ir conmigo?

—¿No me dirás nada por lo que te dije?

—Es que no me importa si le gusto o no. Estoy contigo en todos los sentidos, incluso laboral. Siempre estarás primero tú y siempre serás mi única elección en todo, Mazu.

Hizo un mohín, aunque quiso sonreír. Suspiró y se separó de la mesa en donde había estado apoyada. Se acercó y me dio un pequeño beso, agarrándose de los laterales de mi traje.

—Tengo que ponerme más bonita para la cena de hoy y para eso necesito tiempo, cariño. Te veré más tarde. Pasa por mí.

Y me dejó solo luego de dar esa orden innecesaria porque ella sabía que siempre la iría a buscar, estuviese donde estuviese.

Capítulo 31

MARIA AZUL

Los eventos de negocios eran muy distintos a las fiestas a las que me invitaban solo por mi posición social o mi apariencia; sin embargo, ambos eran el escenario perfecto para lucirme con mis diseños más exclusivos, esos que solo confeccionaba para mí.

Lo que hacía especiales a estas últimas cenas era entrar con la mano de Max rodeando mi cintura, dejando claro ante todos que estábamos juntos. Esa noche, por supuesto, las miradas no faltaron. Aproveché que llevaba el cabello peinado hacia atrás para acomodarlo mejor, apartando cualquier mechón rebelde de mis hombros. Max se inclinó hacia mi oído justo antes de que termináramos de entrar al salón.

—Cada vez que haces eso con el cabello, esparces el aroma de tu perfume —susurró—. Te he dicho que me encanta, ¿verdad?

—No, y eso está muy mal porque sabes que amo recibir halagos —lo observé de reojo antes de sonreír y besar su mejilla—, mucho más si son tuyos.

Él mantuvo su sonrisa mientras me cedía el paso. Una mujer estaba en la puerta, diciendo las mesas a cada asistente, verificando que sí estuviera invitado. Como yo amaba presentarme en eventos, ni siquiera pregunté de qué se trataba; siempre y cuando me dijesen el código de vestimenta, todo estaría bien, pero cuando llegamos a donde la mujer, y al ver el interior del salón, me pregunté qué tipo

de evento era. Mientras nos guiaban a nuestra mesa, me incliné con disimulo hacia Max para preguntarle.

—Subasta. La próxima semana iremos a un evento de joyería. Sé que te va a gustar. Hoy debes ver qué te gusta: te doy vía libre para que compres lo que quieras.

Resoplé con burla.

—Max, tengo una cuenta bancaria llena de dinero, puedo comprar lo que quiera con o sin tu permiso.

Él se rio y asintió.

—Eso no se me olvida, pero sé que, así como amas que te halaguen, también sé que amas que te regalen cosas, entonces pongo mi dinero a tu disposición, con la condición de que se envíen a mi apartamento.

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué a tu apartamento?

—Porque quiero decorarlo con cosas que te gusten. —Seguí observándolo con sospecha, hasta que una figura familiar se acercó a nosotros tomada de la mano de otra persona que también conocía mucho.

Micaela siempre se veía preciosa, pero el embarazo le otorgaba un brillo sin igual. Me ofendía un poco que Ashton mandara a confeccionar sus vestidos a medida con una diseñadora que no fuera yo; según él, para no sobrecargarme de trabajo. Como si diseñar fuera una carga, o como si crear algo para mi mejor amiga pudiera serlo. Aun así, debía admitir que el vestido de esa noche la hacía ver radiante: un diseño con una capa ligera y corta, con los brazos cubiertos, que enmarcaba su vientre a la perfección. Tanto Mic como

Ash adoraban presumir que esperaban un bebé; les encantaba mostrar el embarazo de la forma más sofisticada y visible posible.

—¡Mazu, no sabría que vendrías hoy! —exclamó mi amiga antes de abrazarme. Como ella había prescindido de los tacones, mientras durase su embarazo, yo le sacaba unos cuántos centímetros en el instante. Eso no evitó que la abraza con la misma fuerza.

—Te dije que Max y Bret también estaban invitados, es obvio que Mazu vendría, amor. —A pesar del bonito apelativo, Micaela lo miró con enojo antes de voltear de nuevo a mí y sonreír.

—La cena comenzará hasta dentro de una hora, ¿vamos a ver las obras?

Asentí y nos despedimos de los hombres para tener nuestro momento de chicas.

—¿Te quedarás todo el tiempo? —pregunté, sabiendo que, por su estado, prefería irse antes de los eventos.

—No lo creo, aunque este no termina tan tarde. Ashton me comentó que hay un after, pero no iremos.

Reí un poco.

—Ashton no ha sido mucho de fiesta, es como un viejito amargado; pero tú lo convertiste por completo en un hombre de familia. Creo que todos estamos sorprendidos con eso.

Ella sonrió y se giró hacia mí en cuanto llegamos al salón en donde estaban las obras, tanto pinturas como esculturas y fotografías. Yo no era de comprar fotos, pero sí que tenía una pequeña debilidad por las esculturas.

—Estoy esperando ver con quién vendrá Bret. Quería comentarte en persona que creo que ese chisme tiene actualización.

Eso, de inmediato, robó mi atención. Micaela se hizo la loca mientras yo llegaba por detrás para que los demás no nos escuchasen.

—¿Cómo que hay actualización? ¿Con Lena? —Ella asintió.

—Creo que mi niñera no está muy contenta con su relación y Bret la ha estado rondando cada vez más. Ya sabes que Lena vive en la casa de empleados, fija para el cuidado de Coco cuando la necesito, aunque no sea tan seguido. Esta semana me pidió permiso para que una amiga la acompañara mientras cuidaba a la niña; yo estaba revisando algo en lo que Ash me pidió opinión y escuché que la amiga le sugería aceptar las ofertas de Bret.

Saboreé la información, pero algo no me terminaba de encajar.

—¿La oferta de Bret no era pagarle para que cuidara a su gata? ¿O nos estamos perdiendo de algo? —pregunté. Micae se encogió de hombros.

—Mira, lo de cuidar a una gata suena como una excusa muy floja, ¿no crees? Me parece que Bret es el que más cosas esconde, aunque aparente lo contrario. En esa conversación, Lena no mencionó que fuera a renunciar al cuidado de Colette, así que sospecho que hay mucho más detrás. Imagínalo: un hombre desesperado por la atención de la chica que le gusta, sumado a que ella no le hacía caso por tener novio... Pero ahora que tiene problemas en su relación, su amiga la está aconsejando «muy bien». Le dice que deje, según sus palabras, *«al pobretón de su novio que no la valora por el millonario que le está ofreciendo el cielo».*

—Por un revolcón —acoté yo—. Bret no le está ofreciendo el cielo por una relación, le ofrece el cielo, el mar, las estrellas, por una noche con ella, pero no más de ahí.

Micae suspiró y su rostro se entristeció.

—Lo mismo dice Ashton, pero no sé. ¿Tan malo es Bret?

—No es malo, nena, solo que Bret no es de los hombres que buscan relaciones y con él sí es en serio. Bret es… Bret. La única hembra que tiene en su vida constantemente es a su gata, pero las humanas saltan de su cuarto de una en una… a veces de dos en dos, aunque eso es otra cosa. Lo verás hoy, que seguro llegará de la mano de una modelo o una despampanante mujer a la que no volverás a ver en tu vida, a menos de que sea en un *show* o evento, pero no de la mano de Bret.

Ella hizo un puchero y se giró para observar una pintura.

—No lo sé, no lo conozco mucho, pero el interés que muestra en Lena no es normal.

—Es un hombre millonario obsesionado con la mujer que por primera vez le dice que no. ¿Qué te parece este jarrón? —Lo analizó. Parecía que la subasta era de arte clásico, no tanto moderno, porque las técnicas eran muy barrocas, solo había unos cuantos cuadros abstractos, que si no tuvieran tanto color quizá pujaría por ellos, pero no veía mi sala decorada así.

Las esculturas, por otro lado, sí que me gustaban mucho, en especial los jarrones que parecían ser de arte chino. Toda casa debería tener al menos dos de ellos, o eso decía mi madre, y yo estaba muy de acuerdo con ella.

Mic dio su visto bueno.

—Preciosos, se verán hermosos en tu casa.

—Oh, no irán a mi casa, sino al apartamento de Max. —Micaela se rio.

—Eso es lo mismo ahora, Mazu.

∞

Micaela y yo ya estábamos de nuevo en el salón principal cuando se dio el llamado para la cena. Conversábamos con nuestros compañeros de mesa junto con nuestras parejas. El chisme principal entre Mic y yo seguía sin presentarse y, por más que Ashton lo llamó, no tomó el teléfono.

Mi hermano ya se estaba preocupando, lo podía ver, y a mí me preocupaba su preocupación, así que casi que ignoré la pregunta de Max de si había visto algo que me gustara.

Pero Bret apareció justo en el último momento. Para nuestra gran sorpresa, llegó solo y con un humor muy impropio de él.

Se sentó en su lugar, quedando vacío el asiento a su lado. Micaela y yo compartimos una mirada.

—¿Y qué pasó con la morena que tanto demoraste en escoger? —preguntó Max en tono jocoso, burlón. Bret le dio una mirada de soslayo.

—Nada, hizo su trabajo y se fue. Desconsiderado de su parte no avisar que no pensaba acompañarme hoy, pero no podía obligarla a venir. ¿Quién es esta gente?

Ante la pregunta, mi novio le susurró quiénes eran nuestros compañeros: mujeres y hombres del negocio de importaciones, al parecer. Bret, entonces, escondió su malhumor para conversar en la mesa y llevar algo de risas. Yo amaba mucho a Max y a Ash, pero debía admitir que el más relajado y carismático de los tres era el otro castaño del grupo.

La comida llegó y las conversaciones volvieron a los subgrupos dentro de las mesas. En nuestro caso, Bret se quedó hablando con mi hermano y mi amiga, mientras que Max se concentró en mí.

—¿Y entonces? ¿Ya viste qué quieres llevarte? —Asentí.

—Vi cosas muy bonitas, pero tendré que mostrar las garras si quiero ganármelas. Estoy segura de que más de uno aquí piensa ganarme los jarrones. —Max se rio y acarició mi pierna por debajo de la mesa.

—Seguro sí, pero haré fuerza para que lo tengas. —Sonreí y, como agradecimiento, me acerqué a besarlo con delicadeza, aunque era consciente de que ese evento, con tantas cámaras alrededor, daría de qué hablar sobre mi relación con Max, pública por todo lo que decían y tomaban de nosotros, pero no habíamos querido dar declaraciones sobre el escándalo y los rumores que hablaban de infidelidad con Max.

No era necesario, me gustaban las cámaras, pero no darle comidilla a la prensa de chismes.

Capítulo 32

MARIA AZUL

A veces una chica debía tomarse un respiro y solo hacer lo que le gustaba.

Pocas personas conocían a la Azul de gafas de descanso, esa que no se vestía con su mejor ropa de casa y solo andaba en chándal y camiseta de algodón cómoda, con el cabello desordenado recogido e ignorando su teléfono y todas las redes sociales. Esa Azul solo la conocía Micaela y Ashton, aunque dudaba que mi hermano la recordara. Se sorprendería si me viese de la forma en la que estaba. Y no, no estaba deprimida, solo era día de diseño.

Me alejé para ver mejor mi creación, pero había algo en ese pantalón que no me terminaba de convencer y no sabía qué era. ¿Sería el color? ¿Quizá debía quitarle el estampado? No, quizá eran los bolsillos.

Suspiré y comencé con un nuevo figurín de papel. Después continuaría con el pantalón, porque tenía muy claro que no podía forzar la creatividad. Debía dejarlo a un lado por un rato antes de continuar con él, y tenía en mente un vestido precioso que no podía ignorar por ver qué andaba mal con un diseño.

Había recibido varias propuestas de pasantes que querían trabajar con mi marca. Era una opción que estaba barajando, pero me gustaba que mis diseños fuesen los únicos en mi *showroom*. Quizá creara una submarca con más variedad, pero no quería que

me quitasen ese trabajo a mí. No podía negar que a veces me quedaba corta de imaginación y necesitaba de alguien más, pero como eso no había sucedido, no lo tenía en mente.

Mi viaje a República Dominicana ya estaba programado para dos días después. No quería hacer maletas, así que había decidido que compraría lo que necesitase al llegar. Me quedaría una semana, podía sacar un día a solo ir de compras, ver tiendas locales, quizá sacar alguna colaboración con algún artista de allí, no como *influencer*, sino entre diseñadores. Esa era una meta: sacar varias colecciones en colaboración con otros, más o menos conocidos que yo misma.

Para ese viaje sí debía llevarme mis bitácoras y todos mis implementos, porque quería inspirarme en la isla para una próxima colección, aunque lo triste sería que estaría sola porque Max tenía reuniones presenciales y Ashton estaba muy intenso con Micaela, no la dejaba respirar sin ponerle un médico al lado para que le dijera si todo seguía bien en el embarazo. Era algo frustrante, aunque lo entendía, y bueno, la otra opción era un poco extraña porque, aunque me llevaba bien con él, en realidad nunca había salido a solas con Bret… o bueno, sí, pero solo como en dos ocasiones en todo el tiempo que llevaba conociéndolo.

Suspiré de nuevo y estiré mi mano para tomar uno de los chocolates suizos que solía comer cuando diseñaba a solas. Yo nunca promovía dietas; hacía ejercicio y con eso me mantenía en forma, pero era una fiel creyente de que si se quería comer algo, se debía comer, sin llevarlo a los extremos, por supuesto.

Una idea me golpeó cuando me metí el dulce en la boca, por lo que, de inmediato, me levanté y casi que corrí hacia las telas. Pero no era una idea para el *showroom*, sino un vestido para mi boda, porque sí, seguía pensando en eso, aunque no estuviera comprometida.

Me puse a trabajar en el diseño del vestido de mis damas de honor. No sabía en qué fecha me casaría, pero lo que sí tenía claro es que lo haría cuando Micaela ya hubiera tenido a mi sobrina y hubiera pasado su tiempo de reposo, estando en toda capacidad de asistir y ser mi dama de honor porque no pensaba casarme si ella no tenía ese lugar. Es más, hice todo el diseño siempre con sus características en mente, porque podría tener a más personas como mis damas, pero no me importaba cómo se verían las demás, solo me importaba mi amiga.

Aunque también debía sacar un vestido para Karín. Lo más seguro es que ella se negara, diciendo que era mi boda y yo era a la que debían consentir, descansar de los diseños, pero es que dudaba que alguien entendiera lo obsesiva que era yo con que todo ese día estuviera bien. Sino lo fuera, esperaría a tener una fecha para comenzar a correr con todo, ¿pero lo haría? Por supuesto que no.

Estuve en ello por horas, hasta que escuché el sonido de la puerta. A veces se hacía un poco extraño que tu mejor amiga entrara como si nada a tu casa, pero luego se me pasaba el susto y sonreía a ella, como en ese instante. Mi sonrisa solo pudo agrandarse al ver a la rubiecita de casi dos años en sus brazos.

—¡Ti Azul! —gritó la bebé y yo extrañaba tanto que me dijese solo «Zu» y no «Azul». Ya estaba aprendiendo los colores, su pronunciación había mejorado muchísimo, lo que significaba que esa chiquita cada vez estaba más y más grande.

Y mucho de lo que decía sí se le entendía.

Micaela decía que era gracias a que le leían y hablaban mucho. Estaba adelantada en el lenguaje, así como estuvo adelantada para caminar. Ashton, por supuesto, estaba orgullosísimo de esto, al igual que mi amiga, solo que, bueno, ella era la madre biológica. Seguía pareciéndome extraño que mi hermano se hubiera adaptado con tanta facilidad a Colette. Es que todavía recordaba el vídeo que me

enviaron cuando Coco dio sus primeros pasos, la felicidad de mi hermano como si hubiera estado presente desde el nacimiento, como si fuese el donador de esperma de esa chiquilla. No me molestaba; me gustaba, pero me generaba mucha curiosidad saber el por qué.

—Sabemos que es tu día libre, pero faltan muy pocas semanas para el cumpleaños de esta señorita y creemos que tendrás buenas ideas, ¿cierto, Coco? Además, te tengo información.

Reí.

—¿De Lena y Bret? —Ella negó.

—De Tadeo y Max. —Fruncí el ceño de inmediato, dejando de lado la tela y todo lo que estaba haciendo—. ¿Vamos a la sala? Coco ya es una niña grande, pero no la quiero cerca de objetos cortopunzantes como todo lo que tienes sobre la mesa.

La seguí afuera del cuarto, cerrando a mi paso para evitar que una señorita hiciera maromas y lograra abrir la puerta.

Una vez en la sala de estar, Micaela suspiró y dejó a Colette en el suelo. Ella ya pedía lo que quería, no me pareció extraño que le pidiera a Micaela sus juguetes que de inmediato mi amiga sacó de su bolsa para distraerla y nos dejara hablar, aunque también Colette estaba entrando en su etapa de querer preguntar qué era todo, aunque lo supiera, así que sospechaba que tendríamos varias interrupciones.

—Tienes el cabello muy largo —anoté al ver a la bebé. Siempre había tenido mucho cabello, pero este estaba creciendo a una velocidad vertiginosa.

—Está muy grande, no sé en qué momento creció tanto —suspiró con melancolía y con una sonrisa algo triste, pero parpadeó y me observó—. Bueno, a lo que vinimos, querida.

—¿Desde cuándo te sabes tantos chismes? —Ella se rio.

—Mi época oscura fue cuando estaba llena de estrés y preocupaciones por no saber cómo sacar adelante a Colette, pero, querida, esa época se acabó y por algo soy tu mejor amiga, ahora con la ventaja de que tengo chismes de los amigos de tu hermano… y de tu hermano. Y esta es información que necesitas saber, Mazu, porque no es solo un chisme. No lo es porque te afecta. —La miré con recelo y atención para que terminara de soltar eso que tenía en mente—. Max siguió la pista de Tadeo y parece que tiene algo que lo vincula al robo del *showroom*. Todavía está en investigación, pero me dio algo de miedo que dijese que haría lo necesario para que él desapareciera de tu vida. Y te digo que el tono que usó fue tenebroso, me dio miedo.

Torcí mis labios.

—No creo que Max vaya a hacer algo ilegal, tanto él como Ash siempre van a lo legal.

—Sí, pero Tadeo los está llevando a un límite peligroso, Mazu, y todavía las otras demandas no han tenido resolución, por más que estén intentando sobornar para que el proceso avance.

Suspiré y miré a Coco que intentaba armar un rompecabezas. Era una niña muy inteligente y bien portada. Se había concentrado de una manera impresionante en ello.

—¿Crees que la segunda sobri vaya a ser tan buena como Coco?

—No lo creo. Hablando de ello, esta semana escogeremos el nombre. Perdona que no sea como con Coco que estuviste en todo el proceso de elección. —Le quité hierro al asunto con un gesto.

—Eso fue porque estabas sola, preciosa, pero ahora no lo estás y sé que Ashton debe estar emocionadísimo con el tema. Es más,

estoy segura de que tú lo dejarás escogerlo; estarás de acuerdo con el nombre que más le guste a él.

Me dio la razón riéndose y acariciando su vientre. Se veía tan feliz, tan amada y querida, y podía decirlo mucho, pero es que de verdad eso alegraba mi corazón sin igual.

—Max vendrá hoy, lo escuché también, pero ten cuidado con lo que él te diga… o con lo que tú le preguntes, porque siento muy fea la situación. Max está muy enojado.

Suspiré y asentí.

—Intentaré saber qué piensa hacer, por ahora, esperemos que se dicte algo sobre las demandas y Tadeo se quede tranquilo. Ahora, ¿qué tienes pensado para la fiesta de Coco?

Ella sonrió y comenzó a relatármelo. Lo haríamos desde temprano porque ese año ella sí estaba animada a hacerle fiesta. Ya había vuelto a su vida, así que la Micaela deprimida se había ido. Ya Coco tenía a sus abuelos y una red más amplia para disfrutar de su cumpleaños. Todo debía ser a lo grande, y lo grande necesitaba mucha planeación.

Capítulo 33

MAXIMILIANO

—Es posible que sea una pista engañosa —aclaró el detective que contraté par que confirmara o negara la implicación de Tadeo en el robo, porque, si tenía algo que ver, no dejaría que se librara con tanta facilidad. Si él había orquestado el robo, se lo haría pagar, aunque, al parecer, no me serviría de nada llevarlo ante la ley.

—Consigue la dirección de alguno de los ladrones y vigílalos. Mira quién parece ser el más idiota y me das la información. Si Tadeo tiene algo que ver, algún precio deberá tener para venderme esa información.

El hombre asintió y no pasó mucho antes de que se despidiera de Ashton y de mí. Mi amigo suspiró y se levantó para servirse un trago. Lo mantenía al tanto porque era el hermano de Azul, sin embargo, el que adelantaba todo era yo porque entendía que él tenía más cosas en su mente con sus hijas y esposa. Ya Azul se convertía en mi responsabilidad, aunque sonase mucho como un hombre de las cavernas.

—Llamaré a mis abogados para que estén pendientes de la información que te den. Tú tienes los contactos de ellos, te pido que por favor los pongas al tanto y…

—No te tienes que preocupar por nada de eso. Mis abogados ya están a disposición de Azul, ya saben del tema, pero no lo llevaré

por el lado legal esta vez. Tadeo no entiende en lo que se mete y con quién se mete, piensa que solo con dinero se puede librar de todo, pero mi trabajo aquí es hacerle saber que no es así, y haré lo necesario para hacerlo entrar en razón y que deje a Azul en paz. Tú no te preocupes, que ya tienes suficiente con las empresas y tú familia.

Ashton entrecerró sus ojos, sin embargo, antes de que pudiese hablar, alguien tocó la puerta de su oficina.

Micaela asomó su cabeza con una sonrisa hacia nosotros, pero se concentró en su marido.

—Iré donde Mazu, le di el día a Lena porque me llevaré a Coco.

—¿Te irás sola? —Ella asintió y Ashton de inmediato negó—. Yo te llevo.

—Ash, es tarde de chicas.

—Te dejo y me voy, pero estás embarazada y…

Micaela viró los ojos mientras yo pensaba que mi amigo exageraba un poco con ese tema, porque le estaba quitando algo de autonomía a su mujer solo por temor.

—Ashton, nunca me he desmayado en el embarazo, todo va a estar bien.

—Pueden pasar más cosas que un desmayo, Micaela. Si vas a salir, yo te llevo, no hay discusión en eso. Además, es un camino largo, te puedes cansar mucho y vas con Coco… no, no hay discusión, te llevo.

Su mujer le mandó una mirada mortal, cansada y enojada, pero a Ashton le importó nada eso porque solo se giró hacia mí.

—Seguiremos hablando de eso luego. —Yo asentí y llamé la atención de Micae.

—Dile a Azul que pasaré por su apartamento más tarde, por favor.

Ella asintió y volvió a enfocarse en su esposo con la misma actitud molesta de antes.

—Iré a tomar mis cosas y por Coco, te espero en el auto. Si demoras, me iré sola.

Y salió de la habitación con pasos molestos y rápidos, lo más rápido que le permitía su estado.

Ashton, entonces, soltó una risa divertida.

—La amo, a pesar de estar tan sensible. Mejor me voy a esperarla. Quedas en tu casa.

—Ya también me voy, debo ir a la oficina antes de ir a la casa de tu hermana.

—¿Estás seguro de que no puedes ir con ella en su viaje?

Asentí. Lo hubiera querido, pero aprovecharía esos días sin su presencia para organizar varias cuestiones de la casa, reunirme con el arquitecto e ingeniero para algunos problemas que notaron al comenzar a trabajar. Debía ver todo y dar mi aprobación, pero con Azul en la ciudad se me podría dificultar. Tendría que decirle mentiras piadosas para que no sospechara.

También quería darle un regalo adicional para cuando nos pasáramos a vivir juntos y es que, para el nivel de mujer que ella era, no creía que un Mini Cooper fuese el complemento necesario para mostrar su poder. Sabía que ella lo amaba, por esa razón no lo

había cambiado en esos años, pero al menos tendría otra opción más versátil, por eso, iría esos días a ver el auto que le regalaría.

Al irse mi amigo, también tomé mis pocas cosas y salí a las oficinas de Galleria. Tenía mucho trabajo por hacer mientras esperaba la información del investigador, la cual llegó casi a la noche y, a pesar de que estaba dispuesto a presentarme en la casa del hombre, igual tenía pudor y consciencia, por lo que lo dejé para el día siguiente.

A la noche llegué al apartamento de Azul. Como ya tenía acceso, solo subí, aunque me sorprendí cuando me encontré solo en el apartamento.

Con un suspiro, dejé todo en su lugar antes de subir a la habitación mientras marcaba el número de Maria Azul. Me deshacía la corbata cuando me contestó.

—Hola, mi amor —dijo en un tono cantarín—. ¿Estás en mi casa?

—Así es, esperaba verte aquí. ¿Dónde estás?

—Decidimos venir a un restaurante con Coco, así que te llevaré yo la comida, ¿bien? No demoro, estoy cerca y saldré en unos minutos.

Suspiré. Esperaba verla, pero entendía que se estuviera divirtiendo.

—¿Necesitas que vaya por ti? —pregunté, pero su respuesta fue negativa.

—Tengo mi auto aquí, no te preocupes ni te desesperes. Toma tu baño nocturno y verás que me tendrás allá en un santiamén.

No pude hacer más que estar de acuerdo, sin embargo, luego de tomar una ducha, Azul, por supuesto, no había llegado. Como estaba solo, descargué toda la información a mi teléfono y me puse a revisarla.

Los ladrones fueron dos, pero al parecer muy bien entrenados. Lo que no contaban era que yo estaba dispuesto a poner todo mi dinero para dar con ellos. Otros quizá verían la cuantía como una nimiedad, pero a mí no me importaban las pérdidas, me importaba era saber si Tadeo tenía o no algo que ver y justo había estado en un lugar para nada acorde para un hombre de su estatus y dinero. Casualmente también uno de los ladrones había estado allí. Eso solo un mes antes del robo.

Tenía la dirección de ambos ladrones, igual que sus fotos, descripciones físicas, hojas de vida, información de familiares y más. Tenía todo para sobornar y amenazarlos para obtener lo que quería, aunque primero me iría por el lado pacífico… poniendo sobre la mesa mi poder, por supuesto.

Y si Tadeo tenía algo que ver, de igual forma la segunda parte del plan estaba en marcha.

Capítulo 34

MAXIMILIANO

Esperé a que Maria Azul tomara su avión y se fuera para hacer lo que debía, no sin antes acompañarla al aeropuerto, aunque tomaba un vuelo privado. A veces hacíamos eso de irnos en aviones privados, aunque otras tantas tomábamos vuelos comerciales en los mejores asientos y aerolíneas. No sabía por qué lo hacíamos, pero creo que con eso comenzó Ashton, el más ecologista de nosotros, y luego solo se volvió costumbre. Maria Azul sí solía viajar en aviones privados; no me extrañaba: compartir un avión no iba mucho con su estética.

—Te voy a extrañar. Si te quieres unir a mi travesía, te espero. Estoy a una llamada.

Sonreí y corrí el cabello de su rostro antes de besarla. Estaba en tacones, por lo que su boca quedó a mi disposición con mucha facilidad.

—Me encantaría, pero tengo muchas cosas pendientes, cosas importantes.

—Todo tu trabajo es virtual, Max. Todos te hemos dicho que podrías trabajar como Ash lo hace, pero te empeñas en no seguir modas y seguir como un anciano yendo a las oficinas.

Agradecí estar solos en la pista porque cualquier otra persona que la hubiera escuchado quizá tomaría mal sus palabras. Aunque, si lo pensaba mejor, estábamos en la pista privada, si había alguien allí, fuera de los trabajadores, quizá pensaría como ella. Yo, por mi parte, no pude evitar soltar una carcajada.

—No solo los ancianos van a las oficinas, Mazu. E intentaré sacar más días libres en unos meses, cuando lo que tengo ahora se solucione, te lo prometo.

Y no solo lo prometía porque para ella era importante los viajes y pasar tiempo juntos fuera de la casa, sino porque el desplazamiento a las oficinas, al pasarnos, sería más tedioso que viviendo en la ciudad, así que, sí o sí, necesitaría trabajar algunos días desde casa… o por fin delegar algunas de mis funciones a otros empleados.

Ella suspiró y se irguió mientras echaba su cabello detrás de sus hombros. Me pasó su teléfono y antes de que me dijera qué quería, ya lo sabía.

—¿Me tomas una foto? Que se vea el avión. Toma varias; aprovecharé el viento para mi cabello.

Reí y me puse en ello porque sabía que no hacerlo sería una ofensa para ella.

Posó y de todas esas poses tomé las fotografías lo más rápido que mi dedo daba e intentando cuidar el encuadre, así como ella nos enseñó a todos. Incluso le puse esfuerzo y también me moví de posición para tomar desde varios ángulos.

Mazu, al finalizar, se acercó con su mano extendida, sus dedos bailando con alegría, combinando con la sonrisa y los saltitos alegres.

—¡Deben haber quedado divinas! —Me dio un beso en la mejilla antes de ir a mi boca—. Se me hace tarde, ¡nos vemos, te amo!

Tiró un par de besos más antes de desaparecer dentro del avión. Yo me di la vuelta para volver a mis pendientes. Mientras caminaba, saqué mi celular para avisarle al jefe de seguridad que contrataba para algunos casos que ya estaba en camino.

Trataría con criminales, no podía irme solo y sin protección.

Casi dos horas después estaba llegando a una zona de clase media-baja, de casas bien cuidadas y algo grandes, pero que se notaba aún una atmósfera de inseguridad, a pesar de que había niños jugando en la calle.

Mi guardaespaldas asintió en cuanto encontramos la casa, y como la situación lo requería, tuve que prescindir de manejar yo el auto, aunque era una actividad que disfrutaba mucho. Toqué y aparenté, para los vecinos, tranquilidad. No parecíamos ser mafiosos ni nada por el estilo, solo dos hombres vestidos de forma casual tocando a una puerta, aunque teníamos que ignorar que habíamos llegado en dos camionetas y que dentro de una de ellas había otros guardas más.

Abrió una mujer que reconocí como la esposa de uno de los ladrones. No creía que supiera en qué andaba su marido, así que sonreí y pregunté por el hombre. Ella, aunque recelosa, lo llamó.

Cuando el hombre apareció, nos miró con desconfianza, pero yo hablé con la mayor naturalidad del mundo.

—¿Es usted Leonardo?

—Sí, soy yo. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué se les ofrece?

—Me lo recomendaron, pero hay cosas que prefiero hablar en persona. Vengo a ofrecerle un trato que no podrá rechazar.

Él lo pensó y su primer error fue aceptar que pasáramos a su hogar.

Me regocijé por dentro, aunque por fuera mantuve la compostura. Nos guio hasta el comedor y le pidió a su mujer llevarnos algo de beber. En cuanto ella se fue, yo saqué la carpeta que tenía en mi casaca y la deslicé por la mesa.

—El trato que le vengo a proponer es información a cambio de no ir a la cárcel. —El hombre se puso pálido de inmediato en cuanto abrí la carpeta y se vio una foto de su rostro, en el pasamontaña, mientras robaban el local de Maria Azul—. Estoy seguro de que ustedes dos no trabajan al azar y que justo hayan decidido ir por un local de moda, acabado de inaugurar. Sé que hay alguien detrás y solo lo vengo a confirmar.

—No sé de qué me habla.

—Puede darle un vistazo a toda la carpeta si no recuerda, para refrescarse la memoria. Señor, tengo toda la información para terminar con la investigación del robo, que sigue abierta. Usted se metió con mi novia y no estoy enojado con usted… a menos que me diga que en realidad solo escogieron el local de Maria Azul para sus fechorías y que no fueron contratados por alguien.

Él negó y nos estiró la carpeta de nuevo.

—No sé de qué habla.

—¿No va a ver la carpeta? ¿Seguro? —Él asintió y noté un pequeño en sus manos—. Es muy notorio ver que su mujer lleva uno de los vestidos robados, uno que, con todo respeto, usted no se puede permitir porque cuesta unos mil dólares, un solo vestido. Y claro, ya no lo pudo revender porque no es tan fácil y tenemos ojos en todas partes, ¿no? E insisto, debería ver la carpeta porque ahí tenemos mucha información, como sus familiares, sus direcciones, la hija que tiene a escondidas de su mujer y a la cual destinó una parte

de lo robado. No lo sé, hay cosas muy importantes, y solo a cambio de la información que le estoy pidiendo. Soy consciente de que dejándolo libre estoy condenando a otras personas, pero soy egoísta y solo me importa mi mujer, como imagino que a usted le importará la suya.

Él se quedó en silencio y nos miró de hito en hito antes de apretar los labios y negar.

—¿Qué me asegura que ustedes cumplirán con su palabra?

—Que no los llevé a una sala de interrogatorios de la policía al denunciarlos y entregar toda la evidencia.

Supongo que no vio muchas opciones porque volvió a negar, pero habló.

—Tengo un compañero y él tampoco se puede enterar de que les di la información, pero sí, alguien nos contrató, un tal… Tadeo. Nos pagó para que lo hiciéramos y permitió que nos quedáramos con todo. Miren, yo estoy buscando un trabajo, solo estaba pasando por un mal momento y… de joven lo hice mucho, así que vi la alternativa ahí y…

—No me interesan tus razones —dije mientras me levantaba, aunque sí saqué un fajo de billetes que ya tenía preparado para cualquier situación—. Espero que eso le ayude. Gracias por su colaboración.

Él resopló, casi como diciendo *«¿qué colaboración si lo hice amenazado?»*, pero no me detuve a pensar en eso. Asentí y salí de la casa.

No necesitaba tener esa conversación grabada ni tener más información porque solo necesitaba confirmar que el hombre tenía algo que ver, y que su rencor lo llevó a actuar, pensando que no tendría formas de investigar las cosas.

Una vez en la camioneta, y aprovechando que no estaba manejando, llamé a Tara.

Una de las ventajas de tener acciones en tantas compañías, poseer una participación sólida en el mercado y conocer a personas influyentes, es que podía manejar las situaciones a mi antojo. Yo era un hombre millonario que prefería pasar desapercibido, pero mi poder real iba mucho más allá de lo que cualquier revista financiera pudiera publicar. Y pensaba aprovecharlo.

El primer paso: hacer que las acciones de las empresas de los padres de Tadeo se desplomaran.

Capítulo 35

MARIA AZUL

Estaba disfrutando de la vida y del paraíso en el que me encontraba cuando mi celular comenzó a sonar. Resoplé y dejé el cóctel a un lado; estaba tan relajada que una llamada, y no un simple mensaje, solo podía significar una cosa: algo había sucedido. Tenía prohibido que me llamaran a menos que fuera una emergencia.

Al ver el nombre de mi abogada, quien trabajaba en conjunto con el equipo legal de Max, fruncí el ceño. Me subí las gafas de sol hasta la coronilla y contesté.

—Buenas tardes, señorita Hunt. Lamento interrumpir sus vacaciones, pero el señor Ferrer me dio órdenes estrictas de mantenerla al tanto sobre cualquier información relevante en el proceso contra Tadeo.

—¿Hay algo nuevo? —pregunté con interés. Antes de irme, no había logrado sacarle mucha información a Max sobre sus planes contra mi ex; temía, y a la vez ansiaba, conocer sus movimientos.

—Sí, señora. Acabo de recibir la notificación: debido a los escándalos provocados el día de la inauguración, Tadeo tendrá que ofrecer una disculpa pública por atentar contra su buen nombre, además de pagar una retribución económica.

—¿Por qué económica? —intervine, extrañada.

—El señor Ferrer lo solicitó. Sus abogados redactaron la demanda de forma que se entiende que, debido al altercado, hubo pérdidas financieras dentro del salón de eventos.

¿Pérdidas dentro del salón? No recordaba que me hubieran enviado una factura por daños materiales, sin embargo, decidí no indagar más. Sabía que Max no dejaba cabos sueltos.

—¿Y cuándo debe hacerlo efectivo?

—Esta semana a más tardar. El proceso con sus cuentas bancarias todavía está en proceso, es… más complicado.

—Lo entiendo. Estaré atenta a todo eso, entonces. Muchas gracias.

Colgué y me quedé por un momento pensando hasta que me decidí y llamé a Max.

Con él hablaba todos los días, por supuesto, era mi novio, ¿para qué quería uno si no iba a conversar con él todos los días y contarle hasta los detalles más estúpidos? Sin embargo, hablaba con él por la noche y por la mañana, no en medio del día. Él tenía cosas por hacer; si lo llamaba, él me contestaría, pero era muy posible que estuviera interrumpiendo alguna reunión importante y tampoco era tan huraña.

En cuanto contestó, solté lo tenía en mente.

—¿Cómo hiciste para aportar pruebas de que hubo daño económico cuando eso no fue así?

—Se saluda primero, Maria Azul.

—Te saludaré cuando respondas. —Él suspiró al otro lado de la línea, como si no supiese qué más hacer conmigo.

—Le pagué al dueño del lugar para que rompiera un par de cosas y le tomara fotos, además de hacer una declaración escrita y oral que concordara con lo que presentamos —admitió muy tranquilo mientras mi boca se abría por la sorpresa.

Max siempre estaba un paso por delante, pero siempre había sido una persona legal. Tramposa, quizá sí, pero presentar pruebas falsas era un delito.

—Seguro lo que le pagaste al dueño va a ser más de que Tadeo tendrá que pagar.

—Eso no me importa, Mazu, aquí lo que me interesa es que Tadeo pierda. No importa si ambos perdemos, lo importante es que él no gane. Pero no te preocupes; sus pérdidas sí serán mayores que las mías.

No pregunté a qué se refería él, pero sospeché que no solo tenía que ver con el tema del salón y esa demanda contra Tadeo.

—A veces eres un poquito maquiavélico, ¿lo sabes?

—Sí, aunque lo tomo como un cumplido. Tengo una reunión en pocos minutos, te llamo a la noche. Te amo.

Refunfuñé, pero grazné una despedida algo amorosa antes de colgar.

Luego de eso llamé a la persona que sabía que estaría disponible para mí y para escuchar mis quejas: Micae.

Sin embargo, no me contestó, lo que se me hizo extraño porque Ash me había contado del día ajetreado que tenía por delante.

No le presté atención a eso, solo me dediqué a mi descanso y, luego, a trabajar.

Más tarde me fui de compras. Vio diseños de los lugareños y seguí con mi búsqueda de la persona ideal para hacer una colaboración. Por supuesto, hice una cuenta adicional para seguir a aquellos que me interesaban, pero, como primero debía analizarlos, no les daría atención desde mi cuenta personal.

A la tarde volví a llamar a Micaela, y allí sí que me contestó.

—Tadeo tendrá que disculparse conmigo públicamente —la puse al tanto luego de que me contestara y saludarla.

—Ashton me avisó —dijo antes de alejar el teléfono para regañar a Colette—. Lo siento, Mazu, tuve que salir más temprano y Colette se enojó y ahora está caprichosa.

—¿A dónde fuiste que no la podías llevar? —pregunté con verdadero interés.

—Ah, solo quería hacer unas compras y relajarme sin tener a mi bebé pidiendo mi atención, pero creo que elegí un mal día. Incluso Bambi se está escondiendo de ella. Cuando Lena me dio el reporte, me dijo que solo se la pasó llamándome por toda la casa. Creo que la malcrié y la apegué mucho a mí. Espero que cuando Sam nazca no le dé por ser malvada con ella. —Sam, de Samanta, el nombre que le gustó a mi hermano para su hija, mi próxima sobrina—. Volviendo al tema, me alegra que a Tadeo le esté llegando su karma, aunque sea un karma obligado por Max y Ash. Confío en que pronto le llegará el universal. El universo no se queda con nada, ¿no?

—De todo esto me preocupa que Tadeo le haga algo a Max.

—Oh, Mazu, creo que Max va a tener a Tadeo cogido por las bolas pronto.

Entrecerré los ojos como si ella pudiese ver mis sospechas.

—¿Por qué estoy creyendo que me escondes algo y que sabes mucho más que yo de mí propia situación? —Ella soltó una risa franca.

—¿Cómo podría saber más yo, tonta? Es solo que yo chismoseo con Ashton, es mi mejor amigo, y puede que él sepa detalles de más y me los cuente a mí.

—Entonces tú, como mi mejor amiga, deberías contármelos a mí. —Ella volvió a reír.

—Tú eres novia del hombre que tiene la mayor información, tendrás que usar tus encantos para que él te diga sus secretos.

—Hmm…, ¿me estás diciendo que lo tengo que sobornar con sexo?

—Cada quién tiene sus métodos, solo digo que tengas cuidado de no caer tú misma en la tentación porque Max me da la sensación de que no es tan manipulable para que suelte información relativa a ti. Un hombre calculador, pero tú eres su punto débil. Tengo que colgar, querida, Coco está como loquita y quiere que le lea.

—Está bien, nena. Cuando tengas tiempo revisa los perfiles que te envié, dime cuál te gusta más.

—Lo haré. Cuídate y avísame cuándo estés aquí para que vayamos a almorzar. Mis padres inauguraron un nuevo restaurante y pusieron nuevos platillos que quiero probar. Te amo —alargó la palabra hasta que colgó, dejándome a mí sola en la enorme habitación de hotel, en silencio para organizarme e irme a la cama para tomar al otro día un avión de regreso a casa.

Capítulo 36

MAXIMILIANO

Supongo que los padres de Tadeo no lograban explicarse cómo su empresa había pasado de valer millones a sufrir una contracción cercana al cincuenta por ciento. Pero es que, cuando te metes con las personas equivocadas y tus socios migran a otras compañías —vendiendo sus acciones por un valor muy inferior al de mercado y exigiendo la liquidación de sus activos al salir—, no queda mucho margen para la salvación.

Tras una semana intensa manipulando posiciones en bolsa y negociando con contactos clave —periodo en el que cancelé reuniones programadas con meses de antelación—, finalmente logré mi objetivo.

El rostro de Tara reflejaba el mismo agotamiento que el mío mientras tecleaba en su computadora; tanto ella como mi secretaria habían permanecido a mi lado gestionando cada movimiento. Creo que Tara se asustó un poco al ver el alcance de lo que soy capaz de hacer con determinación y el peso que el dinero otorga a una persona. Sin embargo, entendió que lo hacía por Azul, por amor —si se le quiere llamar así—, y como mi novia le caía bien, no pronunció una sola palabra para intentar disuadirme.

Solo por esa lealtad pensaba recompensarla; en este mundo, uno siempre debe agradecer la fidelidad de quienes guardan sus

espaldas.

—Listo, la reunión quedó programada para mañana a las nueve de la mañana. Debe salir en este momento si quiere recoger a la señorita Azul en el aeropuerto.

Asentí y todos los huesos de mi cuerpo crujieron cuando me estiré y suspiré.

Alguien tocó la puerta de mi oficina y no demoré en darle paso a la persona detrás. Alguien del servicio de limpieza llegó para recoger la basura que dejamos del almuerzo. Nadie decía que quebrar una empresa en una semana no llevara su esfuerzo y su tiempo, se podía notar en el tiempo que pasamos encerrados en mi oficina y en todo el desorden que dejamos a su paso.

Al levantarme, luego de que la mujer de limpieza se fuera, tomé mi saco y palmeé el hombro de Tara.

—Ve a descansar. Usa mi tarjeta para darle a tu familia una buena cena. Te veo mañana.

Ella asintió y agradeció mientras recogía sus cosas para también irse.

Ya todo se encontraba a oscuras y en silencio. Todos los departamentos habían cumplido con sus tareas y horarios, así que solo quedaban las personas de limpieza y las de seguridad. Saludé a todos con asentimientos y palabras rápidas porque debía ir por mi novia.

Todos esos días Azul había pensado que mis reuniones eran de mis inversiones o de Gallería, a la cual le ponía siempre mi mayor esfuerzo. Siempre hablamos a la noche por videollamada, pero también durante el día recibía sus fotos y mensajes que intentaba contestar lo más pronto posible, aunque muchas veces no alcanzaba

a responderle de inmediato, pero no podía negar que quería verla en persona, tocarla y oler su perfume maravilloso.

El camino hacia el aeropuerto estaba despejado, por lo que llegué antes. No me molestó esperar porque llamé a mi madre para avisarle de las últimas noticias.

Como no podía arriesgarme a poner en sobre aviso a Tadeo, todo lo tuve que hacer bajo el nombre de soltera de mi madre porque seguro el muy idiota no se tomó el tiempo de investigar a sus enemigos; que no se hayan pronunciado ante la crisis conmigo o con Azul para ponerle quejas de los actos de su novio, me daba la razón de ello.

—Ay, mi niño, solo espero no tener problemas por esa cantidad de dinero que supuestamente he gastado.

—No lo harás. Deberías saber ya que siempre hay una trampa para las leyes, y en caso de que tengas que pagar, yo lo cubriré todo. Tú eres una de mis beneficiarias, no sería problema.

—¿Y Azul? ¿Cuándo la pondrás al tanto de todo? —Suspiré. Mazu tendría emociones encontradas cuando decidiera comentarle de todos mis movimientos. Suponía que sentiría algo de rabia, también estaría complacida por ver hasta qué punto llegaba yo para defenderla. Lo cierto es que temía un poco de su reacción.

—Cuando logre llegar a un acuerdo con sus exsuegros, madre.

—¿Y cuándo tienes la reunión con la joven del anillo?

—En unos días. Creo que la casa estará antes de lo previsto, pero necesitaré tu ayuda y la de Micaela para esos días que esté ausente.

—Oh, esa muchachita linda. Me arrepiento un poco de no haber aceptado tu invitación a acompañarte al matrimonio de Micaela, es

tan encantadora como Azul, solo que mi nuera tiene esa chispa vivaz que tú necesitas.

Reí.

Claro, todos esos días había necesitado ayuda adicional de Micaela y mi madre, dos de las personas que mejor conocían a Maria Azul. No se conocían de antes, pero la más joven le había caído de las mil maravillas a mi madre. Quizá tenía que ver su embarazo y que mi madre ya había llegado a una etapa en la que veía un bebé y sus instintos de abuela se activaban. Había amado a Colette y la menor también a ella, aunque Coco no era muy difícil de amar.

—Supongo que cuando Mazu y yo nos casemos la verás mucho más seguido.

—Eso espero, aunque prefiero que vengan a visitarme. Tú sabes que no me gusta estar en casas ajenas, por muy bien que me caigan sus propietarios.

Suspiré.

—Bien, ya lo veremos. Te debo dejar, madre, ya Maria Azul debe haber aterrizado.

Mi madre no demoró en colgar, y yo estuve en lo cierto: en cuanto cortamos, mi novia apareció con dos hombres a sus lados que le ayudaban a llevar un montón de maletas que no había llevado con ella.

Me llevé la mano a mi billetera para darles la propina, siendo lo primero que hice cuando ella estuvo lo suficientemente cerca y a pesar de su ceño fruncido cuando pasé de ella.

Al despachar a los hombres, la encontré con los brazos cruzados y una cara de fastidio imposible de ocultar.

—¿Por qué me estás negando los besos? —Reí y me acerqué a ella para darle lo que me estaba reclamando, aunque en esa ocasión no me lo devolvió.

—Porque estaba pagando el servicio que pediste, mi amor. Salúdame bien, Maria Azul —demandé, pero ella, caprichosa, no lo hizo y siguió con sus manos sobre su pecho. Me acerqué a su oído al ver esto—. Si no me saludas como debe ser, me iré a mi casa luego de dejarte y no estaremos juntos hoy y, por la llamada de esta mañana, sé que eres la más ansiosa por sexo hoy.

Con mi chantaje logré que se colgara de mi cuello y juntara su boca con la mía con fuerza. Reí divertido, y caminé con ella tomada de la cintura un par de pasos.

Los carros con las maletas aguardaron por nosotros esos segundos, hasta que separamos nuestras bocas y volví a por ellas. Estaba pesado, por supuesto, pero al salir hacia la zona en donde tenía mi auto esperando por ella, había otro hombre que me ayudó a guardar todo en el coche mientras Mazu esperaba, tecleando en su teléfono.

El camino al apartamento fue en calma, mas no en silencio. Azul me contó todo lo que vivió, lo bonitas que le parecieron las playas y todo lo que hizo, incluyendo su investigación para su primera alianza. Yo la escuché y también le conté algo de lo mío, solo por encima porque ella ya se encontraba en Gallería y recibía actualizaciones constantes del negocio, y el resto de mis inversiones no es que necesitasen de muchas explicaciones.

—Me invitaron a dar una conferencia —le comenté lo más nuevo —. Es sobre emprendimiento en una universidad. No sé si aceptar, no sé si tendré tiempo.

Ella me envió una mirada mortal.

—¿Cómo que no sabes si tendrás tiempo? Puedes delegar, ya te lo he dicho. Saca tiempo para ti, Max, de verdad lo necesitas.

Puse mi mano en su pierna y apreté.

—Lo que yo necesito ahora mismo es sacar un poquito de estrés de mí, ¿me ayudas con eso?

Sonreí con el mayor encanto que pude reunir mientras entraba el auto en el garaje de su edificio. Intentó ocultar una sonrisa. Mordió su labio, echó su cabello rubio hacia atrás y salió con lentitud del auto, seductora.

—Saca la maleta rosa y quizá te ayude con tu estrés.

Cerró la puerta algo duro, pero yo solo la seguí observando dentro del auto mientras meneaba sus caderas en su camino al ascensor.

Allí comenzaba nuestro juego previo antes de terminar en la cama.

Salí de prisa cuando ella ya estaba muy lejos de mí y saqué la maleta que me pidió. Las demás las sacaría después, no perdería tiempo con ello cuando lo que quería era estar con mi mujer.

Mazu, al escuchar la puerta cerrarse, se giró, pero siguió su camino hasta que quedó frente a la puerta del ascensor, la cual se abrió justo en el momento en el que yo llegué allí.

Permití que pusiera el código de acceso a su casa para darle la indicación al elevador y también fingí calma mientras las puertas poco a poco se cerraban, aunque, en realidad, la espera estaba haciendo mella en mi paciencia y, en especial, dentro de mi pantalón. Por esa razón, en cuanto quedamos encerrados, la giré hacia mí de imprevisto y tomé sus manos, subiéndolas por encima de su cabeza, dejándola pegada contra mí.

—Te extrañé, cariño, extrañé todo de ti, pero ahora mismo lo que quiero es tu dulce cuerpo.

Y la besé antes de que pudiese decir algo más. Solo suspiró y jadeó sobre mi boca antes de seguir el beso, frustrada por la cárcel que tenía en sus manos y porque no podía mover su cuerpo, solo su centro contra mi rodilla que puse a su disposición para que encontrara algo de placer mientras las puertas se abrían y nos permitían entrar en casa.

Solté a Mazu de golpe cuando el ascensor timbró, avisando su llegada. Ella respiraba con fuerza y tenía los ojos algo desenfocados. Yo tomé la maleta por el aza y la puse a un lado antes de que un cuerpo impactara contra el mío.

Mazu, desesperada, me sacó la chaqueta del traje y la dejó caer en alguna parte de la sala antes de que yo la tomara por las nalgas y la cargara.

Quisiera decir que no separé mi boca de la suya mientras nos desplaza de una habitación a la otra, pero no fue así. No conocía el camino con los ojos cerrados y, además, debía subir escaleras y no me arriesgaría a caer con ella, sin embargo, aunque separé mi boca de su cuerpo, ella no separó la suya del mío.

Besó, lamió e incluso hizo un chupetón debajo de mi oreja, en mi cuello. No me importó, no me importaban las marcas. Casi todo el mundo follaba, a nadie debería escandalizarle las marcas que resultaban por momento de calentura.

Abrí con mi pie la puerta de la habitación y deposité a Azul en la cama antes de desbotonar la camisa que tenía y llenar de besos su vientre. Se removió en cada toque, pero sabía que le gustaba, aunque no lo dijera con palabras. Me bastaba con sus mejillas sonrojadas y sus labios rojos debido al agarre de sus dientes.

—Puede que esta noche no pueda darte todo de mí por horas porque mañana tengo algo muy importante a la mañana, pero deja la tarde para mí; prometo pasarla toda contigo, haciendo lo que quieras y como lo quieras —prometí y parece que mi propuesta fue tan exquisita para ella que lamió sus labios antes de erguirse y tomarme por los hombros para guiarme hacia la cama.

Terminó de sacar su camisa; sus pechos quedaron frente a mí, tan lindos y ricos. Ahí fui yo quien se relamió, más cuando también sacó su pantalón y quedó en unas finas bragas.

—Bien, pero lo que me des tendrá que ser muy bueno porque estoy muy caliente, Maximiliano, y fantaseé todas estas noches contigo. Acuéstate, porque ya estoy lista y quiero estar arriba… y hacia atrás.

Gemí un poquito antes de tragar saliva porque ella sabía que esa posición…, esa posición me llevaba a la locura por ver su trasero rebotar, por su movimiento y por la erótica imagen de nuestros cuerpos unidos.

Asentí con brío y puse mis manos detrás de mi cuello, viéndola acomodarse.

Me esperaba un buen momento con ella.

Capítulo 37

MAXIMILIANO

—¿Cómo harás entonces cuando vivamos juntos? —pregunté tentativo al ver a Maria Azul quejarse porque me levantaba temprano y la había despertado al encender una luz.

—Cuando vivamos juntos tengo la intención de acostumbrarte a levantarte después de las diez, no antes —dijo con su boca pegada a la almohada. Reí un poco cuando se sentó y vi su cabello desordenado.

—No creo que eso sea posible. Es costumbre de años, no la puedo acabar tan fácil.

Gruñó y se tiró a la cama de nuevo, tapándose todo el cuerpo, cabeza incluida, con la manta.

Me acerqué para despedirme, solo que ella se volvió a quejar antes de destapar su cabeza y permitirme besar sus labios.

—Te veré a la tarde, recuérdalo.

Asintió.

—Hoy tengo cita en el salón para organizar el desastre que el mar y el sol dejaron. Estaré pendiente para avisarte si demoro más o no.

Estuve de acuerdo.

Le di otro beso más antes de bajar para tomar mis cosas y, por fin, salir, aunque en el momento en el que vi mi auto recordé que tenía allí el resto de las maletas de Maria Azul.

Restregué mi rostro antes de devolverme hacia el lobby para decir que alguien de allí me ayudara a subir las maletas lo más rápido posible porque debía irme e iba algo tarde. Y no me gustaba la tardanza. Por esa razón salí como un rayo luego de dejar las cosas en el apartamento.

Unos cinco minutos antes de llegar, Tara me avisó que ella ya se encontraba allá, pero que no entraría sin mí. Los que me conocían también la conocían a ella porque era mi mano derecha y no quería arruinar la sorpresa.

Al llegar al edificio de la empresa aparqué mi auto afuera, temiendo un poco que Tadeo se enterara de todo y quisiera desquitarse con mi amado auto, sin embargo, si algo le pasaba, también se lo haría pagar a él.

Tara se encargó de todo y pronto estábamos en una sala de reuniones muy grande para tratarse solo de cuatro personas, máximo seis, porque igual imaginé que los padres de Tadeo llegarían con sus asistentes o sus secretarias para dejar constancia de esa reunión.

Pero, claro, ellos no sabían que solo se encontrarían conmigo.

Ese fue el motivo por el cual, cuando entraron, una sensación de victoria se instauró en mi pecho al ver sus rostros confundidos por solo verme a mí y a Tara. No dejé pasar la sorpresa, solo me levanté, acomodé mi traje y di un paso hacia ellos.

—Bienvenidos, señores Bram, desde hace mucho tiempo quería conocerlos.

—¿Señor Ferrer? —Asentí con las cejas arqueadas, como si no creyese su confusión.

—El mismo. Les presento a Tara, mi asistente y quien guiará esta reunión, así como quién tomará notas de todo lo que conversaremos.

—Señor, esta es una reunión extraordinaria con nuestros inversionistas, no…

—Sus inversionistas ya no existen —declaré con una sonrisa de falsa amabilidad—, o sí lo hacen, pero a nombre de Karín Rossi…, mi madre. Verán, de esas personas que inyectaban su dinero en ustedes ya no queda ninguna, prefirieron intercambiar algunas inversiones por empresas más prometedoras… o tan solo aceptaron para no tenerme como enemigo.

Les señalé las sillas disponibles para llevar eso a un ámbito laboral. La mujer carraspeó, pero tomó asiento al igual que su marido.

—¿Por qué lo hizo? ¿Es gracias a usted que nuestra junta directiva está… extraña?

—¿«Acabada», querrá decir? Así es; a sus accionistas también les propuse ideas mejores y, bueno, es bien sabido que puedo tener más enlaces económicos y políticos que la mayoría de ellos. No los quiero ofender, pero las personas que trabajaban con ustedes son más novatos que yo, con menos dinero, lo que se resume en menos poder, más fáciles de comprar, y lo han podido notar en la última semana.

El padre de Tadeo se acomodó, dándose cuenta de que debía mostrar más seguridad ante mí, sin embargo, yo imité su talante y me relajé también en la silla.

—Conocemos la relación que tiene ahora con la ex de nuestro hijo, señor Ferrer, pero no me logro explicar el porqué de sus acciones.

Sonreí y lo observé con fijeza.

—Oh, sí, ya saben que tengo una relación con Azul, pero, de nuevo, no quiero ofenderlos, no están muy pendientes de las acciones de su hijo. Miren, señores Bram, en este mundo soy conocido por ser calculador, algo frío e insensible cuando de negocios se trata. Ya deben haberlo escuchado y sé que también intentaron, hace unos años, entrar en mi bolsa de inversiones, cuando Tadeo estaba conquistando a Maria Azul, pero algo que no saben los demás es que soy protector. Mucho. Y ustedes le han dado tanta libertad a su hijo, y lo han consentido tanto, que cree que puede comportarse en el mundo como lo hace con ustedes, o que puede hacer lo que quiera sin consecuencias. Yo tengo un problema y es que a veces me veo a mí mismo como un juez…, y estoy aquí para castigarlo por meterse con mi novia, por robarle, por perjudicarla aun cuando lo de ellos terminó no por culpa de Azul, sino por los engaños de Tadeo.

—No lo estamos entendiendo. —Asentí y le pedí a Tara que me pasara la carpeta con todas las pruebas que preparamos para ellos.

—Robo, chantaje, intento de estafa y fraude, daño al buen nombre. Lo último que me enteré fue que pagó para que robaran el *showroom* de Mazu y ya me cansé de tenerlo detrás de ella, y como sus actos van ligados siempre al dinero, he recurrido a la fuente que se lo da.

La madre de Tadeo palideció al ver todas las pruebas y demandas en contra de su hijo, todos los delitos que cometió contra Azul, incluso las pruebas de infidelidad que, si bien no constituían un delito, sí una falta a la moralidad y decencia.

Pude ver la irritación en el tic del párpado del señor, sin embargo, me reí en la cara de ambos cuando hablaron luego de ver las pruebas.

—Hablaremos con él y le aseguro que le cancelaré todas las cuentas y…

—A mí no me interesa eso, señores —reí y crucé mis manos—, no compré casi toda su empresa solo para venir a poner quejas como si fuese un niño pequeño. No necesito eso. Además, nada me asegura que Tadeo se detendrá si el freno se lo ponen ustedes, porque temo que no lo lograron en los años que tiene él de vida. Necesito saber que el freno soy yo, que tengo el poder sobre él y, lamentablemente, para tenerlo sobre él, debo tenerlo sobre ustedes, pero tranquilos, no pienso dejarlos en la calle, solo vengo a negociar con ustedes el setenta por ciento de sus acciones dentro de la empresa a cambio de no meter a su hijo a la cárcel. Un trato justo, ¿no creen?

Tara, entonces, les pasó otras carpetas, las que contenían el acuerdo de compra, claramente evitando mencionar el chantaje.

Los empleados de los Bram se miraron entre ellos mientras sus jefes leían el contrato, aunque los últimos, en específico el señor Bram, negó y cerró la carpeta de golpe.

Vi su enojo, su rabia, así que solo me enserié, bajé un tanto mi rostro y lo miré. Con solo la seriedad de mis ojos le dije que debía pensarlo muy bien porque ya no era solo su hijo, era su empresa la que estaba en juego, porque, de no firmar, él sabía que la llevaría hasta la quiebra. Y, además, yo ya constituía la mayoría dentro de la supuesta junta directiva. Los tenía encerrados y lo sabían.

—No —la voz de la madre de Tadeo me sorprendió, pero no los obligaría a hacer trato conmigo. Ella siguió negando, sin embargo, su marido le arrebató la carpeta de las manos, un gesto brusco que

me hizo arquear una ceja porque no me parecía que esa fuese una buena forma de tratar a su mujer.

—Lo pensaremos y le daremos una respuesta mañana —dijo esta vez el señor, pero yo observé mi reloj y negué.

—Tengo dos horas; les daré ese tiempo para discutirlo. En el contrato está el contacto de Tara, en caso de que decidan aceptarlo, con ella organizarán todo. Espero que tomen una buena decisión para ustedes, porque creo que el señor Bram sabe que a mí cualquiera de las dos me viene bien. Tengan un buen día.

Con un solo asentimiento, terminé por salir de la habitación con Tara a mis espaldas.

Ya en el ascensor, ella soltó una risita.

—¿Qué dice usted, Tara?

—Lo aceptarán, deben hacerlo. De otra, en unos meses lo más seguro es que tuvieran que vender la empresa.

Sonreí y asentí.

—Exacto. Se quedarían en la calle por no haber variado sus inversiones. Hazme un favor y llama a Azul. Demoramos menos de lo planeado y le prometí pasar el día juntos, quisiera saber si ya terminó con su día de salón o si puedo recogerla.

Ella asintió y se puso en ello de inmediato, pero la respuesta de Maria Azul fue que apenas estaba llegando al salón y demoraría, por lo menos, dos horas allí, así que tenía toda una tarde por delante.

Tara y yo, ante esto, decidimos adelantar trabajo en el restaurante de un hotel cercano que ya conocíamos. Solo una hora después, e imaginaba que luego de una discusión acalorada, el teléfono de trabajo de mi asistente sonó con la llamada que

confirmaba que los Bram aceptaban vender parte de sus acciones. Inteligentes, si se me permite decirlo.

Ella misma se emocionó más que yo porque en un arranque me estiró su mano para chocar los cinco. Yo, con buen humor, me reí y acepté hacer eso que, para mí, era algo infantil.

—Pídeles toda la información y los balances de la empresa. Nos pondremos en ello en cuanto lo tengamos para ver qué cambios tenemos que hacer, pero también necesito otro favor… y es que le hagas saber a Tadeo que lo tengo cogido por las bolas.

Ella se rio y asintió como si fuese un muñeco. En ese instante la pantalla de mi teléfono se iluminó con una llamada de Mazu.

—Hola, cariño, ya estoy lista. Pedí que se dieran prisa, y como solo necesitaba una repolarización y secado, no demoraron tanto. Pero que sepas que trabajaron tres personas en mí para eso, no me mimaron tanto como las otras veces.

Su tono apesadumbrado me hizo sonreír. Cerré la tapa de mi portátil y le hice una seña a Tara para hacerle saber que me iría. Ella lo entendió, por supuesto, así que me devolvió el asentimiento mientras me veía ir.

Me encontré con Maria Azul en su apartamento para irnos en un solo auto. La recogí allí, aunque no subí hasta su piso, me quedé esperándola en la calle. Ella salió ataviada en un abrigo largo a pesar de que el clima no estaba tan frío, aunque pude ver que debajo de él estaba vestida con unos jeans y unos tacones rojos. Su cabello ya se veía brillante y tan bien cuidado, como siempre, y su boca estaba pintada con ese tono rojo seductor que me gustaba mucho. Sus ojos no los podía ver debido a las gafas de sol, aunque apostaba que estaban iguales de hermosos que el resto de su rostro.

La recibí con un beso suave para no dañar su maquillaje y abrí la puerta por ella. Agradeció antes de subirse. Mientras yo daba la

vuelta hacia mi lugar, ella se quitó el abrigo y acomodó sus gafas sobre su cabeza.

—Saqué una reservación en el hotel de la ciento nueve, podemos ir desde ya hacia allá.

—¿No quieres hacer algo antes? Pensé que tendríamos una cita.

Me observó por debajo de sus pestañas, muy diciente y haciendo un puchero.

—Anoche me dijiste que estaríamos juntos toda la tarde, bebé, y me dejaste con ganas de más, solo quiero recuperar el tiempo perdido.

Su mano serpenteante por mi brazo me puso los vellos de punta. Lamí mis labios, deseoso.

No me explicaba cómo es que ella podía encenderme con tan solo eso. Por mucho tiempo pensé que solo tenía el deseo sexual más bajo que cualquier hombre, pero con ella descubría no era así.

Aceleré un poco.

—Bien, al hotel, entonces.

Ella rio y se acomodó mejor en el asiento para hacer el camino hacia el hotel que reservó, aunque para hacer el amor nos hubiéramos quedado en su apartamento. Sin embargo, descubrí por qué quiso salir de allí al ver la decoración del lugar, las vistas y las atenciones.

Me remangué la camiseta mientras Azul me pedía que la esperara un momento; debía ir al baño. Me acomodé en el sillón para descansar la espalda, sin imaginar que la verdadera razón por la que se ocultaba era la sorpresa que me tenía preparada.

—Estoy triste y necesito consuelo, mi amor —escuché su voz.

Cuando despegué la mirada del techo, siseé al ver el juego de tiras que apenas cubría su silueta. Llevaba una lencería erótica en un rojo intenso que cumplió de inmediato su cometido de encenderme.

—¿Por qué estás triste? —pregunté con la voz estrangulada.

Sus pasos felinos fueron amortiguados por la alfombra. Al fijar la vista en sus tacones rojos, tuve que reacomodarme, imaginando esos tobillos a cada lado de mi rostro.

—Porque quería hacerme unas ondas y tener el cabello bonito. Este lacio no es muy sexy, ¿no crees?

Negué de inmediato y estiré la mano para ayudarla a subir a horcajadas sobre mi cuerpo. Aparté el cabello de sus hombros y hundí el rostro en su cuello.

—No, no lo creo. Estás ardiendo como el infierno, Maria Azul.

—¿Y quieres quemarte? —susurró ella, mientras yo gemía contra su piel.

—Mierda, Mazu... ¿quieres que hablemos sucio hoy? —Ella asintió, moviéndose con intención sobre mi regazo—. Muy bien, mi amor. Sí, me quiero quemar contigo esta noche y todas las noches de mi vida.

Ella se rio, desafiante.

—Es *dirty talk*, Max, no un poema romántico.

Azul soltó un grito ahogado cuando la tomé con firmeza por la cintura y la alcé, llevándola directo contra la pared.

—Muy bien, entonces. Descubramos cómo se quita esto —sentencié. La puse de espaldas a mí y recorrí su contorno con la

mirada, deleitándome en la vista hasta que la curva de sus nalgas me tentó a perder el control.

Por supuesto, no me negué el capricho de apretarlas; me acerqué para besar la piel donde mis dedos habían dejado una marca encendida por la fuerza del agarre. Mazu gimió y tuvo que apoyar las manos en el muro frente a ella para no flaquear.

Sonreí y repetí el gesto, esta vez cambiando el beso por un mordisco suave. Se quejó con un jadeo, pero no se apartó. Mis caricias ascendieron por su espalda mientras mis dedos buscaban con destreza los cierres de las tiras de su lencería.

—Te voy a devorar entera hoy, Maria Azul —le susurré al oído—. Tú lo pediste y así va a ser.

Capítulo 38

MARIA AZUL

La inauguración de Plaza Gallería contaría con muchos descuentos en casi todas las tiendas que compraron o alquilaron locales en ella. Para la inauguración, por supuesto, me pidieron mi opinión y por ello tuve que ir hasta allí un día, con Mayra, mi nueva asistente a tiempo completo.

Estaba revisando que las terminaciones de la construcción estuvieran bien y al día, que las tiendas ya hubieran cargado su inventario y estuvieran organizando, también que todos estuvieran conformes. Mientras me paseaba por el lugar, le decía a Mayra que anotara en dónde se haría cada cosa para que se comunicara con la agencia de eventos, y, si era necesario, que tomara ella las riendas porque al siguiente día yo tenía una cita con mi novio.

Las cosas con Max siguieron el mismo rumbo. Creo que después de tanto tiempo de tontear y con su edad, sus relaciones tomaban un punto de equilibrio más rápido, así que todo estaba bien. Todavía no sacaba sus vacaciones para poder ir de viaje juntos, pero él estaba en ello, solo tenía un último vuelo pendiente, justo al día siguiente, por esa razón saldríamos a cenar esa noche.

Los trabajadores estaban haciendo los últimos arreglos en el techo, en específico en las luces, para tener todo listo para la inauguración. Yo veía todo con asombro por el poder que tenía mi hermano y Max, aunque debía decir que me encontraba más

orgullosa de ese proyecto por Max, porque fue él quien estuvo a cargo de casi todo y todo el tiempo. Había quedado muy hermoso.

—Señorita Hunt —giré al escuchar una voz agitada llamarme. No tenía miedo de que me fuesen a hacer algo, mi hermano y mi novio mantenían al pendiente de cada amenaza y estaba segura de que no había ninguna cerca, por lo menos hasta ese momento—, disculpe que la interrumpa en su trabajo, señorita, pero en el estacionamiento un hombre está agrediendo a su auto.

¿¡Mi auto!?

Miré al hombre, consternada, antes de salir corriendo.

Desabroché mi casco de seguridad porque, según el ingeniero encargado, era mejor y reglamentario usarlo hasta que todo estuviera listo, aunque no me lo quité de la cabeza porque, apenas vi a mi auto y qué le estaban haciendo, la indignación fue más grande.

—Ya estoy llamando a la policía —dijo Mayra, aunque no le presté atención porque frené mi carrera, apreté mis puños y pisoteé el piso.

—¿¡Pero qué demonios crees que estás haciendo!? —Mi garganta se rasgó un poco por la fuerza de mi grito.

Al escucharme, Tadeo dejó de darle a las latas con el bate que había llevado.

Fui consciente de que muchos de los trabajadores salieron a coger el chisme, pero tampoco les presté atención.

—¡Tú! ¡Maldita arpía! ¿¡Me dejaste sin nada y crees que te saldrás con la tuya!? ¡Los voy a acabar! ¡A ti y a tu estúpido novio?

Comencé a ver rojo cuando siguió dañando mi amado Cooper, mi precioso carro rojo, por eso me quité el casco y, con una presión asombrosa, logré darle en la cabeza. Eso, por supuesto, no se lo esperaba, tampoco que me acercara a él con pasos decididos.

—¡Me tienes harta! ¡Maldigo el momento en el que me metí con un maldito niño como tú! ¿Se puede saber ahora qué te hice?

Alguien evitó que me acercara a él, un hombre que no conocía, pero observaba a mi contrincante con desconfianza, y cómo no, si mi hermoso bebé se veía destruido, con sus vidrios rotos y sus latas mallugadas.

—¿Ahora dirás que no sabes? ¡Pues que tu idiota novio compró mi empresa y ahora mis padres me congelaron todas mis cuentas! ¡Pero eso no me va a detener!

Volví a ver rojo, y gracias al cielo que el hombre me sostuvo cuando saqué mis manos e intenté llegar a él.

—¡Ya no más, Tadeo! ¡Te he aguantado mucho y ¿sabes qué!? ¡Me alegra que te hayan dejado en la cochina calle, desgraciado! ¡Y yo misma te voy a seguir dejando en lo más bajo si no me dejas en paz porque con esto te ganaste tu maldita sentencia!

Las sirenas de la policía sonaron cada vez más cerca, así que tuve que calmarme a mí misma y aclarar mi mente antes de montar mi *show*.

En cuanto vi al primer oficial, me eché a llorar y me derrumbé en los brazos del hombre a mi lado, quien no dudó en agarrarme con fuerza para evitar mi caída.

—¡Ay, oficial! Por fin están aquí. Mire lo que este hombre le ha hecho a mi auto.

Las ventajas de ser bonita es que los hombres heterosexuales se compadecían ante mis lágrimas con mucha facilidad. Y conté con la ventaja de que Tadeo, en medio de su rabia, intentó, de forma ruda, acercarse a mí.

—¡Deténgase ahora mismo! —le dijo y yo, como debía seguir con el tema, escondí mi cuerpo detrás del hombre para fingir temor, pero que es debía mostrarme vulnerable y temerosa porque no quería que Tadeo se acercara más a mí y usaría todas las tácticas posibles.

—¡Ella me agredió, oficial! —me acusó y yo fingí llorar con más fuerza.

—¡Claro que sí, porque no es nada normal ver a un loco destruir tu patrimonio! Señor, él es mi ex y tiene múltiples denuncias, por favor, lléveselo, me da miedo.

El oficial lo dudó un poco, sin embargo, al ver el auto destruido, a Tadeo con el bate, mi estado, y con el apoyo de todos los trabajadores, sin que mi ex se lo esperase, lo agarró y lo esposó.

—Necesitaremos que nos acompañe usted también, señorita, para interponer la denuncia.

Asentí de inmediato.

—¿¡Pero qué hacen!? ¡Suéltenme si no quieren que les vaya mal!

—Por supuesto —respondí, con la satisfacción de ver a Tadeo acorralado y siendo burlado por los oficiales porque, por supuesto, ellos no temían de su amenaza—, ¿a qué comisaría debo ir?

Una vez me dieron la información, y cuando metieron a Tadeo a la patrulla, me reí entre dientes y le pedí a Mayra comunicarme con

Max para ponerlo al tanto y también porque él tenía mucho qué explicarme.

Me dolió ver mi coche destruido y tener que tomar un auto para transportarme hasta la comisaría, a donde Max intentaría llegar lo antes posible. Era una mezcla de sensaciones; por un lado, me encontraba muy molestar con Tadeo y también con mi novio por ocultarme información, por otro, tenía pena por mi precioso y amado auto. Admitía que tenía un poquito de miedo por las amenazas de Tadeo, aunque era lo que menos me preocupaba porque el hombre siempre fue de mucho hablar y poco a hacer, y sin dinero, dudaba que lo siguiera intentando, además, si me llegase a pasar algo, él sería el primer sospechoso; si lo llegué a conocer un poco, una cárcel era de muy poco estatus para él, así que la evitaría.

Pero que la evitara no significaba que quisiera estar en la misma situación por siempre, así que, en cuanto llegué, lo primero que hice fue interponer otra demanda contra él y solicitar una orden de alejamiento, quizá lo que debí haber hecho desde hacía mucho, aunque nunca se había comportado tan feo. Tenía todo para ganar, desde las otras demandas, las resoluciones de algunas de ellas y las fotografías de lo último sucedido.

Estaba terminando con todo el papeleo cuando Max llegó, con su ceño fruncido y pareciendo enojado.

Yo, en cuanto lo vi, me crucé de hombros y lo observé con intensidad y seriedad.

—¿Tienes algo por decir? —Asintió.

—Claro que sí: esperaba esa reacción, aunque no que dañara tu auto. Te lo mandaré a arreglar, no te preocupes.

—¿Y qué harás con su ira? —Se encogió de hombros.

—Ya te lo dije: esperaba esa reacción. Ahora lo que puedo hacer es negociar, porque no le queda de otra más que comportarse. Él es quien tiene todo para perder y espero que no sea tan imbécil como para rechazar lo que tengo en mente.

Pisoteé con fuerza y volví a apretar los puños.

—¡Maximiliano! ¿Podrías decirme de una vez por todas qué es lo que estás haciendo y qué tienes en mente? ¡Estoy harta de enterarme a lo último!

Él sonrió un poco y se acercó a mí para besar mi frente.

—Lo hablaremos a la noche, por ahora, déjame solucionar esto a mí. Ve a descansar. Dile a Mayra que se haga cargo de lo que falte con Gallería y tú ponte hermosa. Y hazme caso: ponte hermosa; te recompensaré por lo de hoy.

Logró suavizar mi humor con eso. Le pasé, sin que me lo pidiera, la carpeta antes de estirar mi mano y mover mis dedos.

—¿Qué?

—Tus llaves. Me dejaron sin auto hoy y necesito mi transporte. Tú puedes decirle a Tara que vaya por otro de tus autos, yo no puedo hacer eso.

Se rio y sacó de su bolsillo las llaves de su SUV. Me las pasó con una mueca entre divertida y de dolor.

—Cuídalo, pero a la noche paso por ti.

Asentí y, demostrando que seguía enojada, salí sin más, para su diversión.

Capítulo 39

MAXIMILIANO

Sabía que lo que Tadeo quería desde el principio era dinero, pero no podía ofrecerle un trato sin todo lo que había sucedido porque para ese entonces no lo tendría acorralado.

Me daba algo de gracia su semblante enloquecido, su cabello alborotado y su garbo, pero no me reí en su rostro, solo acomodé mi traje y me senté lo más relajado posible.

—Azul interpuso una orden de alejamiento contra ti, ya te lo dijeron, ¿no? —Él gruñó—. Antes de que digas que eso no impedirá nada, yo te diré que sí lo hará, porque tú intentas algo en contra de Azul y… bueno, también podría pasarte algo a ti.

—Este lugar tiene grabación, idiota. —Me encogí de hombros.

—Eso no me importa, Tadeo. Ahora, lo que te debe importar a ti es lo que te daré por mantenerte fuera de su vida. Estás arruinado en este momento, compré la empresa de tus padres, descubrí tu robo a las cuentas de Mazu y poco a poco he tumbado también cada negocio que has intentado tener, y también he puesto en conocimiento el tipo de persona que eres con mis conocidos, socios, amigos… No te conviene seguir luchando esta guerra que ya tienes perdida. Me enteré de que tus padres cancelaron tus cuentas y lo único inteligente que hicieron contigo fue no poner acciones a tu nombre porque ahí habría un problema, pero estoy dispuesto a dejar tus intentos de negocio en paz, siempre y cuando te comportes, y

darte un plante de algunos millones, la cantidad dependerá de qué tan cooperativo seas… y de que cumplas con dejar a Maria Azul en paz.

Él apretó los labios, lleno de ira ciega, pero yo solo alcé mis cejas.

—Estarás encerrado algunos días aquí, tengo tiempo para que decidas —agregué—, pero déjame recordarte que tengo más experiencia que tú y que mi amor por Azul es más grande de lo que cualquiera puede imaginar. Por ella podría convertirme en cualquier cosa… solo para que lo tengas presente.

Me levanté de la silla con la intención de irme, sin embargo, en cuanto llegaba a la puerta, él habló.

—Bien, dejaré tranquila a Azul, pero deberán retirar las demandas.

Solté una carcajada y solo me giré para no darle la espalda.

—No estás en posición para exigir, Tadeo. No sucederá y lo único que estoy dispuesto a darte es dinero, no tu libertad, así que, si lo quieres, bien, si no, puedo ponerle seguridad a Maria Azul y seguir hundiéndote. Créeme que no me cansaría de eso con tal de ver a mi novia bien. Te convertiste en un peligro y un estrés constante para ella. ¿Ves qué bonito es su cabello? ¿Lo radiante que es su piel? Eso no se debe solo a sus días de belleza, también se debe a su tranquilidad y no permitiré que se la arrebates más.

Me volví a girar, pero, de nuevo, Tadeo me llamó.

—Está bien, lo tomaré. —Lo observé y, con el rostro serio, asentí.

—Mis abogados se pondrán en contacto contigo. Espero que seas un hombre de palabra, Tadeo.

Él gruñó algo que no me tomé la molestia de comprender, solo salí porque tenía algo que hacer.

Tara no había llegado con mi otro auto, por lo que tomé un taxi hacia un café que me gustaba y, desde allí, llamé a Micaela por videollamada.

La embarazada no demoró en contestarme, aunque el video se vio con mucho movimiento porque ella estaba caminando y no enfocaba la cámara hacia su rostro.

—Justo estoy saliendo; tu madre me llevará a casa. Podrás pasar por las llaves cuando gustes.

—Gracias, Micaela, te debo una.

—No hay de qué. ¿Qué pasó con Tadeo? Mazu me escribió, pero no puedo levantar sospechas, así que no he visto el mensaje.

—Dañó su auto —respondí y allí la cámara se quedó quieta y, por fin, mostró el rostro de mi cómplice.

—¿¡Qué!?

—Pero yo se lo arreglaré, lo importante es que creo que ya Tadeo la dejará en paz…, nos dejará en paz. Lo que me preocupa ahora es que todo esté listo para esta noche, para mostrarle la casa a Azul.

Micaela resopló antes de seguir su camino, esta vez mostrándose ella y no el pavimento.

—Todo quedó perfecto, te lo aseguro, no lograste ver todo por la llamada de Mazu, pero tu madre y yo sí. Todo le gustará. Y me tomé el atrevimiento de decorar la habitación principal. Te lo iba a decir, pero saliste corriendo.

La llamada de Mazu dio en el momento en el que me disponía a revisar toda la decoración de la casa. Por fortuna, iba con Micaela y mi madre, así que ellas se quedaron a cargo de todo junto con la diseñadora. Esas semanas todo se había trabajado a una velocidad increíble, pero el resultado había quedado maravilloso. A mí, lo poco que logré ver en la vida real, me gustó mucho más que lo me mostraron en propuesta y estaba seguro de que a Azul también le gustaría.

—Gracias de nuevo, Micaela.

—Es con todo el amor del mundo, Max. Mañana que salgas a tu reunión con Evelina vendré a hacerle compañía y la acompañaré a ver qué quiere llevar del apartamento. Seguramente también quiera pasarse por el tuyo…

Asentí, pero luego negué.

—Lo hablaré con ella, pero prefiero sacar todo cuando vuelva.

—No hay problema, la mantendré alejada entonces. —Se subió al auto de mi madre y me la enseñó. Ella saludó a la cámara con su mano, pero se concentró en el auto, no en mí, aunque de todas formas Micaela se volvió a enfocar y observó a la cámara con seriedad—. Max, gracias por hacer feliz a Maria Azul.

Una esquina de mi boca se alzó.

La silla frente a mí se ocupó con el cuerpo de Tara.

—Siempre será un placer hacer feliz a la mujer que amo, Micaela, no hay nada que agradecer. Y debo dejarlas, ya llegó Tara y debo ir a cambiarme antes de pasar por Mazu.

Micaela asintió y escuché que mi madre también lo hacía, así que, por última vez, me despedí de ella antes de colgar.

Mi asistente se veía agitada, y tenía motivos porque ella sabía que esa noche le daría a Azul la llave de la casa y le propondría irse a vivir conmigo. Sabía que era un día especial.

—Tadeo aceptó el trato, ayúdame con ese tema, por favor. Habla con la contable para que te dé una cifra que puede ayudarle a Tadeo, pero que no le resuelva la vida, basándose en los gastos del hombre. Y ponte en contacto con mis abogados para que los pongas al día.

Ella asintió a cada palabra dicha.

—Ya verá que estos días que esté fuera todo estará en orden. —Asintió, por completo confiada en sí misma y sus capacidades, por lo que no tuve de otra que estar de acuerdo con ella.

—Lo sé, Tara, eres una gran asistente, por eso te confío mi empresa. Ante cualquier cosa puedes comunicarte con Ashton o poner en contexto a Mazu, ya ella me aseguró que sabe todos los procesos de la empresa, así que debería poder ayudarte si necesitas ayuda.

Volvió a asentir y sonrió mientras yo suspiraba.

Sí, confiaba mucho en Tara, por esa razón pensaba dejarla a cargo de mi oficina en los días que tomara vacaciones, o sea, ponerla como la gerente. Le había prometido a Azul que dejaría de trabajar tanto y lo cumpliría. Por supuesto que no dejaría a mis empresas de lado, pero no estaría todo el tiempo allí. Como Gallería, en todos los sentidos, era la más importante para mí, dejaría a mi persona de mayor confianza a cargo: Tara, sin embargo, ella también tenía la tarea de conseguir un ayudante, su propio asistente, para cuando se diera el cambio, también ayudarme a dar con las personas correctas para esas empresas secundarias que eran importantes, como la empresa de los padres de Tadeo, en la cual haría especial énfasis en los soportes que pida cada tanto para monitorear.

A Ashton le funcionaba muy bien su vida delegando por el bien de su familia, no creía que para mí fuese a ser diferente.

Me levanté de la mesa y le pedí las llaves del auto. Primero la acercaría a ella a donde hubiera dejado su propio transporte, no era tan canalla, pero debía apurarme para estar a tiempo en la reservación que hice para mi cita de esa noche.

—Señor Hunt, a propósito de hoy, le conseguí esto —dijo Tara, deteniéndome y sacando de su bolso una caja aterciopelada que, si bien no era igual a la de un anillo, quizá pudiese confundirse con una.

Dudé un poco antes de tomarla.

—Harás que a Azul le dé un infarto, estoy seguro de que pensará que es un anillo. —Tara sonrió, algo avergonzada.

—No la tiene que usar, solo sentía que era un bonito detalle. El anillo también vendrá, ¿no? Es solo que le pase la caja ya abierta para que vea de golpe el interior antes de que se haga ideas.

Asentí, gustándome su propuesta. Saqué de mi bolsillo el manojo de llaves que sería para Azul, quitando de allí, a su vez, la llave de la puerta principal, la que sería, en sí, el comienzo de mi propuesta de una vida juntos.

—Tara, ¿hace cuánto no vas de compras? —pregunté y sus mejillas tomaron color. Quizá eso sonó mal, así que me apresuré a agregar—: en realidad no importa. Váyase de compras hoy, gaste lo que quiera de mi tarjeta, compre lo que quiera para su hijo y su esposo, le doy total permiso porque usted es una excelente trabajadora.

Entonces, ella sonrió mucho más grande y asintió.

—Gracias, señor.

—¿Vamos? Se me hará tarde.

—¡Oh, no es necesario! En ese caso, puedo tomar un taxi.

Asentí, aunque no me gustaba mucho la idea, pero no la obligaría a llevarla cuando yo tenía que salir casi que corriendo a mi apartamento.

No podía negar que me sentía nervioso por la respuesta de Azul. Era casi improbable que me dijera que no, pero la posibilidad de que pasara me hacía latir el corazón de una forma muy incómoda.

Esperaba que todo saliera bien. Necesitaba que todo saliera bien esa noche por el bien de mi salud.

Capítulo 40

MARIA AZUL

Elegí un vestido rojo que iba a juego con mi labial favorito. Mi cabello lo dejé en ondas sueltas y mis tacones también combinaron con todo mi atuendo. Era un vestido de mi creación, muy sencillo, pero que resaltaba lo importante. A veces la sencillez es la mayor muestra de elegancia.

Todo el atuendo lo complementé con accesorios y un abrigo largo, mis favoritos. Quizá no estaba haciendo tanto frío, pero la noche siempre era fresca, así que nunca estaba de más.

Estuve lista unos minutos antes de que Max pasara por mí. En ese tiempo me senté en el sofá más cómodo de mi sala de estar y me dediqué a responder correos. Tenía una invitación a un desfile que no pensaba perderme, pero debía confirmar asistencia cuanto antes.

Me alegraba que en el último tiempo más marcas me invitaban a sus desfiles y muestras, no solo por la mía propia, sino porque ya todos conocían mi profesión y que mi pasatiempo favorito era la moda y el diseño. Se podía decir que, aunque siempre tuve seguidores, ahora mi papel de *influencer* había crecido. Seguía sin querer aceptar regalos de empresas, pero, sin duda, la atención no venía mal.

Cuando estaba respondiendo un segundo correo, con otra invitación que no me emocionaba tanto como la primera, una llamada entró a mi teléfono, interrumpiéndome.

Al ver que era Max, supe que había llegado, por lo que tomé mi abrigo y me lo pude mientras contestaba.

—Estoy abajo —dijo y yo viré los ojos por su poca delicadeza. Cuando quería podía ser un caballero, pero también, cuando no lo quería, podía ser tan seco.

—Se saluda primero, Max —dije lo mismo que en otras ocasiones él me había dicho a mí.

—Te saludaré en persona en unos minutos. Baja, ya quiero ver lo hermosa que debes estar.

Intenté no sonreír, pero luego me di por vencida al saberme sola.

—Ya estoy en camino. —Colgué sin más y llamé al ascensor para ir a su encuentro.

No fue mucho tiempo lo que demoré en bajar.

Max me había dado su SUV, así que no sabía en cuál de sus autos llegaría, aunque no me sorprendí al verlo en el Porsche.

Sonrió al verme y se separó del auto para acercarse a mí. La calidez de su mano en mi cintura me reconfortó, como siempre sucedía.

—Completamente hermosa, tal como lo esperaba.

—Tú también estás muy guapo. —Y no lo decía solo por cortesía. Estaba guapísimo, con su cabello peinado hacia atrás, un

traje negro por completo, zapatos lustrados… Me prendía mucho verlo organizado de esa forma tan elegante y varonil.

Me agradeció con un asentimiento antes de abrir la puerta del auto por mí y ayudarme a subir.

La noche estaba tranquila y de igual forma estuvo el camino hacia el restaurante, el cual era uno elegante, clandestino porque su menú variaba de la misma forma en la que lo hacía el lugar en donde se llevaba a cabo. El chef era uno muy galardonado, lo que aseguraba que la comida sería buena.

Al entrar, nos recibieron con todo un ritual para prepararnos. Yo, por supuesto, documenté lo que más me llamaba la atención, tanto para el recuerdo como para redes.

Todo estuvo delicioso; la comida, los constantes halagos de Max hacia mí…

A la hora del postre, mientras lo esperábamos, me asaltó la duda de si pasaríamos la noche juntos. Suponía que sí; después de una velada así, era imposible que se negara, al menos, a un encuentro rápido antes de que cada uno se fuera a su apartamento.

—¿Dónde dormiremos hoy? —pregunté, mientras por el rabillo del ojo veía que se acercaban con el servicio.

Max suspiró y agradeció cuando pusieron frente a él el último tiempo de la cena. Yo, antes de probar bocado, le di un sorbo a mi copa de vino.

—Eso podemos decidirlo después. ¿Te ha gustado la comida? —preguntó, saboreando ya su postre. Asentí.

—Me he sentido de maravilla esta noche, gracias. Aunque no se me olvida que me debes una explicación; me prometiste que me la darías durante esta cena.

Él negó ligeramente, como si el detalle se le hubiera escapado.

—Es cierto, pero la verdad es que prefiero hablar de eso mañana. Hoy no es un buen momento para tocar ese tema.

Entrecerré los ojos, con ganas de pelear por la respuesta, pero al ver las velas en la mesa, el postre exquisito y, sobre todo, al verlo a él… decidí concederle la tregua.

—Bien, pero espero mañana temprano toda la explicación. —Él asintió y estiró su mano para tomar la mía.

—Aunque sí quiero explicarte una cosa ya, algo importante y es la verdadera razón por la que te invité a cenar hoy. —Lo observé con atención, más cuando le hizo una seña al camarero para que se acercara y pusiera frente a mí una caja aterciopelada con una llave dentro—. Mazu, los últimos meses hemos convivido mucho más que en el pasado. Eres mi novia y espero que en un futuro te conviertas en mi esposa, pero sabes que para mí es más importante primero vivir contigo antes de que el papel que nos declare una unión y, aunque los últimos meses me han demostrado que podemos llevar una convivencia porque no nos hemos separado, hoy quiero proponerte hacerlo una realidad. Compré una casa para nosotros, es grande y tiene todo lo que puedes necesitar y querer, así que, si quieres comenzar tu vida junto a mí, te invito a aceptar esta llave, la llave de nuestra casa.

Estuve sin palabras por un momento.

Bueno, sus palabras pudieron haber sido más románticas, pero lo veía algo nervioso y lo cierto es que pudo haber sido peor su propuesta.

Separé mi mano de la suya para tomar la caja. Era una llave normal, en realidad, pero no era el diseño lo importante, sino lo que significaba.

Me llevé una mano a mi pecho antes de sonreírle.

—Claro que quiero vivir contigo, Max. —Sonrió grande y dejó escapar todo el aire retenido de su cuerpo—. Aunque, cuando te propongas para matrimonio, espero que seas más cariñoso.

Se rio un poco y me miró con ojos brillantes. No me quedó de otra que también sonreír, alegre y con el pecho lleno de amor por él.

—Entonces ya está decidido, muñeca: hoy dormiremos en nuestra propia cama, de ambos, no tuya o mía; nuestra.

Su doble aclaración me hizo sentir mariposas en el vientre. Max era maravilloso, se había tomado el tiempo de comprar una casa para ambos y darme la sorpresa con ello. Según sus palabras, la casa estaba amoblada ya, pero tenía mis dudas en cuanto a la decoración porque, si bien Max no tenía mal gusto, había cosas con las que podíamos estar en desacuerdo.

Debía revisar todo.

—Entonces ¿me darás la sorpresa en cuanto nos vayamos? ¿Tenemos ropa de cambio allá?

Lo pensó antes de reír.

—Por supuesto que sí, Mazu. Pienso en todo, ¿lo olvidas? Aunque las últimas semanas he estado distraído por todo lo que ha pasado, pero no dejo de ser yo. Y admito que tuve ayuda en la adecuación.

—¿Quién te ayudó?

—Micaela y mi madre.

—¿Micaela? —Entrecerré los ojos de nuevo y rememoré todos esos momentos en los que mi amiga me sacó excusas y pudo estar

ayudándolo a él sin que me diera cuenta.

Max asintió.

—Ella te conoce muy bien, sabe lo que te gusta, así que estuvo al tanto del diseño y fue con mi madre de compras hace unos días para, precisamente, tener algo de ropa mientras hacíamos la mudanza oficial. Tienes una excelente amiga.

Ante eso sonreí y saqué pecho.

—Lo sé. ¿Terminamos nuestro postre? Estoy deseosa de ver mi nuevo hogar, pero antes, dame tu mano.

Extrañado, lo hizo, pero yo tomé mi teléfono, acomodé el estuche con la llave, los platos y agarré su mano antes de apuntar con la cámara del celular todo el escenario que había creado. Cuando tuve la foto que quería, que no demoró mucho en lograrse, guardé la cajita en mi bolsa y volví a acomodar los postres.

—Disfruta tu postre —le dije antes de hacer un bailecito feliz y comer del mío.

Capítulo 41

MARIA AZUL

La caseta de seguridad ya tenía alguien trabajando allí. Max se aseguró de que mi seguridad fuese lo primero que tuviera la casa cuando fuese a mostrármela. Yo, por supuesto, saludé al guarda en nuestro camino al interior.

Lo primero que noté fue que la vivienda estaba retirada de la entrada, lo que me encantaba. Siempre me gustaron las casas grandes así, era algo que siempre quise en la casa en la que crecí y algo que admiraba del hogar de Ashton.

Todo el camino estaba iluminado y al fondo pude verla; amplia, muy grande, con fuentes a cada lado de la entrada. Todo el camino estaba rodeado de jardín. Por el tiempo, supuse que era una casa que ya existía, además de que tenía muchas cosas que no crecían o eran muy difíciles de conseguir de un día para otro, pero eso no era lo importante.

Max aparcó el auto en la entrada, o más que aparcarlo, solo lo apagó y lo dejó allí porque el camino seguía a un estacionamiento al aire libre y hacia el garaje cubierto, sin embargo, llevar el auto al garaje significaría no poder apreciar el frente de la casa, significaría no poder entrar por la puerta principal por primera vez como la dueña.

Mi novio abrió la puerta por mí y, en cuanto me bajé, alcanzó mi abrigo de la silla y lo puso sobre mis hombros. Yo estaba atenta a la

fachada de mi nueva casa, apreciaba lo bonita que se veía por fuera.

Grité cuando Max me cargó como a una recién casada, pero de inmediato reí y acepté el beso que me ofrecía.

—Bienvenida, Mazu.

Reí y acaricié su mejilla.

—¿Esa es la bienvenida a una vida juntos? —Él me miró y sonrió.

—La vida juntos la hemos preparado desde hace mucho, Mazu, pero sí, esta es la consolidación de todo ese proceso. Sostente mientras abro la puerta.

Lo hice, me aferré a su cuello para no caer mientras abría.

La oscuridad nos dio la bienvenida. Como quería ver todos los detalles, le pedí a Max bajarme para encender las luces, pero él no aceptó y caminó, guiándose solo por la luz de la luna que entraba por los ventanales, hacia la habitación.

Esa sí no estaba oscura, unas velas artificiales la iluminaban con suavidad.

—Micaela me ayudó con esto. Las luces son artificiales porque no queríamos un incendio que dañara lo que acabaron de entregar.

—Está todo perfecto, Max. Aunque sí habrá un incendio entre tú y yo.

Soltó una carcajada por mi débil intento de coqueteo caliente.

Me dejó sobre mis pies, pero agarró de inmediato mi cintura para besarme. Gracias a los tacones quedé más a su altura, por lo que no requerí de empinarme mucho para seguirle el ritmo.

Enredé mis brazos a su alrededor y él bajó sus manos por mi espalda, acariciando mi piel y erizándola.

Cuando encontró el cierre del vestido, lo bajó con delicadeza y lo quitó poco a poco de mi cuerpo.

Una de mis partes favorita en el sexo era cuando Max se tomaba el trabajo de desnudarme. Esas pequeñas acciones me hacían sentir querida y eran las que más lograban calentarme.

Los pétalos en la cama volaron cuando me hizo aterrizar en ella con algo de fuerza, él encima de mí, pero sin perder la dulzura en su mirada ni la ternura en sus caricias.

Frenó el camino de sus besos para poder erguirse y terminar de quitarme mi vestido. Quizá, cuando el deseo bajara, me dolería ver mis prendas tiradas por la habitación, pero en el instante solo pude relamerme los labios mientras quitaba su camisa y desabrochaba su cinturón.

—Te amo —solté porque no creía que fuese a ver a otro hombre de la misma forma en la que lo veía a él.

—Yo también, Azul. Yo también.

Dejó caer sus pantalones y se apresuró a quitarse sus zapatos también, tirándolos de una patada a otra parte de la habitación. Yo, entre tanto, estaba recostada sobre mis codos, disfrutando del espectáculo y a la espera de que volviera.

Tomó mi tobillo, agachándose solo un poco a tener a su disposición mi piel. Besó y fue subiendo su camino de caricias hasta alcanzar el reverso de mi rodilla, punto sensible por las débiles cosquillas que formó. Allí, se arrodilló para seguir besando por el interior de mis piernas, hacia mi centro.

Una corriente me obligó a separar mi espalda de la cama en el momento en que Max le dio atención de lleno a mi clítoris. Con cada lamida mis piernas temblaban y el placer se acumulaba más y más. Gemí alto cuando al juego se unieron sus dedos al introducirlos en mi interior y moverlos en perfecta sincronía con su lengua, tocando otro punto que él sabía que me hacía ver estrellas.

Arañé su espalda al llegar al punto más alto de mi placer. Se limpió mis jugos de su rostro en mis piernas y subió por mi cuerpo mientras yo recuperaba la respiración, porque podía tener todo el cuerpo relajado, pero mi corazón seguía latiendo con mucha fuerza por él.

Lo atraje hacia mí, agradeciendo que ni a él ni a mí nos importase besarnos cuando nuestras bocas acaban de estar en lugares privados. Disfrutaba más del sexo que quizá otros podían considerar «sucio». No me consideraba una persona que le gustase el maltrato en el acto, pero, sin duda, sí disfrutaba de lo rápido y fuerte. Y, por fortuna, Max era igual, aunque teníamos nuestros momentos de lentitud y dulzura.

—Hmm —suspiré y enterré más mis uñas en su espalda ante la rica sensación de su miembro penetrándome por primera vez. No podía ser la única a la que esa primera intromisión le generase una emoción mucho más fuerte que las siguientes, pero, si lo era, debía decir que me encantaba.

Abrí los ojos de nuevo solo para encontrar a Max sobre mí, jadeando, con su cuerpo irradiando un calor embriagador. Me sonrió cuando nuestras miradas chocaron y bajó para besarme mientras retomaba su vaivén; nuestra primera vez en nuestro propio hogar.

No fui consciente del deseo tan profundo que tenía por formar mi propia familia hasta esa noche. Sentí el impulso de llorar de pura emoción, pero preferí concentrarme en el hombre que, desde ese instante, se convertiría en mi marido. No importaba que no hubiera

un anillo en mi dedo; para mí, él ya era mi esposo. Todo lo demás eran simples formalismos.

Momentos después, Max se irguió y salió de mí. El vacío se sintió con fuerza antes de que, entre respiraciones profundas, su voz rompiera el silencio:

—Ponte a cuatro patas para mí, mi amor.

Lo hice sin dudarlo; era una de mis posiciones favoritas, en especial cuando sus movimientos se volvían veloces, firmes y certeros. Max me conocía a la perfección y sabía cómo volverme loca.

Con cada embestida profunda y potente, alcancé mi primer orgasmo. Otra cosa que me fascinaba de esa posición era la fuerza con la que sus manos aferraban mi cintura. ¿Quizá tenía un fetiche con verme sometida a un hombre con mucha más fuerza que yo? No lo sabía, pero sentir sus manos grandes sujetándome, hasta dejar su marca en mi piel durante unos minutos, me provocaba un placer inmenso.

Max gimió y se quejó un poco antes de salir de golpe y alejarse. Me confundí antes de entender que estaba pronto a venirse, pero que no lo quería hacer. Quería alargar el momento.

Aunque quise arrodillarme y tomarlo en mi boca, sabía que hacerlo sería ir en contra de su deseo de alargar el momento, así que solo lo miré y sonreí, a la espera de indicaciones de su parte.

Caminó, concentrado, hasta uno de los sofás de la habitación y me hizo señas para seguirlo. Lo hice, por supuesto, aunque con piernas temblorosas.

—Te voy a poner en muchas posiciones que no hemos probado, Mazu, pero a lo largo de la noche. Ahora solo quiero ver rebotar esas tetas frente a mí, así que ven, aquí estaremos más cómodos.

Reí y di saltitos hacia él para hacerlo. Estaba a la expectativa de lo que tenía pensado para nosotros esa noche, luego de sus respectivos descansos, por supuesto, pero teníamos tiempo, solo esperaría y sería una chica obediente a lo que él quisiera hacer…, si no sobrepasaba mis límites, claro, aunque él esos los sabía muy bien.

Capítulo 42

MARIA AZUL

Desperté en una cama desconocida, pero muy cómoda, con un cuerpo muy conocido pegado al mío, aunque dándome la espalda. Respiraba tranquilo, todavía durmiendo, lo que me sorprendió porque tenía un viaje pendiente y no solía despertarse después que yo, por eso, me acerqué a su piel y lo abracé, dejando besos en sus hombros para despertarlo con suavidad.

Logré que suspirara y enterrara su rostro en la almohada antes de girar hacia mí.

—Buenos días, hermosa.

—Buen día. ¿A qué hora tienes tu vuelo? —pregunté porque de verdad me preocupaba que lo perdiera. Desde hacía días me comentaba que era un viaje muy importante que no podía perder, así que lo estaba cuidando.

—A la tarde, no te preocupes por eso. —Se estiró, bostezando y soltando soniditos de placer. Me observó luego de eso con atención —. Tara está en la tarea de conseguir a todos los empleados, pero creo que a ti te gustaría traerte a la tuya, ¿no es así? —Asentí en respuesta y él me correspondió—. Le pediré que lo negocie con ella, pero en este momento no tenemos a nadie aquí, así qué… ¿quieres salir a desayunar?

Hice un sonido gutural, como si lo pensara, antes de negar.

—Cocinemos nosotros. —Mi propuesta lo hizo reír.

—Mazu, eso estaría bien, pero tampoco tengo comida aquí, cariño.

Entonces, hice una mueca al ver mi propuesta estrellada.

—Bien, entonces salgamos a comer. Pero antes... —Me deslicé sobre su cuerpo para evitar que se me escapara, aunque Max, con esa calma que me desarmaba, solo esperó y apartó un mechón de mi cabello detrás de mi oreja— tienes algo que explicarme.

Suspiró, como si hubiera creído que se libraría de eso.

—Sabía que el talón de Aquiles de Tadeo es el dinero, así que fui por sus empresas. No te comenté nada porque sabía que te ibas a negar y lo que quiero es quitártelo de encima, que te deje de molestar y poner nerviosa.

—Y lo que lograste fue que destrozara mi auto. —Fruncí el ceño y él sonrió.

—No, lo que logré fue ponerlo entre la espada y la pared para que aceptara lo que tenía para proponerle.

—¿Y qué era eso?

—Dinero —respondió sin más mientras acariciaba mis brazos—. Con la orden de restricción y el trato que le propuse, espero que se mantenga al margen. Es claro que necesita ayuda porque el rencor que te tiene, solo porque no le permitimos seguir con sus fechurías, es increíble.

—¿Y no te da miedo que me haga algo por esa rabia? —Se puso serio.

—Por supuesto que sí, Mazu. Correría sangre en donde te llegase a pasar algo, pero confío en que no y, si veo que él sigue, lo siento, pero sí te pondré seguridad permanente.

Lo pensé por unos segundos antes de asentir.

—Está bien, esperemos que se calme con lo que le propusiste. ¿Cuánto dinero le darás?

—No lo sé —se rio—, de eso se está encargando Tara y la contable. Quisiera pedirle ayuda a Micaela con ello, pero no creo que a Ashton le emocione la idea porque tiene en mente que su esposa solo se puede dedicar a descansar en su embarazo, que lo entiendo, pero tu hermano es algo exagerado.

—Ash solo se preocupa por los que quiere, aunque tú no puedes decir nada al respecto, porque eres igual que él.

—Eso no es cierto… yo sí te dejaría trabajar si lo quieres hacer, después de todo, no son trabajos que las pongan mucho en riesgo. Nada más con pedirle ayuda para organizar esta casa, Ashton casi me traga vivo. Se enojó bastante.

Lo imaginaba, Ashton era así de protector con Micaela por su embarazo. Quizá era bueno, quizá malo, pero, lo cierto, es que, si mi amiga estaba de acuerdo, no podía criticarla. Lo que sí veía en ella era una felicidad enorme por estar acompañada y cuidada por el padre de su bebé. Llevaba un embarazo en alegría y eso me hacía feliz a mí.

De pronto, un pensamiento entró a mi cabeza.

—Nosotros tenemos pensado tener hijos, ¿no es así? —Max frunció el entrecejo, confundido.

—Creo que sí, ¿no? —Asentí.

—Pero todavía no.

—No, todavía no —rio—, apenas nos vamos a pasar a vivir juntos, amor, espérate al menos hasta casarnos.

Hice un mohín.

—Pero eso todavía ni está en tus planes, porque en los míos sí. —Soltó una carcajada más alta que su anterior risa.

—Ay, Maria Azul, tú eres única, mi amor. ¿Hay algo más que quieras saber?

—Sí, me gustaría saber cómo es que hiciste todo a mis espaldas, a espaldas de Tadeo y de todos, sin que nos enteráramos, pero eso me lo explicarás mientras me muestras mi casa, porque no se me olvida que no me permitiste ver nada antes de hacerme el amor y quiero verlo todo contigo antes de que te vayas.

Se sentó en la cama luego de hacerme señas para que le diera espacio. Se levantó con solo su bóxer puesto y mostrando ese cuerpo tan delicioso y definido que tenía.

—Bien, entonces vamos que Micaela debe estar a punto de llamarte para ayudarte a empacar tus cosas. Todavía tenemos mucho trabajo para la mudanza, lamento tener que irme.

Me encogí de hombros.

—Puedo contratar a alguien que nos ayude, eso no es problema. Aunque sí te esperaré para desempacar, eso sí quiero que lo hagamos juntos. —Sonrió y besó mi frente cuando me paré frente a él.

Comenzó mostrándome las habitaciones de la segunda planta, sin embargo, lo que me hizo abrir la boca y soltar un grito emocionado fue ver el espacio que estaba adaptado para mi trabajo.

Falta mucho, por supuesto, pero lo poco que había estaba pensado para mí. Y era una sala enorme, muy bonita y toda para mí.

—¡Oh, mi Dios! Aquí pondré las máquinas y allí pondré la mesa. ¡Y qué estantería tan chula mandaste a hacer, Max! Es más grande que la del apartamento, podré poner todas las telas que quiera. Ya lo imagino todo y estará hermoso. Gracias, gracias, gracias. —Salté hacia él dando palmaditas antes de enredar mis manos en su cuello y besarlo mientras él reía.

—Todo está diseñado para que te guste… para que nos guste a ambos, pero este es tu espacio; intentamos que todo fuera de tu agrado.

—¡Pues me conocen muy bien! Me sobrará espacio.

Siguió riéndose a medida que acariciaba mi cintura sobre la tela de la camisa —suya— que me había puesto para hacer el recorrido. Lo cierto es que sí, todo lo que había visto me gustaba mucho, todos los cuadros, todas las decoraciones, las mesas, los colores… todo me gustó, pero, al llegar a la puerta principal y ver los jarrones por los que tanto peleé en la subasta, me volví a emocionar porque, por supuesto, por eso él pidió que los enviaran a su apartamento. Eran altos, mucho, y se veían perfectos en la entrada.

En la sala principal frené y divisé todo desde allí, desde las paredes hasta los techos de madera.

—La amo, Max, me encanta.

—Y eso que no has visto el exterior.

—También lo voy a amar, no tengo dudas de eso.

Y así fue. Las canchas, la alberca, las fuentes… la casa abarcaba tanto espacio y tenía tanto por hacer que mi mente entró en cortocircuito. Siempre tuve dinero y siempre estuve metida en

cuanto curso hubiera, pero nunca se me había pasado por la mente tener una casa que tuviera todo lo que esa tenía. Imaginé tantas cosas que incluso por un momento quise quedarme en embarazo para disfrutar con mi familia de todo eso. Imaginé a una niñita corriendo por todos los jardines o a Max y a un niñito disfrutando de las canchas mientras yo me tomaba una piña colada en la piscina.

Max, sin que yo misma lo supiera, me había dado todo lo que quería y eso me llenó de un orgullo y felicidad tal que no pude evitar agarrar su mano y llevarlo a un rinconcito escondido en el jardín para hacerlo mío, sin importarme si alguien nos veía porque toda la extensión de ese terreno pertenecía a la propiedad de la familia Ferrer Hunt.

Capítulo 43

MAXIMILIANO

Maria Azul decidió hacerme una videollamada mientras empacaba las cosas de su estudio. Micaela, por supuesto, estaba allí, pero la que resaltaba era la figura de Ashton siempre al lado de su esposa, también envolviendo y tomando lo que ella le pasaba, imaginaba que para que Mic no tuviera que hacer esfuerzo alguno.

—¿No han llegado las personas con las que vas a reunirte? —preguntó mi novia y quise sonreír, así como lo hizo Micaela al mandarle una mirada a su esposo porque, por supuesto, ellos dos sabían que ese viaje no era para nada uno de negocios, a menos que considerara el matrimonio como uno, lo cual no era el caso.

Negué en respuesta.

—Llegué más temprano porque quería ver el lugar primero, por eso estoy hablando contigo, porque todavía tengo tiempo. ¿A qué hora llega el camión? Deberían estar empacando contigo, Mazu.

Ella se encogió de hombros.

—Deben estar que llegan, pero igual tengo la ayuda de Olga, Mic y Ash, no se nos caerán las manos por empacar por nuestra cuenta.

—Exclamó la joven millonaria con uñas perfectamente arregladas —bromeé, pero eso como que no le hizo gracia a ella. Y

luego se preguntaban por qué era tan serio siempre. Al restaurante en el que fui citado entró la mujer a la que estaba esperando, y como sabía que Azul también la conocería, me apresuré a terminar la llamada—. Debo dejarte ya, Mazu. Te llamo a la noche, ¿bien? Y recuerda, pasado mañana empacamos lo de mi apartamento.

—Que sería solo tu ropa y algunas máquinas de tu gimnasio. Tú no tienes casi nada que quieras llevarte, sigo diciendo que lo podría hacer yo.

—Hablaremos de eso después. Cuídate, Mazu, y dile adiós a Micaela y a Ashton.

Claro, lo dije con la intención de que ellos escucharan también y el grito de Micaela al despedirse me indicó que sí lo hicieron, aunque mi amigo no dijo nada en absoluto.

Me salí de la aplicación, asegurándome de que sí se hubiera terminado la llamada, y me levanté justo en el momento en el que Evelina llegaba a la mesa. Lo hacía sola, tal como yo.

—Un gusto conocerla por fin.

—Lo mismo digo, Maximiliano. Disculpe que sea tan tosca, pero hoy tengo otro compromiso más, así que debo apurarme.

Le señalé su silla y la mesa, como diciéndole que me tenía a su disposición.

—Ya me dirá cómo comenzamos.

Ella suspiró y, aunque se veía muy joven, profesional y atractiva, me recordó un poco a mi adicción al trabajo.

—Tengo entendido que es un anillo de compromiso, y como me brindó la información de la afortunada, me tomé la libertad de hacer una pequeña investigación, aunque de igual forma necesitaré

información sobre ella que solo tú tengas. Pude ver que es una figura pública, hermana de Ashton, que hace poco realizó también un anillo de compromiso, aunque el anillo de él fue algo más fantasioso, que no creo que le guste a tu novia. Creo que ella es algo más sutil y refinada, ¿no es así?

Lo pensé un poco antes de asentir.

—Pero es romántica, es… especial. —Ella se rio.

—Seguro. Atiendo a muchos hombres y, aunque hay de todo un poco, solo los enamorados se toman la molestia de tener las reuniones por sí y no mandar a sus asistentes y, sin duda, los más enamorados dirán que su pareja es especial, tal como usted. ¿Qué me puede decir de ella?

Suspiré y lo pensé antes de hablar.

—Me gustaría que su anillo mostrara su delicadeza. Ella es algo tradicional, así que definitivamente debe ser un solitario. Le gusta lo caro, claro, después de todo, así la criaron. Le gusta lo lujoso, es muy mimada, pero, aunque aparenta ser una chica clasista y la típica rubia hueca, lo cierto es que tienen un corazón de oro y es muy inteligente, tenaz y simpática.

Ella asintió.

—¿Hay algo que quieras simbolizar? Vi que es diseñadora, ¿de pronto algo con eso? —Negué.

—Quizá lo único que quisiera representar es la segunda oportunidad. Ella y yo estuvimos juntos cuando estaba estudiando diseño, pero pasaron cosas y solo hasta ahora pudimos reconciliarnos.

La mujer entrecerró los ojos y sacó un iPad de su maletín. De inmediato se metió a una aplicación y tomó su lápiz.

—Se me ocurre algo. Podemos hacer en la banda la conceptualización de un vestido, algo muy delgado para que no deje de ser delicado, y a su alrededor podemos hacer unas curvas que lo envuelvan, dos, para simbolizar esas dos oportunidades que me mencionas y, también, a su vez pueden convertirse en un infinito. —Me observó para saber qué pensaba, pero lo cierto es que no lograba visualizar nada en sus garabatos. Aún así, le pedí continuar porque quizá no podía entender su dibujo, pero me gustaba lo que estaba diciendo—. El resto de la banda podría ser liso, tradicional, y para la gema podemos poner un diamante rosa, el diamante por ser la piedra por excelencia, de las más elegantes y tradicional, y el rosa, que puede ser muy pálido, por la elegancia y feminidad de tu novia. La forma puede ser ovalada, que por lo general se asocia, en un anillo, a la creatividad de la mujer y también le da un toque tradicional, que es lo buscamos.

—Tú mandas un modelado 3D de estas propuestas, ¿no es así?

Como si estuviera acostumbrada a ese tipo de preguntas, asintió con rostro serio.

—Así es, para que lo pueda visualizar mejor y podamos hacer los cambios que requiera, si es que lo requiere.

Asentí.

—Perfecto, me gusta la idea y siento que encaja con Azul. ¿En qué color sería?

—Por lo general los anillos de compromiso se realizan en oro blanco, sin embargo, he notado que a Maria Azul le va muy bien el oro rosa, muchos de sus accesorios son de ese tono y lo ideal es que su anillo resalte cuando se lo ponga, pero también se integre a sus demás joyas y accesorios, por lo que siento que sería una buena opción. De igual forma, yo envío los archivos con los tres colores, oro blanco, oro y oro rosa, para que elija el que más le guste.

Me alegré por esa información.

—No creo que sea más, entonces. Ya entiendo por qué Maria Azul la admira y admira su trabajo, además de que ya entiendo por qué Ashton quedó tan satisfecho en la relación del anillo para Micaela.

Ella sonrió.

—Soy mujer, señor Ferrer, sé lo que nos gustaría recibir. Le enviaré una propuesta formal con lo que acabamos de hablar junto con otras dos que se me puedan ocurrir, para que elija la que más le guste. El documento va con toda la conceptualización, así que no se preocupe por aprenderse la explicación a cada símbolo, allí estará todo.

Guardó su iPad y se levantó. Hice lo mismo para despedirla al tenderle la mano.

—Siempre espero que mis anillos de compromiso terminen en relaciones eternas, espero que este sea su caso, señor Ferrer.

La sonreí.

—Yo también lo espero. Gracias por fijar el lugar, veo que sí es cierto que pasa desapercibido por el ojo público.

Me guiñó un ojo.

—Eso hace parte del servicio. Los clientes son personas reconocidas y entiendo que una propuesta suele ser una sorpresa y no algo pactado, así que intento que mis clientes mantengan el secreto hasta el día que se propongan. No se preocupe, nadie dirá que usted estuvo aquí conmigo. Feliz tarde, Maximiliano.

Asintió una sola vez antes de irse. Bien, fue una reunión más corta de lo que había pensado, pero me sentía satisfecho con ella.

Satisfecho y nervioso porque cada vez estaba más cerca de tener en mis manos el anillo que haría a Azul mía y a mí de ella. Ya debía planear a detalle el viaje hacia la ciudad en donde se lo daría

Y para eso también necesitaría ayuda.

Capítulo 44

MARIA AZUL

Tadeo aceptó el trato que le propuso Max, aunque yo en todo momento dije que la suma que le estaba ofreciendo era muy alta para lo que se merecía mi ex. Como parte del trato, Max se comprometió a llevar una buena administración de la empresa que antes le había pertenecido a su familia y por eso, a pesar de las objeciones que recibió, quitó a sus padres de sus cargos y llevó a personas nuevas.

Podía decir que esas semanas todo estaba tomando un ritmo tranquilo y perfecto. Todos los trabajadores estaban en su lugar, la inauguración de la plaza comercial había salido muy bien, con Ashton encabezándola debido al viaje de Max; el embarazo de Micaela avanzaba con seguridad, ya entrando a sus últimas semanas; yo había logrado una colaboración con un diseñador emergente que tenía ideas estupendas y justo me encontraba trabajando en una nueva colección desde la comodidad de mi nuevo estudio y en el silencio que mi casa me otorgaba, a pesar de que Max trabajaba desde la habitación del lado.

Debía darme prisa porque tenía que organizarme para encontrarme con Micaela porque mi amiga necesitaba un respiro de mi hermano. Incluso me propuso un viaje, aunque ambas sabíamos que Ashton se iría detrás como una garrapata.

Algo que me parecía espectacular de mi nuevo estudio era la vista, en la que estaba perdida buscando inspiración de la naturaleza mientras estaba sentada en mi poltrona, con los pies debajo de mi trasero y mordisqueando mi lápiz, aunque mi concentración no duró mucho porque mi teléfono comenzó a vibrar con notificaciones algo seguidas, lo que me obligó a ver de qué se trataba.

Para mi sorpresa, Tadeo me había etiquetado en un video y, además, me había escrito desde un número que yo desconocía.

Primero vi el video, para saber qué esperar de esos mensajes. No voy a negar que me temí lo peor, que esperaba una amenaza o algo similar, sin embargo, el video era el de disculpa.

> Atendiendo a la denuncia interpuesta por Maria Azul Hunt, mi ex, debo reconocer que he ensuciado su nombre y he dicho cosas que no corresponden a la realidad en cuanto a lo que es ella y a lo que vivimos. Azul es una persona íntegra, fiel a sus principios y a las personas que ama y yo me equivoqué al difamarla. Lamento haberlo hecho y lamento el daño que causé. Espero que este mensaje pueda resarcir algo del daño.

Por supuesto, creí que ese mensaje podría haber sido mucho mejor, pero, para una persona que decía odiarme, estaría bien. Me hubiera gustado que admitiera que me robó y todas las faltas contra mí, incluyendo la infidelidad, que, en sí, es lo que más me había dolido.

Ya expliqué que Tadeo siempre estuvo presente mientras yo me recuperaba de haberme creído la amante de Max. Eso causó mucho malestar en mí y admito que dañó mi autoestima de formas más grandes de las que yo misma sabía. Él estuvo allí y conocía mi dolor

y rechazo hacia el tema de la infidelidad y aun así no le importó meterse con otra mujer estando conmigo. Podía negarme a mí misma muchas veces la verdadera herida que eso dejó y podía negársela a los demás, sin embargo, existía y en el pasado, si pensaba en ello, escocía.

Procedí a ver, entonces, los mensajes, de nuevo, esperando lo peor, sin embargo, decían así:

> Desconocido • 11:34 a.m.
>
> Hola, soy Tadeo
>
> Desconocido • 11:34 a.m.
>
> Sé que me tienes bloqueado de tus chats, pero solo quiero decirte que ya está, respetaré la orden de mantener distancias contigo y no intentaré nada en contra tuya o de los tuyos. Me cansé de las amenazas de tu novio. Mis padres han estado con una actitud que también me tiene cansado y repitiéndome una y otra vez que puedo ir a la cárcel y sabes que la evito. No intentaré más, lo repito, y como garantía he decidido que me iré a otra ciudad, lejos de ti, de mis padres y del hombre con el que estás ahora.
>
> Desconocido • 11:34 a.m.
>
> Él lo podrá corroborar porque sé que me tiene investigado y con un detective las veinticuatro horas. No te interesa y sé que Maximiliano te pondrá al día en su momento, pero con el dinero que me dará formaré otra vida. Adiós.

Vaya, ni siquiera un *«te deseo lo mejor»* en su despedida, aunque tenía sentido porque seguro que no me deseaba lo mejor. Desconfíe, también, de sus palabras, sin embargo, por mi salud mental, preferí creerle. Confiaba en Max y si él mantenía vigilado a Tadeo, podría estar tranquila.

—Veo que ya te enteraste. —La voz de Max me sobresaltó.

Suspiré y dejé mi teléfono a un lado antes de girarme para observarlo.

—Sí. Me envió un mensaje adicional por privado, ¿lo quieres ver?

Asintió, así que desbloqueé el teléfono mientras él se sentaba junto a mí.

No demoró nada en leer, y cuando terminó no emitió ningún sonido, por lo que levanté mis cejas para cuestionarlo.

—Es cierto, está organizando todo para irse. Tal parece que le surgió una oportunidad de inversión en otra ciudad y se mudará para estar pendiente de todo. Lo único que logró fue quitarles a sus padres parte de su fortuna. Tenerlo como hijo resultó serles un muy mal negocio.

Me reí un poco y él me sonrió mientras acariciaba mi cabello. Me hizo un gesto para que me pasara de mi asiento a sus piernas. Me acurruqué en él, feliz y tranquila, por fin. Él acarició la piel de mi pierna antes de besar mi sien y hablar.

—Deberíamos organizar unas pequeñas vacaciones para relajarnos luego de todas estas semanas.

Me giré para mirarlo de inmediato.

—¿Sacarás tiempo? —Asintió.

—Te prometí que estaría más tiempo presente, sin estar siempre trabajando, esté donde esté, y te lo estoy cumpliendo. He delegado algunas cosas y de lo que yo me encargaré no es necesario que esté siempre ahí. No te miento, sé puede ser difícil para mí acostumbrarme, pero lo intentaré.

Sonreí con cariño y fue mi turno de acariciar su mejilla.

—¿A dónde quisieras ir? —Se encogió de hombros.

—A donde tú quieras, aunque tendrá que ser en dos semanas. Me dijiste que Micaela quiere viajar también, ¿no? Sería buena idea aceptar esa… clase de cita doble.

Asentí con entusiasmo y me levanté de un salto.

—Hablando de Mic, debo irme. Le comentaré mientras estemos cenando para planear todo y darte tiempo de organizar lo que debas organizar.

—Me parece bien. —Sonreí y, al fijarme en sus provocativos labios, no aguanté la tentación de acercarme y besarlo, casto y rápido porque debía organizarme y mi rutina de belleza no es que fuese muy veloz.

Al salir de la habitación, me encontré con la casa impecable debido a los trabajadores fijos de la casa. Ya todo estaba en orden, ya teníamos todo lo que necesitábamos, desde los jardineros, nuestras empleadas ya constantes, como mi querida Olga, que se había convertido en mi ama de llaves, entre otros. Tenía siempre a las mañanas un desayuno delicioso para compartir con mi novio, una media mañana en caso de que lo necesitase, comidas riquísimas a cada momento y no podía sentirme mejor. No es que no hubiera tenido eso antes, pero en el instante lo apreciaba más porque lo compartía con Max.

Últimamente veía que mi novio se enfocaba más en la casa y en mí, y yo percibía tanto cambio, o quizá mi mente estaba madurando más, que de verdad la idea de hijos no sonaba descabellada, aunque, cuando lo mencioné más tarde, a Micae, ella solo alzó su vista del menú y me miró por debajo de sus pestañas con una ceja arqueada.

—Estás loca. Amo a Coco y amo mi vida, amo estar esperando una hija de tu hermano y la amaré también a ella, pero es mucho ruido, bebé.

Hice un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Estaré bien, nena. Me gustan los niños y lo que me da miedo de un embarazo es que mi cuerpo cambie mucho, pero mírate, tú quedaste divina e impresionante, y ni siquiera aceptaste mi dinero para tratamientos estéticos y te quedaba poco tiempo para hacer ejercicio.

Ella frunció la nariz.

—Mazu, ¿se supone que eso debe hacerme sentir bien? —Su tono ofendido me hizo sentir mal hasta que se rio—. Eres única, Maria Azul. No me sentiré mal porque sé que no lo dijiste con mala intención, pero un niño es más que un cuerpo bonito o feo, corazón. Requiere mucha atención, mucho cuidado, mucho amor. Yo tengo a Lena, y no niego que sea una ayuda extraordinaria, y también está Ashton que… bueno, no es una ayuda porque fue él quien metió el pan al horno, pero digámoslo así, que también es una ayuda espléndida al consentirme, mimarme e intentar que esté bien en todos los sentidos, pero es complicado, Azul. Aunque, si estás decidida a ir a por un bebé… yo te apoyaré siempre y seré la tía más consentidora y amorosa del mundo. Solo piénsalo bien, amor.

—Lo pensado todos estos días —admití—, pero a quien no le he dicho es al que sería el padre de mis criaturas.

Micaela se rio y negó con la cabeza.

—No creo que Max vaya a estar en contra… —dejó su frase a medias, como pensando en si debería decir lo que tenía en mente o no, pero suspiró y volvió a bajar el menú—, pero de verdad, Mazu, dense un tiempo sin hijos, solo ustedes dos, disfrutando. Si resultas ser como yo, no sabes lo difícil que será separarte al menos un día de tu bebé para solo disfrutar de tu esposo. He tenido problemas con Ashton por eso, aunque no lo parezca, y sé que Colette estará bien con Lena, en casa, pero… solo es difícil y no quisiera que tu bonita relación con Max tuviera problemas con eso por haberse

metido a una etapa de su relación muy temprano. Y sé que no soy nadie para opinar de tu vida amorosa, tú tomas la decisión que quieras junto con él, pero solo…

Tomé su mano por encima de la mesa y la apreté.

—Sé que me lo dices porque me quieres y debido a tu experiencia, y lo agradezco, cariño. Sé que, cuando llegue el momento, sea pronto o no, estarás siempre para mí porque eres mi mejor amiga, mi hermana y también mi cuñada. Eres muchas cosas bonitas para mí, me ofendería si no intentases cuidarme.

Vi sus ojos ponerse llorosos y sus labios hacer una mueca.

—Ya, pidamos y dejemos el tema que no quiero llorar frente a desconocidos.

Reí y acepté hacerlo, tomando también mi menú y dándole un vistazo rápido antes de decidirme.

—Max está de acuerdo con hacer el viaje, ¿ya lo hablaste con Ash?

Ella me observó otra vez, quedándose en blanco por un instante antes de asentir.

—Sí, ya le dije. Siempre y cuando él esté conmigo o cerca de mí por si pasa cualquier eventualidad, no le ve problema. Puede sacar los días, pero creo que ya hemos ido mucho a Italia; cambiemos de destino, por favor.

Hice un puchero porque a mí me gustaba Italia.

—Bien —acepté de mala gana—, ¿a dónde quisieras ir?

—No creo que el frío sea muy bueno ahora, entonces quizá España… o Francia. También hay playas lindas allí, podríamos ir.

Aplaudí.

—¡Vamos a Francia! Hace una eternidad no voy, desde que murieron mis padres, y a mamá le encantaba ir de compras. Sí, podemos ir.

Micaela soltó una risa por lo bajo.

—Y podemos ir a la ciudad del amor con nuestros amores.

Hice silencio porque un pensamiento entró en mi cabeza, uno que, claro, no me guardé solo para mí.

—Ojalá Max me pida matrimonio allí, sería perfecto, aunque no me ha dado indicios de que esté planeando un compromiso.

—Entonces deberás llevar ropa hermosa para todos los días.

—Lo haré, pero porque me gusta estar bonita. Max es tan… estricto con sus reglas. Recuerdo muy bien que me dijo que primero debía pasar tiempo viviendo juntos antes de proponerse. —Viré con ojos, fastidiada, aunque luego llamé al camarero para que tomara nuestra orden.

—Llevan ya como un mes juntos, ¿no?

—Más de un mes —confirmé—. Mantengo la esperanza, aunque no me hago ilusiones, por eso sigo planeando mi boda, aunque no tenga anillo.

Micaela volvió a reír, aunque también hizo una mueca, imaginé que por algún movimiento de mi sobrina.

—Max te ama, Mazu, no me sorprendería que te pida matrimonio pronto.

Capítulo 45

MAXIMILIANO

Me causaba algo de gracia que mi amigo siguiese mandándome dagas a través de sus ojos cada que mencionaba o recordaba mi relación con su hermana, justo como en el momento en el que me vio aparecer en la sala de su hogar.

Colette, ya acostumbrada a mí, gritó mi nombre mucho más claro que días antes y bajó de los brazos de su padre para alcanzarme. Yo la cargué, claro está, no podía solo ignorar a esa rubiecita, a la cual habían peinado con dos coletas altas porque su cabello crecía tanto que ya le daba para eso.

—Si me vas a estar mirando con odio, no deberías prestarte para estas cosas.

Él resopló y negó, pero no dijo nada; fue Micaela quien lo hizo luego de aparecer por el pasillo de las habitaciones con una caja envuelta en sus manos.

La emoción era tan clara en su rostro y todo se debía a lo que contenía la caja.

—No le prestes atención, Max, solo está celoso. Coco, ve con tu papá, el tío Max necesita tener sus manos desocupadas.

—Nooo. —Reí cuando la niña se abrazó más a mí y recostó su cabeza en mi hombro, pero Micaela se enserió y solo la observó,

aunque la niña, para no mirarla, escondió su cabeza más en mí.

—Colette, ven —dijo Ashton, fuerte, en un tono que no daba a réplica, y la niña, a pesar de estar tan pequeña, entendió que con ese tono no se jugaba, y a diferencia de la mirada de su madre, de ese no se podía esconder.

Cuando la pequeña estuvo de nuevo con su padre, Micaela me tendió la caja. Yo tomé asiento al lado de mi amigo para que todos pudiésemos ver el contenido.

—¿Qué es eso? —preguntó Coco, aunque sus palabras se escucharon más como un *«queshesho»*, lo que me hizo reír.

—Una caja, Coco —respondí, aunque ella no se quedó tranquila porque, apenas la destapé, volvió a preguntar—. Sigue siendo una caja, una caja que contiene otra caja, que tiene un anillo.

Creo que esa secuencia fue mucho para su mente de bebé… todos lo pensamos, de hecho, pero también todos estábamos atentos al diseño final del anillo.

Para Ashton y Micaela, el empaque del anillo ya era conocido; una caja que contenía, a su vez, dos más, aterciopeladas, aunque solo una se veía al abrir, más que una caja, el cofre. Ese era el anillo original, el de los materiales finos, y debajo de él, en un compartimiento casi secreto que se veía solo al tomar el estuche del original, estaba la copia.

—Lindooo —dijo Coco, ganándose otra risa de mi parte porque estiró su manito y le dio golpecitos, como si estuviera acariciándolo.

—¿Cierto que sí? ¿Crees que le gustará a tu tía? —Asintió.

—Sí. Es amor, amor —canturreó, meciéndose en las piernas de su padre.

El ceño fruncido de Ashton por mi presencia desapareció para ser reemplazado por una expresión de alegría y una pequeña risa que Colette correspondió con una sonrisa enorme hacia él. La pronunciación de la niña no era muy buena, todavía debía mejorarla, pero de que se le entendía, se entendía. Me causaba gracia porque hacía solo unos meses atrás sus conversaciones eran balbuceos enredados y solo unas pocas palabras claras, sin embargo, en ella sí que se notaba el paso del tiempo porque poco a poco su vocabulario se extendía, se hacía entender más, hacía más cosas y su estatura también aumentaba. No podía hacerme a la idea de la nostalgia que tanto Micaela como Ashton sentirían, en especial la madre, al ver crecer a ese bultico que una vez fue ella.

—Sí, Coco, yo amo a tu tía. —Micaela se rio mientras acariciaba su vientre.

—Creo que lo está diciendo es que Mazu estará enamorada de él —aclaró y no sé por qué eso sería lo que estaba diciendo la niña, pero era su madre y la conocía, así que le creí.

—Ya estás a un paso de dar a luz, ¿no? —Hizo una mueca.

—Sí, ya casi. Bueno, tanto «casi», no, pero sí falta cada vez menos. En cualquier momento puede estar naciendo, incluso puede que antes de la semana cuarenta, aunque nos hemos estado preparando para eso.

—¿Y por qué nacería antes? —Ella hizo un gesto hacia Colette.

—Porque quedé en embarazo muy pronto luego de tenerla, pero todo está bien, no estamos preocupados por eso.

Ashton alzó una ceja, gesto que interpreté como un *«no lo estarás tú»*, aunque no dijo nada sobre el tema.

—Espero que tengas planeado algo muy especial para mi hermana, Max, y no solo lo que mi esposa te ayudó a preparar.

—Ay, Ashton, no fastidies, tú ni siquiera estarás en el momento y a la que le debe gustar es a Azul. Max, sé tú mismo, eso lo valorará más que incluso todo lo que preparamos. Y nada de nervios, es imposible que Azul te diga que no.

En realidad, no me encontraba tan nervioso. Me puse más nervioso cuando le propuse irnos a vivir juntos, aunque no podía negar el temor de su respuesta junto con las ansias de que todo saliera bien.

Micaela me aseguró que la persona que contraté para el momento haría todo el trabajo bien y, de hecho, los últimos días le había estado escribiendo, ansioso, para obtener noticias y avances. Agradecía que Azul no fuese de las mujeres que revisaban el teléfono de sus novios porque, de hacerlo, descubriría toda la sorpresa que tenía para ella.

Nuestro viaje se dividiría en dos: la ciudad y la playa. Le propondría matrimonio en París, aunque fuese muy trillado para mi gusto. Azul siempre soñó con ello y esperaba darle la propuesta de sus sueños.

Sería el segundo día que estaríamos allí, en una terraza con vistas a la torre, pero sería una propuesta privada, o sea, ni mi madre ni Micaela ni Ashton estarían cerca. Mi madre no iría al viaje, pero esperaría a mi señal para hacerle videollamada a Azul. Micaela y Ashton, como estarían con nosotros al día siguiente, esperarían a la llamada de Azul durante una cita romántica, aunque sería su amiga, Mic, quien engañaría a Azul para hacerla subir a la terraza en donde yo estaría esperándola.

Seguía preparando mis palabras, aunque la propuesta fuese en tan solo tres días. Tomaríamos a la mañana un avión privado todos, o sea, Micaela, Ashton, Colette y Lena, junto con Azul y yo, y estaríamos parte de la tarde y la noche divirtiéndonos. Y, la tarde siguiente, la verdadera razón de ese viaje.

—Debo irme, le dije a Azul que tenía una junta, pero me pidió estar para terminar de empacar las maletas. Gracias de nuevo por la ayuda y por encubrirme.

—Ha sido un placer. Empacaré ya mismo al anillo en nuestras maletas. Está precioso, Max, hermoso. Estoy aguantando las ganas de llorar ahora mismo porque sé que Azul lo amará, aunque seguro lloraré cuando ella me lo muestre y me diga el significado porque sé que Evelina lo hace todo simbólico y… bueno, ya hablé mucho.

Reí y la abracé, aunque no acostumbraba a hacerlo, pero con todo el trabajo y su ayuda, ya la consideraba mi amiga, una muy valiosa.

Luego, me despedí de mi amigo y salí de la casa justo en el momento en el que la niñera de Colette entraba. La vi solo de paso y lo único que cruzamos fue un saludo, sin embargo, los ojos hinchados de una persona nunca pasaban desapercibidos. Era muy fácil saber cuándo alguien estuvo llorando.

Sin embargo, sabía que su llanto no tenía nada que ver con Bret, por lo que solo me encogí de hombros y seguí mi camino hacia mi propio hogar. Lo que pasara con la niñera no tenía nada que ver conmigo.

Capítulo 46

MARIA AZUL

Odiaba tener reseca, de verdad no me gustaba, pero muchas veces no me podía controlar luego de un par de cocteles y terminaba enloqueciendo con el alcohol, aunque nadie podía culparme: hacía mucho tiempo, en serio, mucho, que no salía de fiesta con Max, una solo de diversión y no aburridos eventos empresariales. Y la noche anterior lo hicimos, salimos de fiesta junto con Ashton y una muy embarazada Micaela. Es obvio que ellos dos se devolvieron temprano porque mi mejor amiga necesitaba descansar, no podía tomar y sus pies estaban hinchados. Y Ash… bueno, a él ya lo conocíamos.

Yo sí que me quedé con Max y, aunque no recordaba con exactitud todo lo que sucedió en la noche, sí recordaba la besuqueada y metida de mano que nos dimos en el apartado VIP de la disco y también del candente final que tuvo la noche ya en la habitación del hotel. Todo fue muy bien, excepto que no pensé en lo mal que me despertaría a la mañana.

¿Por qué no había tomado Resalim antes?

Me quejé y enterré mi cabeza y las ganas de vomitar en la almohada, escuchando a lo lejos mi teléfono sonar con insistencia. ¡Qué odioso sonido!

—Parece que alguien no se despertó con el mejor ánimo.

Abrí solo un ojo para buscar a la burlona voz de Max, quien apenas entraba a la habitación, ya organizado y con expresión fresca.

Me quejé.

—Apaga eso, Max, me duele la cabeza.

—Te traje algo para eso —dijo y escuché que dejó varias cosas en la mesa de noche antes de ir por mi teléfono—. Es Micaela.

Me quejé.

—¿Por qué me llama tan temprano? —Max se rio.

—Mazu, es la una de la tarde. Ya deberías haber desayunado y deberíamos estar buscando qué comer de nuevo.

Suspiré e hice el enorme esfuerzo de sentarme.

En la mesa de noche había un batido que no se veía bueno, aunque tampoco muy desagradable, y había medicina para que me sintiera mejor.

—Contéstale, haz toda la gestión por mí, por favor.

Él asintió y salió de la habitación hacia la sala de estar de la suite en la que nos estábamos quedando.

Aguanté una arcada mientras me tomaba lo que me había llevado y, luego de eso, agarré las almendras y nueces que también me compró y fui comiéndolas de a poco.

«No vuelvo a tomar».

Me estaba llevando otra nuez a la boca cuando mi novio entró de nuevo.

—Micaela dice que necesita que la acompañes a hacerse las uñas porque anoche se quebró una y no piensa pasar el resto del viaje así.

—Max —pataleteé—, tengo dolor de cabeza y debo tener una cara horrible, ¿por qué no le dijiste eso?

Él sonrió, burlón.

—Precisamente porque tienes una cara horrible es que pienso que deberías acompañarla. Arréglate todo lo que puedas y ve con ella, te sentará bien.

Lo miré con sospecha.

—¿Y tú por qué quieres que me vaya? ¿Qué harás tú?

—No quiero que te vayas, pero sé que Micaela y tú en cada viaje pasan tiempo a solas. Y no lo sé, me reuniré con Ashton y quizá juguemos a algo. Levántate, quiero que salgamos a comer juntos antes de que Mic llegue por ti.

—Max, Micaela y Ashton están en la suite contigua, Micaela puede llegar en cualquier momento.

Él se acercó a mí y, con labios cerrados, me dio un piquito.

—Qué gruñona estás hoy, querida. Ve a bañarte, apestas a alcohol.

Tal como él dijo: gruñí.

—Pero qué te pasa, Maximiliano. No deberías decirme que apesto, mucho menos cuando tú tomaste igual que yo. ¿Cómo es que no estás en mal estado?

Se escogió de hombros antes de salir de nuevo.

Yo, en cambio, me tiré a la cama para dejar actuar las pastillas, el batido y los frutos secos. Debía admitir que, al menos la bebida, sí me sentó bien en el estómago, aunque no quitaba ni el mareo ni el dolor de cabeza.

Quizá una media hora después me levanté, luego de una pequeña y corta siesta que me sentó de maravilla. No estaba al cien por ciento, pero logré organizarme y verme algo decente, aunque sí que tuve que ponerme lentes oscuros para que no se viera mi rostro destruido.

Salí a comer con Max al restaurante del hotel. Todo estaba delicioso, pero seguía con el estómago algo resentido, por lo que procuré comer cosas suaves e hidratarme. Fue en el restaurante en donde me encontré con Mica y desde donde partimos hacia un salón y spa que, tal como dijo Max, me ayudó a sentirme mejor luego de la borrachera.

Micaela estaba maravillada. Por estar en embarazo varias cosas dentro de un spa se le podían complicar, pero el lugar tenía una camilla de masajes para embarazadas que la hizo relajar tanto que incluso se quedó dormida.

A mí sí me pasaron por una sauna con aromas relajantes, pero como Micaela prefería evitar esto, por recomendación, a ella siguieron con masajes en su cuerpo y baños de diferentes cosas con diferentes propiedades.

Por último, con nuestro cuerpo relajado y nuestra piel con los tratamientos necesarios, pasamos al salón.

—No sabes lo bien que se sintió eso —dijo Micaela, todavía pensando en el trato que le dieron—. Definitivamente volveré, es increíble que no haya sentido el peso de Sam por un buen rato. Hicieron un milagro en mí.

Reí y miré el proceso de mis uñas mientras otras dos mujeres trabajaban en mi cabello. Luego llegaría el maquillaje y estaríamos listas para cambiarnos e ir a una cena con nuestros hombres.

—A mí me adormiló.

Micaela me observó con seriedad.

—Pero no te puedes dormir. Estamos en la ciudad de la luz y del amor… y hablando de eso, ¿sabes por qué elegí el hotel en el que estamos?

—¿Porque tiene una vista espectacular? —Ella asintió.

—Sí, pero no has visto lo mejor. ¡Se me ocurre algo! Siempre hacemos esperar a los chicos y mi Instagram necesita nuevas fotos con mi mejor amiga y la terraza del edificio es preciosa, Mazu, vi fotos y dije: me debo quedar allá, entonces, ¿por qué no nos escapamos un ratito? O podemos llevarlos, a Max y a Ashton, y ponerlos a nos tomen fotos.

Reí.

Si bien yo era la que más activa estaba en redes, Micaela también tenía una pequeña obsesión con tener su Instagram estético y actualizado cada tanto. Antes, por falta de tiempo, lo había dejado, pero ahora subía muchas fotos de su familia y de nosotras dos, de todos los viajes, de su día a día, aunque sin mostrar la carita de Colette.

Y yo, por supuesto, debía presumir mi destino. La noche anterior habíamos tomado fotos en la discoteca porque tanto Micaela como yo estábamos estupendas, pero una foto en un lugar cerrado casi no contaba para el contenido que solía postear.

—Mejor con los chicos, así los usamos de trípode.

Micae se rio y volvió su atención a sus uñas y peinado.

—Solo para eso tengo un esposo: para que me tome fotos.

Duramos otro par de horas allí, recibiendo, además del servicio, aperitivos que nos calmó el hambre mientras salíamos e íbamos a cenar.

Max nos envió un auto cuando estábamos prontas a terminar para que nos llevara al hotel. Yo acompañé a Mica hasta su lugar, descubriendo que allí estaba, además de Lena y Coco, mi hermano y mi novio, pegados a la pantalla del televisor mientras jugaban.

Solo pude poner los ojos en blanco.

—Max, te espero en la habitación.

Micaela resopló.

—No creo que estén listos para cuando nosotras lo estemos. Mejor te veo yo en la terraza, estos dos ni siquiera han terminado la partida y nosotras es solo cambiarnos. Nos tomamos nuestras fotos mientras ellos terminan.

Una no debería ser tan permisiva con sus amantes, pero, como ellos estuvieron de acuerdo, solo pude resignarme e irme a mi suite para buscar un vestido acorde al clima y a la situación. No demoré mucho, como siempre, casi que tenía planeados todos mis atuendos, así que solo fue cambiarme de ropa y rociarme perfume.

Como sabía que a Micaela se le complicaba vestirse con rapidez, le envié un mensaje que tuvo como respuesta que la esperara arriba. Por más que insistí en esperar, se negó. Eso debió hacerme sospechar, pero mi confianza en mis seres queridos era tanta que no pensé en que estuvieran ocultando algo.

La entrada a la terraza no estaba prohibida, solo era llegar al último piso y nadie te detendría. La decoración era espectacular por dentro, antes de salir, un lujo impresionante, todo en dorado y luces cálidas, sin embargo, lo que me hizo ralentizar mis pasos fue lo que había afuera, en la terraza y con vistas a la torre.

Velas en recipientes altos y bajos, blancas, encendidas y regadas por toda la superficie junto con los pétalos de rosas blancas que, también, se encontraban en las decoraciones verticales, o sea, columnas con rosas como enredaderas y un corazón enorme, también de rosas blancas, en el centro con una frase que decía «¿Quieres ser mi *"para siempre"*?»

Por supuesto, tuve un momento en el que pensé que estaba interrumpiendo algo, que eso no era para mí, sin embargo, Max se hizo ver al mismo tiempo que alguien me daba un empujoncito para adentrarme.

Yo estaba en shock. Lo único que hice, por inercia, fue caminar, taparme mi boca con ambas manos por la sorpresa y ver al hombre que me esperaba con un ramo de rosas blancas y lirios rosas. Apenas y fui consciente de los demás asistentes, un fotógrafo con su equipo y un videógrafo, quienes se encargaban de grabarlo todo.

Max me sonrió y me tendió su mano. Yo quise tomarla y escuchar todo lo que tenía por decir, sin embargo, creo que apreté de más su piel cuando lo alcancé y, además, en cuanto pronunció mi nombre, yo ya estaba asintiendo.

—Azul…

—¡Sí! —dije sin aliento, pero con toda la emoción. Él solo se rio y me dio las flores, las cuales tomé de inmediato.

—De saber que no me dejarías hablar, no habría preparado un discurso, mi amor.

Tragué saliva, con los ojos llenos de agua y esperando a que continuara. Al ver mi estado y conmoción, suspiró, sacó la cajita del anillo de su saco y se arrodilló.

—Azul, he pasado los últimos años deseándote y amándote, a veces de forma muy escandalosa y otras tantas desde el silencio. Te he amado desde antes de que tú lo supieras, incluso desde que yo fuese consciente de eso. Te he tenido en mi mente desde poco después de conocerte y estoy seguro de que eres el amor de mi vida y con quien quiero pasar el resto de ella. Quiero dar este paso contigo, si tú me aceptas y quieres caminar de mi mano por muchos años más.

—Sí quiero —repetí y estiré de una mi mano.

Max volvió a reírse y no demoró en sacar el anillo y ponerlo en el lugar que corresponde.

Solté un gritito ahogado mientras daba saltitos mientras veía mi hermoso anillo, a la espera de que Max se levantara y poder saltar hacia él para abrazarlo y besarlo.

Me recibió con gusto. Se adueñó de mi cintura con fuerza y me devolvió el beso con fiereza por un largo rato, hasta que me separé y volví a ver mi anillo.

Un camarero se acercó a nosotros con dos botellas de champagne para brindar, aunque yo no quería dejar de ver esa joya en mi dedo.

El fotógrafo nos pidió hacer unas cuantas poses. Aunque a Max no le gustaba mucho eso, estuvo dispuesto a hacer todo lo que le pedían antes de que nos dejaran en paz en la hermosura de esa terraza.

—Entonces Mic siempre ha sido tu cómplice.

—Sí, también Ashton, aunque siento que lo hacía obligado por Micaela.

Reí y tuve que estar de acuerdo con eso. No creía que mi hermano se fuese a prestar para eso de buena forma.

—¿Y dónde están?

—No lo sé. Ahora mismo deben estar en un restaurante o teniendo una cita en cualquier otro lugar, pero Micaela está esperando a que la llames, al igual que mi madre.

Miré de nuevo el anillo. Era tan bonito, tan apropiado para mí.

—¿Qué significa el anillo? —pregunté debido a su diseño de la banda antes del diamante rosa y al verlo de frente.

Max me explicó el significado mientras los meseros organizaban la terraza para nuestra cena. Me dijo que simbolizaba lo que yo era; desde diseñadora, hasta mi personalidad. También, que esas delgadas bandas que rodeaban lo que él decía que era la simbolización de un vestido, era la representación de un infinito y de la segunda oportunidad que le di a nuestra relación.

Era tan bonito, tan fuerte y delicado al mismo tiempo, tan femenino y elegante que no creía que me lo fuese a quitar en ningún momento.

Cenamos y luego llamé a mi suegra. El contacto duró casi una hora, ambas cacareando sobre lo lindo del anillo y la bonita sorpresa que Max preparó, desde la decoración de la terraza, el punto de su propuesta, hasta el día de relajación que pensó para mí. Me di cuenta, también, que ella fue una de las que dijo que el anillo debía ser hecho por Evelina Couture, pero no tuvo participación en lo demás, se lo dejó a cargo a su hijo y a Micae, quien, según sus palabras, me podría conocer mejor.

A mi hermano y mejor amiga no los llamé, después de todo, los vería al día siguiente. Lo que sí pedí fue irme a la habitación en cuanto todo terminó para poder hacerle el amor a mi prometido, despacio y con calma, feliz porque sentía el amor de ese hombre por mí… un amor que era correspondido.

No podía creer que me fuera a casar con el amor de mi vida.

Capítulo 47

MARIA AZUL

Elegir los anillos fue una tarea que hice junto con Max, pero no era el único accesorio que yo necesitaba comprar, aunque para eso le pedí a Karín que me acompañara.

Estuvimos toda la tarde en búsqueda de un reloj que fuese mi regalo para Max, mi regalo de bodas. Como él tenía tantos, tuve que tomar una foto de toda su colección para no darle uno igual o muy parecido. Quería algo diferente y, si no lo encontraba, lo mandaría a hacer, aunque sí lo encontré en uno clásico, pero de un color verde que, por algún motivo, él no tenía. Era elegante y sin duda se vería genial en él, aunque, para hacerlo más especial, mandé a que le hicieran un grabado que le recordaría nuestro compromiso y nuestra boda por siempre.

Dos semanas después de la propuesta, tuvimos nuestra cena de compromiso, en donde invitamos socios más allegados y amigos, también compañeros o conocidos del medio. Todo estuvo espectacular y ya todo el mundo sabía que sería la próxima señora Ferrer.

La fecha la pusimos para dos meses después del compromiso. Apresurado, sí, pero yo ya tenía casi que todo planeado de meses antes y no quería esperar, ¿para qué? No era para nada necesaria la espera cuando ya estábamos tan involucrados.

Lo que me faltaba era la prueba de vestido. Estaba sobre el tiempo, pero esa la tendría al día siguiente. Esa noche debía ponerme preciosa porque teníamos un evento de caridad de Gallería, en donde regalaríamos de los productos prontos a lanzarse, esos que la empresa china produjo y que me llevó a querer tener participación de la empresa de mi novio y mi hermano.

Elegí un vestido azul en honor a mi nombre y, por primera vez en esas semanas, me quité mi anillo de compromiso porque no lucía mucho con mi atuendo, aunque Max me aseguró que el anillo estaba pensado para lucir con todo, pero yo era la diseñadora, no él.

Y otra cosa es que casi no usaba la réplica. Amaba sentir el peso de ese costoso anillo y saber que era mío, aunque Micaela siempre me repetía que lo mejor sería usar el original solo en ocasiones especiales. No quería hacerlo y nadie podía obligarme a hacer lo contrario, por muy caprichosa que sonase.

Terminé de ponerme los aretes antes de tomar mi bolsa y salir al encuentro de Max, quien esperaba en la sala de estar, con su celular en mano. Carraspeé para llamar su atención y que me viera para que me llenara de halagos.

Sus ojos, como siempre, mostraron admiración, así que sonreí y tiré mi cabello detrás de mis hombros para darle un mejor vistazo de mi escote.

—Preciosa, como siempre…, aunque veo que decidiste no ponerte el anillo. —Su tono fue amargo, pero yo sonreí conciliadora.

—No creas que fue una decisión fácil, eh. Me lo pondré en cuanto pongamos un pie en casa. Debemos salir ya: llegaremos tarde y no es bien visto que los organizadores sean los últimos en llegar.

—Ashton y Micaela ya están allá —dijo, aunque me señaló el camino para que transitara por delante de él hacia el auto. No

esperé, aunque era un vicio que estaba tomando últimamente, que me golpeara en el trasero—. Qué linda, carajo.

Reí y di pasitos rápidos para salir de casa, aunque él me alcanzó y caminó conmigo agarrado de mi cintura los pocos metros y, al llegar, abrió la puerta por mí.

El camino fue un poco largo porque nuestra casa no estaba ya cerca del centro de la ciudad, estaba muy lejana de la zona en la que se haría el evento, pero llegamos con tiempo, aunque no el necesario para recibir a todos los invitados.

Nos pusimos en esa tarea en cuanto pusimos un pie en el salón, sin embargo, mi atención se fue por completo hacia Micaela, quien parecía discutir con Ashton en una esquina.

Me sobresalté un poco cuando una mano grande se posicionó en mi espalda, pero sonreí al ver a Bret frente a mí.

—¡Bret! Has estado muy callado. —Lo abracé y él me devolvió el abrazo con fuerza.

—Lo sé, pero Ashton debe haberte dicho que hay mucho trabajo en Sky…, aunque el idiota seguro ni lo sabe porque quien ha tenido todo el trabajo he sido yo. No es queja, los amigos deben apoyarte cuando tienes a tu esposa en embarazo y no te quieres separar de ella, ¿no?

Sonrió y yo volví a darle una mirada a mi hermano y a Micae. Ella seguía viéndose ofuscada, pero estaba abrazada a Ashton mientras él acariciaba su espalda y le decía algo a lo que ella respondía asintiendo.

Parecía ser una discusión normal, tal vez un desacuerdo tonto que arreglaron pronto, así que volví mi atención a mi amigo.

—Me has tenido esperando tu visita por semanas, Bret. No conoces la nueva casa.

—Max me ha hablado maravillas de ella, créeme. Esta semana me pasaré por allí, espero que no te moleste que me robe a tu prometido porque esa sala de juegos se ve de lujo.

Le di un codazo por su tono burlón, a lo que él rio.

—La tuya es como el doble de grande, no molestes. —Cuando vi su sonrisa maliciosa, supe que había tomado mis palabras por el doble sentido.

—No sabía que ya habías visto la mía, pero gracias. ¡Ey, Max, ¿escuchaste lo que acaba de decir Mazu?!

Mi prometido nos dio un vistazo, pero conocía tanto a su amigo que solo puso los ojos en blanco mientras que Bret se fue a decirle quién sabe cuántas tonterías.

—Me está matando la espalda. —Ese fue el saludo de Micaela, quien también me tomó por el brazo y me jaló hacia la mesa de bebidas, aunque no tomó nada.

Su rostro era de cansancio por completo, lo que sí me preocupó.

—Mic, deberías ir a descansar —dije y toqué su panza para darle algo de aliento y poder sentir, al mismo tiempo, a Samanta.

Que su vientre estuviera tenso debió preocuparme, pero lo atribuí a que estaba en las últimas semanas y su cansancio aumentaba.

—Ya lo hablé con Ash. No quería irse tan temprano, todavía está esperando creo que la entrega de la donación, pero yo no puedo más. —Me miró con ojos de ternero, esperanzados—. ¿Y si tú me

acompañas a casa mientras Max y Ashton se quedan? ¿Te molestaría?

Negué, pero el mundo pareció detenerse cuando Micaela hizo una mueca y soltó un sonidito de dolor antes de quedarse pasmada por un instante antes de observarme de nuevo, llena de pánico.

—Azul, eso fue una contracción.

La agarré así de la misma forma en la que ella lo hizo. Respiró profundo y pude notar que solo me usó como apoyo físico, porque sus ojos buscaron desenfrenados a mi hermano.

—¿Estás segura? ¿Vamos al hospital?

—Ashton —respondió—, ayúdame a buscar a Ashton.

Volvió a hacer una mueca y a respirar profundo mientras la nueva contracción pasaba.

—Tranquila, muñeca, intenta no alterarte. Quédate aquí, lo iré a buscar.

Ella asintió y tragó saliva con fuerza, intentando tranquilizarse.

Me dio algo de pena su temor. Seguro estaba recordaban el parto de Colette y lo sola que estuvo. Solo nosotras dos.

Casi que corrí por el lugar buscando a mi hermano, a quien encontré charlando con, casualmente, Xia. Ya la mujer no me generaba celos. Ya estaba comprometida con un hombre que estaba loco por mí y que, sabía, no me sería infiel, menos con una mujer con la que tenía relaciones comerciales.

La saludé rápido, pero tomé a mi hermano de una forma algo maleducada y apreté sus brazos.

—Micaela, entró en labor.

Él se quedó en blanco por un momento antes de entrar en pánico y, sin decir más palabra, salir corriendo hacia su esposa. Yo lo seguí, llamando la atención de muchos allí.

Micaela estaba erguida cuando llegamos a ella, con las manos sosteniendo su espalda baja y con los ojos cerrados. Parecía estar contando, muy inteligente de ella para saber cada cuánto estaba teniendo las contracciones.

—Mi amor —llamó mi hermano, desconcentrándola. Micaela, al verlo, se echó a llorar—. Mierda, Micae, ¿te llevo al hospital ya? ¿Puedes caminar?

Pero mi amiga estaba en tal estado que no pudo decir nada, solo llorar. Mi hermano la tuvo que abrazar y, con una fuerza que no sé de dónde sacó, cargó a Micaela y comenzó a caminar con ella.

Los seguí y pronto tuve a mi lado a Max, a quien le expliqué rápido lo que sucedía, pero, como es obvio, él no podía ir con nosotros. Necesitaba atender el evento y yo necesitaba estar con mi amiga y mi hermano.

—Azul, ve en la parte de atrás con ella. —Hice caso—. ¿Has roto fuente? ¿Sabes si rompió fuente?

—No lo ha hecho —respondí porque la última pregunta fue para mí.

Mi hermano asintió, pero no demoró en acelerar. Como las contracciones todavía estaban bastante espaciadas, no llevó el auto al límite por seguridad, y nos condujo directo a su clínica de confianza, donde ya estaba previsto que ella diera a luz.

Todo el camino acaricié el cabello de Micaela para relajarla un poquito y ella siempre sostuvo mi otra mano con fuerza, siempre mirando a Ashton. Al llegar, le dieron de inmediato una habitación y

comenzaron a monitorearla. Debía dilatar, así que tuvimos que esperar y la espera fue larga.

En realidad, su malestar y el dolor que sentía era por el trabajo de parto y, según lo que dijo, había estado así desde hacía horas, algo que se alargó hasta la madrugada.

Max siempre me testeó, pero el momento más angustiante fue cuando por fin estuvo lista y no tuve respuesta de nadie porque todos estaban en la sala. Ashton, claro está, entró con ella porque Micaela no quería estar sola allí.

Los padres de mi amiga estuvieron casi en todo momento. Fue su madre quien me acompañó a mí en la espera, orando para que su hija saliera bien y no hubiese complicaciones.

Más de una hora después, Ashton salió, cansado, sudoroso, pero con una sonrisa enorme y ojos encharcados, asintiendo.

—Todo salió bien. Es hermosa, Mazu —susurró porque su voz estaba secuestrada por la emoción. Al ver sus ganas de llorar, me encaramé en sus hombros, abrazándolo, y él se abrazó a mí por un minuto, sorbiendo y seguro llorando, porque, al separarse, limpió la humedad de sus ojos—. Le están haciendo los exámenes y trasladándolas. Pronto podrán verlas.

—¿Cómo está Micaela? —preguntó la señora Blazín, preocupada por su hija. Ashton sonrió.

—Cansada y adolorida, pero muy feliz. Aceptará visitas por unos minutos, pero luego quiere descansar. Yo la acompañaré, por supuesto, y podrán volver a la tarde, cuando haya descansado un poco. Debo volver, pero vendrán por ustedes en unos minutos.

Antes de que él se fuera, lo llamé y volví a abrazarlo.

—Felicitaciones, Ash. Eres un padre excelente con Coco, también lo serás con Sam.

Me apretó más fuerte contra él.

—Se siente increíble, pero luego hablamos, ¿sí? Quiero estar con Micaela.

Y mientras se alejaba solo pude sonreír y pisotear el suelo en un intento por contener las lágrimas porque eso era lo que ambos se merecían: una pareja amorosa que no los dejasen solos.

Unos minutos después entré a la habitación y pude ver a la cosita que Micaela tenía agarrada, una personita en miniatura de cara rosada y con una fina capa de bello algo rubio, aunque, a comparación de su hermana, estaba casi calva.

Hablé con Micaela por un rato, pero la veía tan cansada que preferí irme, aunque ella, antes de hacerlo, me tomó de la mano.

—Dormiré un poco antes de que Lena traiga a Colette, pero te tengo un chisme que no me emociona tanto y es que Lena dejará la agencia, ya no será niñera de mis niñas.

La miré confundida.

—¿Por qué? —Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, pero Sam eligió un mal momento para nacer —rio y me miró con vergüenza—. ¿Te importaría ir los primeros días? ¿Mientras Ash entrevista a otra niñera? Sé que él estará en todo momento para atenderme, pero son dos niñas, una mujer en postparto y su trabajo, tampoco quiero que sea mucho para él.

—Claro que sí, Mic, estaré allí todos los días que lo necesites… y el matrimonio se aplaza Tú estarás en tu dieta y con cuidados todos estos días y me niego a casarme sin que tú seas mi dama de honor.

Ella sonrió y acarició mi cabello con ternura.

—Gracias, Mazu.

La entrada de Ashton, cambiado y con un café en mano, fue mi señal de que ya podía dejar a Micaela, así que me despedí y salí para dejar a la feliz pareja con su retoño.

Debía preparar mi regalo para mi nueva sobrina. Samanta Hunt podría haber llegado antes de lo planeado, pero su nacimiento no pasaría por alto conmigo como su tía.

Capítulo 48

MARIA AZUL

Como diseñadora y chica nacida en cuna de oro, no podía permitirme el tener solo un cambio de vestido en mi boda. Por eso tuve cuatro.

Mientras me organizaba para la ceremonia, veía detrás de mí cada uno de los atuendos en su maniquí, esperando por mí, pero, el más deslumbrante y lindo, era mi vestido principal. No me casaría de blanco, aunque casi. Mi vestido era un tono crema muy sutil, de corsé marcado hasta la cintura, con un escote en v muy fino y marcado, y falda con volumen, su tela asemejando flores.

Usaría cuatro cambios solo por el capricho de hacerlo, porque quería tener varias fotos con diferentes *looks* y también para que mi futuro esposo me viera preciosa en cada uno de ellos, en todo momento de la noche.

Atrapé la mirada de Micaela a través del espejo. Mi mejor amiga se veía preciosa en su vestido azul claro. Nos sonreímos por el reflejo, ambas quizá pensando en lo mucho que la otra importaba en nuestra vida.

La maquilladora me pidió mirar hacia arriba mientras otra mujer terminaba de hacer los ajustes en mi peinado.

—Estás quedando bellísima, Mazu.

—Tú también lo estás, querida —le dije a Micaela, la única que estaba dentro de la habitación conmigo y mis organizadoras.

—¿Sabes que Ashton está más nervioso que Max? Se casa su hermanita, la que fue la niña de sus ojos por años, y la tiene que entregar él. Creo que está a punto de tener un ataque, pero que lo calme tu suegra que yo no quiero lidiar con su malhumor que solo esconde su emoción.

Reí y ella se acercó.

Sus pechos se veían más grandes porque estaba amamantando, pero su figura volvía a ser la misma luego de dos meses de su parto. Cada día se quejaba por los kilos de más, pero también trabajaba casi que todos los días para volver a su figura. En intimidad, me aseguraba que Ashton estaba maravillado con sus caderas y sus pechos, pero ella prefería a la antigua Micaela. Todo era un proceso y lo más importante era que esa pequeñita regordeta estaba sana y bien.

Pero, para mí, también importaba muchísimo que ella estuviera feliz. Y lo estaba, lo veía.

La boda no era en la ciudad, había elegido una hacienda, así que los invitados estaban llegando desde diferentes partes, porque no invité solo a mis amistades de casa, también a aquellas con las que mantenía interacción por redes y que podían serme útiles en visualización. Claro, a esas personas que las veía cuando viajaba o cuando había eventos o cosas así, pero ninguno era tan allegado como Micaela. Y como ella era la más importante, tuve en cuenta un espacio para los más pequeños. No estarían en la ceremonia. La única que tenía permitido llevar niños era Micae, por lo que las únicas niñas que estarían allí sería Colette, mi pequeñita de las flores, acompañada de su nueva niñera, y Samanta, quien estaría en todo momento con Karín porque tanto Micaela como Ashton estarían ocupados. Los demás niños tendrían un lugar especial,

acompañados de sus niñeras y cuidadoras adicionales que contratamos para que los invitados tuvieran a sus hijos cerca para cualquier eventualidad, pero pudiesen divertirse sin ellos.

—Bien, llegó el momento de la verdad.

Micaela tomó el vestido con cuidado y me ayudó a entallarme en él. Aguanté mi emoción al verme vestida de novia, como toda una princesa, así como siempre soñé. Mi amiga también se acercó con el velo y me ayudó a ponérmelo antes de sonreírme y abrazarme por detrás para que pudiese ver su rostro por el espejo.

—Estás bellísima. No conocí a tu madre ni a tu padre, pero estoy segura de que estarían orgullosísimos de ti hoy. Y que también te verían como toda una reina. Estás deslumbrante.

Sonreí con los ojos más encharcados, pero ella se apresuró a pasarme pañuelos para no arruinar el maquillaje.

—Gracias, Mic. Te quiero mucho.

—Yo te quiero igual. Vendré por ti en unos minutos; debo asegurarme de que Coco esté lista, ¿bien? Solo espero que sí pueda hacer el trabajo, siento que la organizadora nos mandó malas vibras al decir que estaba muy pequeña para el papel.

Reí.

—Lo hará bien, para eso tendrá a Flora acompañándola.

Pero Micaela suspiró y puso los ojos en blanco antes de desaparecer por la puerta.

Me senté, entonces, y jugueteé con la pulsera que perteneció a mi madre. Necesitaba sentirlos cerca, así que mi joyería era suya y tenía los gemelos que más le gustaba usar a papá en diferentes

partes de mi vestido. Los tenía conmigo, a pesar de que ya no estuvieran vivos.

Unos minutos después Micaela volvió acompañada de uno de los asistentes de la organizadora de la boda. Me daba algo de risa que todos estuvieran apurados para cumplir con el cronograma, aunque sabía que tenía controlado todo el tiempo.

Como no me casaría en una capilla, el camino que recorrería se había realizado para mi caminata, y salía de las puertas de la casa de la finca, en donde estaban todas las personas que saldrían antes que yo.

Casi me pongo a llorar al ver a Ashton sosteniendo mi ramo con cuidado, pero más cuando su vista se topó con mi cuerpo y sonrió de lado, sus ojos irritándose.

—Mi hermanita —susurró al tener frente a él. Besó mi frente y suspiró sobre ella—. No puedo creer que te vayas a casar. Están tan grande.

Solté una risa algo boba y me refugié en su cuerpo porque, pasara lo que pasara, siempre necesitaría de mi hermano mayor, ese que tomó papel de padre cuando el nuestro murió.

—Tengo la misma edad de tu esposa, Ashton.

Él negó.

—Podrás tener cincuenta, Azul, pero siempre te veré como una niña, como mi hermanita.

—Ya, ya. Debemos salir —dijo Micaela antes de agacharse para tener más a su altura a Colette, vestida preciosa con un vestido del mismo tono que el mío y con su cabello suelto con sus ondas naturales. Le habló a su hija, repasando lo que iban a hacer, aunque

Coco prefirió bailar al ritmo de la música que la banda clásica tocaba afuera.

Ya habíamos organizado con la niñera, Flora, que ella tomaría a Coco si se distraía mucho o dejaba de caminar o lanzar las flores. Esperaba que saliera bien, pero, si no, igual sería un buen recuerdo.

Una vez hecho, Micae enlazó su brazo al de Bret, quien me guiñó y sonrió coqueto.

—Vamos a que otro amigo se eche la soga al cuello. ¡Qué divertido! —Micaela chistó y le dio un codazo que lo hizo reír.

—Algún día te veré haciendo esto mismo, Bret, y me burlaré tanto de ti —dijo mi amiga antes de que las puertas se abrieran y comenzara la marcha.

No supe qué le respondió él, o si al menos le dio tiempo de hacerlo, pero solo esperé a que me dieran la señal y poder caminar.

Me quedé algo absorta mirando los tonos pastel de las flores de mi ramo, respirando para alejar los nervios hasta que Ashton me instó a dar un paso.

Solo alcé la mirada cuando calculé que estaba a mitad del camino. No quería llorar al ver a Max, aunque se me hizo imposible lagrimear un poquito al verlo en su traje gris, emocionado por mí.

Siempre pensé que mi futuro esposo lloraría al verme, pero no fue el caso, aunque su rostro sí expresó tal devoción que no necesité de sus lágrimas, todo lo contrario, su sonrisa y ternura me dieron más fuerza, me hicieron sacar pecho y caminar con más seguridad y determinación hacia él.

—Cuídala como yo intenté cuidarla todos estos años, incluso de ti. No está de más decir que, si le haces daño, iré tras de ti y no perderás solo una gran mujer, también un amigo.

Max palmeó el hombro de mi hermano y lo abrazó antes de pedirle mi mano.

Desprenderme de mi hermano me hizo suspirar con algo de nervios. Casi que lo sentí como estuviera dejando una familia para formar otra junto a Max, aunque Ash nunca dejaría de ser familia.

Max me sonrió cuando Ashton tomó su lugar junto a Bret. Todos escuchamos el gritito de Coco llamando a su padre lindo, y aunque reímos, las manos de Max acariciaron las mías luego de que pasara mi ramo.

—¿Prepara para este pasó?

Tomé aire mientras asentía.

—Estoy lista.

—Entonces hagámoslo, cariño.

∞

Los besos en mi vientre me hicieron reír por las cosquillas que me generaban.

Suspiré y enlacé mis manos con las de Max, sonriendo al ver su anillo y el mío brillar. Estaba casada con el que podía considerar el amor de mi vida, ¿qué tan bueno era eso? Y, además, le había encantado mi regalo de bodas, así como a mí me había encantado el Porsche en un tono morado profundo, perfecto para mí.

—Ahora el siguiente paso es embarazarte y ahí sí enlazarte por siempre a mí.

Reí como tonta y solté una de sus manos para tomar su cabello y hacer que me mirara.

—No digas tonterías. Siempre estarás enlazado a mí, con o sin hijos. Puedo dejar de ser tu esposa, pero nunca dejaré de ser tu ex si eso pasa, cariño.

Él sonrió y relamió sus labios antes de estamparlos con los míos.

Llevábamos toda la tarde en la cama, en nuestro segundo día de luna de miel luego de una increíble boda.

—Hmm, ese conjuntito me está pidiendo que lo quite de tu cuerpo —habló sobre mis labios, su mano subiendo por mi pierna y enganchándose en la liga.

—Quítalo entonces, que corra con la misma suerte que los demás que me has quitado.

Mi permiso fue un aliciente para él, porque de inmediato se irguió sobre sus rodillas y mordió su labio.

Me sorprendía todo el sexo que habíamos tenido en esas horas, pero así es como debía ser una luna de miel: llena de placer.

Gemí un poco cuando besó en medio de mis pechos antes de descubrir uno y meterse mi pezón a su boca. Me trató con cariño, pero, como siempre, con algo de rudeza. En mis pechos no era tan sensible como en otras partes, así que debía usar un poco más sus dientes allí.

Pequeñas corrientes recorrieron mi cuerpo en cada lamida y pequeñas mordidas. Unos momentos después decidió que era suficiente con ese y, dejando que el aire enfriara su saliva allí, le dio atención a mi otro seno mientras su mano quitaba la liga que antes había tomado y volvía al punto para seguir subiendo y acariciar mi centro ya mojado para él.

Al sentirme, su garganta vibró con gusto. No pude evitar mover mis caderas para sentir más sus dedos e incitarlo a adentrarse en mí.

—Quítate esto —pidió con ansia, aunque fue él mismo quien terminó arrancándome las bragas recién puestas y el sostén, dejándome solo con una de las dos ligas que había elegido para tentarlo. —Ponte boca abajo.

Le hice caso y solo me tumbé así, cerrando mis ojos al percibir las cosquillas que sus labios y barba creaban en mi piel a medida que dejaba besos acompañados de caricias.

Su miembro entró al juego un instante después. Lo sentí en mi trasero, tentando antes de que su mano lo guiara a mi interior.

Por la posición, solté un pequeño gemido cuando sentí la energía en mi cuerpo ante su estocada y por el sonido de su propio gemido. Siempre sería un deleite escuchar el placer que le generaba estar conmigo.

Sus manos magrearon mi trasero a la vez que su pelvis chocaba conmigo. Estaba tan sensible por la anterior actividad que habíamos tenido, que las corrientes de placer no tardaron en generar esa deliciosa presión en mi vientre, solo que Max se quitó antes de que pudiese llegar al punto álgido del momento.

Palmeó mi nalga antes de girar mi cuerpo y tomar mis piernas para doblarlas y así alcanzar mis tobillos. Los puso sobre sus hombros y se inclinó antes de volver a penetrarme a profundidad. Apretó mi carne, aguantándose, y mirándome a los ojos en todo momento, aunque yo contenía las ganas de cerrarlos.

—No te reprimas, Max. Hazme lo que tú quieras.

Al escucharme, todo mi cuerpo se movió por la fuerte estocada que me hizo ver estrellas y que fue seguida por otras más.

Intenté cerrar mis piernas y quitarme del contacto por la sensibilidad que tenía mi cuerpo, pero Max, conociendo que era una reacción inconsciente ante tanto placer, no me lo permitió. Y eso fue lo que logró que mi cuerpo temblara con fuerza y de mi boca salieran sonidos incomprensibles que lo hicieron reír, más cuando me soltó y lo primero que hice fue enterrar mi rostro en la almohada.

Lo miré con ojos entrecerrados, viendo cómo se reía a la vez que se masturbaba para no perder la erección. La vista me hizo babear por él.

—¿Te puedes parar? —Asentí e intenté hacerlo a pesar de que mis piernas estaban muy temblorosas—. Apóyate en el espejo. —Lo miré sorprendida, pero él asintió y sonrió—. Vas a ver cómo te hago el amor y absolutamente todos los gestos que haces. Te va a gustar… y yo lo voy a amar. Inclínate.

Y con otra palmada me instó a hacerlo. Allí caí en cuenta de algo en lo que no había pensado: ahora sí, en lo legal, teníamos toda una vida para hacer nuevas cosas —y posiciones— juntos, porque yo no pensaba separarme de ese hombre de ojos llenos de deseo y amor por mí.

Epílogo

MAXIMILIANO

A veces, todo lo que hacíamos los chicos y yo no era jugar videojuegos, a veces también nos citábamos con socios que se consideraban amigos y jugábamos cartas, reunidos en algunas de las casas.

Yo no fumaba, Ashton tampoco, pero Bret sí lo hacía de vez en cuando, al igual que otro de nuestros colegas, por lo que el ambiente tenía algo de humo que, si bien no resultaba muy molesto, sí nos tenía con las ventanas abiertas. Esa vez, me había tocado a mí poner el punto de encuentro.

Yo no tenía problemas con eso, aunque Azul me hizo caras cuando se lo comenté, hacía dos días, todo porque decía querer estar tranquila y concentrada en sus diseños porque se acercaba el día de un evento, organizado y auspiciado por ella, de su marca, en donde pondría en venta diseños inéditos que todavía no tenía listos.

El tema sobre la mesa y por la que todos nos estábamos riendo, era que Bret quería comprar un equipo de hockey, pero a él ni siquiera le gustaba el hockey.

—No necesito que me guste; con saber del tema y poner a alguien que sí sepa a que te rinda cuentas, todo sale bien. Y tampoco quiero a todo el equipo, solo un porcentaje.

—¿De cuántas empresas eres dueño ya y sigues trabajando como vicepresidente de SkyConnect?

—Shh —dijo Ashton en broma, como si el hecho de decirlo en voz alta fuese a hacer que Bret dejase su cargo, pero nuestro amigo sonrió de lado y codeó a Ash.

—¿Sabes cuánto me paga este imbécil por ir a la empresa a hacer nada? —Ashton viró los ojos, fastidiado porque todos sabíamos que eso tenía… algo de cierto.

Bret sí trabajaba; de hecho, lo hacía mucho. Dedicaba todas sus mañanas a monitorear sus empresas e inversiones, pero eran negocios tan bien estructurados que casi no requerían que nosotros, estando a la cabeza, viviéramos esclavizados a ellos. Al principio, nos dejamos la piel trabajando, pero con el tiempo pudimos permitirnos descansar y disfrutar del fruto de ese esfuerzo.

Escuchamos una vibración que resultó ser del teléfono de Ashton. Como vio que era Micaela, contestó.

Bret puso los ojos en blanco y, por lo bajo, masculló un «domado» que nos hizo reír, no porque de verdad Ashton lo fuera, sino por la amargura en la voz de Bret.

—Solo estás celoso —me burlé, algo que no tuvo efecto en él.

—Ustedes son unos domados. Consiguieron pareja, se hacen los más duros y fuertes, pero en realidad son como un gatito a los pies de sus esposas.

—¿Tú nunca has tenido novia, Bret? —preguntó Luis, nuestro otro compañero de la noche—. Te he visto en diferentes eventos con varias mujeres, pero siempre una diferente.

Yo reí y dejé mis cartas. Iba a decir algo, pero Ashton se me adelantó.

—No ha tenido una novia, que sepamos. El idiota no aguanta más de una semana con ninguna mujer y odia ir detrás de ellas… excepto, claro, de la exniñera de mi hija Colette.

—No fui detrás de ella, gran imbécil —masculló Bret.

—Ofrecerle pagar el triple de lo que ganaba en la agencia solo para que cuidara de tu gata no me parece que sea «no ir detrás de ella», pero bueno. Iba a decirte que quizá tendrías que retomar la oferta; Micae me llamó para contarme que Lena volvió y preguntó si el puesto de niñera seguía disponible… Pero, como ella no te interesa y es un tema olvidado, lo dejamos hasta aquí.

Entrecerré los ojos y observé a Bret para ver su reacción, pero mi amigo disimuló bien lo que pensaba o quería hacer y solo aguantó la burla de Luis por la revelación de Ashton. A Bret quizá eso le molestó, no lo sabía, pero él siempre era tan imprudente que se merecía algo de su propia medicina.

Luego de unos minutos nuestro colega se debía ir, aunque prometió vernos el próximo fin de semana en el club.

—Bueno, yo también me voy, no voy a ser el único soltero en esta mesa.

—Sí, sí. Max y yo ignoraremos que te irás es a llamar a Lena.

—Cabrones —susurró y nos sacó el dedo medio como insulto antes de salir de la habitación, aunque escuché que tomó otro rumbo mientras llamaba a mi esposa, seguro para despedirse.

—Yo también debería irme. Prometí que saldría a cenar con Mic. Una noche libre de niñas, cita romántica… en fin, cuando tengas hijos comprenderás.

Reí y llevé mis manos detrás de mi cuello, aparentando que su última frase no me había tocado.

—Tienen una niñera todos los días en casa, a cualquier hora del día, menos jueves, que es el día que le dieron libre, ¿y dices que no tienes tiempo?

—Me gusta criar a mis hijas, no que las críen por mí. Y por fortuna, Micaela piensa igual.

—Creo que ella fue quien te contagió su pensamiento. Te recuerdo que antes de conocerla ni estabas pensando en hijos.

Ashton se encogió de hombros.

—Da igual. Te espero el sábado en la mañana para desayunar en familia. Te casaste con mi hermana, pero no me las quitado, ten siempre eso en mente. Y la quiero a ella el sábado a las nueve, sin falta.

No me dio oportunidad de molestarlo con el tema, solo salió y gritó una despedida a Azul.

Mi esposa, al saber que estábamos solos, se asomó por la puerta con sus ojos grandes y bonitos.

—¿Ya? —Asentí.

—¿Estás lista?

—Déjame ponerme unos zapatos y echarme un poquito de perfume.

Salió corriendo, así que me levanté, suspirando y, antes de salir de la habitación, sequé mis manos sudorosas en mi pantalón.

Esperé a Azul en la sala y salimos juntos. Abrí su puerta, por supuesto, porque podríamos llevar ya varios meses casados, pero las costumbres no se perdían.

Todo el camino tomé su mano en los momentos que podía hacerlo, con fuerza y sintiendo sus propios nervios en mi piel.

Una vez estuvo sentada en un restaurante, luego del examen y con el resultado en un sobre en medio de nosotros, respiró profundo.

—No lo abriremos hasta estar en casa —dijo solo para confirmar y yo asentí—. ¿Y si no lo estoy y es solo una falsa alarma?

—Seguiremos intentándolo. Si no lo logramos de forma natural, veremos otras opciones. Pero lo estás, podría apostar mi pulgar, Azul.

Ella se rio, nerviosa y emocionada.

Y de alguna forma yo sabía que estaba esperando un hijo mío, algo en su cuerpo me lo decía, quizá el brillo de su mirada, quizá sus mejillas más llenas, pero mi mujer estaba embarazada.

Azul llevaba unos meses sin ningún anticonceptivo y no teníamos mucha esperanza en que quedase en embarazo rápido por todos los años que estuvo planificando. Estábamos felices, pero con miedo de que fuese solo una falsa alarma.

En general, los ciclos de Azul eran constantes; no solía haber retrasos ni meses en los que su periodo faltara. Por eso, una demora de dos semanas resultaba más que sospechosa y apuntaba a un panorama donde un bebé ya formaba parte de la ecuación.

Luego de la merienda, en donde conversamos sobre lo que haríamos si ella tenía un próximo bebé en la panza y en donde decidimos que tendríamos una crianza similar a la que manejaban Micaela y Ashton, en donde no pondríamos a ninguna niñera a hacer cargo de los niños la mayor parte del tiempo, la llevé a casa para, por fin, abrir el sobre.

Una vez en el sofá, Azul tomó una respiración profunda y me pasó el sobre con el resultado.

—Ábrelo tú, no creo que los nervios me permitan reaccionar.

Entonces, rasgué el sobre y saqué su contenido, leyendo primero todo antes de irme al final, al resultado, siempre con los ojos de Azul observándome.

Ver el «POSITIVO» impreso me quitó el habla, pero no la capacidad de asentir.

Azul me arrebató la hoja para ver por sí misma el resultado y se tapó la boca, llena de asombro, aunque ya esperábamos el resultado.

Nos soltamos a reír al mismo tiempo y yo no dudé en subirla a mis piernas y abrazarla con fuerza.

—¿Qué hacemos ahora? —Ella rio.

—Agendar una cita para saber cuánto tengo y esperar un tiempo antes de dar la noticia, para asegurarnos, nada más… ¿Me veré linda embarazada?

Sonreí y corrí el cabello de su rostro.

—Ya lo estás y te ves hermosa y esa hermosura solo crecerá a lo largo de estos meses.

—Eso sí, el cabello se me puede poner espectacular…, pero luego caerse.

—Para eso tendrás a disposición todos los tratamientos que necesites, y es normal, Mazu.

—¿Y qué pasa si me salen celulitis?

Reí y, así como lo hice antes, intenté darle la tranquilidad que necesitaba, porque yo estaba seguro de que ella seguiría estando hermosa y, aunque también sospechaba que durante esa etapa sus caprichos se duplicarían, yo estaría allí para cumplírselos todos. Ya éramos una familia, una que no demoraría en crecer con la criatura que estaba por nacer.

Agradecimientos

Escribir esta historia ha sido como confeccionar, puntada a puntada, un vestido de alta costura en la soledad de mi propio taller. Ha requerido paciencia, bocetos descartados y la firme convicción de que algunas historias necesitan una segunda vuelta para alcanzar su forma definitiva.

A ti, que tienes este libro en tu poder. Gracias por elegir esta historia entre tantas otras. Al ser un proyecto de autopublicación, cada página, cada decisión y cada palabra lleva mi esencia. Tu apoyo no es solo una lectura; es el combustible que me permite seguir trazando nuevos patrones y universos. Gracias por valorar el trabajo independiente y por permitirme entrar en tu mundo.

A quienes me acompañan desde el inicio. Gracias por recibir con tanto amor Dos por uno da tres. Sin el entusiasmo por la historia de Micaela y Ashton, y esa curiosidad por descubrir qué se ocultaba en el taller de Azul, este libro no habría cobrado vida. Gracias por creer en las segundas oportunidades tanto como yo.

A mis personajes. A Max, por enseñarme que la firmeza y la ternura pueden convivir en un mismo hombre, y a Azul, por recordarme que el diseño más difícil de trazar es el de nuestro propio destino. Y a los demás personajes que han aportado su luz o su caos a este camino.

Esta historia es para todos los que alguna vez han tenido que descoser su pasado para diseñar un futuro a medida. Gracias por ayudarme a que este hilo no se deshaga. Nos vemos en Un secreto por tu amor.